

La poética del espacio andaluz. Una lectura de los libros de viajes de
Alfonso Grosso y Juan Goytisolo en el sur de la Península Ibérica

By

Bernardo Muñoz Martínez

Dissertation

Submitted to the Faculty of the
Graduate School of Vanderbilt University
in partial fulfilment of the requirements
for the degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

in Spanish

August 7, 2020

Nashville, Tennessee

Approved:

N. Michelle Murray, Ph.D.

Andrés Zamora, Ph.D.

Emanuelle Oliveira-Monte, Ph.D.

José Medina, Ph.D.

Copyright © 2020 by Bernardo Muñoz Martínez

Agradecimientos

A los profesores, estudiantes graduados y personal de administración del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Vanderbilt por compartir conmigo sus experiencias y su sabiduría, y haber contribuido con ello a un periodo de gran aprendizaje para mí.

A los profesores Andrés Zamora, Emanuelle Oliveira y José Medina por sus clases y el tiempo compartido; también, por haber querido ser parte del comité de doctorado, por su apoyo, sugerencias y generosos comentarios.

A mi directora de tesis, la profesora N. Michelle Murray, porque sin ella no hubiera sido posible este trabajo; las páginas que se ofrecen a continuación son resultado de una colaboración, si bien, deben atribuirse a mí todos los errores que puedan encontrarse en ellas.

A los amigos Nicolás Pacheco, José Juan Valmisa, Irene Zabalo, David Vila y Kadiri Vaquer por diferentes motivos, pero no distintos.

A mi madre, Margarita Julia Nicolás, no sólo por haber querido serlo, sino por ser la verdadera impulsora que está detrás de cada uno de mis logros y proyectos.

TABLA DE CONTENIDOS

	Página
Agradecimientos.....	iii
Lista de figuras.....	v
Lista de abreviaturas.....	vi
Introducción. “La poética del espacio andaluz”.....	1
Una España en transformación: contexto político, económico y social.....	11
La mitificación del espacio andaluz: contexto literario desde el romanticismo.....	23
Antecedentes, metodología, estructura y capítulos de la tesis.....	34
Capítulo	
1. “Poder: monumentos, bustos, estatuas, ruinas y castillos”.....	50
2. “Opresión: (in)justicia espacial y sus cicatrices en el paisaje”.....	77
3. “Resistencia: protección colectiva, toponimia popular y otras estrategias”.....	106
4. “Identidad: contra-orientalismo e hibridación cultural”.....	134
Conclusión. “Grosso y Goytisolo, escritores andaluces”.....	162
Obras citadas.....	180

Lista de figuras

Figura	Página
1. Mapa de fosas comunes en Andalucía.....	15
2. Lámina de la Alhambra vista por Murphy.....	27
3. Monumento al Sagrado Corazón en Sevilla.....	65
4. Paisaje de la provincia de Almería.....	82
5. Plantación de arroz en el Bajo Guadalquivir.....	104
6. La Chanca vista por Carlos Pérez Siquier.....	118
7. Cambios residenciales en Andalucía.....	177

Lista de abreviaturas

<i>Campos de Níjar</i>	<i>CN</i>
<i>Por el río abajo</i>	<i>RA</i>
<i>La Chanca</i>	<i>LC</i>
<i>A poniente desde El Estrecho</i>	<i>AP</i>

Defender una cultura que jamás salvó a un hombre de la preocupación de vivir mejor y no tener hambre no me parece tan urgente como extraer de la llamada cultura ideas de una fuerza viviente idéntica a la del hambre.

Antonin Artaud, 1938

INTRODUCCION

“La poética del espacio andaluz”

Entre 1956 y 1962, los escritores Alfonso Grosso y Juan Goytisolo realizaron varios viajes por el sur de la Península Ibérica. Como resultado de estos viajes, Grosso publicó los relatos *Por el río abajo* (1960)—en colaboración con Armando López Salinas—y *A poniente desde El Estrecho* (1962).¹ Goytisolo hizo lo propio, primero con la publicación de *Campos de Níjar* (1959), y, tres años más tarde, con *La Chanca* (1962).² Estos libros de viajes han sido generalmente interpretados por la crítica como una denuncia del régimen franquista por la exposición que llevan a cabo de la miseria en que vivía una buena parte de la población española, particularmente en el sur de la Península Ibérica (Gomis, 1960; Audejean, 1964; Ortiz de Lanzagorta, 1972; Ruíz Copete, 1973; Schwartz, 1976; Ferres, 1977; Ballo Moreno 1979; Merin, 1982; Schraibman, 1982; Henn, 1988; Torre Serrano, 1992; Sanz Villanueva, 1995; Álamo Felices, 1996; Six, 1996; Rosa, 2005; Diouf, 2015; Rico, 2016; Clemot, 2017). En *Letras viajeras* (2016), Manuel Rico sintetiza esta idea cuando habla de estos narradores de la generación del 50 diciendo que sus textos son una “metáfora de la pobreza y de la carencia de horizontes” (81). Fernando Clemot también se ha referido a esta literatura como una “crítica corrosiva al régimen”, al estado de pobreza en que se vio sumida una buena parte de la población española mientras estuvo bajo el mando “de un dictador que gobernaba el país como quien gobierna un cortijo” (56). Aunque algunos de estos libros, particularmente los de Goytisolo, han sido analizados desde una variedad de perspectivas que van más allá de la crítica al régimen franquista, y que exploran su relación con el formalismo ruso, o diversas consideraciones en torno a formas de colonialismo interno (Egido, 1979; Pérez, 1979; Pope,

¹ Aunque el primero de estos libros fue escrito en colaboración con López Salinas, me referiré de ahora en adelante, con la única intención de simplificar el lenguaje de este trabajo, a Grosso como autor de ambos relatos.

² Kunz sitúa el primer viaje de Goytisolo a la provincia de Almería en septiembre de 1956 (28), mientras que Ferres data el primer viaje de Grosso “por el río abajo” algunos años más tarde, en 1960 (7).

1995; Véliz Rodríguez, 2011), casi todos los autores parecen coincidir en el carácter de denuncia social que los caracteriza, y que tiene lugar dentro de los parámetros de la llamada literatura socio-realista.

El propósito de este trabajo es explorar la representación del espacio en estos textos; cada una de las siguientes páginas parte de la premisa de que la singularidad de los libros de viajes de Grosso y Goytisolo reside en el compromiso imaginativo de ambos autores con ideas transcendentales sobre el espacio, particularmente sobre el espacio rural en un contexto andaluz. Con su representación particular del espacio, Grosso y Goytisolo no solo llevan a cabo una denuncia del régimen franquista, como ha señalado la crítica, sino que también plantean una fructífera reflexión en torno a aspectos fundamentales sobre el conjunto de España, y, particularmente, sobre el sur de la Península. Entre los aspectos relevantes que, desde una perspectiva espacial, se exploran en estos textos, destacan la identidad nacional, la herencia histórica, o las desigualdades territoriales. Esta forma particular que tienen Grosso y Goytisolo de re-construir el espacio andaluz, y que sirve tanto para hacer una crítica del régimen, como para explorar aspectos con respecto a España, y, particularmente, con respecto al sur peninsular, constituye una “poética del espacio andaluz”. La “poética del espacio andaluz” es, por tanto, el conjunto de rasgos significativos y asociaciones relevantes con que Grosso y Goytisolo caracterizan los diferentes espacios del sur, los preceptos y parámetros que determinan el valor simbólico de estos espacios, y las prácticas y significados que condicionan o posibilitan los cuerpos, las acciones y la identidad de quienes habitan, cruzan o imaginan estos espacios.

En última instancia, la finalidad de este trabajo es, por un lado, ampliar la forma en que abordamos estos textos, que no son únicamente una instrumentalización de la miseria en el sur de la Península Ibérica para denunciar al régimen franquista, sino, también, una exploración de aspectos fundamentales sobre Andalucía, y sobre España, que siguen siendo

relevantes hoy en día. Por otro lado, el propósito de este trabajo también es complejizar la representación de un espacio, el sur peninsular, que, a través del turismo, el folclore y otras manifestaciones culturales, generalmente ha sido, y sigue siendo, tipificado. Los libros de viajes de Grosso y Goytisolo, a este respecto, parecen formar un cuarteto no intencionado. Aunque hay diferencias entre ellos, los relatos de ambos autores abordan el sur de España desde una posición ética y estética semejante, y, al mismo tiempo, radicalmente distinta de otras manifestaciones culturales que han tenido como objeto la representación de este mismo espacio. Los relatos andaluces de Grosso y Goytisolo destacan, además, por su calidad literaria, no siempre frecuente en la literatura socio-realista, en la que muchos de los libros de este género han sido generalmente percibidos como relatos improvisados (Millán Jiménez 252). Mientras que buena parte de la literatura socio-realista depende enormemente del componente de denuncia, estos relatos de Grosso y Goytisolo siguen siendo relevantes en la actualidad, entre otras razones, por su calidad artística.³ Por otra parte, los cuatro volúmenes ofrecen una panorámica del espacio andaluz bastante amplia. La mirada de ambos autores, a este respecto, son dos miradas geográfica y culturalmente complementarias. A través de sus libros podemos recorrer la Andalucía mediterránea y atlántica, la Andalucía rural y urbana, el desierto, la marisma, pueblos remotos, o el entorno de las bases militares norteamericanas. Grosso viaja por la Andalucía occidental, principalmente por las provincias de Sevilla y Cádiz, y Goytisolo por la Andalucía más oriental, es decir, la provincia de Almería.⁴

El título del trabajo pretende ser un guiño a la poética aristotélica en el sentido de que, si la temática de la *Poética* de Aristóteles es la reflexión estética a través de la descripción y

³ Para David Becerra Mayor, que lleva a cabo una reivindicación literaria y política del realismo social en *El realismo social en España: historia de un olvido* (2017), el concepto de “calidad literaria” no ha sido más que una excusa para “olvidar” obras literarias y autores que ponían en entredicho el relato de la Transición a la democracia en España durante los años 70 del pasado siglo. Para profundizar en torno a la idea de calidad literaria y realismo social en España, véase también el libro de Luis Zaragoza Fernández, *Radio Pirenaica: la voz de la esperanza antifranquista* (2008).

⁴ Los términos “occidental” y “oriental” aquí son los que se usan generalmente en España y en Andalucía para referirse a la Andalucía del oeste (Sevilla, Cádiz, Huelva, Córdoba), y a la Andalucía del este (Málaga, Granada, Jaén y Almería), y no tienen ninguna connotación más allá de la descripción geográfica; en este sentido, su uso es totalmente diferente del uso que se da a la palabra “oriental” más adelante en este trabajo.

caracterización de la tragedia y otras artes imitativas, la “poética del espacio andaluz” es una reflexión sobre la caracterización literaria del sur de la Península Ibérica. Al mismo tiempo, si la *Poética* de Aristóteles incluye una serie de consideraciones acerca de la historia y su comparación con la poesía, la “poética del espacio andaluz” es una exploración del espacio andaluz teniendo en cuenta diferentes aspectos sociológicos y geográficos en relación a la representación literaria de este espacio. También, si la *Poética* de Aristóteles es un conjunto de principios que determinan la actividad teatral, la “poética del espacio andaluz” se constituye como un conjunto de coordenadas que determinan la representación literaria del sur peninsular. El título del trabajo, por otro lado, también está inspirado en *La poética del espacio* (1958), del filósofo francés Gaston Bachelard. Siendo ambos una exploración sobre el espacio, hay, sin embargo, grandes diferencias entre la obra de Bachelard, y este trabajo. Bachelard hace un estudio sobre fenomenología y arquitectura, explorando la experiencia de los lugares arquitectónicos y sus contextos. El autor francés se centra, particularmente, en la respuesta personal y emocional a diferentes edificios, tanto si se trata de edificios reales, como si se trata de su representación literaria. Este trabajo, sin embargo, no se centra en la experiencia emocional de los espacios, sino más bien en su dimensión social. Bachelard, por otro lado, presta mayor atención a los espacios interiores, mientras que este trabajo explora, principalmente, espacios exteriores, que pueden ir desde una montaña, a una plantación de arroz, o un conjunto de ruinas. Con todo, si la “poética del espacio” de Bachelard parte de una “topofilia” que aspira a determinar el valor filosófico y experiencial de aquellos lugares a los que Bachelard se refiere como “los espacios amados” (22), la “poética del espacio andaluz” nace de una topofilia que aspira a determinar el valor del espacio andaluz como constructo literario.⁵

⁵ *La poética del espacio* de Bachelard está considerada una importante obra sobre arte; en ella, Bachelard desarrolla una filosofía de la poesía aplicando procedimientos fenomenológicos a la arquitectura, e insta a los arquitectos a basar su trabajo, más que en justificaciones y teorías abstractas, en la experiencia que generan los espacios.

El término “espacio”, frente a “lugar” o “paisaje”, indica, de acuerdo a la mayoría de los autores, dinamismo; es decir, el espacio no está totalmente definido, mientras que el “lugar”, y el “paisaje”—aparte de otras consideraciones—son un espacio que ha adquirido un significado fijo. Como dicen Erica Carter et al., “place is space to which meaning has been ascribed” (xii). Michel de Certeau establece una diferencia binaria entre ambos términos. Para De Certeau, el “lugar” se caracteriza por el orden y las reglas, por una distribución más o menos fija de los elementos que lo componen, y por la estabilidad; el espacio, por el contrario, emerge cuando tenemos en cuenta las intersecciones, las variables de diferentes elementos móviles (De Certeau 117). Es decir, el espacio es un concepto dinámico, mientras que el “lugar” se define por su carácter estático, lo que no quiere decir que estos significados que caracterizan al “lugar” sean totalmente estables, y que no puedan cambiar con el tiempo (De Certeau 117; Augé 77-78). Puesto que una de las consecuencias de la representación del sur que Grosso y Goytisolo llevan a cabo es la desestabilización de una identidad fija para el espacio nacional—procedente de la narrativa franquista—, generalmente, en este trabajo se hace uso del término “espacio”, y no del término “lugar”, aunque en alguna ocasión se hacen precisiones al respecto. En todo caso, esta tríada de conceptos—espacio, lugar, paisaje—no siempre ha sido inequívocamente definida en la literatura sobre el tema, y, en ocasiones, como dice Ann Davies, resulta difícil escapar a “the fluidity of these terms” (12), especialmente si tenemos en cuenta que algunos autores rechazan la duplicidad espacio/lugar, argumentando que un sistema binario generalmente conlleva una percepción jerárquica en la que uno de los términos adquiere resonancias negativas (Mitchell, *Landscape* viii).

Desde que a finales de los años 50 y primeros 60 se publicaron estos libros de Grosso y Goytisolo, las teorías sobre el espacio de Henri Lefebvre, así como la emergencia de la geografía humana en los años 70 y 80, y, más recientemente, la expansión de este campo de estudio por otros autores, nos ofrecen nuevas herramientas de análisis que nos permiten una

lectura más rica de estos textos, y que los pone en relación no sólo con el tiempo que describen, sino también con el presente. La perspectiva espacial es, de hecho, una de las avenidas más transitadas en la actualidad, pues como ha dicho el filósofo francés Michel Foucault, “the anxiety of our era has to do fundamentally with space, no doubt a great deal more than with time” (“Of Other Spaces” 22). Uno de los estudios seminales en relación al análisis espacial es la obra del ya mencionado Lefebvre. En *The Production of Space* (1974), el pensador francés hace una lectura crítica del espacio argumentando que las ciudades, regiones o países no pueden ser entendidos como una mera aglomeración de personas y cosas. Por el contrario, cada sociedad produce un espacio social determinado: “(Social) space is a (social) product”, dice Lefebvre (*Production* 26). La producción social del espacio está relacionada con los valores y prácticas de una sociedad específica, lo que afecta al uso y percepción de estos espacios. Abordando el espacio como una producción social, Lefebvre abre la puerta para investigar los procesos de su producción, la multiplicidad de espacios producidos socialmente, y las contradicciones, conflictos y dimensiones políticas vinculados a estos procesos de producción. Analizar el espacio, sin embargo, no solo no es incompatible con vincularlo con los fenómenos sociales, históricos o culturales con los que necesariamente está relacionado, sino simplemente acercarse a todos estos fenómenos desde una perspectiva espacial, pues como dice Edward W. Soja, “putting space first does not mean that spatial thinking should be practiced alone, divorced from life’s social and historical realities” (*Seeking* 17).

Casi todos los autores que han escrito sobre el tema destacan la relación intrínseca que hay entre el poder y la producción social del espacio; para Lefebvre, la producción social del espacio viene determinada por una clase social dominante, y tiene lugar de forma paralela a la reproducción del dominio de esa clase social. El espacio es, para Lefebvre, no solo una forma de producción, sino también, una forma de control, y, por tanto, de dominación (*Production*

26). El poder, de este modo, genera espacios particulares, quedando inscrito en las geografías en las que se desarrolla la vida. El poder determina el paisaje, lo construye en función de sus propios intereses. Partiendo de esta vinculación básica, la “poética del espacio andaluz” de Grosso y Goytisolo es la forma en que estos autores exploran la relación que existe entre el poder y el espacio. Los autores atienden a esta relación de formas muy diferentes, entre las que se encuentra la posesión de la tierra, la organización territorial, o la explotación turística. En este trabajo, sin embargo, se explora particularmente la relación que hay entre el poder y los espacios monumentales, que aquí aparecen concebidos como un lugar en que los discursos del poder son personificados, materializados. Como ha dicho David I. Kertzer, los espacios monumentales han sido concebidos para ser “leídos” (4-6). En los espacios monumentales que aparecen en estos libros, se generan discursos de acuerdo a los intereses del régimen franquista, y estos discursos pueden estar relacionados con la nación, la religión, la cultura, la historia o el turismo. Explorar los espacios monumentales (y otros espacios relacionados) como una forma de dominación nos ayuda, en definitiva, a comprender las dinámicas político-económicas y socio-culturales del momento histórico en que estos relatos fueron escritos.

Por otra parte, en el espacio también quedan inscritas diferentes formas de opresión. La opresión siempre tiene una dimensión espacial, y, al mismo tiempo, los espacios en los que se desarrolla la vida humana (o animal) pueden generar formas de opresión específicas. Lefebvre dice que el espacio precede a la existencia de los actores individuales o colectivos que los habitan, lo que puede llevar a condicionar “the subject’s presence, action and discourse” (*Production* 57). Este condicionamiento puede ser una forma de opresión. Por otra parte, la propia geografía puede tener un profundo vínculo con diferentes injusticias. Soja dice que el espacio no es un ente vacío, sino que, muy por el contrario, fuerzas políticas e ideológicas intervienen en su configuración para moldear la vida, siendo el objetivo de

muchas de estas fuerzas mantener geografías ya existentes de privilegio y poder (*Seeking* 19). Para Soja, la opresión está tan relacionada con el espacio como el espacio lo está con el poder, pues “all who are oppressed, subjugated, or economically exploited are to some degree suffering from the effects of unjust geographies” (*Seeking* 24). La justicia y la injusticia se hacen visibles en la organización del espacio. Atender a la dimensión espacial de la justicia es, por otro lado, una forma de poner en valor la geografía de la vida cotidiana, es decir, todo lo relacionado con la vivienda, la calidad del aire, el transporte, o hasta la vulnerabilidad a desastres naturales. Incluso la dimensión espacial de las relaciones sociales puede llegar ser una forma de injusticia, cuando son cosificadas por el poder como una forma de cultura, en la que se presenta como natural, como el “estado de las cosas”, lo que en realidad es el resultado de conflictos sociales y está controlado por la clase dominante (Mitchell, *Cultural Geography* 77). La “poética del espacio andaluz” también es, por tanto, la forma en que Grosso y Goytisolo atienden a la dimensión espacial de la opresión, explorando la miseria, la marginalidad, la distribución de la tierra, quiénes la trabajan, y en qué condiciones laborales, la vivienda, los recursos necesarios para la supervivencia, el transporte (señalando, por ejemplo, quiénes viajan en burro, coche o bicicleta). También, explorando las geografías coloniales, militares o latifundistas como una forma de opresión—estrechamente vinculada al poder central del estado franquista—en el sur peninsular, así como la vigilancia o las posibilidades de movilidad. Todos estos aspectos, y otros, con los que se caracteriza al sur de España en los libros de Grosso y Goytisolo constituyen una forma de atender a la opresión y a la injusticia desde una perspectiva espacial.

Por otra parte, si el espacio puede ser producido como una forma de opresión, ese mismo espacio también puede servir para llevar a cabo diferentes formas de resistencia. Por ejemplo, una cárcel en la que haya presos políticos, puede servir como lugar de contacto entre personas ideológicamente afines. Al mismo tiempo, cada forma de resistencia, sea de la

naturaleza que sea, siempre tiene una dimensión espacial. Para Lefebvre, esta combinación de diferentes espacios sociales se debe a lo que el autor denomina “[t]he principle of the interpenetration and superimposition of social spaces” (*Production* 88). Para el autor francés, el espacio puede ser tanto una forma de dominación, como una forma de resistencia, a la que el autor se refiere cuando habla de “heterotopias”, es decir, espacios que son capaces de transformar una sociedad represiva. Por otro lado, el geógrafo marxista David Harvey también se ha referido al espacio como una forma de resistencia cuando dice que la producción social del espacio condicionada por la clase dominante tiene lugar al mismo tiempo que se producen “liminal spaces of possibility where ‘something different’ is not only possible, but foundational for the defining of revolutionary trajectories” (*Rebel Cities* vii). La “poética del espacio andaluz” de Grosso y Goytisolo, además de lo dicho anteriormente, es, también, una exploración de la resistencia a diferentes formas de dominación, desde una perspectiva espacial, en el sur peninsular. Los autores señalan cómo los personajes que aparecen en estos libros no sólo resisten diferentes formas de dominación, sino que, más importante aún, son capaces de identificarlas, que es el primer paso para resistirlas. Algunas de las formas en que los personajes de estos libros se resisten a la dominación franquista, desde una perspectiva espacial, van desde la transformación de un espacio de opresión en un lugar para la protección de una comunidad de trabajadores, a la invención de una toponimia popular que evita, por ejemplo, los nombres de lugar impuestos por el régimen dictatorial.

Por otro lado, casi todos los autores también parecen estar de acuerdo en que el espacio tiene una relación intrínseca con la identidad. Como dice el ya mencionado Harvey, “[t]he sense of belonging and not be-longing (and hence of identity and otherness) is closely intertwined with ideas about place and territory” (*Cosmopolitanism* 170). La identidad nacional, por ejemplo, es, también, una identidad espacial. Una de las cosas para las que ha servido la geografía cultural ha sido, precisamente, para que podamos abordar el espacio no

únicamente desde su dimensión material, sino también para explorar como está determinado por prácticas sociales y significados, es decir, cómo en el espacio se conjugan diferentes formas de identidad (Cresswell, 2009). Si, por un lado, el significado de los espacios puede ser personal, por otro lado, este significado también puede ser social, es decir, compartido; pero, incluso cuando son compartidos, los significados de los espacios nunca son totalmente fijos, ya que, como dice Tim Cresswell, siempre quedan abiertos “to counter meanings produced through other representations” (“Place” 2). Los significados que los espacios socialmente producidos adquieren, por tanto, no solo pueden cambiar con el tiempo, sino que también pueden ser disputados. La identidad del espacio, por otro lado, ha sido siempre particularmente relevante en el género de la literatura de viajes. Percy G. Adams, quien ha estudiado el género en profundidad, ha dicho que “[t]he creating, or recreating, of national images is an elusive and frustrating subject that, until the time of Wireless and television, depended primarily on the reports found most of all in travel books” (510).

El escritor y académico palestino-estadounidense Edward Said, por otro lado, también ha dicho que una de las tareas principales de los intelectuales en la actualidad es desterrar los consensos sobre identidades grupales o nacionales en relación al espacio, mostrando que no son relaciones naturales, o cedidas por ninguna entidad superior, sino construidas, manufacturadas, y, en ocasiones, incluso inventadas, pero casi siempre con una historia de lucha y conquista tras ellas (*Representations* 19). Siguiendo esta idea de Said, y de los otros autores anteriormente mencionados, la “poética del espacio andaluz” es, junto a lo ya citado, la forma en que Grosso y Goytisolo, en estos libros de viajes, exploran, cuestionan y problematizan la identidad del espacio en el sur de la Península Ibérica, y, con esta, la identidad nacional y cultural de España durante una época, el franquismo, en la que esta identidad nacional y espacial estaba siendo profundamente (re)castellanizada. Frente a esta (re)castellanización que lleva a cabo el régimen franquista del espacio nacional, Grosso y

Goytisolo intervienen la supuesta estabilidad de esta forma de identidad con una representación del sur peninsular distinta, singular, en la que se ponen en valor la herencia cultural islámica de este espacio,⁶ su mediterraneidad, y, haciendo uso de las palabras de Luce López-Baralt, su “matizada occidentalidad” (15).

Una España en transformación: contexto político, económico y social

La Guerra Civil española (1936-1939) es una presencia constante en los libros de viajes de Grosso y Goytisolo, aunque en ningún momento se menciona; los textos de ambos autores, sin embargo, parecieran uno de esos “lieux de mémoire” de los que habla Pierre Nora, en los que la memoria es espontánea, absoluta, “[and] takes root in the concrete, in spaces, gestures, images, objects” (9). No cabe duda de que parte de esta presencia/ausencia de la guerra se debe a que estos libros, en cierto modo, son una de sus consecuencias, pero, también, al hecho de que la guerra había tenido un desarrollo peculiar en el sur de la Península Ibérica. Este desarrollo peculiar de la guerra en el sur había tenido lugar porque, primeramente, apenas hubo conflicto armado, por lo que resulta difícil hablar de una guerra propiamente dicha, pero, también, por el carácter distinto que, en los diferentes territorios del sur, adquirió el conflicto. La estructura agraria, latifundista y semi-feudal del sur de la Península Ibérica enfrentó, a lo largo de un proceso histórico desarrollado durante el siglo XIX, a los trabajadores del campo con los poseedores de la tierra, grandes familias terratenientes tradicionalmente conectadas con el Estado central, y a las que, siendo beneficiarias de la estructura agraria del sur, nunca les interesó impulsar el desarrollo industrial, urbano, y, por tanto, cultural que sí había tenido lugar en otras zonas de España, especialmente en Cataluña. La frontera infranqueable que había existido durante siglos entre la aristocracia terrateniente

⁶ El islam ha tenido una presencia fundamental en la cultura y la historia de la Península Ibérica. Esta presencia comienza en el siglo VIII, y se mantiene bajo diferentes transformaciones políticas y geográficas hasta 1492, cuando los Reyes Católicos conquistan el Reino de Granada, último reducto islámico en la Península. La influencia musulmana, sin embargo, se mantiene, como mínimo, hasta la expulsión de los moriscos decretada en 1609 durante el reinado de Felipe III (Wiegers 141).

poseedora de la tierra, y la gran masa de la población trabajadora y desposeída que permanecía viviendo en condiciones de miseria, fue el caldo de cultivo del que surgieron los movimientos jornaleros del siglo XIX, que en el sur tendrían un papel fundamental, sobre todo en su deriva anarquista.⁷ Con la llegada de la Segunda República (1931), varias propuestas trataron de dar una solución a este problema histórico, pero todas encontraron una fuerte resistencia por parte de la clase terrateniente. Entre las propuestas que buscaban dar una salida a esta situación, causante de una conflictividad social cada vez mayor, destaca la Ley de Reforma Agraria proyectada por el Ministro de Agricultura Marcelino Domingo (catalán de origen andaluz) en 1932. A pesar de ser una de las más moderadas de entre las que se llevaron a cabo en diferentes países europeos durante el período de entreguerras, la aplicación de esta reforma agraria en España frustró las expectativas de los jornaleros, sembró la inquietud entre los pequeños propietarios, y sirvió para aglutinar a la derecha en un solo bloque, polarizando enormemente a la sociedad española.

Por un lado, la banca privada (vinculada familiar y económicamente a los terratenientes), se opuso tajantemente a la nueva ley. Por otro, tanto la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) como la Unión General de Trabajadores (UGT), que alcanzaban entonces records históricos de afiliación con un 80% de la población trabajadora en sus filas, se sintieron decepcionados por considerarla moderada, o por los escasos resultados obtenidos debido a la escasez de los recursos económicos y humanos con que fue dotada. La reforma, sin resultar un fracaso absoluto, representaría una gran frustración para los campesinos debido al atraso en elaborar la ley (un año y medio tras la proclamación de la República), la lentitud del Instituto de Reforma Agraria, encargado de elaborar el inventario de tierras

⁷ Entre las insurrecciones que tuvieron lugar en el siglo XIX español destaca la llamada “Rebelión Cantonal”, que tuvo lugar durante la Primera República española (1873-1874). La Rebelión Cantonal, extendida particularmente por la zona del mediterráneo, fue una exigencia federalista por una parte importante de los republicanos. En el sur estuvo organizada alrededor del Cantón Andaluz de Sevilla. Percibida como un movimiento separatista, dio paso a un nuevo periodo dictatorial tras el golpe de estado, en 1874, del General Pavía; véase Moisand (2018) para la insurrección cantonal, y “El anarquismo español decimonónico”, de López Estudillo (2002), para otros movimientos jornaleros durante este periodo.

expropiables, y la falta de dinero para expropiar las tierras, que debían ser previamente indemnizadas (Barciela López et al., 1996). La reforma sería ya definitivamente dejada inefectiva con la entrada del gobierno radical-cedista del conservador Alejandro Lerroux a partir de 1934. Tras el parón de Lerroux, su total derogación se produjo en la zona bajo control sublevado durante la Guerra Civil, y, tras la victoria franquista, en el resto de España. Los vaivenes que produjo en la población durante los años previos a la dictadura, sin embargo, dejaron a Andalucía en una situación muy complicada, ya que aquellos que habían estado implicados de un modo u otro en su elaboración, o, simplemente, se habían mostrado favorables a su aplicación, sufrieron la represión franquista desde el primer momento tras el golpe de estado. En una región de núcleos urbanos no demasiado grandes, y donde la mayoría de la población vivía entonces en zonas rurales, los fusilamientos y las desapariciones forzadas crearon un ambiente irrespirable.

Mientras que la Andalucía occidental sería la base para el conjunto de operaciones militares que llevaron a cabo las fuerzas sublevadas durante los primeros meses de la Guerra Civil, la Andalucía mediterránea (sobre todo, la provincia de Almería) quedaría, hasta el final de la guerra, en zona republicana. Según avanzaron las tropas franquistas, de oeste a este, la población, prácticamente sin armas, apenas ofreció resistencia, lo que no sirvió de nada para aminorar la brutalidad de la represión. Como afirma Francisco Ruiz Acevedo, “en Andalucía no hubo una guerra, no había un frente definido, sino un genocidio [...] conforme las tropas franquistas iban ocupando los pueblos”, es decir, conforme las fuerzas sublevadas tomaban el control espacial (4). En cada pueblo ocupado, la clase política, los jornaleros que habían estado políticamente activos, o, simplemente, los simpatizantes de la República, fueron sistemáticamente depurados. La represión que las fuerzas sublevadas llevaron a cabo, en connivencia con la clase oligárquica, y miembros destacados de la Iglesia Católica, adquirió carácter de revancha como reacción al papel decisivo que el sur peninsular había

tenido en el desarrollo político republicano. En las elecciones generales del 16 de febrero de 1936, pocos meses antes de la guerra,

[e]l triunfo del Frente Popular en Andalucía fue tan fulminante como sorprendente para las derechas. Salvo en Granada, ganaba en todas las provincias. Una victoria mucho más reñida en todas las provincias de la Andalucía oriental, con una fuerte presencia de pequeños propietarios y arrendatarios rústicos, que en la Andalucía occidental, en donde el apoyo otorgado por los militantes anarcosindicalistas de la CNT se había mostrado decisivo en los resultados finales en provincias como Cádiz, Sevilla, Córdoba y Málaga. En el conjunto de Andalucía [...] 62 diputados para el Frente Popular [...] y 29 escaños para el Frente Antirrevolucionario. (Caro Cancela 16)

Esta divergencia territorial dentro de la propia Andalucía explica, por un lado, la estrategia de las fuerzas sublevadas, conscientes de que Andalucía occidental debía ser tomada en primer lugar, pues aquí es donde el alzamiento encontraría mayor resistencia. Explica, también, el desarrollo desigual de la guerra, así como sus propias consecuencias (Figura 1). Quienes no fueron represaliados con la llegada de las tropas franquistas, llenaron las cárceles, donde la degradación y mortificación psicológica a que fueron sometidos fueron tanto, o más penosas que las condiciones materiales para la vida. La Ley de Responsabilidades Políticas, promulgada el 9 de febrero de 1939 (antes del final de la guerra) y publicada en el Boletín Oficial del Estado el día 13 de ese mismo mes, sirvió para legalizar la persecución ideológica.⁸ En los primeros meses de 1940, la operación de castigo y depuración, pueblo a pueblo y ciudad a ciudad, de cualquier rastro de izquierda política, o republicanismo, estaba casi concluida.⁹

⁸ Véase <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1939/044/A00824-00847.pdf> para la Ley de Responsabilidades Políticas. Como dice Ángela Cenarro, el nuevo sistema penitenciario franquista estuvo basado en torno a la idea de “redención” de los presos mediante la explotación de su fuerza de trabajo (243); otra ley significativa en este momento fue la Ley de Represión contra la Masonería y el Comunismo (1940). Carlos Jiménez Villarejo hace un buen análisis de los vericuetos legales del primer franquismo en “Ilegitimidad franquista frente a legalidad republicana” (2010).

⁹ La huida no siempre fue la mejor opción, habida cuenta de que Europa entraba en la Segunda Guerra Mundial el mismo año que terminaba la Guerra Civil en España. Entre los que huyeron, al menos nueve mil españoles terminaron en los campos de concentración de la Alemania nazi, sobre todo en Mauthausen. De estos nueve mil españoles, alrededor de mil quinientos eran andaluces, de los que solo un tercio lograría sobrevivir (Del Río Sánchez 97).

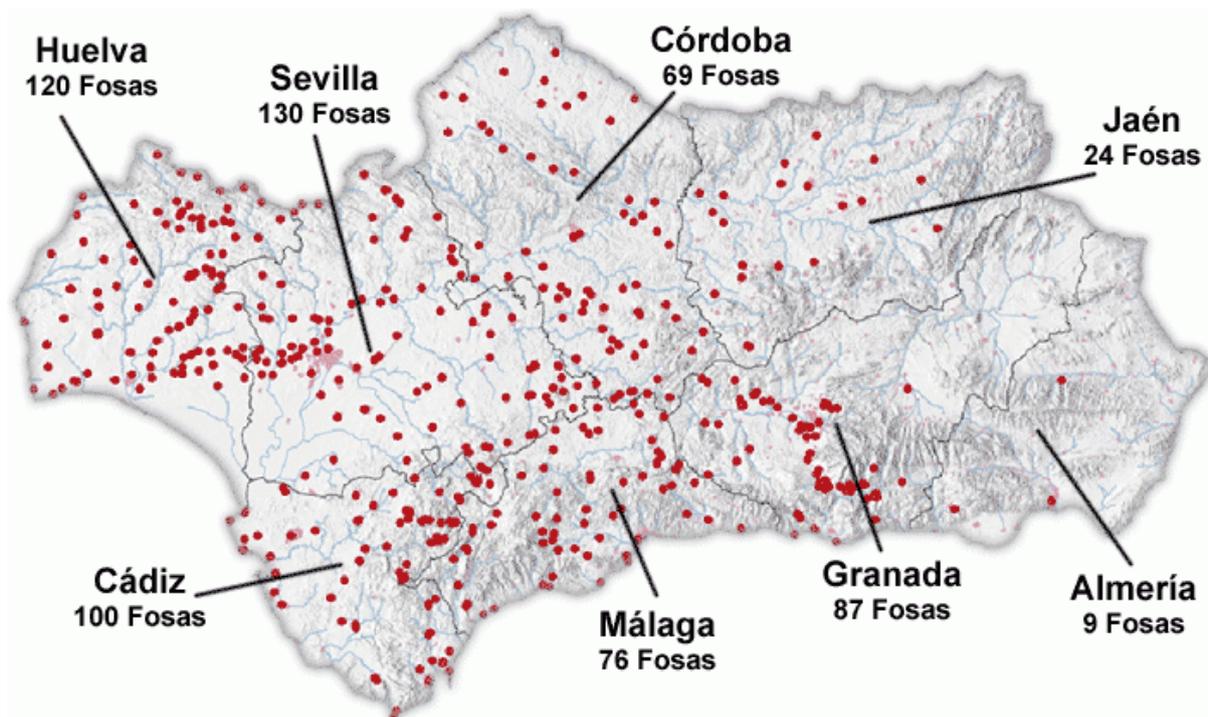


Figura 1. En este mapa de fosas comunes en las que fueron enterrados los represaliados podemos ver una disminución progresiva según las tropas franquistas avanzaron de oeste a este, lo que coincide con la concentración del latifundio en la Andalucía occidental y la presencia de pequeños propietarios en la Andalucía oriental, así como también atestigua el desarrollo desigual de la guerra.

El resultado de la guerra, con la victoria nacionalista, no solo dio al traste con la esperanza de las familias jornaleras que constituían el grueso de la población andaluza, sino que también abriría un periodo de autarquía económica que agudizaría la miseria, ya existente, durante al menos dos décadas. Esta política autárquica de posguerra estuvo condicionada por una visión imperialista de España, que buscó la autosuficiencia cortando relaciones económicas con países del entorno en primer lugar, y con las cambiantes condiciones de la economía global en general. La gran depresión económica en que se vio sumido el país, que había salido devastado de la Guerra Civil, supuso, por un lado, la expansión de una economía soterrada en unas condiciones semi-oficiales, el mercado negro, y, por otra parte, el retroceso más grave en los niveles de bienestar de la población española en sus últimos ciento cincuenta años de historia. El nivel de renta de 1935 no se alcanzaría en España hasta bien entrados los años 50 (Barciela López 338). La escasez de todo tipo de

bienes se unía a la interrupción del proceso de modernización y crecimiento que habían sido iniciados (en algunos ámbitos) durante la Segunda República, circunstancia que se vio acentuada por el proteccionismo comercial y financiero adoptado por los países europeos durante la Segunda Guerra Mundial. El intervencionismo del Estado tuvo lugar en todos los aspectos de la vida económica, siendo efectivo, sobre todo, a través de la creación de multitud de organismos, como, por ejemplo, el Servicio Nacional del Trigo. Al mismo tiempo, también se dio una potenciación de los sectores más ligados al poder militar, relegando a un segundo plano la industria de bienes de consumo y la agricultura. La agricultura española, base de la economía del sur y principal fuente de la riqueza nacional hasta los años 30, estuvo caracterizada, durante las casi dos décadas que duró el periodo autárquico, por la baja productividad y por una escasa tecnificación, situación que se mantendría, prácticamente intacta, hasta finales de los años 50.

En los años 50, la realidad española cambia en múltiples direcciones, tanto en política interior, como en sus relaciones internacionales. El régimen franquista deja atrás su asociación con las potencias del Eje, que le habían ayudado a ganar la Guerra Civil, y explora las posibilidades de su aceptación en el entorno de las nuevas democracias europeas. Aunque el intervencionismo y los desequilibrios económicos continúan, a medida que avanza la década, la producción inicia una leve recuperación, y el aislamiento de la economía ya no es tan extremo. Los cambios comienzan a tomar forma a partir de un hecho irónicamente reflejado por la película de Luis García Berlanga, *Bienvenido, Mister Marshall* (1953), es decir, la entrada de capital estadounidense. Ya en julio de 1951, el almirante Jefe de Operaciones de la Marina norteamericana se había entrevistado con Franco en Madrid con la intención de alcanzar un acuerdo para la colaboración militar entre los dos países, que habían ido acercando posiciones en los últimos años dentro del contexto anticomunista de la Guerra Fría (Piñeiro Álvarez 176). En abril de 1952, las negociaciones con los Estados Unidos para

la instalación de bases norteamericanas en territorio español, a cambio de una ayuda económica y militar, se realizan de forma oficial. Aunque una parte del Senado estadounidense se opone a que un acuerdo entre los dos países se traduzca en un apoyo de los Estados Unidos a la dictadura militar del franquismo, la situación da un vuelco en 1953 con la elección del nuevo presidente Dwight Eisenhower, cuya visita a España, ese mismo año, “probablemente constituyó la apoteosis internacional de la dictadura de Franco” (Moradiellos 102). La firma de los llamados Pactos de Madrid, el 23 de septiembre de 1953, junto con el Concordato firmado con la Santa Sede apenas un mes antes, suponen la integración definitiva del régimen franquista en la geopolítica mundial nacida después de 1945.

Los Pactos de Madrid fortalecieron al franquismo tanto en el interior como en el exterior, si bien también corroboraban la situación de mera dependencia española respecto a su valedor estadounidense, que siempre consideró a la España franquista como un aliado menor. El acuerdo constaba de tres puntos concretos. El primero se refería a los suministros de material de guerra que Estados Unidos iba a proporcionar a España, el segundo se ocupaba de la ayuda económica, que incluía la concesión de créditos, y, el tercero, trataba la ayuda para la defensa mutua, que consistía en el establecimiento de cuatro bases militares norteamericanas en territorio español, dos de ellas en el sur peninsular (Morón de la Frontera, Sevilla, y Rota, Cádiz). Con el establecimiento de las bases militares, España quedaba incorporada al sistema de defensa occidental, pero sin capacidad para la toma de decisiones debido al veto que se le impuso para su acceso a la OTAN, que había sido fundada en 1949. Las bases militares, teóricamente, estaban bajo la soberanía conjunta de los Estados Unidos y España, pero la realidad es que el gobierno estadounidense podía decidir unilateralmente cuándo utilizarlas en caso de una posible “agresión comunista”. Aunque la instalación de las

bases militares generó nuevas formas de desigualdad,¹⁰ también dio pie a un contacto cultural entre los soldados estadounidenses y la población local que sería fundamental en la cultura andaluza de los años 70, sobre todo en la música.¹¹ La entrada de capital estadounidense a principios de los años 50, por otro lado, fue el primer paso para el desarrollo de los profundos cambios económicos, sociales y demográficos que tendrían lugar en España a lo largo de los años 60.

En 1959—coincidiendo con la publicación de *Campos de Níjar*—tienen lugar dos sucesos fundamentales para el futuro de España. Por un lado, el anuncio del Concilio Vaticano II el 25 de enero de ese año, que, desarrollado hasta 1965, va a cambiar el papel institucional de la Iglesia Católica a nivel global, lo que genera las condiciones de posibilidad para la emergencia de una serie de “curas obreros” en el sur de la Península Ibérica (Diamantino García, por ejemplo) que jugarán un papel fundamental en el proceso de transición democrática durante la década de los años 70;¹² por otro lado, el llamado Plan de Estabilización de 1959, que fue un conjunto de medidas adoptadas por el régimen franquista para la estabilización y liberalización de la economía española con las que se puso fin al régimen autárquico de posguerra. El Plan de Estabilización de 1959 tiene lugar a partir de un cambio de gobierno producido en febrero de 1957. Con este cambio de gobierno, amparado por el Subsecretario de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, los sectores más nacionalistas del

¹⁰ Todavía hoy en día las bases siguen generando polémicas de diversa índole entre la población y la clase política local; véase, por ejemplo, Antonio J. Mora Caballero y Pedro Espinosa, “Las caras ‘A’ y ‘B’ de las bases” (2013).

¹¹ La primera novela de Grosso, *La zanja* (1960), gira en torno al abismo económico y social que había en este momento entre los habitantes de las bases militares estadounidenses y la población local. Por otro lado, el llamado “rock andaluz” de los años 70—bandas como los Smash, Triana, etc.—estuvo, en un principio, muy relacionado con la presencia de las bases; véase el libro de Ignacio Díaz Pérez, *Historia del Rock Andaluz* (2018).

¹² Diamantino García (1943-1995) perteneció a una familia de origen salmantino que había emigrado al Cerro del Águila, un barrio netamente obrero en Sevilla que se había originado en torno a la gran fábrica textil de HYTASA. Trabajó como obrero en Barcelona, en las minas de Asturias, y en una fábrica de conservas en Bélgica para pagarse los estudios del seminario en Sevilla. Fue miembro fundador del Sindicato de Obreros del Campo (1976), que juega un papel fundamental en el sur durante la transición. Por otro lado, la emergencia de estos “curas obreros” en España tiene lugar en el mismo contexto religioso y social internacional en que surge la Teología de la Liberación en Latinoamérica, ya que ambas corrientes fueron resultado de las transformaciones que se habían llevado a cabo en la Iglesia Católica a colación del Concilio Vaticano II.

régimen pierden influencia en la administración del Estado, y, al mismo tiempo, un nuevo grupo de ministros (Alberto Ullastres, Mariano Navarro Rubio, Laureano López Rodó) toman el control de la dirección económica del país. Algunas de las medidas tomadas por este nuevo grupo de ministros fueron la unificación de los tipos de cambio existentes, reformas en el Banco de España, desarrollo de una política monetaria activa, control y reducción del gasto público, aumento de los ingresos del Estado, y la entrada de España en el Fondo Monetario Internacional. Las circunstancias en que se había quedado España tras la Segunda Guerra Mundial eran insostenibles, y estas medidas demostraban que, para su integración en la economía de los países “occidentales”, muchas de las reformas propuestas o iniciadas durante la Segunda República eran de imperiosa necesidad. Para el historiador Santos Juliá, este cambio de orientación económica en el régimen franquista suponía la reanudación de una “historia paralizada por una voluntad política victoriosa al término de una guerra civil” (186). Los cambios que se hubiesen producido en periodos anteriores, sin embargo, ahora tomaron un cariz diferente, beneficiando, en muchos casos, a las mismas élites que habían estado en el origen de la miseria, antes y después de la guerra.

Las transformaciones económicas que están teniendo lugar en España a finales de los años 50, y primeros 60, tienen como consecuencia un auge de la emigración hacia las regiones industrializadas del norte del país. La concentración de la industria en Cataluña, País Vasco y Madrid convirtió a estas zonas del centro y norte de la Península en un polo de atracción para los trabajadores gallegos, murcianos, extremeños y andaluces que engrosaron los barrios y zonas periféricas de sus mayores ciudades. España dejaba de ser un país agrario para convertirse en un país industrial y urbano, pero el reparto, la concentración de la industria, las corrientes de emigración, seguían siendo desiguales—y esta desigualdad era también, ahora más si cabe, espacial. Casi dos millones de personas abandonaron sus zonas de origen, lo que hizo posible que la tasa de desempleo se mantuviera en unos niveles muy

bajos. La mano de obra era abundante, y tenía sus dos grandes reservas en la población femenina y en la población agraria deseosa de incorporarse a nuevos puestos de trabajo. Cataluña fue el destino mayoritario para los andaluces, que en algunas comarcas llegaron a representar el 70% de la población (Ruiz Acevedo 3)—lo que continúa una historia de emigración a esta zona de la Península Ibérica que venía de mucho tiempo atrás. Sin embargo, la integración de estos emigrantes en los lugares de destino no siempre fue fácil. La industrialización del norte no fue automática, y, mientras se produjo, muchos españoles meridionales que dejaban su tierra se enfrentaban a todo tipo de humillaciones, incluidas las deportaciones (Molina). Las autoridades, ocasionalmente, azuzaban a la burguesía catalana con respecto a los “males” que estos inmigrantes traían consigo. Gregorio Modrego, por ejemplo, arzobispo de Barcelona afín a Franco, usaba un tono vejatorio para referirse a los desplazados económicos cuando lamentaba que “lo que más nos duele es que el número excesivo de esos inmigrados da lugar, en parte, a la inmoralidad de nuestras urbes” (Molina). Como en cualquier historia de inmigración, los españoles llegados al centro y norte del país en estos años cargaron con la responsabilidad de ser el origen de todos los males que afectaban a una sociedad en la que se popularizaban entonces las canciones de Antonio Molina (“Adiós a España”, 1954) y Juanito Valderrama (“El emigrante”, 1959). El auge de muchos países europeos, por otro lado, también contribuyó a que muchos españoles emigraran a Suiza, Francia y Alemania. Mientras el hambre, el desempleo y la falta de libertad expulsaba de sus zonas de origen a los habitantes del espacio andaluz, sus ciudades, monumentos y costas se convertían en un foco de atracción para los turistas.¹³

Los primeros turistas comenzaron a llegar a España en la década de los 50, transformando por medio de la urbanización las zonas costeras, y convirtiéndose, desde

¹³ Después de la Segunda Guerra Mundial, el Plan Marshall de ayuda económica estadounidense para la reconstrucción de Europa sirvió para la reemergencia de países como Alemania, cuya producción se vio acelerada gracias, en buena medida, a la mano de obra de emigrantes españoles, a menudo explotados laboralmente, y socialmente marginados; véase, por ejemplo, la película documental de Marta Arribas y Ana Pérez, *El tren de la memoria* (2005).

entonces, en una de las más importantes fuentes de financiación del país. La transformación espacial de las costas del sur, en poco tiempo, sería total. A partir de los años 60, el aumento de visitantes y divisas da un salto cuantitativo, y de los seis millones de turistas registrados a principios de la década, se pasa a treinta y cuatro millones al comienzo de los años 70 (Moradiellos 138). El gobierno franquista explota el turismo de sol y playa con la declaración de Zonas de Interés Turístico Nacional, mientras que la delegación de Turismo educaba a los españoles sobre cómo tratar bien a los turistas con lemas como “España es simpatía”, “Spain is beautiful”, “Spain is different” (Murray Mas 9). La afluencia turística fue relevante para el sur no sólo porque aquí se encontraban muchas de las zonas de interés turístico declaradas por el gobierno franquista, sino también por el hecho de que muchas de las campañas de la época estuvieron basadas en la explotación de tópicos andaluces. Una imagen edulcorada del sur se unía ahora a los efectos nocivos de la emigración, configurando ambos fenómenos cuál debía ser el papel de los andaluces en la España de la transformación. La entrada masiva del turismo produce un cambio paisajístico de primer orden por medio de la urbanización, lo que afecta particularmente al sur de la Península, y a gran parte de la costa mediterránea. En estas mismas zonas geográficas se produce una terciarización de la economía, quedando indefectiblemente ligadas al sector servicios, mientras la industria se concentra en el centro y norte del país. Con todo, si, por un lado, el turismo sirvió para fomentar todo tipo de estereotipos, y convirtió a los españoles en ciudadanos europeos de segunda clase, por otro lado, también trajo trabajo y dejó que entraran nuevos aires en una España que había estado cerrada al exterior durante demasiados años, lo que tendría un papel fundamental en las transformaciones sociales que se producirían en el país algunos años después.

La España en la que Grosso y Goytisolo escriben estos relatos de viajes es una España en transformación. No solo cambia la faz económica, demográfica, social y espacial del país,

sino el propio relato sobre cómo y por qué se había producido la propia Guerra Civil. Para el historiador Diego Caro Cancela,

[e]l tímido aperturismo practicado por el régimen a partir de la década de los sesenta y la llegada a España—de forma clandestina—de otras historias de la Guerra Civil, como las publicadas por la editorial Ruedo Ibérico, que regentaba un exiliado español en París, obligaron a las autoridades franquistas a “modernizar” su discurso sobre el conflicto bélico y sus causas, marginando los argumentos que ya estaban totalmente desacreditados ante la opinión pública. (11)

Desde los años 30, el régimen franquista había justificado el golpe de estado y la consiguiente dictadura argumentando que los poderes políticos emanados de las elecciones del 16 de febrero de 1936 eran “ilegítimos” por las numerosas irregularidades que acompañaron la victoria de las izquierdas del Frente Popular. La sublevación militar había sido necesaria, según el franquismo, porque se estaba llevando a cabo un supuesto complot, preparado por la Tercera Internacional, que tendría como objetivo el establecimiento de un régimen comunista en España. Pero, más importante aún, el franquismo había cuestionado la capacidad del pueblo español para disfrutar de un sistema democrático por ser “racialmente” violento, y dado a las guerras “fraticidas” (Caro Cancela 11). Cuando escriben Grosso y Goytisolo, sin embargo, la presión para la europeización de España empieza a ser cada vez mayor, y la falta de democracia pone en entredicho el encaje del país en su contexto político. No solo por lo que está pasando en Europa, sino por los cambios significativos que se están llevando a cabo a nivel global; por ejemplo, el hecho de que se aprobara el voto femenino en Argelia y Marruecos, en 1963, tras sendos procesos de descolonización, aparecía como otro síntoma más de que España se estaba quedando atrás.¹⁴ La emigración y el turismo, por otro lado, habían mostrado a toda una generación de españoles, socializada durante la dictadura, que había otras formas de vestir, vivir, o pensar.

¹⁴ Aunque, de forma general, las mujeres pudieron votar en España a partir de la proclamación de la Segunda República—ya lo habían hecho por primera vez, y de forma parcial, en el Cantón de Cartagena en 1874—los procesos democráticos fueron abolidos durante todo el periodo dictatorial que siguió a la sublevación fascista.

La mitificación del espacio andaluz: contexto literario desde el romanticismo

El espacio andaluz ha sido objeto de una particular corriente de la literatura europea. Desde finales del siglo XVIII, y principios del XIX, el viaje a España de los autores románticos supuso un reencuentro con sus ensueños orientales, un reencuentro que tuvo lugar, particularmente, en el sur de la Península Ibérica. Los escritores románticos usaron el pasado andalusí, o la cultura gitano-andaluza, como trampolín para la elaboración de un mundo de fantasía literaria. Para Noel Rivas Bravo, los escritores románticos de este periodo vieron en el sur de España un “espacio mítico donde encontraron realizados todos sus afanes de aventuras, contrastes y bellezas exóticas” (CLV). Las crónicas de los viajeros (Victor Hugo, Théophile Gautier, François-René de Chateaubriand, Prosper Mérimée, Lord Byron, Alfred de Musset, etc.) seguían la estela de escritores anteriores como Madame d’Aulnoy, y, al mismo tiempo, servían de inspiración para otros más lejanos como Washington Irving. En la obra de todos ellos se conjugaría el mito de España como “país romántico” por excelencia. Esta visión romántica de España, por otra parte, se había originado en la mente de los viajeros románticos a partir de la lectura de la propia literatura española clásica, sobre todo el romancero, la novela picaresca, la novela morisca, Cervantes, Calderón, o el teatro del Siglo de Oro.¹⁵ Reinterpretadas por los viajeros y escritores del siglo XIX, la imagen romántica de España que saldría de estas lecturas también encontraría eco en la obra de algunos escritores españoles, como José Zorrilla, o Juan Arolas. La configuración de “una visión legendaria, intelectual y libresca de Andalucía” (Rivas Bravo CLV), que se produce en este periodo, va a demostrar una extraordinaria capacidad para permanecer en el tiempo, tomando forma no solo en la literatura, donde se origina, sino también en el arte, la música, el cine, la publicidad o la arquitectura.

¹⁵ Para la influencia de la literatura española clásica en la imagen romántica de España, véase Bernal Rodríguez, “Tipologías literarias de la Andalucía romántica” (1987).

La sublimación de lo andaluz, como dice el título de José Luis Venegas, *The Sublime South* (2018), tiene una multiplicidad de orígenes. El neoclasicismo europeo, sobre todo en Francia, había mostrado cierto desprecio hacia todo lo español (Navas Ruiz 114). España había sido considerada, por la Europa ilustrada, como un país que todavía vivía en la Edad Media, un país “essentially primitive, stalled in oriental medievalism” (Domínguez 434). El pasado islámico de España, para los pensadores del Siglo de las Luces, comprometía su capacidad para formar parte de la nueva modernidad, que en Europa se extendía casi al mismo tiempo que empezaba la expansión de la segunda ola colonial. En este contexto, los europeos del norte veían a España con cierto recelo. Como dice Nadia R. Altschul,

Spain was thus doubly colonized in the eyes of the “real” Europe; it was a medieval country denied the coevalness with European modernity on the one hand, and on the other hand it was troubled by a core Islamic/Oriental presence that connected it with the geographical Middle East. (180)

La aristocracia española, por otra parte, colaboraría con los románticos en su rechazo de las ideas reformistas de los ilustrados, cuyos preceptos racionalistas siempre fueron considerados en España como algo foráneo. De este modo, surge una corriente de “majismo popular” a lo largo del siglo XVIII que Julio Caro Baroja ha definido como una “reacción popular-aristocrática contra el racionalismo neoclasicista en alza” (99). José Antonio González Alcantud también habla de este “aplebeyamiento” de la aristocracia española de forma interesante cuando define el majismo como una “moda del siglo XVIII que obligaba ocasionalmente a los de arriba a comportarse como los de abajo” (10). Identificándose con el pueblo para rechazar el racionalismo ilustrado, las élites españolas contribuyeron a la popularización de figuras y motivos (toros, bandoleros, trajes regionales, fiestas populares, etc.) como una estrategia para la autoafirmación, frente al desdén del racionalismo europeo. Este regusto popular de la aristocracia española de la época genera una serie de comportamientos, costumbres y vestidos que, poco más tarde, van a ser fácilmente estereotipificables por los románticos.

Frente al desdén de los ilustrados, los viajeros románticos del siglo XIX, que huían de la uniformidad burguesa que se extendía por Europa, encontrarían su refugio en el sur de la Península Ibérica. La Guerra de la Independencia (1808-1814), que había enfrentado a los dos países vecinos—y enmascaraba una guerra civil al sur de los Pirineos—supuso, para muchos escritores franceses, un redescubrimiento de España. Los románticos, ahora, mostraban verdadera fascinación por aquellas mismas cosas que habían rechazado los ilustrados, generando una nueva corriente de hispanofilia en el continente europeo (Calvo Serraller 242).¹⁶ Esta nueva corriente hispanófila, sin embargo, era selectiva, y todo aquello que no ilustrase la imagen prefigurada de España, que ya traían los viajeros de antemano, quedaba fuera tanto del viaje, como del relato. Gautier, por ejemplo, parece no soportar el viaje cuando va en camino hacia el sur imaginado:

Madrid nos resultaba insoportable, y los días que aún tuvimos que estar allí nos parecieron por lo menos dos siglos. No soñábamos más que con naranjos, limoneros, cachuchas, castañuelas, basquiñas y trajes pintorescos, pues todo el mundo nos explicaba maravillas de Andalucía, con ese énfasis un poco fanfarrón de que los españoles no pueden prescindir. (167-168)

España ofrecía un mundo de imágenes exóticas, antiguas y variadas que los escritores románticos no encontraban en una Europa inmersa en el desarrollo industrial. Recreadas por los escritores, estas imágenes disfrutarían de un éxito rotundo entre el público lector de la época, ansiosos por dejarse llevar por el carácter “diferente” con que los escritores representaban a España: popularismo, sentimiento religioso, carácter apasionado, espíritu caballeresco, galante y sensual, pasado oriental y pervivencia de las tradiciones. Si, por un lado, los románticos emprendían, con su viaje al sur de España, una “doble huida en el tiempo y en el espacio” (Baltanás 9), por otro lado, esta huida también motivó una distorsión de lo que se encontraron, pues, como tan acertadamente dice Rivas Bravo, “[I]a condena de lo

¹⁶ Para otros acontecimientos históricos que también contribuyeron al surgimiento de este nuevo interés europeo por España, véase la introducción de José Alberich en *Del Támesis al Guadalquivir: antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX* (1976).

propio motivó la elevación de lo ajeno, solo porque era singular y contrario” (CLVI). El objetivo principal de los románticos no era “descubrir” Andalucía, sino conocer una sociedad distinta de la Europa que rechazaban; este deseo los lleva, precisamente, a destacar la diferencia, disimulando todo aquello que no casaba con la imagen romántica de España.

El sur de la Península Ibérica se convierte así en un espacio para el ensueño, “a dream world”, como dice Lou Charnon-Deutsch (59), en el que aparecen personajes tipo, argumentos, motivos literarios propios para lo que llega a ser un género en la literatura europea de principios del siglo XIX. Si el sur de España cumplía, o no, con las expectativas de los viajeros, no tenía la menor importancia, porque la literatura estaba justamente para eso, para dar forma a las ensoñaciones. De este modo, el sur peninsular “llegó a constituir un espacio idóneo para la evasión y la idealización” (CLVI). Como dice Enrique Baltanás, en los escritores románticos de este momento no vemos una imagen de Andalucía en la literatura, sino que vemos “Andalucía *como* literatura” (10).¹⁷ Los antagonismos sociales, las marcadas diferencias de clase, género, etc., el efecto de las incipientes independencias americanas en la vida española, la relación del sur con otras regiones de España, y, en suma, el trasfondo político, económico, social y cultural que no habían resultado tan atractivos para los viajeros, quedaban fuera del relato “andaluz”, justo en un momento, comienzos del siglo XIX, en el que todas estas características situaban al sur de la Península Ibérica en uno de sus periodos históricos de mayor complejidad.

Los viajeros románticos no tuvieron el más mínimo inconveniente en mitificar la realidad con el fin de embellecerla, y hacerla más atractiva para sus prójimos, entre quienes procuraban el éxito literario con la narración de sus aventuras, y la descripción de monumentos y paisajes legendarios. Otras formas de arte acompañaron a este fenómeno literario, entre las que destacan, en primer lugar, las artes gráficas. Las láminas de Richard

¹⁷ Énfasis en el original.

Twiss, James Cavanah Murphy, o David Roberts, crearon un nuevo paisaje andaluz en el que se estilizaban los monumentos del sur (la Alhambra de Granada, por ejemplo, es un caso paradigmático) hasta el punto de hacerlos irreconocibles (Raquejo Grado, 1990; Piñar Samos, 2008) (Figura 2). Más tarde, la emergencia de la fotografía, y, después, el cine, serían co-partícipes de este proceso. Como dice Rafael Utrera Macías en relación al sur de la Península Ibérica, a partir de 1896, el cine “contribuirá a mostrar universalmente sus monumentos convertidos en metáforas plásticas de la ciudad como también a conformar un específico paisaje andaluz” (125). El cine, la fotografía, la generación de archivos plásticos y la documentación visual han sido, por otra parte, destacados por muchos autores como parte inherente de varios procesos de colonización e imperialismo (Shohat y Stam, 1994; McClintock, 1995; Cole, 2019), los cuales comparten muchas características con la exotización romántica que en este momento está teniendo lugar con respecto a España.



Figura 2. La Alhambra de Granada vista por James Cavanah Murphy en el siglo XIX (*Arabian Antiquities of Spain*, 1816).

La imagen romántica de España, asimismo, encontraría unos colaboradores de primer orden en los propios artistas locales. Como dice Charnon-Deutsch, “Spaniards began a deeply ambivalent relationship with this ‘exotic’ and ‘oriental’ conception of themselves” (251). A lo largo de este periodo, la literatura costumbrista, en una suerte de espiral, adoptaba los preceptos estéticos románticos, resaltando los comportamientos casticistas de los andaluces en sus relatos. Con sus obras, muchos artistas, como el pintor José Domínguez Bécquer (1805-1841), padre del famoso escritor, “contribuyeron a la construcción de la imagen romántica de España, identificada con aspectos y tópicos de la cultura andaluza” (Rubio Jiménez 51). La propia población del sur de la Península, en muchas ocasiones acosada por la miseria, participó igualmente en la creación de esta imagen romántica, pues, como dice Manuel Bernal Rodríguez, los cicerones de los viajeros “contribuían a sostener los arquetipos ofreciéndose ellos mismos como espectáculo”, o inventando narraciones inverosímiles que eran rápidamente engullidas por sus ilusos y pre-intencionados visitantes (18).

Las ferias, y otros tipos de festividades populares—que todavía hoy se celebran con auténtica devoción—, nacen en este periodo, o sufren un auge importante aprovechando el nicho de mercado que ofrecía la imagen romántica de España, y, sobre todo, el número cada vez mayor de visitantes extranjeros. Ferias de ganado tradicionales, como, por ejemplo, la de Sevilla, fueron reconvertidas, a lo largo de estos años, en exóticos espectáculos llenos de “color”, en los que se mostraban la música, la gastronomía, los trajes. Como dice Baltanás, poco a poco tomaban carta de naturaleza “las coordenadas míticas de un tiempo y un espacio que son, a la vez, realidad y ficción” (11). Pero, si los románticos crearon esta imagen del sur de España como resultado de una nostalgia por el pasado europeo que comenzaban a perder, las sucesivas escuelas o tendencias estéticas y literarias (Modernismo, Naturalismo, Vanguardismo) van a proyectarla hacia el futuro, continuando, en lo esencial, el propósito, los resortes y las motivaciones del movimiento romántico. En las primeras décadas del siglo

XX, la huida ya no se produciría solo hacia el pasado, ni hacia afuera, sino, también, hacia delante, hacia estados utópicos conducidos por una vanguardia “consciente” (Baltanás 11). Y eso, a pesar de que en el origen de esta imagen romántica de España estaba el universo maltusiano que hacía parecer la pobreza como inevitable: “[c]omo todos los pueblos sencillos y más cerca de la Naturaleza, tienen una rectitud de juicio que les hace despreciar las satisfacciones condicionadas”, decía Gautier sobre los habitantes del sur de España (221).

La literatura de viajes del siglo XX—tanto la extranjera, como la española—, no escapa, por otro lado, a muchos de los motivos románticos, a pesar de tomar rumbos bien diferentes. Los escritores extranjeros de principios de este siglo tuvieron, ciertamente, una mirada distinta sobre el sur de España, pero no parecían desentenderse del todo de la Andalucía imaginada durante el romanticismo decimonónico. Para González Alcantud,

desde la Guerra Civil para acá los viajeros vuelven al espíritu racionalista, procurando desentrañar la realidad social de una Andalucía, y una España por ende, considerada trágica; los Brenan, Pitt-Rivers, Gilmore, Fraser, Mintz, etc., utilizarán los mecanismos y el pretexto de las ciencias sociales para tal cometido. Mas en el fondo siempre late la mitología de la España primitiva, núcleo de la atracción romántica. (8)

Otros escritores extranjeros que viajan a España, como Ernest Hemingway, quedan también fascinados justamente por aquellos rasgos que hacen de España un país “diferente”. Las corridas de toros, por ejemplo, son el tema principal de obras como *Death in the Afternoon* (1932). Durante el franquismo, los escritores extranjeros que se acercan a España, a pesar de proceder muchos de ellos de la Europa moderna y democrática, no dudan en poner en valor aquellas cualidades que hacen de la Península Ibérica, del sur, en particular, una tierra atrasada, primitiva, y, por tanto, fascinante. Como los románticos, muchas de las ideas que traen los viajeros extranjeros de este momento siguen siendo preconcebidas. Destacan, por ejemplo, la inquietante narradora aristócrata, en total alineación con el régimen franquista, en *Two Middle Aged Ladies in Andalusia*, de la británica Penelope Chetwode (1963), o la representación casi exclusivamente monumental que lleva a cabo la también británica Nina

Epton en *Andalusia* (1968). En estos libros, el cambiante contexto social, económico y político de los años 50 y 60 desaparece casi por completo para embellecer un paisaje que, en numerosas ocasiones, sigue siendo el paisaje exótico, histórico de los románticos; si acaso, ahora sazonado, después de la guerra, por algunas características que lo hacen “naturalmente” trágico.

Entre los escritores españoles que viajan por la Península Ibérica, parece haber un punto y aparte a partir de la publicación de *Viaje a la Alcarria*, de Camilo José Cela (1948), un libro que tendrá una enorme influencia en la literatura de viajes escrita en España a lo largo de la siguiente década. Los escritores españoles que viajan por Andalucía en este periodo, sin embargo, tienen una mirada lírica, determinista y misteriosa sobre el sur de la Península que, en muchos casos, parece estar influenciada por esa “naturalización” de la pobreza que, a principios del siglo XX, teorizara Ortega.¹⁸ El *Primer viaje andaluz* (1959), del propio Cela, *Andalucía*, de José María Pemán (1958), o *Nuestra Andalucía* (1966)—con un llamativo posesivo en el título para haber sido escrito por el vallisoletano Julián Marías—se inscriben dentro de lo que González Alcantud ha llamado el “neocasticismo franquista” (10), que consiste en promocionar una imagen del sur con vistas al turismo en la que destacan—totalmente despolitizadas—la música, los vestidos regionales, las fiestas locales y los paisajes líricos.

Quienes escribieron una o dos generaciones antes que estos autores, es decir, los autores de la Generación del 98, parecen estar condicionados por lo que Jesús Torres Camacho ha denominado “concepciones patrióticas del paisaje” (1245). Jorge Carrión también ha dicho que, desde principios del siglo XX hasta Cela, hay una “dirección única de la literatura de viajes en castellano” (“El viajero franquista” 272). Esta dirección única

¹⁸ Véase *Teoría de Andalucía*, una serie de artículos publicados por José Ortega y Gasset en el diario madrileño *El Sol* en 1927 (reimpresos, junto con otros escritos, en 1944 en *Revista de Occidente*); en estos artículos, Ortega y Gasset defiende una visión determinista del sur de la Península, según la cual, los andaluces viven en una especie de estado “vegetativo” que se debe a razones principalmente históricas y climáticas.

consiste en una codificación nacionalista del territorio, en la que, a través de un fuerte castellanismo, se lleva a cabo una “patrimonialización” del espacio nacional. Podríamos incluir aquí autores como Azorín, y, sobre todo, Miguel de Unamuno. Los escritores de esta época, que escriben a la luz del “desgarro” que supuso para ellos la pérdida de las últimas colonias, están interesados en dilucidar la esencia del “alma española” (Unamuno, *Obras* 65). La mirada de estos autores es una mirada castellanizante, y el propósito de su literatura es castellanizador.¹⁹

Los relatos andaluces de Grosso y Goytisolo, en muchos aspectos, constituyen una “desviación” de esta literatura de viajes anterior. Antonio Ferres, en la introducción que escribió para la publicación de *Por el río abajo*, en 1977, afirmaba que, con este libro, Grosso “cambia de actitud con respecto al libro de viajes costumbrista esteticista o incluso al reportaje del costumbrismo lingüístico con regustos de tremendismo” (8). Por otro lado, el propio Goytisolo se distanciaba de la literatura de viajes que se escribía en España cuando publicó *Campos de Níjar* y *La Chanca*, diciendo que estos libros estaban “en los antípodas de *Viaje a la Alcarria*” (“De Sicilia a Andalucía”, web). Una de las cosas que hace diferente a los libros de viajes de Grosso y Goytisolo en el sur de la Península Ibérica es la influencia de los autores marxistas y neorrealistas italianos. En una ocasión, Goytisolo dijo que, “escritores como yo, Ferres, López Salinas, Grosso, Andrés Sorel y el porfiado y admirable Juan Eduardo Zúñiga de *Capital de la gloria*, aprendimos mucho de Italia y de sus novelistas y cineastas” (“De Sicilia a Andalucía”, web). Esta característica de los libros de viajes de Grosso y Goytisolo ha sido, también, destacada por la crítica (Talbot 1988; Fernández Fernández 1992). La mirada “social” que los críticos han destacado en estos libros de viajes, sin embargo, no debe llevarnos a considerarlos como únicamente una suerte de relatos

¹⁹ Véase también, a medio camino entre la biografía y la literatura de viajes, *Pagan Spain* (1957), de Robert Wright; Wright viaja por una buena parte de la geografía española, incluido el sur, y, en sus crónicas, centradas en los aspectos folclóricos de las tradiciones y en la búsqueda de un supuesto “espíritu español”, se pueden percibir muchos de los matices que emanan de la mirada castellanizante que está en curso en este momento.

panfletarios, como muchas veces han sido vistos. Aunque estos libros comparten muchas características con otros libros del realismo social de los años 50—algunos de los autores mencionados por Goytisolo, por ejemplo—en ellos hay algo más que denuncia y estetización de la miseria. Una de las características que han señalado varios autores para el realismo social, entre otras, es la presencia de un “protagonista colectivo” (Mangini 115)—es decir, falta de individualización y representación de un grupo.²⁰ Sin embargo, frente a otros libros de la literatura socio-realista de la misma época, en estos relatos de Grosso y Goytisolo podemos encontrar una individualización de ciertos personajes. Por ejemplo, Don Ambrosio, en *Campos de Níjar*, o Teresa, en *La Chanca*, tienen sus propias historias, y estas historias individuales no son intercambiables con las de otros personajes. El segundo, por otro lado, también tiene una evolución a lo largo del relato, por lo que tampoco parece que podamos identificarlo con los personajes más “planos” de una supuesta literatura socio-realista que únicamente se centra en la denuncia social.

Por otro lado, en la literatura española hay varios ejemplos de autores que se han acercado hasta el sur peninsular con la intención de analizar algunos de los problemas endémicos de la región. Tal es el caso de autores decimonónicos como Leopoldo Alas “Clarín”, autor *El hambre en Andalucía* (1883), o Azorín y *La Andalucía trágica* (1905). Estos autores, si bien hacen un análisis bastante acertado de las dinámicas sociales y económicas que han condicionado la vida en el sur de la Península durante siglos, parece que mirasen con una lupa a los andaluces, que aparecen, en estos libros, como si fueran hormigas inspeccionadas en un laboratorio por un científico.²¹ Frente a esta mirada distanciada—que coincide con la mirada cinematográfica que algunos críticos señalan como otra de las características del realismo social (Champeau 208)—los narradores de Grosso y Goytisolo tienen la particularidad de “mezclarse” con el entorno, tanto con el paisaje, como con sus

²⁰ El caso paradigmático que se suele argüir en referencia a la definición de “protagonista colectivo” es la clásica obra de teatro de Lope de Vega, *Fuenteovejuna* (1619); véase Tenschert (1985).

²¹ Para Clarín, véase el perfil que hace de este libro Cowans (2003).

habitantes. “[M]e sentía como en familia”, dice uno de los narradores de Goytisolo (*LC* 14); “la quería sin conocerla aún”, dice otro de sus narradores, sobre la provincia de Almería (*CN* 10). En ambos autores, quienes se cruzan con los viajeros son descritos como “mi amigo”, “mis compañeros”, “mis amigos”, “un viejo amigo” (Grosso, *AP* 96; Goytisolo, *CN* 19, 37; *LC* 60, 93). En un género, la literatura de viajes, que generalmente se caracteriza por la “destitución” de los cuerpos que viajan, como dicen Marguerite Helmers y Tilar J. Mazzeo (269), resulta llamativa la forma en que los cuerpos de los narradores de Grosso y Goytisolo se hacen presentes en el relato. No solo porque pasan calor, sed o hambre (*AP* 84; *CN* 57; *LC* 34), como sucede en muchos otros libros de viajes, sino por el contacto físico que tienen con los locales, especialmente con los niños: “se agrupan en torno mío, [...] me tiran de la manga” (*CN* 72). Los narradores de Grosso, por otra parte, también destacan la hospitalidad de sus anfitriones (*AP* 22), o la familiaridad que tienen con ellos para “charlar de alguna cosa” (*RA* 129).

Los narradores de Grosso y Goytisolo en estos libros parecen fusionarse con los locales en una especie de abrazo “gramsciano”, en los términos de Jo Labanyi (“Gramsci” 107).²² Si, como dice Robin Magowan, “[w]e judge a travel writer by what he takes in, the quality and inclusiveness of his embrace” (174), entonces Grosso y Goytisolo ofrecen una forma de viajar y de narrar diferente a la literatura de viajes escrita antes y después sobre el sur peninsular. No reduciendo a los personajes a sus condiciones materiales, los narradores de estos libros humanizan a sus personajes. Por otra parte, en los libros de viajes de Grosso y Goytisolo no vemos únicamente una instrumentalización de la pobreza del sur para hacer una denuncia política, sino que también son tratados muchos otros aspectos relevantes, tanto para el sur, como para el resto de España. Grosso y Goytisolo no viajan por el sur de la Península

²² En “Gramsci and Spanish Cultural Studies” (1999), Labanyi explora cómo Gramsci rechaza lo que el italiano percibe como una valorización negativa del campesinado por parte de Karl Marx—Labanyi explica cómo para Gramsci es importante que el “intelectual orgánico” haga suya la cultura popular como parte de su proyecto modernizador (107).

Ibérica como lo hicieron los románticos, ni lo miran con una lupa distanciada, sino que se sumergen, se dejan llevar por la experiencia del viaje; al mismo tiempo, tampoco escriben desde el propósito de intervenir en lo que ven, sino que dejan que lo que ven intervenga en ellos mismos, cambiando, o informando, el curso de su propia literatura. La mayor disidencia de estos libros no es denunciar los horrores del franquismo, sino “mezclarse” con quienes hasta ese momento (en la literatura relacionada) no habían sido más que una mera parte del paisaje nacional, vertiendo una mirada distinta, quizás más honesta, sobre eso a lo que el propio Grosso se refiere como la “Andalucía convencional” (RA 84). Estas características son las que hacen que los libros de ambos autores sigan siendo relevantes hoy en día, como muestra el hecho de que sean revisitados una y otra vez; por ejemplo, en la película documental *Campos de Níjar*, de Nonio Parejo (1984), la nueva versión de *Por el río abajo*, escrita por Juan Manuel Suárez Japón (2010), o el libro *La Chanca: un cambio revolucionario (1940-2000)*, de Pepe Criado (2016), y con un prólogo del propio Goytisolo que, quizás, sea el último texto que escribió.

Antecedentes, metodología, estructura y capítulos de la tesis

La narrativa de Grosso es apenas conocida por el público general actualmente, aunque algunas de sus obras (*Con flores a María*, 1963; *Florido mayo*, 1973) merecerían ser incorporadas, al menos, al currículum académico de las escuelas andaluzas por la perspicacia y la sabiduría con que el autor analiza en ellas algunos de los aspectos más relevantes de la sociedad y la cultura de esta zona geográfica de España.²³ En el ámbito académico, muchas de sus novelas han sido estudiadas casi exclusivamente desde los parámetros del realismo social (Ruíz-Copete, 1973; Ballo Moreno, 1979; Merin, 1982; Schaefer, 1984), aunque otros autores han ampliado el campo de estudios centrándose en otros aspectos de interés

²³ *Con flores a María* no pasó la censura en los 60 y no aparece en España hasta la edición de Cátedra en 1981.

(Schwartz, 1976; Talbot, 1988; Gutiérrez Carbajo, 2003; Montejo Gurruchaga, 2004, 2006; Trancon, 2006; Diouf, 2015). Cuando la naturaleza de la narrativa de Grosso cambia radicalmente a partir de la segunda mitad de los años 60 (como también sucedió con la obra de Goytisolo), el autor escribió, posiblemente, sus mejores libros, pero estas últimas incursiones literarias apenas han recibido atención por parte de la crítica. Con todo, existe un cuerpo de trabajo constituido por una serie de publicaciones que, aún habiendo aparecido llamativamente diseminadas en el tiempo y en la geografía, nos ayudan a comprender mejor la extensa obra literaria del autor. Las constantes estilísticas (Schwartz, 1976), el código narrativo (Gutiérrez Carbajo, 2003), la influencia cinematográfica (Talbot, 1988), su relación con la censura (Montejo Gurruchaga, 2004), o los fundamentos filosóficos de su narrativa (Diouf, 2015), son algunos de los aspectos de la obra de Grosso que han recibido mayor atención por parte de la crítica. Por otra parte, José Antonio Fortes (1981, 1990, 2003), y Julio Manuel de la Rosa (2005), han publicado varios monográficos sobre su obra.²⁴

La narrativa de Goytisolo—considerado por muchos como uno de los grandes escritores del siglo XX español—ha recibido una mayor atención por parte de la crítica, y, sin embargo, *Campos de Níjar* y *La Chanca* han sido menos estudiados que otras obras del autor, como *Señas de identidad* (1966) o *Don Julián* (1970); me atrevería a afirmar, sin embargo, que los primeros son algunos de los libros de Goytisolo más leídos por el público general, lo que, quizás, se deba a que, narrativamente, son más convencionales que su narrativa posterior. La menor atención de la crítica para estos dos relatos, por otra parte, también resulta llamativa si tenemos en cuenta que son un punto de inflexión en la carrera literaria de Goytisolo. Goytisolo es conocido por haber establecido su residencia en lugares tan distintos como París, Nueva York, o Marrakech; por viajar y escribir en Samarcanda, El Cairo o Argelia; por su inmersión en el mundo islámico; por haber sido reportero de guerra en lugares

²⁴ Fortes incluye una buena bibliografía sobre las publicaciones en torno Grosso en *La nueva narrativa andaluza* (1990), aunque esta bibliografía solo llega hasta el año de publicación de este libro (325-332).

tan dispares como Sarajevo o Chechenia, y, sin embargo, como dice Randolph Pope, “his most important displacement [...] happened not outside the borders of Spain, but within them” (25). Leer sus libros de viajes, afirmaba Aurora Egido, en 1979, “puede llevarnos a encontrar las raíces de su postura actual y a desentrañar algunos malentendidos” (149-150). ¿Quizás, *Campos de Níjar* y *La Chanca* no han recibido la misma atención que otras obras del autor por el mismo desinterés sobre el sur peninsular que uno de sus narradores achaca a los escritores de la Generación del 98? (CN 109).²⁵ Hay, con todo, algunos estudios que han explorado diversos aspectos de estos libros. David Henn (1988), por ejemplo, ha explorado las semejanzas y divergencias entre estos relatos de viajes y la ficción posterior del autor (1988); también, la representación de la tierra almeriense en la obra de Goytisolo y en la de Gerald Brenan (1991); Abigail Lee Six (1996) hizo un detallado estudio sobre *Campos de Níjar* y su contexto; Sergio Braulio Véliz Rodríguez (2003) ha leído *Campos de Níjar* en clave antropológica, vinculando este libro con el auge de la llamada “antropología posmoderna” (42); Genaro J. Pérez (1979) ha explorado la forma narrativa tanto en *Campos de Níjar*, como en *La Chanca*, y Randolph Pope (1995) analiza formas de colonialismo interno en este último libro explorando la relación de su trama con unas cartas que vinculan la riqueza familiar de los Goytisolo con las plantaciones de la Cuba colonial.

Ninguno de estos estudios sobre Grosso y Goytisolo se ha aproximado a la obra de estos autores desde una perspectiva espacial, a pesar de que, en el ámbito del hispanismo, la perspectiva del espacio ha estado cada vez más presente a lo largo de los últimos años. Entre los estudios peninsulares publicados en la última década, y que toman una perspectiva espacial, destacan, por su carácter novedoso, los trabajos de Ann Davies (2012), Nathan Richardson (2012) y Nil Santiáñez (2013). En *Spanish Spaces: Landscape, Space and Place*

²⁵ Goytisolo habla de la Andalucía oriental por la que viaja, a la que se refiere como un “olvidado rincón de nuestro suelo” (CN 10), cuando dice que, a lo largo de la historia, ha sido descuidada por reyes, ministros, reformadores y escritores, pues “cuando los escritores del Noventa y Ocho se echaron a andar por los caminos y tierras de la península, se detuvieron en sus límites y no juzgaron empresa digna de su talento el empeño de defender su causa” (CN 110).

in *Contemporary Spanish Culture*, Davies explora una variedad de textos literarios y fílmicos de la España del siglo XX para interrogar cómo el espacio llega a ser el medio a través del que estos textos evocan diferentes significados de la palabra “España”, “a promise”, concluye la autora, “never quite fulfilled” (5). En *Constructing Spain: The Re-Imagination of Space and Place in Fiction and Film, 1953-2003*, Richardson explora la cultura española en términos espaciales durante la segunda mitad del siglo XX, señalando cómo los cambios producidos en España desde los años 50 han quedado reflejados en los imaginarios espaciales de los textos analizados, en los que la progresiva urbanización lleva a una alienación del individuo. En *Topographies of Fascism: Habitus, Space and Writing in Twentieth-Century Spain*, Santiáñez explora la representación del espacio en la producción cultural del fascismo español—ensayos, discursos, artículos de prensa, propaganda, poemas, novelas, memorias—desde los primeros años 20, hasta finales de los años 50. Santiáñez examina cómo el fascismo expresa su visión del estado, la nación y la sociedad en términos espaciales—el estado como “edificio”, la nación como “unidad orgánica”—a través de la arquitectura, el espectáculo público, o rituales militares, para lo que el autor compara la producción cultural fascista en España con el discurso de políticos e intelectuales fascistas de Italia, Francia o Alemania. Otros trabajos, además de los ya mencionados, han explorado España y su contexto desde la perspectiva del espacio (Baker, 1991; Kovács, 1991; Smith, 2000; Compitello y Larson, 2001; Compitello, 2002 y 2003; Roseman y Parkhurst, 2008; Ferrándiz, 2009; Celma Valero y González, 2010; Fraser, 2011; Whittaker, 2011; Buffery y Caulfield, 2012; Masterson-Algar, 2016).

Este trabajo une por primera vez el estudio de estos libros de viajes de Grosso y Goytisolo con los estudios sobre el espacio en el ámbito de los estudios peninsulares.²⁶ Con ello, se espera construir un puente que sirva para unir ambas ramas de estudio, al mismo

²⁶ Richardson (2012) dedica parte de su estudio a hacer una exploración espacial de *Don Julián* (1970), una de las novelas más relevantes de Goytisolo (56-78).

tiempo que para abarcar la obra de estos autores desde nuevos puntos de vista, así como expandir nuestro conocimiento sobre la representación literaria del espacio en las literaturas hispanas. Como otros estudios peninsulares que toman una perspectiva espacial, este trabajo hace uso de una batería de conceptos provenientes de disciplinas tales como la geografía cultural, la sociología, la teoría postcolonial, la arquitectura o el urbanismo, así como también hace uso de textos sobre la cultura, la sociedad y la identidad del sur peninsular, y del conjunto de España. Conceptos diferentes de cada una de estas disciplinas son explorados en cada uno de los capítulos, y posteriormente aplicados a los textos, e ilustrados con ejemplos. Metodológicamente, la forma de proceder en este trabajo no es muy diferente a la de otros estudios peninsulares sobre el espacio (Labrador 221-222; Cuadrado 333). Una de las principales novedades del trabajo, sin embargo, se encuentra en el contexto al que este procedimiento es aplicado: el espacio andaluz de los años 50 y 60, y la forma en que, en los libros de viajes de Grosso y Goytisoló, aparece representado.

El análisis de la representación del espacio en el ámbito de los estudios hispanos pasa por uno de sus momentos de mayor actualidad. Germán Labrador ha hecho un balance sobre el auge de “las nociones relativas a la espacialidad tanto en el ámbito de los estudios culturales como en el área específica del peninsularismo”, y afirmaba, en 2013, que el pensamiento sobre el espacio constituye “una nueva herramienta conceptual que requiere creciente atención y conocimientos” (221). La “*carrera espacial*”, o “*giro espacial*”, en palabras de Labrador, comenzó hace al menos cuatro décadas con el desarrollo teórico y metodológico de los estudios sobre la ciudad, la sociología, la geografía cultural, la filosofía de la representación, la historia cartográfica y la antropología cultural, habiendo cristalizado recientemente en un área de recursos analíticos que, según el autor, forma parte del

conjunto de *apps* con las que leer novelas o películas, con las que interpelar archivos culturales y con las que preguntarse por la configuración social de los discursos, por la emergencia de sujetos políticos, la expresión de conflictos de clase o de luchas por el reconocimiento. (221)

Pensar en términos categoriales de espacio, como antes en los de sexualidad, de temporalidad o de lenguaje, de materialidades de la representación, comunidades imaginarias o identidades discursivas, “parece haber venido para quedarse”, y se ha hecho un hueco recientemente, también, en los estudios peninsulares (Labrador 221). Labrador, sin embargo, parece achacar a algunos de los estudios que se han hecho en los últimos años sobre el espacio en el ámbito del peninsularismo el hecho de que privilegien la experiencia espacial como una experiencia fundamentalmente individual. Para Labrador, en algunos estudios peninsulares sobre el espacio más recientes resulta llamativa “la ausencia de sujetos colectivos” en muchos de los espacios, paisajes y lugares que aparecen en estos libros. Y, cuando están, estos sujetos colectivos suelen verse convocados “como parte de una misma experiencia espacial donde todo el mundo acaba por aparecer solo en su sitio” (227). Las publicaciones recientes que estudian el espacio en un contexto español muestran, según Labrador, “inmensos espacios vacíos (o vaciados)” (227). Para este trabajo, sin embargo, prestar atención a quienes habitan el espacio es particularmente relevante, ya que parte de la premisa de que los “paisajes humanos”, en la literatura de viajes sobre Andalucía, han sido sistemáticamente abandonados (y eso, en el mejor de los casos). Por otra parte, de acuerdo a la literatura sobre este tema, atender a quienes habitan el espacio parece ser especialmente necesario, ya que, como dice Lefebvre, “[w]here there is space there is being” (*Production* 22); Augé, asimismo, también ha dicho que “it is no longer posible for a social analysis to dispense with individuals, nor for an analysis of individuals to ignore the spaces through which they are in transit” (120). Los “paisajes humanos” del sur, es decir, la relación con el espacio de quienes habitan el espacio andaluz—tanto si se trata de la masa empobrecida de campesinos sin tierra, como si son los habitantes de barrios específicos con respecto al entorno que les rodea—es una de las principales preocupaciones en este trabajo, especialmente en el capítulo donde se abordan diferentes formas de resistencia.

Por otro lado, Labrador también parece achacar a algunos estudios peninsulares que recientemente han tomado una perspectiva espacial el hecho de que “no abordan sustancialmente los procesos materiales de producción del espacio” (228). Aquí Labrador se refiere a la construcción acelerada de los años previos a la crisis financiera comenzada en 2008, a las olas de cemento y hormigón que batieron los suelos de la España del siglo XXI: “[s]obre los dramas humanos, personales y sociales que este proceso está comportando hoy, informan mejor los periódicos y las redes sociales que los estudios espacio-culturales” (Labrador 228). Según el autor, estos problemas de primer orden habrían quedado diluidos, en la crítica reciente, en una “celebración de la plasticidad ontológica del espacio” (229). Aunque el objetivo principal de este trabajo no es explorar los procesos materiales de producción espacial, algunos de estos procesos son particularmente relevantes para el desarrollo de los diferentes argumentos que hay en cada uno de los capítulos: específicamente, se atiende, en puntos determinados, a la espacialidad y a la sociología del latifundio, al desarrollo desigual entre diferentes territorios nacionales, al abandono institucional de las zonas rurales, al crecimiento urbano, a la privatización de carreteras, playas, etc., a la transformación del área geográfica del Bajo Guadalquivir para la expansión del monocultivo gigante del arroz desde los años de la Guerra Civil, o al impacto geográfico y social de los paisajes militarizados de las bases estadounidenses y de los territorios británicos del Peñón de Gibraltar.

La tesis tiene cuatro capítulos, y cada uno de ellos gira alrededor de un área temática principal: (1) poder, (2) opresión, (3) resistencia y (4) identidad. El ejercicio del poder es un tema fundamental para abordar unos textos que hablan de una dictadura, por eso aparece en primer lugar; si la opresión es una de las formas en que se manifiesta el poder, también puede ser un motivo para la resistencia; la combinación de los tres elementos anteriores contribuye a determinar nuestra identidad. Cada uno de los capítulos de la tesis, de esta manera ordenados,

pretende sentar las bases para el desarrollo temático de los siguientes. La temática de la tesis, en cualquier caso, es fluida, continua, circular, por lo que temas similares aparecen en diferentes capítulos. Por ejemplo, uno de los temas que se abordan en el primer capítulo son los nombres de lugar del franquismo, que aparecen como una forma de dominación; este mismo tema, los nombres de lugar, aparece de nuevo en el tercer capítulo como una forma de resistencia, ya que los personajes de estos libros evitan ciertos nombres de lugar del franquismo, a través de lo que en este capítulo se denomina como una forma de “toponimia popular”; al mismo tiempo, la toponimia también es una forma de abordar la identidad de los espacios representados. Por otra parte, en cada uno de los capítulos se hace una exploración teórica inicial del concepto principal de ese capítulo, antes de pasar al análisis de los textos propiamente dicho. Únicamente el cuarto y último capítulo es diferente en este sentido, ya que la parte inicial, más que a una exploración teórica, está dedicada a explorar brevemente la castellanización de la identidad nacional de España en la obra ensayística y literaria de Miguel de Unamuno, que es utilizada como ejemplo paradigmático de la Generación del 98, y para ser contrastada más adelante con la forma “híbrida” en que la identidad nacional aparece en los libros de viajes de Grosso y Goytisolo.

El primer capítulo de la tesis explora la dimensión espacial del poder en estos libros. Bajo el título “Poder: monumentos, bustos, estatuas, ruinas y castillos”, el propósito de este capítulo es hacer una lectura crítica de varios espacios monumentales (u otros espacios relacionados) que aparecen en estos relatos explorando, a través de ellos, el carácter performativo del poder, o cómo el poder aparece simbolizado, personificado, objetivizado en estos espacios. A lo largo de este capítulo se examinan ocho espacios: (1) un conjunto de estatuas que uno de los narradores de Grosso describe en un parque de Algeciras, Cádiz (*AP* 35), (2) un paisaje urbano, también en Algeciras, donde se menciona la presencia de un retablo de un Cristo en una plaza llamada “Plaza del Generalísimo” (*AP* 23), (3) el

Monumento al Sagrado Corazón que describe uno de los narradores de Grosso en San Juan de Aznalfarache, Sevilla (*RA* 19), (4) la descripción que vemos en uno de los libros de Grosso de la antigua muralla islámica de Tarifa, Cádiz (*AP* 40), (5) el castillo de Guzmán “el Bueno” que aparece descrito por este mismo narrador en Tarifa (*AP* 40), (6) la ruina de una de las atalayas que sirvieron para defender el territorio peninsular de las incursiones norteafricanas, que aparece mencionada en Goytisolo (*CN* 88), (7) la Alcazaba de Almería, donde uno de los narradores, también de Goytisolo, coincide con un grupo de turistas (*LC* 20), y (8) el recién estrenado Paseo de Níjar, que en Goytisolo es descrito en términos de “monumentalidad” (*CN* 47). Para abordar la representación de estos lugares en cada uno de estos libros de viajes, el capítulo comienza con una reflexión teórica en torno al poder. Esta reflexión teórica inicial parte de autores como Michel Foucault, David I. Kertzer o Néstor García Canclini, y explora una conceptualización del poder como régimen discursivo cuya presencia queda materializada en los espacios monumentales que vemos en estos libros, que en la argumentación del capítulo, son concebidos como lugares en los que interaccionan diferentes ideas, visiones y narrativas en torno a la nación, la religión, la cultura o el pasado histórico de España en general, y de Andalucía en particular. A través de los diferentes espacios seleccionados, este capítulo explora lo que algunos autores han denominado como el “paisaje franquista” (Ariel del Val 45; Carrión 270; Torres Camacho 1245), analiza los matices que adquiere el pasado histórico (particularmente, el pasado islámico del sur de la Península) en el contexto de la dictadura, e indaga hasta qué punto estos espacios interaccionan con las directrices de la nueva España desarrollista de finales de los 50 y primeros 60, en la que la industria del turismo y las nuevas políticas urbanísticas comienzan a desarrollarse con fuerza.

El segundo capítulo explora las diferentes formas de opresión que aparecen en estos libros desde una perspectiva espacial. Bajo el título “Opresión: (in)justicia espacial y sus cicatrices en el paisaje”, este capítulo identifica y analiza la huella paisajística que dejan

diferentes formas de opresión, cómo las formas de opresión que aparecen en estos libros tienen una dimensión espacial, y como diferentes formas de organización, producción y conceptualización del espacio pueden conducir a formas de opresión específicas. El capítulo comienza con una aproximación al concepto de “justicia espacial” elaborado por Edward W. Soja y otros geógrafos culturales. Aunque el concepto tiene un desarrollo anterior, Soja lleva a cabo un estudio bastante exhaustivo del mismo en *Seeking Spatial Justice* (2010), donde el autor reúne muchas de estas ideas anteriores y da forma definitiva a algunos de sus escritos. Para Soja, la justicia espacial es una forma de poner en relación el espacio con el concepto de “justicia social”, y parte de la premisa de que “all geographies have expressions of justice and injustice built into them” (“The City” 2). A lo largo de este capítulo, la idea de justicia espacial aparece combinada con otras ideas relacionadas que sirven para profundizar en el análisis de la representación del espacio desde el punto de vista de la opresión social, o de diferentes formas de dominación; algunas de estas ideas relacionadas de las que hace uso este capítulo son los “no lugares” de Marc Augé, las alusiones al centro y a la periferia nacionales mencionadas por Benedict Anderson, o las especulaciones teóricas sobre la movilidad de autores como Tim Cresswell o Paul Virilio. El capítulo explora una variedad de paisajes e imágenes espaciales que van desde la vegetación (aridez, violencia paisajística), la apariencia de abundancia con que son representados los cortijos (caseríos rurales), la expansión de la marisma arrocera y el monocultivo gigante—“ese mar verde” (Grosso, RA 81)—o la presencia de antiguos pozos mineros que, en el tiempo de la narración, permanecen como testigos mudos de un pasado económico menos desesperado. La segregación espacial, la marginalidad, el acceso a recursos de primera necesidad, las dificultades para el transporte, el desarrollismo y sus símbolos, como son, por ejemplo, el coche, o el uso de presos políticos para la construcción de grandes proyectos hidráulicos son algunos de los aspectos que a lo largo de este capítulo son tratados. El capítulo nace y busca dar sentido y contexto a una serie

de expresiones y conceptos que aparecen continuamente en las descripciones paisajísticas de estos autores, donde El Vacie, El Zapal o La Chanca, barrios marginales en el sur de España, son descritos como “herida” (RA 21), “terreno prohibido” (LC 27), “universo aparte” (LC 27), y en las que, si un campesino tiene un pedazo de tierra, el narrador se refiere a este pedazo de tierra como un “minifundio estrangulado” (RA 42) que apenas sobrevive en el gran sur latifundista que siempre han sido (casi) todas las áreas meridionales de la Península Ibérica.

El tercer capítulo es una exploración de las diferentes formas de resistencia con que los personajes de estos libros se oponen a diversas maneras de control o dominación. Bajo el título “Resistencia: protección colectiva, toponimia popular y otras estrategias”, el principal propósito de este capítulo es desterrar la idea de que los personajes que aparecen en estos libros son meras víctimas, es decir, individuos o grupos que aceptan resignadamente la opresión desprovistos de forma alguna de agencia. Este capítulo retoma el debate en torno a la conceptualización del poder iniciado en el primer capítulo de la tesis para explorar la resistencia como concepto. Partiendo de la premisa de que, como dice Foucault, “[w]here there is power, there is resistance” (*History* 95), el capítulo explora las diferentes formas de resistencia que vemos en estos libros desde una perspectiva espacial. Si hay algo que tienen en común las diferentes formas de resistencia que aparecen en estos textos de Grosso y Goytisolo es su diversidad. Dada la diversidad de estas formas de resistencia, en la argumentación teórica del capítulo se hace uso de propuestas igualmente diversas y que proceden de disciplinas diferentes como son la sociología, la filosofía o la geografía. El capítulo comienza con una aproximación teórica al concepto de resistencia; en concreto, esta parte inicial del capítulo explora cuál es la naturaleza de la resistencia, atendiendo a las diferentes definiciones que se han hecho de este concepto, así como a las clasificaciones que se han hecho de sus diversas manifestaciones. La idea de resistencia que se maneja en este capítulo es entendida en un sentido amplio, si bien puede ser definida como un

comportamiento activo “whether verbal, cognitive, or physical” (Hollander y Einwohner 538). Resistencia es, para los diferentes argumentos con que se construye este capítulo, todo aquello que conduce a la supervivencia, llegando a constituirse como una forma de “infrapolítica” (Scott 299), y, solo en alguna ocasión (muy excepcionalmente), podemos hablar de confrontación directa. Este capítulo, por otra parte, también identifica y explora la geografía de la resistencia partiendo de la base de que todos los actos de resistencia, como dice el geógrafo Steve Pile, “take place through specific geographies” (1).

A lo largo de este capítulo se identifican y analizan cinco formas de resistencia específicas: (1) el silencio que guardan los vecinos de La Chanca ante cualquier desconocido (en este caso, el narrador del libro) después de que uno de los vecinos de este barrio, Antonio Roa “el Cartagenero”, haya desaparecido (posiblemente a manos de la policía franquista) tras un problema “con su patrono” (LC 44); (2) la resistencia de género que vemos en uno de los personajes femeninos de *La Chanca*, quien—conocida simplemente como la esposa de “Chirrin”—contradice las premisas patriarcales del franquismo, ignorando (al menos parcialmente) las rígidas ideas que tiene el régimen sobre la feminidad (LC 85); (3) la creación de una toponimia alternativa para denominar determinados lugares, bien porque se quiere evidenciar la miseria que la España franquista trata de ocultar bajo muros de vegetación (RA 21; LC 60), o bien para evitar la nomenclatura franquista que habían recibido estos lugares tras la Guerra Civil (RA 124); (4) la resistencia entendida como nuestra capacidad para reconocer y cuestionar normas y restricciones sociales, es decir, una forma de resistencia epistémica, a colación de la visita de unos fotógrafos a la casa de un personaje de *La Chanca*—Teresa, en este libro, permite a los fotógrafos franceses que retraten a sus nietos, y, solo más tarde, se da cuenta de que únicamente buscaban una imagen sensacionalista de la pobreza; en este caso se explora la resistencia como proceso de reflexión a partir del cambio que se produce en el personaje (LC 48-49, 92); y (5) las constantes muestras de afecto—

especialmente con respecto a los niños—que vemos en estos libros como una forma de resistencia en tanto que ayuda a los personajes a sobrevivir en un entorno extremadamente hostil—los afectos, se argumenta en la parte final de este capítulo, pueden tener una dimensión política en tanto que tienen “capacidad de transmisión”, al mismo tiempo que funcionan para poner en marcha el poder fortificador y restaurativo de la comunidad. Este capítulo argumenta, además, que la extrema pobreza que castiga a estos personajes no solo no los ha embrutecido, sino que parece haberlos hecho más humanos, inmersos como están en un contexto social poco amistoso, y profundamente insolidario.

El cuarto y último capítulo explora la dimensión espacial que, en estos libros, toma la identidad nacional, y, particularmente, la identidad del sur peninsular. Bajo el título “Identidad: contra-orientalismo e hibridación cultural”, este capítulo gira en torno a cómo estos textos de Grosso y Goytisolo disputan la identidad cultural patrocinada por el franquismo, al mismo tiempo que rechazan la imagen orientalizada de España, sobre todo con respecto al sur andaluz. Inicialmente, el capítulo explora la concepción castellanizante del país que el franquismo había hecho suya a partir de la obra de escritores de la Generación del 98. Con este propósito, se hace una breve aproximación a la obra de Miguel de Unamuno, uno de los autores más representativos de esta generación. De particular interés es, en esta sección, *En torno al casticismo* (1895), uno de sus ensayos más relevantes, y la visión de España que Unamuno construye en su literatura de viajes, ya que, como ha dicho Emilio Pascual Barciela, sería en estos libros de viajes “donde su capacidad evocadora se proyectara de modo más intenso” (web). Seguidamente, el capítulo ofrece una lectura del espacio andaluz en los relatos de viajes de Grosso y Goytisolo, destacando aquellos elementos utilizados por los autores para “africanizar” o “islamizar” los paisajes del sur peninsular. Si para el falangismo y el franquismo el espacio nacional se define por su unidad—unidad entre los miembros de la familia, unidad entre el estado y la Iglesia, unidad entre los españoles y el

suelo en que habitan—para Grosso y Goytisolo el espacio nacional va a estar definido por la “hibridación cultural”.²⁷ Partiendo del concepto de “hibridación cultural” que elabora Homi K. Bhabha en *The Location of Culture* (1994), esta sección del capítulo argumenta que Grosso y Goytisolo “hibridizan” el espacio nacional y problematizan con ello la concepción estática y castellanizante que imperaba en este momento en torno a la identidad cultural de España. La forma en que los autores “intervienen” en esta concepción estática del espacio nacional es introduciendo elementos africanos, islámicos o andalusíes en la descripción del espacio andaluz. Con esta “africanización” o “islamización” del sur, los autores ofrecen en sus relatos de viajes una imagen alternativa del espacio nacional. Como la “hibridación cultural” de Bhabha, esta imagen alternativa del espacio nacional se fusiona, contrasta, solapa y articula en relación a la idea imperante que había durante el franquismo acerca de la identidad.

El capítulo explora, particularmente, la descripción que los narradores de estos libros hacen del paisaje y de la naturaleza, una representación del espacio andaluz que, en muchas ocasiones, “[p]arece África” (CN 20). Aunque en otras ocasiones no se menciona África de forma directa, parece haber una desviación constante, sin embargo, de lo castellano: mencionando un elemento que, en un paisaje de Castilla, resultaría extraño; por ejemplo, cuando unas nubes aparecen descritas como un “turbante” que envuelve a una montaña (CN 112). También se atiende a los paisajes urbanos, en los que los mercados bullen “igual que un zoco” (LC 14), y que, generalmente, aparecen arabizados. El modelo urbano descrito, “caótico” (CN 16), “asimétrico” (CN 24), “laberíntico” (AP 92), es otra de las estrategias con que estos autores parecen “empujar” al sur peninsular hacia el Mediterráneo. También se atiende, en esta parte del capítulo, a la africanización o arabización de quienes habitan estos espacios, señalando como este proceso de “hibridación cultural” también está presente en el

²⁷ Véase Santiañez (2013).

cuerpo, en la vestimenta, o en el comportamiento de los personajes que aparecen en estos libros. Luiso, por ejemplo, que hace de cicerone para el narrador de *La Chanca*, tiene “ojos de moro” (LC 59). Como en el espacio colonial de Bhabha, lo que vemos en estos textos “[is the] articulation of [an] ambivalent space”, “[a] hybrid figuring of space” (112, 187), y todas estas ambivalencias contribuyen a des-castellanizar el paisaje nacional en estos libros de viajes, generando una forma singular de representar el sur de la Península Ibérica a partir de la que se cuestiona la identidad de España que promociona el régimen franquista.

La segunda parte de este capítulo sirve para argumentar que, aunque en estos libros de viajes se “hibridiza” el espacio andaluz, también hay un claro rechazo a una imagen orientalizada del sur. Aunque la representación del espacio andaluz que vemos en estos libros tiene elementos africanos, árabes o andalusíes, el resultado no es la representación de un espacio que aparezca orientalizado, ni tampoco una confusión con respecto a la identidad. En esta segunda parte del capítulo se hace uso de la obra de Edward Said, que ha definido “orientalismo” como “a Western style for dominating, restructuring and having authority over the Orient” (*Orientalism* 3). El orientalismo de Said postula que la exageración de la diferencia, la visión condescendiente de unas culturas sobre otras desde una posición de superioridad, y la aplicación sistemática de clichés y prejuicios para explicar a los “otros”, son una herramienta para explicarse a uno mismo, en este caso, “Occidente”. Para explorar cómo estos textos rechazan una visión orientalista del sur—que originalmente procede de la literatura romántica, pero que ha sido posteriormente adoptada dentro de la propia España—se hace una aproximación a Don Ambrosio, uno de los personajes que aparecen en *Campos de Níjar*. Procedente de una ciudad castellana, Don Ambrosio representa la ideología centralista y homogeneizadora que condiciona las relaciones del Estado franquista con el resto de los territorios del país. Su discurso consiste, básicamente, en una exaltación de lo castellano, que lleva aparejada una orientalización del sur peninsular, cuyos habitantes

considera poco menos que “esclavos” (*CN 109*). Este personaje y las escenas en que aparece sirven para argumentar cómo el discurso orientalizante con el que se construye al sur peninsular sirve, en última instancia, para justificar, dentro de propia España, los desequilibrios económicos, y la desigualdad territorial.

CAPITULO 1

“Poder: monumentos, bustos, estatuas, ruinas y castillos”

Desde Michel Foucault sabemos que el poder no funciona simplemente como una forma de agencia, o como una serie de estructuras, sino más bien como una práctica discursiva que genera formas específicas de conocimiento. Entre las diferentes maneras en que se generan estas prácticas discursivas destaca la que tiene lugar en torno a los espacios monumentales. Monumentos, bustos, estatuas, ruinas y castillos constituyen un panorama de lugares distintos en los que se negocian los discursos que dan forma al poder y a partir de los que se generan aglutinantes que contribuyen a construir, a través del espacio, ideas hegemónicas sobre la nación, la religión, el pasado histórico o la cultura. Partiendo de la producción social del espacio de Lefebvre, y de la idea foucaultiana que entiende el poder como un conjunto de “verdades generadas”, este capítulo ofrece una lectura crítica de los espacios monumentales (y otros espacios relacionados) que aparecen en los relatos andaluces de Alfonso Grosso y Juan Goytisolo. La representación de estos espacios y de los discursos que se generan en torno a ellos es una parte fundamental de la “poética del espacio andaluz” que llevan a cabo los autores en estos textos. A lo largo de este capítulo, se explora la mirada de insatisfacción y descontento que tienen los narradores de estos libros sobre los monumentos, con la que rebelan los “regímenes de la verdad” que este tipo de espacios generan, al tiempo que se oponen a ellos. El capítulo termina con una reflexión en torno a la negación final de los monumentos que llevan a cabo los narradores de estos libros; muchas de las reflexiones que plantean los textos de Grosso y Goytisolo en torno a los monumentos, y a sus “regímenes de la verdad”, eran tan significativas en la España de los años 50 y 60, como lo son en la actualidad.

Para Foucault es difícil que podamos entender cómo afrontar cualquier forma de resistencia, si no entendemos antes las especificidades que “el problema del poder” representa. Jonathan Gamenta ha reflexionado sobre este aspecto en la obra de Foucault, y afirma que,

[h]is work marks a radical departure from previous modes of conceiving power and cannot be easily integrated with previous ideas, as power is diffuse rather than concentrated, embodied and enacted rather than possessed, discursive rather than purely coercive, and constitutes agents rather than being deployed by them. (1)

No siendo una forma de agencia, ni una estructura, sino un “régimen de la verdad” que penetra a todos los niveles en la sociedad, el poder está en flujo y negociación constante. Foucault hace uso del término “power/knowledge” para señalar cómo el poder se constituye a partir de formas de conocimiento que son aceptadas en cada sociedad. Paul Rabinow, en su lectura de Foucault, también afirma que “[e]ach society has its regime of truth” (73). Esta “política general”, o “régimenes de la verdad” son el resultado de discursos institucionales o científicos, y son reforzados y redefinidos constantemente a través del flujo de ideologías políticas y económicas, el sistema educativo, los medios de comunicación, y, también, los monumentos. Para Foucault, igual que tuvimos que esperar hasta el siglo XIX para empezar a comprender el problema de la explotación, también tenemos que comprender en su totalidad la naturaleza del poder, que no reside exclusivamente en una persona, un gobierno o una institución, sino que está en todas partes, “at once visible and invisible, present and hidden, ubiquitous” (*Language* 212-213). Uno de los aspectos más importantes en torno al poder, según Foucault, es determinar dónde y cómo se genera, explorar los límites que se imponen a su ejercicio, las diferentes formas a través de las que opera, y la extensión de su influencia a partir de diferentes formas de vigilancia, prohibición, represión o control.

Estas prácticas discursivas del poder se generan, entre otras formas, a través de los espacios monumentales—no es que los espacios monumentales tengan una estrecha relación con el poder, sino que son, en sí mismos, una forma de poder, pues contribuyen a generar los

“regímenes de la verdad” que regulan la vida de las personas en una determinada sociedad. Tanto es así, que no es casualidad que Benedict Anderson comience *Imagined Communities* (1983), su conocida obra sobre la construcción social de las naciones, con un análisis de la estatua “al soldado desconocido” (9); Anderson no comienza con la lengua, las fronteras o la imprenta—elementos esenciales en la construcción de las naciones a los que atiende más tarde—sino con el análisis de un espacio monumental. Para Anderson, la estatua “al soldado desconocido” es significativa porque, “void as these tombs are of identifiable mortal remains or immortal souls, they are nonetheless saturated with ghostly *national* imaginings” (9). Sin necesidad de ser identificado, el soldado desconocido a que hace referencia esta estatua—que encontramos en numerosos países—es, indudablemente, inglés, estadounidense o alemán en función del lugar en el que la estatua se encuentre; esto es justamente lo que hace interesante a la estatua “al soldado desconocido”, el hecho de que señale la forma en que los espacios monumentales (y otros lugares de conmemoración) operan generando discursos que están llenos de sobreentendidos—lo que se dice, en ellos, es tan importante como lo que se oculta.

David I. Kertzer ofrece algunas ideas con respecto a la primera de estas características de los espacios monumentales: su posibilidad de “lectura”. En *Ritual, Politics, and Power* (1988), Kertzer habla de la necesaria performatividad sobre la que el poder se ejerce. Para Kertzer, puesto que el estado es invisible, la nación no sólo necesita ser imaginada, sino que también necesita estar simbolizada o personificada (6). Kertzer argumenta que los símbolos son herramientas con las que damos significación al mundo que tenemos a nuestro alrededor, y, a través de ellos, se produce una “objetificación” del poder (4). Esta “personificación” de la nación tiene lugar a través de “objetos” cotidianos como pueden ser banderas, himnos, héroes, poesía, etc. También, a través de los espacios monumentales, en los que se hace visible una forma particular de entender la nación. Para Kertzer, los espacios monumentales ofrecen una determinada visión del pasado, pues en ellos se subrayan determinados valores,

episodios históricos o personajes, mientras que otros son redefinidos o renegociados. Kertzer argumenta que los espacios monumentales son fundamentales para poder “leer” la nación, y, al mismo tiempo, señala que la lectura que ofrecen estos espacios funciona, generalmente, en una única y misma dirección.

Lefebvre, por otra parte, también señala que los espacios monumentales son los únicos que han sido concebidos para ser “leídos”, pero, además, añade que estos espacios son los más engañosos. En *The Production of Space* (1974), Lefebvre argumenta que cada sociedad produce su propio espacio de acuerdo a las ideas hegemónicas de una clase dominante; a lo largo del texto, el autor atiende con bastante detalle a “the production of monumental space” (158). Para Lefebvre, los monumentos y otros lugares conmemorativos son una de las formas fundamentales con las que la clase dominante genera un espacio propio de acuerdo a una serie de prácticas y valores sociales. Precisamente porque en este tipo de espacios se codifica el poder, nos recuerda Lefebvre, no debe sorprendernos que “from time immemorial conquerors and revolutionaries eager to destroy a society should so often have sought to do so by burning or razing that society’s monuments” (*Production* 221). Los monumentos son atractivos para el poder porque apelan a la eternidad; cuando un espacio determinado adquiere monumentalidad, lo hace “because it seems eternal, because it seems to have escaped time” (*Production* 221). El Taj Mahal—no solo un monumento funerario, sino también un símbolo nacional—le sirve a Lefebvre como ejemplo de cómo “a monument transmutes the fear of the passage of time, and anxiety about death, into splendour” (*Production* 221). Sin embargo, los espacios monumentales nunca son capaces de alcanzar totalmente esta ilusión de atemporalidad; concebidos para transmitir un mensaje concreto, este tipo de espacios “mask the will to power and the arbitrariness of power beneath signs and surfaces which claim to express collective will and collective thought” (*Production* 143). El deseo de trascender es lo que pone a los espacios monumentales en relación con el poder,

cuyas estrategias se hacen visibles a través de ellos, al mismo tiempo que ocultan su naturaleza estratégica misma.

Néstor García Canclini también ha hecho una interesante reflexión en torno a los espacios monumentales. En *Culturas híbridas* (1990), Canclini ofrece nuevos modos de concebir la relación entre cultura y poder analizando el proceso que atraviesan las culturas en su transición hacia la modernidad. Para Canclini, monumentos y otros espacios relacionados, así como espacios diversos como los museos—llama a todos “patrimonio”—juegan un papel fundamental en este proceso, pues funcionan como una especie de “espectáculo de los orígenes” cuya mera existencia convierte al “pueblo”, o a los ciudadanos de un Estado-nación, en “público”. La cultura, para Canclini, consiste en la adquisición de este repertorio y de los códigos sobre los que funciona; a través de ella, aprehendemos un conjunto de conocimientos, en gran medida icónicos, sobre la propia historia. Por tanto, para Canclini, “[e]l patrimonio existe como fuerza política en la medida en que es teatralizado” (151). Esta teatralización del patrimonio, que nace del esfuerzo por simular que hay un origen, una sustancia fundante a partir de la que deberíamos actuar en la actualidad, es especialmente relevante en los regímenes autoritarios. Para Canclini, concibiendo el espacio como un “escenario”, estos regímenes ofrecen un “teatro monótono” que sirve para la repetición y perpetuación del orden, es decir, generan un espacio en el que las formas de actuar y de pensar ya vienen prescritas, codificadas, fijadas por el poder (151). La distancia que existe entre un Estado y un pueblo, o entre la historia y el presente, es, precisamente, lo que lleva a una perpetua reescritura de los monumentos.

El fascismo en Europa, de hecho, siempre ha tenido una relación muy estrecha con ellos; la relación entre esta ideología y los espacios monumentales es casi fundacional. La Alemania nazi, por ejemplo, destaca por la expansión de espacios sobredimensionados. Resulta significativo, en primer lugar, que Albert Speer, arquitecto y constructor de los

edificios megalómanos de este régimen, fuera una de las personas más cercanas a Adolf Hitler (Schwendemann 598; Forsgren 45; Lane 285)—también es llamativo que August Kubizek, amigo de la infancia del dictador alemán (y que publica unas memorias en 1954) afirmara que “Hitler’s architectural proclivities already manifested themselves by the age of fifteen” (cit. en Hochman 738). Por otra parte, para 1933, una de las primeras cosas que hizo el nazismo, en respuesta a una llamada personal de Hitler, fue plantar los cimientos sobre los que desarrollar una arquitectura “of crystal clear functionalism”, lo que finalmente se hizo adaptando las técnicas de diseño de la Bauhaus a la construcción industrial del nuevo régimen (cit. en Antliff 149).²⁸ La relación entre el régimen nazi y la arquitectura monumental está lejos de ser casual.

El caso de Italia también es llamativo—Emilio Gentile afirma que, para el fascismo italiano, “Rome represented an archetypal role model. With its remains of classic monuments, [this city] became a holy area” (245).²⁹ El fascismo italiano, como otros regímenes fascistas europeos, hizo suya la tradición más clásica. Terry Kirk vincula el nacimiento de la ideología fascista en este país con el fervor por los espacios monumentales durante el periodo monárquico. Para Kirk, la “monstruosidad monumental” a la que Italia había estado “entregada” durante el siglo XIX, sirvió para encauzar la emergencia de la ideología fascista. Según este autor, el mega-monumento en Roma a Vittorio Emanuele II certifica la forma con que “[t]he Italian monarchy laid the groundwork for the subsequent Fascist regime; in fact, it guarantee it” (13). Poniendo a prueba la tolerancia de los italianos a la arquitectura prodigiosa, el periodo monárquico contribuyó a crear las condiciones de posibilidad para la emergencia del fascismo a través de una concepción sobre-dimensionada del espacio monumental.

²⁸ Bauhaus fue una conocida escuela de arquitectura y diseño fundada en 1919 por Walter Gropius en Weimar, Alemania.

²⁹ Santiáñez (2013) ha explorado cómo Roma y la idea del imperio romano también fueron un modelo para el fascismo español (154-162).

La relación entre fascismo y monumentos también se debe a la propia naturaleza de estos espacios en lo que tienen tanto de estáticos, como de estéticos. Norma Evenson afirma, en “Monumental Spaces”, que “[t]he creation of a monumental building is an act of faith, reflecting confidence in a continuity of social values and aesthetic perception” (33). Como espacio simbólico, el espacio monumental no carece de ambivalencias, ya que estos espacios miran hacia al pasado, al mismo tiempo que tratan de anticipar el futuro. Para Andreas Huyssen, sin embargo, la vinculación entre fascismo y monumentos se debe a la “romantización” decimonónica de las ruinas. Huyssen, en “Monumental Seduction”, explora los espacios monumentales como una categoría política y estética, y afirma que estos espacios comienzan a estar relacionados con el fascismo cuando la fascinación romántica con las ruinas entra en un estadio “in which an originally melancholy and contemplative impulse has been transformed into an imperialist project of conquering time and space” (197). El valor estético de los monumentos, y su funcionalidad para el fascismo, es ilustrado por Huyssen con un curioso ejemplo: “the Nazis had the right instinct when they mass-distributed images of Speer’s models in the form of post-cards. The monumental effect of architecture could just as easily, perhaps even better, be achieved, say, by a high-angle, totalizing image” (199)—es decir, que, aunque muchos de los edificios proyectados por Speer para la Alemania nazi nunca llegaron a construirse, su imagen en la postal (donde pueden mostrarse ángulos imposibles para el viandante), fue más efectiva que la propia realidad.

En España, los espacios monumentales concebidos durante el franquismo jugaron un papel fundamental en la construcción del régimen fascista que se impuso tras la Guerra Civil. Como otros regímenes fascistas europeos, los fascistas españoles tuvieron desde el principio el objetivo de “patrimonializar” (siguiendo a Canclini) el pasado histórico para legitimar la nueva forma de gobierno. El Escorial, considerado uno de los mayores símbolos arquitectónicos de la historia española, es un buen ejemplo de ello; con la guerra todavía por

terminar, los fascistas españoles ya reivindicaban este monumento.³⁰ El escritor Dionisio Ridruejo le rendía homenaje, en 1938, en una serie de sonetos con los que, según José Vicente Saval, “intentó legitimar el sistema político en el que creía” (2). Muchos de los poemas de Ridruejo fueron posteriormente publicados en la revista que llevó por nombre, precisamente, *Escorial*, con la que el falangismo español, organizado políticamente en torno a la figura de Ramón Serrano Suñer, lanzaba una ofensiva de carácter ideológico, político y cultural para profundizar en la orientación fascista del régimen de Franco (Morente 173). Fundada en 1940, el objetivo de la revista *Escorial* fue, según Fernando Ariel del Val, “ocupar el espacio vacío en la cultura tras la guerra” (51); también Francisco Morente habla de la fundación de esta revista como una de las herramientas que tuvo el fascismo español “para impulsar su proyecto político” (173). Como otros fascistas europeos, los fascistas españoles hicieron suya la tradición más clásica, apropiándose, en este caso, de un espacio monumental cuya principal característica es su fuerte vinculación con la España Imperial.

El franquismo, sin embargo, no solo se apropió de los monumentos del pasado, sino que también creó los suyos propios. Como espacio monumental, el Valle de los Caídos, posiblemente, sea el más representativo. Ubicado (precisamente) en las cercanías de El Escorial, el Valle de los Caídos fue la tumba del dictador hasta el 24 de octubre de 2019, cuando su cadáver fue exhumado por un gobierno en funciones del PSOE.³¹ Ariel del Val habla del Valle de los Caídos como un ejemplo de la estética del franquismo, que, como otros regímenes fascistas europeos, cedió a una “monumentalidad arcaizante”, de la que este enclave es, para el autor, su mayor símbolo (51). La fecha de su inauguración, el 1 de abril de

³⁰ Construido en las cercanías de Madrid entre 1563 y 1584, El Escorial fue ideado por el rey Felipe II y el arquitecto Juan Bautista de Toledo; constituye uno de los ejemplos más singulares de la arquitectura renacentista en Europa. Se trata de un complejo monacal y palaciego donde se encuentran, entre otras edificaciones, un monasterio agustino (fundado por los jerónimos), una basílica que sirve como sepultura para los reyes de España, y un palacio que fue la residencia real.

³¹ La exhumación del dictador español seguía a una resolución del Parlamento Europeo “sobre el auge de la violencia neofascista en Europa” (2018), en la que se pedía la retirada de “todos los símbolos que exalten la dictadura” y la prohibición de “grupos neofascistas y neonazis y cualquier otra fundación o asociación que exalte y glorifique el nazismo y el fascismo”; para el texto de la resolución aprobada, véase https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/RC-8-2018-0481_ES.html.

1959, es aquí especialmente relevante, ya que coincide con el año de publicación de *Campos de Níjar*, tras el que se abre un periodo de apenas tres años en el que se publican el resto de estos relatos andaluces de Grosso y Goytisolo. En una carta abierta fechada el mismo día de su inauguración, Rafael Alberti se dirigía a los presos de España—muchos de los cuales habían sido forzados a trabajar en su construcción—diciendo que, el Valle de los Caídos, “carnavalesco telón lúgubre [ha sido] levantado para seguirnos fatigando el alma con una España con redención únicamente en la muerte” (114). Esta reacción del antifranquismo de la época a la inauguración del Valle de los Caídos hace aún más relevante las descripciones que vemos en Grosso y Goytisolo de los espacios monumentales. La mirada de insatisfacción y descontento que tienen los narradores de estos relatos con respecto a este tipo de espacios hunde sus raíces en el mismo sentimiento que impulsaron las palabras del poeta, en las que se denuncian la construcción de un mega-monumento donde se conmemora a Franco, y a su victoria en la guerra.

También es necesario tener en cuenta, por otra parte, la estrecha relación que la literatura de viajes ha tenido siempre con los espacios monumentales. Concebido como una forma de exploración, el género literario de los viajes ha estado, desde la antigüedad clásica, vinculado con este tipo de espacios (Pretzler 208). En “Travel and Writing”, el escritor francés Michel Butor argumenta que la fascinación de la literatura de viajes con los espacios monumentales nace de la “necesidad” que tienen los viajeros de “marcar” los nuevos territorios; únicamente de este modo, los viajeros sienten que “[t]he path of indefinite wandering ‘arrives’ at some spot” (6). Para Butor, el viaje ha estado siempre marcado por los signos, la búsqueda de referentes, la generación de hitos: “The first thing that Americans do upon walking on the moon is to raise a flag” (10). Por este motivo, no es extraño que la predilección que hay en los libros de viajes por los monumentos haya quedado patente en algunos de sus títulos: *The Stones of Venice* (John Ruskin, 1851), *Excursions in Greece to*

Recently Explored Sites (Charles Diehl, 1890), *The Stones of Florence* (Mary McCarthy, 1959). La relación que el género de viajes tiene con la representación de los espacios monumentales es tan estrecha que, en ocasiones, este parece ser su principal objetivo. Michael Gorra, en “Travel and Metonymy”, dice “an Italian journey is almost exclusively a matter of ancient monuments, an inventory of the past, of marbles, mosaics, churches, pictures, palazzi, relics” (475). Efterpi Mitsi hace un comentario similar: “most eighteenth-century British visitors to Greece were antiquarians and scholars, busy sketching monuments and acquiring antiquities” (130). Gilliam Jein, por otro lado, afirma que la “interacción” que vemos entre la literatura de viajes y los monumentos nace de la necesidad que tienen los autores de estos libros de “dialogar” con la sociedad de destino: “Representations of metropolitan monumentality are [...] indicative of the traveller’s way of coping with the confrontation of an alternative set of socio-symbolic criteria” (71). Como en otros libros de viajes, la representación de los espacios monumentales (y otros espacios relacionados) que vemos en Grosso y Goytisolo también sirve para dialogar con los valores e ideales que imperan en una sociedad concreta; en este caso, la sociedad andaluza de finales de los años 50 y de los primeros 60.

Dedicados a la exploración de espacios que son sobre todo rurales, los monumentos no son especialmente frecuentes en estos relatos de Grosso y Goytisolo; y, sin embargo, parecen estar cargadas de sentido cada una de las apariciones de espacios monumentales. En Grosso vemos uno de los espacios monumentales (un conjunto de estatuas, en este caso) cuya descripción resulta más significativa; cuando se encuentra de visita en la ciudad de Algeciras, Cádiz, el narrador de *A poniente* observa que,

[l]as estatuas del parque de Algeciras—a un lado Cervantes y al otro Goya—se desdibujan tras el contorno del busto del General Castaños que preside el Paseo, adonde llega el reflejo anaranjado que proyectan los ventanales del cuartel del Regimiento de Extremadura número 15. (AP 35)

La figura del General Castaños que destaca en este conjunto de estatuas es relevante en tanto que los valores nacionalistas que evoca están relacionados con el franquismo. El General Castaños fue un personaje de primer orden durante la Guerra de la Independencia (1808-1814); tras la invasión napoleónica, y suprimidas otras formas de autoridad, el General Castaños llega a orquestar todos los movimientos de la resistencia española cuando es nombrado presidente de un Consejo de Regencia.³² La crítica ha relacionado ampliamente los valores nacionalistas que afloraron a principios del siglo XIX con los que caracterizarían al franquismo en la tercera década del siglo XX. Manuel Moreno Alonso destaca que los valores de corte nacionalista español representados por el General Castaños durante la Guerra de la Independencia fueron los mismos que llevaron a Franco al poder durante los años 30 (150). Xosé M. Núñez Seixas también afirma que el bando franquista, desde el principio, había concebido la Guerra Civil española como “una nueva guerra de independencia” (“Nations” 57), y, para Francisco Cobo Romero, los franquistas concibieron la Guerra Civil como un “suceso histórico inevitable que habría de devolver a la Nación Española su amenazada independencia, su identidad divina y la grandeza ancestral violentamente usurpada por la vieja casta de políticos corruptos, o el egoísmo antiespañol de las izquierdas” (139)—sin embargo, mientras que en la Guerra de la Independencia la rivalidad entre españoles no pasó de la dialéctica, durante la Guerra Civil y la posguerra españolas miles de personas perdieron la vida frente a un pelotón de fusilamiento. Antonio Moliner Prada dice que la resistencia popular ya no era contra el agresor foráneo, sino contra “el comunismo y la conspiración judeo-masónica internacional”, considerada por los franquistas como una forma

³² La Guerra de la Independencia se produce cuando el emperador francés, Napoleón Bonaparte, obtiene los derechos al trono español tras las abdicaciones de Bayona, que es el nombre con el que se conocen las sucesivas renunciaciones de los reyes Carlos IV y Fernando VII al trono de España. Poco después, sin embargo, Napoleón cede tales derechos a uno de sus hermanos, José Bonaparte, lo que desencadena el conflicto bélico. Las sucesivas victorias de los franceses en 1808 y 1809 llevaron a una pérdida de autoridad de la Junta Central española y a la disolución de las cortes en enero de 1810. La resistencia, movilizadora en torno a un fuerte sentimiento nacionalista, queda en manos de un Consejo de Regencia presidido por el General Castaños, lo que no impide que, finalmente, José Bonaparte reine en España con el nombre de José I (1808-1813), hasta la vuelta al trono de Fernando VII (Rújula 58; Sánchez Hita 66).

de “dominación extranjera” (263). Si en la Guerra de la Independencia se luchaba en España contra los herederos de la revolución francesa, los fascistas españoles llevaron a España a una Guerra Civil bajo el pretexto de que era necesario luchar contra los herederos de la revolución soviética.³³

Emily Weidenmuller et al. han dicho que, “landscapes are not neutral; history inscribed in the landscape most often reflects those with the power to inscribe, and thus they naturalize their experience into that landscape” (435). Tampoco este paisaje, en principio un lugar cualquiera en un parque, es neutral. La descripción que hace el narrador de Grosso de este conjunto de estatuas no habla solo del General Castaños, sino que esta figura le sirve al narrador para hacer un comentario sobre el régimen de Franco. La escena tiene algo inquietante; es de noche, y el busto del General Castaños, que “preside el Paseo”, aparece en primer plano, mientras que las estatuas de Cervantes y Goya, que “se desdibujan”, han sido relegadas cada una “a un lado”. Un cuartel cercano impone su presencia proyectando sobre el conjunto un “reflejo anaranjado”; como en las arquitecturas que describe Huyssen, el reflejo anaranjado que proyecta este edificio sugiere “the overwhelming and terrorizing effects of building as a tool of mass psychology and domination” (190). La descripción de este conjunto de estatuas pone de relieve los valores nacionalistas sobre los que se asienta el régimen franquista, al mismo tiempo que muestra la postura subordinada a la que ha sido relegada la cultura. Aunque Cervantes y Goya, dos figuras canónicas, representan una visión de la cultura española bastante tradicional, llama la atención que ambas figuras aparezcan en una posición subordinada a la del poder militar. El conjunto aparece como una

³³ Esta retórica “independentista” que relaciona a la Guerra Civil con la Guerra de la Independencia no termina tras los tres años de guerra, sino que sigue vigente al menos hasta los años 50. Según Ronald Fraser, la propaganda franquista aprovecha la Guerra de la Independencia para forjar un nuevo concepto de la nación con la finalidad de enterrar para siempre el anterior estilo liberal del siglo XIX (135). Usando el medio idóneo del siglo XX, el cine, los franquistas construyen una visión mitificada de la resistencia heroica popular contra el invasor extranjero. Agustina de Aragón—que es considerada una de las heroínas de aquel episodio histórico—y otros personajes de ese periodo pasan a encarnar los valores del nuevo régimen: fidelidad a las tradiciones, a la religión, a la unidad de la nación y a la autoridad del caudillo, que—como Agustina—se había levantado en el momento oportuno para salvar a la patria (Fraser 135).

representación, en miniatura, de algunos de los fundamentos del régimen: ensalzamiento del poder militar y marginación (o manipulación) de la cultura.

Mientras que en esta escena en Algeciras vemos una representación del franquismo como subordinación de la cultura y enaltecimiento del poder militar, en otra escena, también de Grosso, vemos el estrecho vínculo que hay entre el poder militar y la religión. Antes de entrar en este parque de Algeciras, el narrador de *A poniente* ha estado caminando por la ciudad. En un momento determinado, el narrador destaca que, “[e]n un chaflán, tras el fanal cercado por una verja, en la esquina de la Plaza del Generalísimo, recargada de azulejos y farolas, se levanta el retablo de un Cristo entre macetas de geranios, velas y exvotos de plata” (AP 23). No por casualidad, uno de los elementos que el narrador menciona en esta descripción es el nombre del lugar: la “Plaza del Generalísimo”. Como en cualquier otra ciudad de España, en las calles de Algeciras hay motivos religiosos; sin embargo, el hecho de que estén en una plaza cuyo nombre alude a Franco es lo que el narrador destaca en este caso. Como antes sucedía con los paisajes, tampoco aquí es neutral el lenguaje. Kaisa Rautio Helander dice que “[p]ower relations are also institutionalised in language” (325). El lenguaje está lleno de signos, iconos y símbolos cuando es usado por quienes tienen alguna forma de poder, ya que contribuye a crear y a dar forma a la realidad política y social, y usarlo para nombrar lugares constituye una forma de poder particular. Noam Shoal, por otra parte, también ha dicho que “street names reflect a state’s hegemony and authority” (612). El poder del estado también se lleva a cabo con el uso cotidiano del lenguaje, y, dentro de este uso, destacan los nombres de las plazas y las calles. La mención en Grosso al nombre de la plaza, en la que vemos un conjunto monumental religioso, señala la relación que hay entre el franquismo y la Iglesia Católica, es decir, se constituye como una representación espacial de uno de los principales fundamentos ideológicos del franquismo: el nacional-catolicismo.

El nacional-catolicismo es la denominación con la que se conoce una de las señas de identidad ideológica del franquismo. Su manifestación más visible fue la hegemonía de la Iglesia Católica en todos los aspectos de la vida pública y privada. La moral pública y los comportamientos sociales, la educación y, en general, cualesquiera expresiones culturales quedaban sometidas a la autoridad y las normas eclesiásticas de la jerarquía católica, incluso a su censura previa (Ibáñez Salas, web); Diego Muro y Alejandro Quiroga lo han definido como “an authoritarian national ideal” (17). El nombre de la plaza que vemos en Grosso, junto con la simbología religiosa del retablo, son una espacialización de la ideología nacional-católica sobre la que se asienta el régimen de Franco, que aparece, de esta forma, “naturalizado”; al mismo tiempo, la mención a otros elementos considerados “típicamente” andaluces, como los azulejos o los geranios, contribuyen también a “naturalizar” este espacio como un lugar que pertenece tanto a la dictadura como al sur andaluz. La fusión de los diferentes elementos culturales que vemos en esta descripción sirve para configurar un espacio determinado y específico del sur peninsular, del que el franquismo y sus bases ideológicas parecen formar una parte fundamental.

La aparición de esta plaza de Algeciras en *A Poniente* debe ser interpretada en relación a otra escena que aparece en *Por el río abajo*. En este otro libro de Grosso, un monumento religioso, y los “régimenes de la verdad” que genera, aparecen estrechamente vinculados. El Monumento al Sagrado Corazón que aparece en esta escena de *Por el río abajo* es, en realidad, un conjunto de monumentos de enormes dimensiones que está ubicado en la parte más alta de San Juan de Aznalfarache, un pueblo cercano a Sevilla (Figura 3). La parte más alta, y, por tanto, visible del conjunto monumental es una torre coronada por una estatua dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. Esta estatua mide ocho metros; junto a la torre

que le sirve de pedestal, ambas alcanzan los cuarentaiún metros de altura total.³⁴ La torre, a su vez, se erige sobre un patio semicircular de setenta y cinco metros de diámetro cuyo perímetro tiene una columnata que da acceso a diferentes dependencias eclesiásticas. Estas dependencias eclesiásticas forman, en su conjunto, una pequeña “ciudadela” (Convento de las Salesas, Colegio de Santa Teresa de Jesús, Capilla del Perdón, Casa de Ejercicios, Jardín de Betania, Hospedería, cripta subterránea, etc.). Por otra parte, esta ciudadela se levanta sobre la parte alta de una escalera monumental que, siendo más pequeña, sigue el mismo patrón zigzagueante de la característica escalinata del santuario de Bom Jesus do Monte en Braga, Portugal.³⁵ Aunque está en un pueblo cercano (o precisamente por eso), el Monumento al Sagrado Corazón resulta visible desde muchos puntos de la ciudad. No solo por las características del monumento, sino porque las particularidades geográficas de la zona hacen que Sevilla se encuentre en una posición mucho más baja que el pueblo de San Juan. Su construcción comenzó en 1945, y fue finalmente inaugurado en noviembre de 1948 coincidiendo con el séptimo centenario de la entrada en Sevilla del rey Fernando III de Castilla.³⁶ Concebido desde el principio como un monumento funerario, fue hecho construir por Pedro Segura y Sáez (para sí mismo) siendo cardenal arzobispo de la ciudad.³⁷ Desde que

³⁴ Aunque tiene otras dimensiones y diferente significado, el Monumento al Sagrado Corazón de Sevilla guarda ciertas semejanzas con el Cristo del Corcovado en Río de Janeiro (1931), el Cristo Blanco del Monte Pukamuqu, en Cusco (1945), el Cristo Redentor de Almada en Lisboa (1959), o muchos otros de similares características.

³⁵ El conjunto arquitectónico del Monumento al Sagrado Corazón de Sevilla es obra de Aurelio Gómez Millán (1898-1991), miembro de una saga de arquitectos responsables de algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad; la escultura superior es de José Lafita (1887-1945), miembro de otra familia local de artistas.

³⁶ Fernando III de Castilla conquistó la ciudad de Sevilla el 23 de noviembre de 1248.

³⁷ Nacido en Burgos en 1880, Pedro Segura y Sáez tuvo una carrera fulgurante en la jerarquía eclesiástica. Obispo auxiliar de Valladolid entre 1916 y 1920, tuvo un hijo con Pepita Ferns, una sevillana que residía en esta ciudad castellana, y a la que casó con su único hermano laico, a pesar de que este vivía en Madrid. En 1920 fue designado cardenal primado de Toledo por el Papa Pío XI. Amigo de Alfonso XIII, se movió en los círculos más influyentes de su época. Ejerció como cardenal arzobispo de Sevilla desde el final de la Guerra Civil hasta su muerte en 1957. Durante la etapa final de su carrera fue conocido por trasladarse en un Mercedes negro y por sus constantes enfrentamientos, tanto con miembros del Estado franquista, como con otros miembros de la jerarquía eclesiástica (Flórez 26). Algunos escritores locales y medios de comunicación han rescatado recientemente al personaje, con el efecto de estar convirtiéndolo en una leyenda (*Pedro Segura. Un cardenal de fronteras*, Francisco Gil Delgado, 2001; *Pedro Segura y Sáenz. Semblanza de un Cardenal selvático*, Carlos Ros, 2016).

falleciera en abril de 1957, están enterrados en la cripta los restos de este cardenal (“Los restos mortales” 15-18).



Figura 3. Monumento al Sagrado Corazón en San Juan de Aznalfarache, Sevilla, a principios de los años 50.

El narrador de *Por el río abajo* observa este monumento mientras viaja en el tranvía, donde coincide con otros pasajeros. Entre ellos, hay una niña. Cuando, al ver el monumento, la niña se santigua, recibe una ligera reprimenda por parte de su madre: “Se hace con la derecha, hija. La izquierda es la mano del demonio pa santiguarse” (RA 19). Esta escena pone de relieve cómo este espacio monumental genera un “régimen discursivo” que “regula” la vida de los ciudadanos, que reaccionan así ante un monumento descrito por el narrador, significativamente, como “una imagen que domina todo el valle” (RA 19). Como las esculturas que analizan Julie Lasater Hill et al., este espacio monumental se erige sobre la ciudad de Sevilla “as a symbol of strength and power within the landscape” (30). Lefebvre, por otra parte, dice que “[s]patial practice regulates life”; “thanks to the operation of power practical space is the bearer of norms and constraints. It does not merely express power—it proceeds to repress in the name of power” (358). La escena que vemos en Grosso en torno al

Monumento al Sagrado Corazón es un buen ejemplo de esta expresión/represión de la que habla Lefebvre a través de un espacio monumental. No solo hay una represión en torno a lo religioso, sino que el narrador hace un comentario político cuando relaciona, a través de las palabras de la madre, a la “izquierda” con el “demonio”, lo que también coincide con otro aspecto fundamental del “régimen de la verdad” de la dictadura de Franco: el odio a los “rojos”.

Otro momento en que hay una configuración del “régimen de la verdad” de la dictadura es la descripción que hace uno de los narradores de Grosso de la antigua muralla islámica de Tarifa, Cádiz. El narrador de *A poniente* dice que “[l]a antigua puerta de la ciudad está presidida por el yugo y las flechas. El boj oculta el viejo muro” (AP 40). La Puerta de Jerez (así se llama de manera oficial porque de aquí parte el camino hacia esa otra localidad) es el único vestigio de la antigua ciudad árabe que hoy en día permanece en pie en este lugar. Los restos de esta puerta son especialmente relevantes, ya que en Tarifa se encuentra, en el siglo VIII, el inicio de la Iberia islámica. El nombre de la ciudad hace referencia a este hecho: Musa, gobernador en Ifrīqiyyah (norte de África) que quiso continuar la expansión musulmana hacia Europa, “sent first a mission commanded by Abu Zara Tarif probably in July of 710, who arrived at the southernmost point of Spain, in a place called after him with the name of Tarifa” (Marín Guzmán 40). Sin embargo, en la descripción que hace el narrador de este espacio, la vegetación (el boj) sugiere una “negación” de este pasado islámico, pues hay una ocultación del único resto arquitectónico que atestigua ese pasado. Esta negación, además, aparece reforzada por la sobre-inscripción del yugo y las flechas sobre el muro de la puerta. El yugo y las flechas son uno de los símbolos del franquismo, pero su origen es medieval. Julio Escalona Monge et al. dicen que “[i]ntellectuals and ideologists of the new dictatorship searched medieval chronicles for rituals and ceremonies used by kings after battles. Franco was designated as ‘caudillo.’ Many of his public representations were inspired

by medieval heroes” (cit. en Moreno Martín, “Visigoths” 49).³⁸ El yugo y las flechas, como otros símbolos de estética “medievalizante”, se convirtieron en símbolo del franquismo cuando Falange Española—principal partido político español de ideología fascista en los años 30—hizo una adaptación de una divisa cuyo origen se remonta a la España de los Reyes Católicos (Parkins 178; López Vidriero 432). Con su descripción de los restos de esta puerta, el narrador de Grosso señala que la asociación entre la conquista cristiana medieval, y el franquismo, tiene como consecuencia, para el espacio andaluz, la negación de parte de su herencia cultural.

Además de esta negación del pasado islámico, este libro de Grosso también ofrece una visión de la llamada Reconquista y sus “héroes” que podríamos calificar, cuanto menos, de poco ortodoxa. Tarifa es conocida por los fuertes vientos que hay en esta zona de El Estrecho: una “rosa de los vientos”, define la ciudad Andrés Trapiello en uno de sus versos (245). Cuando el narrador de *A poniente* pasea por sus calles, la presencia del viento es constante: “las calles están solitarias”; “[e]l viento lo domina todo”; “[l]os árboles se curvan como si fueran a ser arrancados” (AP 40). Tras llegar a la Plazuela del Viento (así se llama todavía), el narrador se encuentra con el castillo de Guzmán “el Bueno”; Guzmán “el Bueno” es el apodo con el que se conoce a Alonso Pérez de Guzmán, “un caballero castellano defensor de Tarifa, en 1292, durante el reinado de Sancho IV” (Checa Olmos y Fernández Soto 273). Sancho IV recurre a Guzmán después de que uno de sus hermanos, el infante Don Juan, se aliase con los norteafricanos para asediar la ciudad. La “heroica” defensa que Guzmán hizo de Tarifa, y la muerte de su hijo menor, han sido convertidas en leyenda. Según

³⁸ La simbología del franquismo estuvo construida en gran medida en torno a la figura del dictador, que a menudo era representado en términos de épica medieval; para Francisco Javier Peña Pérez, “[e]l pensamiento franquista, huérfano de argumentos para legitimar y enraizar la figura del caudillo Francisco Franco en la historia de España, busca su fuente nutricia, entre otros referentes ideales, en algunas leyendas y mitos de ascendencia medieval hispana: el de la Reconquista y Cruzada, o lucha sin cuartel contra el infiel musulmán; el de Fernán González, presunto símbolo de la defensa de la unidad de Castilla y, por extensión, de toda España; o el del Cid, ilusorio arquetipo del defensor de la patria, legendario vasallo siempre fiel y leal a su rey y a su reino, utópico cancerbero de la moralidad pública y garante imaginario de la continuidad en el ejercicio del poder” (155).

esta leyenda, ante el asedio, Guzmán lanzó un cuchillo desde el castillo para que mataran con él a su propio hijo, antes que sucumbir al chantaje que le hacían los sitiadores. Sin embargo, el narrador de *A poniente*, aludiendo al viento que caracteriza a la ciudad, dice que “a Guzmán el viento le arrebató el puñal”; y concluye: “[a]sí se escribe la historia” (AP 41). El narrador no solo ofrece una visión alternativa (e irónica) de la historia de Guzmán, sino que despoja a su figura de todo rastro de heroicidad; des-heroizando a la figura de Guzmán “el Bueno”, y a su leyenda, el narrador de Grosso desmitifica la conquista cristiana medieval precisamente en un momento en que está siendo sacralizada por el franquismo. Este comentario es una crítica al régimen, ya que la dictadura está reivindicando en este momento este pasado cristiano medieval de España con el uso que hace de los símbolos.

Uno de los narradores de Goytisolo también tiene una visión del pasado histórico de la España cristiana medieval que podríamos calificar de poco ortodoxa. La costa española está llena de ruinas que atestiguan que, en el pasado, hubo numerosos puntos de vigilancia, lo que sucede especialmente en la costa mediterránea. Como el castillo de Tarifa, la gran mayoría de estas atalayas sirvieron para defender el territorio peninsular de las incursiones norteafricanas. William E. Wilson describe estas construcciones como “an elaborate system of watch towers and signal lights” (491). En ellas encontramos, de hecho, el origen de muchos topónimos, pues como dice Breandán S. MacAodha, muchos de los cabos en esta zona “provided ideal sites for towers for observation and defence purposes. This name-element is particularly characteristic of the southern part of the Mediterranean coast” (20).³⁹ Cuando el narrador de *Campos de Níjar* llega a una playa cercana a la bahía sobre la que se asienta el pueblo de San José, Almería, se encuentra con las ruinas de una de estas antiguas torres. Y dice:

³⁹ La defensa llevada a cabo en este tipo de construcciones daría lugar, en español, a la expresión “no hay moros en la costa”, cuyo origen se encuentra en la historia de hostilidades entre España y el Norte de África (Flesler y Pérez Melgosa 165).

tumbado en la arena, contemplo amodorrado una de esas torres de vigía—llamada Cala Figuera—construidas hace siglos para prevenir las incursiones berberiscas y que se ven aún—como un símbolo de nuestras iniciativas, aplicadas siempre con retraso— en toda la costa mediterránea de España. (CN 88)

La visión de la torre le sirve al narrador como oportunidad para hacer una crítica del “carácter nacional” español, sobre el que ironiza sugiriendo una endémica falta de previsión. Como sucediera anteriormente con el narrador de Grosso, también aquí se desmitifica el pasado cristiano medieval, que estaba siendo reivindicado por el franquismo en estos momentos con el propósito de legitimar el nuevo régimen dictatorial.

Además de estas calas culturales, religiosas o históricas, otros espacios monumentales o arquitectónicos también sirven a los narradores de estos libros para hacer una reflexión de diferente naturaleza; en concreto, sobre el periodo “desarrollista” del franquismo, y algunas de sus principales consecuencias. El “desarrollismo” fue una transformación económica a gran escala que tuvo múltiples ramificaciones: material, cultural, discursiva, etc., manteniendo el régimen político autoritario, y un reparto desigual de la riqueza. Su origen tiene varios focos, entre los que cabe citar, principalmente, los Pactos de Madrid (1953),⁴⁰ y el Plan de Estabilización (1959);⁴¹ con ellos se sientan las bases para superar definitivamente el periodo de autarquía de la posguerra. La entrada de capital estadounidense a raíz de estas iniciativas políticas que tienen lugar en los años 50 supone un punto y aparte en la evolución económica y cultural del régimen. Para Enrique Moradiellos, la gran paradoja del franquismo fue haber interrumpido las transformaciones iniciadas en España a finales del siglo XIX para ser, finalmente, su “nuevo promotor y patrocinador” (135). Muchas de las reformas

⁴⁰ Los Pactos de Madrid fueron importantes no solo desde el punto de vista económico, sino también para la integración de España en el bloque occidental; véase Moradiellos (100-101), Payne (*El primer franquismo* 109) y Pecharromás (106-108).

⁴¹ El Plan de Estabilización de 1959 sería el primer paso para lo que más tarde sería conocido como el “milagro español”; se trata de un conjunto de medidas adoptadas por el gobierno franquista para la estabilización y liberalización de la economía española llevado a cabo por un conjunto de ministros a los que Ariel del Val se ha referido como “opusdeístas desarrollistas” (46). Aunque en principio el impacto de estas medidas fue limitado, supusieron el primer paso para los Planes de Desarrollo Económico y Social que tuvieron lugar en España a lo largo de la siguiente década (Núñez Carrasco y Ortega Aguaza 57-63)

propuestas o iniciadas durante la Segunda República parecían, ahora, más necesarias que nunca. Santos Juliá también considera que los cambios económicos iniciados en España a partir de los años 50 no son tanto fruto de un “milagro”, como la demostración de que la Guerra Civil y la dictadura habían postergado la necesaria orientación de la economía española (186). Pero, a pesar de las transformaciones, el desarrollismo no fue un periodo de progreso tal y como la producción cultural del franquismo pretendía hacer creer a los españoles; no para todo el mundo, al menos. Más bien, como dice Ana Fernández Cebrián, las nuevas políticas del desarrollismo franquista se alimentaban “con la sangre de los costes sociales que la exaltación del progreso invisibilizaba” (38).

Una de las consecuencias inmediatas de las nuevas políticas desarrollistas del franquismo fue la llegada en masa de los turistas, que a partir de los años 50 fueron para España (junto con las remesas de la emigración) una de sus principales fuentes de financiación. Lorién Jiménez Martínez destaca un “incremento notable de las estructuras e iniciativas dentro del entramado institucional y político del turismo franquista” (“La construcción” 2). El sector falangista del régimen, a principios de los años 50, pone en marcha iniciativas como la Obra Sindical de Educación y Descanso, o el Sindicato Nacional de Hostelería. El Ministerio de Información y Turismo, en manos de Manuel Fraga Iribarne, comienza a redactar un nuevo Plan Nacional de Turismo ya desde 1952. Como consecuencia, de los seis millones de turistas registrados a principios de la década de los 60 se pasa a treinta y cuatro millones a comienzo de los años 70 (Moradiellos 138). Pero, para que el país resulte atractivo es necesario crear una imagen, convertir a España en un país de sol y alegría, en lugar de un país que sufre todavía las consecuencias de una dura guerra. Esta “nueva” imagen va a girar, en gran medida, en torno a Andalucía. Desde la periferia, el sur ofrece a la perfección la imagen de una España exótica, pre-moderna, por lo que se toma como eje de la nueva imagen, y no la capital, que quiere ser contemporánea y europea (Afinoguénova y

Martí-Olivella xxx). Jiménez Martínez señala cómo una serie de campañas, puestas en marcha por el sistema político-turístico franquista, “invitan” a la población a construir la nueva imagen sobre una serie de elementos: “el respeto hacia el turismo y el turista”, y “el estereotipo a partir de lo andaluz” (*La construcción* 408).⁴²

En este contexto debemos abordar la visita que hace uno de los narradores de Goytisolo a la Alcazaba de Almería. Junto al castillo que hay en el interior, y las murallas del Cerro de San Cristóbal, este lugar es uno de los conjuntos monumentales y arqueológicos andalusíes más importantes de la Península Ibérica. El narrador de Goytisolo pasea por ella en actitud reflexiva. “La perspectiva de Almería, vista desde el hacho de la Alcazaba, es una de las más hermosas del mundo”, dice el narrador, que se detiene aquí y allá para contemplar el paisaje y sus detalles (*LC* 20). “La primera vez que estuve allí permanecí varias horas acodado en el parapeto” (*LC* 21). En los jardines “desiertos, escalonados en terrazas”, el narrador se sienta “a la sombra de un palisandro a contemplar el cielo azul”; y, más adelante, se detiene “a admirar el mazo florido de una pita” (*LC* 20). Su actitud contemplativa contrasta con la celeridad de un grupo de turistas. Asomados al mirador, desde donde se ve el barrio de La Chanca, “[d]e vez en cuando, un guía pondera las maravillas del lugar y los turistas se asoman por las almenas y lo acribillan con sus cámaras” (*LC* 21). La imagen estereotipada de España aparece cuando el guía habla a los turistas de los españoles y de su supuesto carácter exótico: “Espanis dans”; “[l]os españoles llevamos la alegría en la sangre” (*LC* 21); y, para demostrar la veracidad de sus palabras, “alargando el brazo peludo”, el guía “mostraba a los demás las venas de la muñeca por donde corría la alegría” (*LC* 22). El narrador es, en esta escena, profundamente irónico; no sólo porque remeda el inglés del guía, sino también porque se mofa de su aspecto físico (“el brazo peludo”) y de su discurso pseudo-científico. La

⁴² Esta identidad andaluza del país difiere radicalmente de la identidad “castellanizante” de la nación que el régimen franquista impone desde el principio y sobre la que hablo en el último capítulo. La imagen andaluza de España que ahora se promociona tiene su origen en las políticas del desarrollismo, y su razón de ser principal son las oportunidades económicas que ofrece la nueva industria del turismo.

“genetización” de la alegría, a través de la mención de la sangre que vemos en las palabras del guía, contribuye a la creación de un discurso cuyas “verdades” se constituyen como hechos innegables. La efectividad de estas palabras sobre lo “genuinamente” español parece ser directamente proporcional a su grado de banalización.

Por otro lado, el discurso del guía también es representativo de la mercantilización del espacio andaluz con fines turísticos. David Harvey, en “The Political Economy of Public Space”, analiza las diferentes formas en que el espacio urbano es mercantilizado. Para Harvey, la transformación del espacio urbano en un bien de consumo tiene lugar cuando este espacio es convertido en un fetiche para el espectáculo en un proceso que el autor denomina “disneyfication” (34). Lo que vemos en Goytisolo es parte de este proceso de transformación del espacio urbano andaluz en un bien de consumo como consecuencia de las políticas económicas del desarrollismo, que, como vemos en este ejemplo, llevaron aparejadas la proliferación de estereotipos. Como estrategia cultural, herramienta política, o forma de representación, los estereotipos han sido abordados desde diferentes ángulos. Fredric Jameson, por ejemplo, los considera inevitables, pues el contacto entre culturas diferentes “must always involve collective abstractions” (35). Homi K. Bhabha ve en los estereotipos un punto de sutura entre diferentes culturas, una prueba ambivalente de la existencia del otro en tanto que constituyen una forma de representación “as anxious as it is assertive” (68). Para Rey Chow, contrariamente a la frecuente acusación de ser una forma tergiversada de representación, los estereotipos han demostrado sobradamente su capacidad para generar creencias, compromisos y acción (58-59). Richard Dyer, en quien Chow basa parte de su trabajo, acierta plenamente cuando dice que “it is not stereotypes [...] that are wrong, but who controls and define them, what interests they serve” (248). Tanto Dyer como Chow abordan los estereotipos desplazando, significativamente, el foco del debate de la representación a la cuestión del poder. Para ambos, la representación no importa tanto como

analizar y cuestionar los intereses a los que esta representación responde. Los estereotipos que vemos en esta escena de Goytisolo sirven a las nuevas políticas económicas y desarrollistas del franquismo. Con su alusión a la mercantilización del espacio, y a la proliferación de estereotipos, el narrador de este libro pone de manifiesto cómo funcionan los “régimenes de la verdad” del régimen dictatorial. Como dijo uno de los autores de las primeras reseñas de *La Chanca*, con Goytisolo “nous sommes aux antipodes de la mystification touristique” (Audejean 1209).

Junto con la expansión acelerada del turismo, otra consecuencia de las nuevas políticas económicas del régimen fue la expansión de un irregular, y no menos acelerado, desarrollo urbanístico. La Ley de Suelo de 1956, y el Plan Nacional de la Vivienda, aprobado en 1961, aparecen en coordinación con los planes generales de desarrollo económico del país. Estas leyes tratan de dar respuesta a las nuevas realidades urbanas, entre las que destaca el gran déficit de vivienda de los grandes núcleos de población como consecuencia de las oleadas masivas de migración. En ciudades como Barcelona, Sevilla o Madrid tuvieron un impacto extraordinario, pero la visión política y social del régimen condiciona la mayor parte de estos cambios. En la capital del país, Elia Canosa Zamora y Ángela García Carballo destacan que “se reforman espacios que habían destacado durante el periodo republicano y por ello habían adquirido un significado abominable para el régimen franquista, como la Puerta del Sol o Moncloa”; se apuesta, asimismo, por otros espacios que “debían servir de exaltación del nuevo orden, como la ampliación de la Castellana, denominada entonces Avenida del Generalísimo, o la Feria del Campo” (417). La nueva política urbanística, sin embargo, parecía estar pensada para favorecer a la industria de la construcción más que a la población. El arquitecto Ramón Betrán Abadía dice que la política de vivienda de esta época estuvo encaminada “a la potenciación del sector de la construcción” (27). Para Betrán Abadía, las políticas urbanísticas del franquismo situaron a las ayudas públicas a la vivienda

en una posición singular, ya que “sus destinatarios no fueron quienes necesitaban una vivienda para vivir, sino quienes, gracias a ellas podrían comprarla y, por tanto, canalizar su ahorro personal hacia la inversión inmobiliaria” (27). Como consecuencia, los beneficiarios de la nueva política de vivienda fueron los propietarios del suelo y la banca. La literatura de la época no fue indiferente a esta dimensión urbanística de la etapa desarrollista—en la novela andaluza de los años 60 destacan, entre otras, *Con la noche a cuestas*, de Manuel Ferrand (1968),⁴³ y la primera novela de Grosso, *La zanja* (1960).⁴⁴

La irrupción de las políticas urbanísticas del desarrollismo, y los desequilibrios que producen, aparecen de manera significativa en estos libros. La miseria en que vive una buena parte de la población contrasta de manera brutal con islotes en los que un incipiente desarrollo urbano no parece producir en los narradores otra cosa que no sea perplejidad. Allá donde fueren, la pobreza está presente. Uno de los narradores de Grosso describe alguna de las zonas por las que atraviesa como “tierras donde se mide, se calcula y se pesa lo que está permitido comer cada día de los trescientos sesenta y cinco del año” (RA 53). En el barrio de La Chanca, que aparece en los dos libros de Goytisolo, hay gente que paga “cuarenta duros de alquiler por una chabola en donde no vivieran ni las ratas” (LC 24). Incluso en el interior del barrio hay importantes divisiones; Luiso, que hace de anfitrión para uno de los narradores de Goytisolo, describe la parte alta del barrio como la más pobre: “[a]llá mira usted y cree que está en la India” (LC 60). Sin embargo, el paisaje cambia radicalmente cuando el narrador de *Campos de Níjar* llega al pueblo que da título a este relato. El “Paseo de Níjar”, recién construido en 1958, es descrito por el narrador como “una avenida monumental, alquitranada y con jardines, de un centenar de metros de largo”; además, el Paseo tiene una “hilera de farolas plateadas rematadas con tubos de neón” (CN 47). La descripción que hace el narrador

⁴³ *Con la noche a cuestas* cuenta la historia de un vigilante de una obra y de un sereno que trabajan durante la noche en un barrio residencial de Sevilla en el que se están llevando a cabo los nuevos planes urbanísticos de la ciudad.

⁴⁴ *La zanja* gira en torno a la explotación que sufren unos obreros de la construcción que trabajan cerca de una base militar estadounidense a finales de los años 50.

de este espacio, que describe en términos de “monumentalidad”, contrasta radicalmente con el entorno y la pobreza circundantes. El narrador y el niño que le acompaña han llegado a este lugar “por una calle estrecha y llena de polvo”; en otra de las calles del pueblo, “las aguas residuales han abierto un cauce por en medio, lleno de fango y suciedades” (CN 47-48). En un pueblo como Níjar, donde en los años 50 hay gente que apenas tiene para comer, y donde muchos emigran, un Paseo de estas características es, como mínimo, una gran contradicción.

Los espacios monumentales que aparecen en Grosso y Goytisolo, a menudo presentados desde una perspectiva crítica, sirven para configurar los “régimenes de la verdad” de la dictadura. Todos parecen generar un espacio en el que las formas de actuar y de pensar ya vienen fijadas por el poder, codificadas, prescritas (Canclini 151), tanto si es en el ámbito turístico, como económico, histórico, cultural o religioso. El muchacho que acompaña al narrador de *Campos de Níjar* en esta última escena parece orgulloso del Paseo que han puesto en su pueblo: “muy bonito”; “[d]e noche lo iluminan y tó”; “[v]enga de aquí a dos horas y lo verá” (CN 47). En la Alcazaba de Almería, las palabras del guía no solo sirven para atraer a los turistas, sino que también tienen el efecto de generar un extraño orgullo en los habitantes del sur, a pesar de la pobreza: “[l]os extranjeros, en cuanto puén, se vienen p’ aquí”; “[e]n Andalucía con el sol y un poquico de ná, se las arregla usted y va tirando”, dicen algunos de los personajes que aparecen en este libro (CN 124). El narrador, ante este tipo de creencias, no encuentra mejor argumento que rechazar la “trampa” de una supuesta belleza:

Quería decirles que, si éramos pobres, lo mejor que podíamos desear era ser también feos; que la belleza nos servía de excusa para cruzarnos de brazos y que para salir de nosotros mismos debíamos resistir la sensación de sentirnos tarjeta postal o pieza de museo. (CN 124)

La “patrimonialización” del espacio monumental de la que habla Canclini se traduce, en los relatos de viajes de Grosso y Goytisolo, en una patrimonialización de los propios andaluces, que se convierten en “público”, pero de sí mismos, dejando de ser “ciudadanos” para convertirse en una parte más del paisaje. Los espacios monumentales que aparecen en estos

libros contribuyen, de una u otra manera, a sumir a los andaluces en el conformismo político y a crear una actitud generalizada de autocomplacencia. La descripción que los narradores hacen de estos espacios invita a reflexionar sobre hasta qué punto son, para el poder, una buena herramienta. En Grosso y Goytisoló, los espacios monumentales aparecen en una medida mucho menor que en la mayor parte de libros de viajes que se han escrito sobre el sur peninsular, pero, a través de ellos, estos libros nos hablan del poder del régimen franquista y de sus “régimenes de la verdad” dejando de lado cualquier atisbo de espectacularidad.

CAPITULO 2

“Opresión: (in)justicia espacial y sus cicatrices en el paisaje”

Desde la filosofía y la sociología marxista, y como refutación del existencialismo y el estructuralismo (especialmente el de Althusser), la obra de Henri Lefebvre hace un análisis de la vida cotidiana (en la que, para Lefebvre, el capitalismo sobrevive y se reproduce) desde una perspectiva crítica del espacio. Ciudades, regiones o países no pueden ser entendidos como una mera aglomeración de personas y cosas. Por el contrario, cada sociedad produce un espacio social determinado. En *The Production of Space* (1974), la tesis principal de Lefebvre es que el espacio es una construcción social relacionada con los valores y prácticas de una sociedad específica, lo que afecta a su uso y percepción. “(Social) space is a (social) product”, dice el autor (26). Abordando el espacio como una construcción social, Lefebvre abre la puerta para investigar los procesos de su producción, la multiplicidad de espacios producidos socialmente, y las contradicciones, conflictos y dimensiones políticas vinculados a estos procesos de producción. Esta producción social del espacio tiene, a su vez, una relación esencial con el poder económico, pues la producción social del espacio viene determinada por el poder de una clase social dominante, y tiene lugar de forma paralela a la reproducción del dominio de esa clase social.

La perspectiva crítica del espacio de Lefebvre ha tenido una enorme influencia tanto en la crítica literaria, como en la sociología, o en la geografía. Fue el punto de partida para la expansión de la geografía cultural de los años 70 y 80. En tiempos más recientes, una ramificación de esta sub-disciplina es el concepto de “justicia espacial”, desarrollado por Edward W. Soja en varios de sus libros y artículos, pero, especialmente, en *Seeking Spatial Justice* (2010). El concepto de justicia espacial de Soja une la idea de justicia social con el espacio. Tomando como referencia la producción social del espacio de Lefebvre, este

concepto de justicia espacial continúa la idea de “territorial justice” ya elaborada por David Harvey en *Social Justice and the City* (1973), al tiempo que supone una actualización de la “new spatial consciousness” a la que el propio Soja se refería en *Postmetropolis* (2000), y con la que reivindicaba un análisis cultural que privilegie la perspectiva del espacio junto al razonamiento histórico o sociológico (17).

En “The City and Spatial Justice” (2009), Soja define justicia espacial como “an intentional and focused emphasis on the spatial or geographical aspects of justice and injustice” (2). Para Soja, la justicia tiene una geografía. Sin embargo, esta conciencia espacial de la justicia no sucede de manera aislada, sino que está profundamente relacionada con la historia, la cultura, las tradiciones, la política y los valores de una sociedad específica. Lejos de ser un enfoque diferenciado, esta unión de la conciencia espacial y la justicia social representa, para Soja, un cambio con respecto a una era en la que el análisis del espacio estaba subordinado al pensamiento histórico, “toward one in which the historical and spatial dimensions of whatever subject you are looking at take on equal and interactive significance, without one being privileged over the other” (*Seeking* 15). Sin perder de vista la interacción entre la dimensión histórica y la geográfica, el enfoque espacial que tiene este análisis de la (in)justicia permite que podamos acceder a formas de opresión y discriminación que, de otro modo, podrían pasar desapercibidas. Abordar la justicia desde un punto de vista espacial, sin embargo, no es un sustitutivo de otras formas de injusticia como pueden ser las económicas, raciales, sexuales, etc., “but rather”, dice Soja, “a way of looking at justice from a critical spatial perspective” (“The City” 2).

En la actualidad hay un creciente interés tanto en la producción social del espacio, como en la idea de justicia espacial. A lo largo de nuestra vida, todos estamos rodeados de procesos sociales y económicos en los que participamos de manera activa, creando, transformando y reelaborando los espacios que usamos. La geografía que nos rodea nos

conforma, y, a su vez, nosotros damos forma continuamente a nuestros entornos geográficos. Reconocer la dimensión espacial de la justicia no sólo ofrece nuevas avenidas de conocimiento, sino que también abre la posibilidad de intervenir para cambiar geografías injustas; movimientos como el 15-M, Occupy Wall Street, Black Lives Matter, y otros de índole feminista, han encontrado parte de su inspiración en las diversas aplicaciones que ofrece esta perspectiva crítica del espacio.⁴⁵ Del mismo modo en que las ideas de Lefebvre estuvieron relacionadas con los movimientos de mayo del 68 en Francia, también nuestro entendimiento de algunos problemas actuales, como pueden ser los desahucios, la expulsión de trabajadores a la periferia, la explotación de viviendas turísticas, la gentrificación o la vulnerabilidad con respecto a desastres naturales puede verse enriquecido si analizamos estos fenómenos desde la perspectiva de la justicia espacial.⁴⁶ A escala global, el World Social Forum presentó en 2005 el documento “World Charter of the Rights to the City”, al que Soja se refiere de manera detallada en el capítulo 3 de *Seeking Spatial Justice* cuando menciona otras posibles ramificaciones de la idea de justicia espacial. Por otro lado, la idea de justicia espacial también puede ser usada desde el punto de vista de la representación del espacio en relación a la identidad territorial y las prácticas sociales, explorando, por ejemplo, las prácticas espaciales de determinados grupos humanos, y cómo estas prácticas son experimentadas y manejadas por diversos agentes.

Casi todos los autores que se han acercado a esta visión crítica del espacio haciendo uso de la idea de justicia espacial como método de análisis para abordar la modernidad recurrente—incluido el propio Soja—a la ciudad de Los Ángeles y a las características que hacen de este lugar una de las metrópolis contemporáneas más singulares; se originan en UCLA, además, varios de los movimientos sociales que esta perspectiva lleva aparejados. Sin

⁴⁵ Las manifestaciones feministas que han tomado la calle en España en los últimos años han sido masivas; también ha habido huelgas basadas en la ausencia del lugar de trabajo.

⁴⁶ Me refiero aquí a *The Right to the City* (1968), donde Lefebvre sienta las bases para su argumentación posterior acerca de la producción social del espacio.

embargo, esta conceptualización del espacio también puede, y debe, ser aplicada a geografías rurales o menos desarrolladas. La idea de justicia espacial ofrece un marco teórico sobre espacio y justicia social que, por su misma naturaleza, no necesariamente queda restringido al ámbito urbano de la megalópolis. Soja, de hecho, se refiere a la espacialidad de la (in)justicia “not just in the city but at all geographical scales” (“The City” 1). Para el autor, las geografías en que vivimos pueden tener consecuencias positivas o negativas en prácticamente todo lo que hacemos, y estas consecuencias afectan a la geografía en que se inscribe el cuerpo, o el hogar, ciudades, regiones, estados o incluso a escala global. “[A]ll geographies have expressions of justice and injustice built into them”, dice Soja (“The City” 2). Por otra parte, la geografía cultural ha reconocido, casi desde que se conforma como disciplina, el carácter dialéctico de la interacción socio-espacial. Esta interacción presupone que “the spatial shapes the social as much as the social shapes the spatial” (“The City” 2). Como reconoce Doreen Massey, la bi-direccionalidad de la dimensión espacial de lo social es ampliamente aceptada por otros geógrafos culturales (“Power-Geometry” 264), lo que permite abordar espacios, o estructuras sociales, desde una u otra perspectiva.

Partiendo del concepto de justicia espacial, y haciendo uso de otros conceptos relacionados como los no lugares, de Marc Augé, o la movilidad, vista tanto por Paul Virilio, como por Tim Cresswell, este capítulo analiza la forma en que la justicia social y el espacio interaccionan en los paisajes andaluces que Alfonso Grosso y Juan Goytisolo describen en sus relatos de viajes por el sur peninsular. Las huellas paisajísticas de los diferentes tipos de opresión a que aluden estos relatos son una parte fundamental de la poética del espacio andaluz configurada por los dos autores a lo largo de estas cuatro narraciones. El propósito de este capítulo es, por tanto, hacer un análisis de la región andaluza representada en estos textos reflexionando sobre la manera en que ilustran la injusticia (al mismo tiempo que articulan una reivindicación social) y teniendo en cuenta siempre la perspectiva del espacio; con este

objetivo, se lleva a cabo en el capítulo una aproximación a aquellas “marcas paisajísticas” que nos permiten vislumbrar cómo la situación social, económica y humana de la Andalucía de finales de los años 50, e inicios de los 60, quedan impresas en el paisaje, atendiendo a la manera en que esta perspectiva nos permite acercarnos a la configuración de relaciones geosociales, y sin perjuicio con respecto a otras formas de conciencia espacial.

Una de las características del espacio que destaca de modo general en la Andalucía que encontramos en Grosso y Goytisolo es la dureza del paisaje (Figura 4). Los narradores de estos libros de viajes describen gran parte del sur de la Península Ibérica transmitiendo una imagen desolada de su naturaleza. Representativas, a este respecto, son las palabras de uno de los narradores de Goytisolo cuando inicia su andadura: “me interno en el desierto [...] por un paisaje rudo, sin hombres, árboles, ni agua” (CN 34). Tres características principales contribuyen a la violencia paisajística en estos relatos: (1) la presencia del sol, que “golpea la marisma” (Grosso, RA 37), “se ha apoderado plenamente del paisaje y flamea en lo alto, como un chivo” (Goytisolo, CN 84), “se ceba en los trigales como un animal famélico” (Goytisolo, CN 92), o, “embiste, como un toro salvaje” (Goytisolo, CN 67); (2) la falta de vegetación, manifestada por la presencia de “algún árbol en la lejanía” (Grosso, RA 37), en un trayecto donde “[l]os eucaliptos de la carretera se espacian peligrosamente” (Goytisolo, CN 18), o donde el terreno “se ofrece a los ojos descarnado y ocre” (Goytisolo, LC 37); y (3) la falta de agua, que produce un paisaje en el que “[l]a llanura humea” (Goytisolo, CN 62) y “[e]l polvo se arrastra por la carretera” (Grosso, RA 38). Esta dureza, por otro lado, va más allá de la mera descripción, quedando impregnada en el propio uso del lenguaje. Cuando en Grosso leemos que “[e]l polvo se arrastra por la carretera” (RA 38), o en Goytisolo que “[l]a carretera parece rastrear por los eriales” (CN 39), la aliteración de las vibrantes—que se repiten tanto en la versión múltiple, como en la simple—contribuye a crear la idea de un

paisaje rudo de la misma forma en que lo hacen las propias imágenes creadas, que parecen sugerir que hasta para la carretera es difícil acomodarse al entorno.



Figura 4. Provincia de Almería en 2015 [fotografía: Bernardo Muñoz].

La violencia en la descripción paisajística transmite, de forma general, la idea de dificultad para la vida. Las duras condiciones climáticas, la falta de recursos y el aislamiento—las muchas referencias que hay en los textos al carácter remoto de estos lugares—señalan los obstáculos que la población de estas zonas enfrenta para salir adelante. La dimensión social de los relatos de Grosso y Goytisolo, sin embargo, asoma de manera indirecta. La censura franquista, rígido sistema de control de prensa y literatura, aseguraba que los medios culturales estuviesen al servicio del estado (Payne, *Fascism* 292). En el momento en que estos autores escriben, la maquinaria de la censura había logrado que los propios escritores y editores incurriesen en la autocensura con el propósito de anticiparse al censor estatal (Labanyi, “Censorship” 213). Llamando la atención sobre la dureza del paisaje, Grosso y Goytisolo hacen una denuncia velada de la situación de miseria que se vive en algunas zonas de Andalucía; y, en ocasiones, esta denuncia velada puede ser un comentario sobre el propio sistema censor. “El silencio es agobiante”, dice el narrador de *Campos de Níjar*; se refiere a la soledad y aislamiento de una de las áreas que atraviesa en el centro de la

provincia de Almería (CN 24), pero, en sus palabras, también podemos advertir los parámetros expresivos sobre los que se mueve el libro.

La violencia del paisaje, sin embargo, no es absoluta, sino que presenta interrupciones y discontinuidades. Una de estas discontinuidades de la violencia paisajística es la representación del cortijo andaluz. El cortijo es una construcción rural típica de la España meridional.⁴⁷ Sus características son específicas. La vivienda consiste en grandes caseríos amurallados dentro de cuyo perímetro viven tanto las personas, como los animales. Les identifica el color blanco de las construcciones y el camino de entrada arbolado en ambos flancos. “Campo, campo, campo”, cantaba Antonio Machado, “entre los olivos / los cortijos blancos” (154). Generalmente alejados de los núcleos urbanos, hasta bien entrado el siglo XX generaban un sistema de vida basado en la autosuficiencia (Morillo y de Pablos 101). En estos grandes caseríos agrarios vive la familia propietaria junto con los trabajadores que ayudan a mantenerlos. Si bien algunos están habitados todo el año, más común es que sean una segunda vivienda, ya que la familia suele tener una propiedad (y quizás otros negocios) en la ciudad.

Los cortijos han jugado un papel fundamental en la sociedad agraria andaluza a lo largo de su historia. Su existencia se encuentra estrechamente relacionada con una forma latifundista de administración y explotación de la tierra. A diferencia de otras zonas de la Península, la característica principal de la agricultura andaluza (y también extremeña) es su carácter latifundista.⁴⁸ “El latifundio andaluz es una vieja herida abierta en la sociedad española”, decía uno de los fundadores de la revista *El Ciervo* en 1958 (Barjau Riu 5). Su origen parece encontrarse en las grandes porciones de tierra que, como consecuencia de la

⁴⁷ Salvando las distancias, los cortijos comparten características con el rancho, la hacienda, el ingenio, la estancia o la plantación americanos, con los que mantiene una relación genealógica (Martínez Alier 13; Mörner 185; Wolf y Mintz 382); el propio Grosso usa la palabra “haciendas” ocasionalmente (RA 81).

⁴⁸ La situación del sur es diferente a la del resto de la Península; en Galicia, por ejemplo, predomina el minifundio; también, en Castilla, no es infrecuente que pobladores rurales posean pequeñas parcelas de tierra que se encuentran al margen de la explotación corporativista; en Cataluña, las guerras “remensas” (revueltas campesinas) del siglo XV crearon una situación específica (Vicens Vives 23; Freedman 41).

conquista cristiana, pasaron a pertenecer a un número reducido de propietarios. Esta clase terrateniente obtuvo la posesión de la tierra como consecuencia de las concesiones hechas por los reyes cristianos a nobles que habían jugado un papel importante durante la conquista (Cabrera Muñoz 466).⁴⁹ Se trata de un sistema de explotación de la tierra en que pocos propietarios manejan una extensa región para la que trabaja una masa empobrecida, lo que supone una forma de violencia económica que complementa a la violencia natural ya descrita.

Los narradores de estos libros se cruzan con numerosos cortijos a lo largo de sus viajes. Una de las primeras características que destacan en la descripción de estos cortijos es la impresión de riqueza que emana de ellos, aún a pesar de la desolación que les rodea. A su paso por Carboneras, uno de los narradores de Goytisolo viaja en una camioneta cuando divisa, junto al camino, a “un lagarto de más de medio metro” (CN 35). “[L]a gente de por aquí se los come”, indica uno de los trabajadores con quienes viaja (CN 35). Poco después, al aproximarse a una cortijada, este mismo narrador de Goytisolo también observa que “[e]n los bancales crecen berenjenas y tomates” (CN 37). Más adelante, en las proximidades del pueblo de San Miguel de Cabo de Gata, el narrador señala que el cortijo de Torre Marcelo “produce impresión de gran riqueza” (CN 71); en el caserío de este cortijo pueden verse “gallinas, patos, ocas, cerdos, e incluso una alberca”, “la paja se amontona en los almiarés”, “bajo el cobertizo se ven las enjalmas de las mulas”, así como “los aperos de labranza y trajino del campo”, además de “una huerta con olivos, palmeras y frutales” (CN 71). Torre

⁴⁹ Existe un debate con respecto al origen del latifundismo en la España meridional. Por un lado, están aquellos que defienden que se origina con la conquista cristiana y los llamados *repartimientos* (repartición de la tierra entre los cristianos); por otro, quienes defienden que el latifundismo meridional no sería sino una mera reproducción de desigualdades que ya estarían presentes en la Andalucía islámica (Cabrera Muñoz 466). Sea como fuere, una teoría ampliamente aceptada es que la creación (o mantenimiento) de esta forma de administración y explotación de la tierra se haya relacionada con la velocidad de la conquista. Dilatada a lo largo de varios siglos, con la llegada al trono de Fernando III en 1230, la conquista cristiana “experienced the most spectacular advance” (Cabrera Muñoz 465), acelerándose, principalmente, en la zona occidental del sur de la Península. Esto habría generado las diferencias entre el centro-norte y la zona meridional, unas diferencias que, para algunos, la Revolución Liberal del XIX agravó, ya que las desamortizaciones concentraron aún más la propiedad, beneficiando a la burguesía agraria y a la nobleza, mientras que, por otro lado, la proletización de los trabajadores se vio intensificada con la abolición del sistema arrendatario que, hasta ese momento, habían mantenido la Iglesia y los Municipios (González de Molina 25, 30).

Marcelo, que según indica el narrador de este libro se encuentra “enclavado en medio del desierto” (CN 71), no parece, desde luego, afectado por la escasez anteriormente descrita. La abundancia de animales (tanto para el alimento, como para el trabajo), la asociación con el agua (bien escaso en la provincia almeriense), y, por tanto, con huertas y frutales, tienen el efecto de mostrar un marcado contraste entre el estilo de vida de los propietarios de la tierra, y la masa desposeída de los trabajadores que según el narrador se alimentan, entre otras cosas, de lagarto asado. Pero esta riqueza paisajística es la excepción, pues una vez pasado Torre Marcelo, el narrador enseguida advierte que “[e]l paisaje se agosta de nuevo” (CN 71). En Grosso y Goytisoló, la descripción de los cortijos y la abundancia que va asociada a estos lugares representan una interrupción de la “normalidad” paisajística de la región; su presencia indica la enorme división entre ricos y pobres, y esta división es representada por los autores, como vemos en estos ejemplos, a través de la caracterización del espacio.

Por otro lado, una de las formas en que podemos abordar el concepto de justicia espacial es a través de la identificación de lo que Soja ha denominado “lasting spatial structures of privilege and advantage” (“The City” 3). Se trata de una forma de organización espacial que privilegia a una comunidad por motivos de clase, raza, género, etc. La relación entre la clase terrateniente andaluza y la población trabajadora en relación a los cortijos genera una de estas estructuras espaciales de largo alcance que, siguiendo las observaciones de Soja, se encuentra enraizada no sólo en la historia, sino también en la cultura. Más allá de su realidad física o funcional, el cortijo lleva aparejadas diversas ideas con respecto a un poder hegemónico. Al definir grandes propiedades agrarias, Magnus Mörner diferencia entre aquellas que sirven para la mera acumulación de capital de aquellas que, además, también sirven “to underwrite the social ambitions of the owner” (185). El cortijo estaría en este

segundo grupo, pues, a partir de su presencia en el campo andaluz no se generan únicamente formas económicas específicas, sino también una potente dinámica de hegemonía cultural.⁵⁰

La hegemonía cultural que emana de los cortijos tiene una lectura en clave nacional. En *Imagined Communities* (1983), Benedict Anderson hace una reflexión sobre los procesos de construcción de los nacionalismos modernos, y se refiere, específicamente, a cómo estos procesos son proyectados a lo largo y ancho de un territorio delimitado. En la observación de Anderson sobre las relaciones entre un supuesto centro neurálgico y una “periferia” con respecto a ese centro, el autor alude a la posibilidad de un “capitalism in feudal-aristocratic drag” (151). Se refiere con esto el autor a la proliferación de grandes mansiones en las que predomina el esparcimiento, abundan los caballos, y un amplio personal de servicio permite a sus propietarios “to play aristocrat off centre court” (151). La descripción no podría encajar mejor con el cortijo andaluz; no se trata únicamente de una forma de poder local, sino que tiene estrechos lazos tanto con el poder económico central, como con una particular idea de nación.⁵¹ Joan Martínez Alier y Jordi Roca Jusmet han señalado la “orientación fuertemente nacionalista española” de la élite agraria andaluza y su fácil integración en los sindicatos verticales del franquismo frente a, por ejemplo, algunos sectores de la clase industrial catalana (9-10)—lo que no quiere decir que entre la clase industrial catalana y el franquismo no se dieran otros tipos de alianzas. Además de una forma de administración y explotación de la tierra, así como de otros recursos locales, el cortijo es, con todo, un epicentro del que

⁵⁰ Gramsci utiliza la expresión “hegemonía cultural” para referirse a la dominación de la sociedad, culturalmente diversa, por una clase dominante cuya cosmovisión—creencias, moral, instituciones, valores, costumbres, etc.—se convierte en la norma cultural aceptada y en la ideología universal y válida, justificando, de este modo, el *statu quo* como natural e inevitable, en lugar de presentarlo cómo un constructo social que beneficia a una sola clase (Gramsci, 1971).

⁵¹ Resulta interesante comparar las palabras de Anderson con la forma en que Maquiavelo se refirió a la reforma agraria en la antigua Roma, y su crítica de la clase terrateniente, a quienes describe como “those who live in idleness on the abundant revenue derived from their states” (cit. en Elden 251). Maquiavelo, en su *Discorsi*, se muestra satisfecho con el hecho de que esta reforma agraria tuviera como consecuencia que nadie pudiera poseer tierras más allá de una determinada extensión, así como el hecho de que las tierras resultantes de conquistas tuvieran que ser repartidas de forma equilibrada entre todos los “ciudadanos”.

emana una hegemonía cultural específica y, durante la dictadura, perfectamente integrada dentro de los parámetros socio-económicos del franquismo.

La descripción cromática que hace uno de los narradores de Grosso de uno de estos epicentros agrarios debe ser entendida teniendo en cuenta este contexto. En Cortijo Rubiales, resulta significativa la forma en que el narrador percibe los colores. El caserío del cortijo es descrito diciendo que en este lugar predominan los colores “rojo sangriento” y “amarillo sucio” (RA 42). Con esta adjetivación de los colores del cortijo, este narrador de Grosso parece sugerir una asociación entre el poder que el cortijo representa en la campiña andaluza y el régimen franquista con el que aparece asociado, que aquí estaría representado (de nuevo, de una forma velada debido a la censura) por los colores de la bandera nacional. Los adjetivos de rojo “sangriento” y amarillo “sucio” no son únicamente los colores que tiene el cortijo, sino la forma en que el narrador califica a un régimen que había llegado al poder en 1936 tras un golpe de estado, y ejerciendo una dura represión de la clase trabajadora. Esta brusca descripción cromática del cortijo contrasta con la adjetivación que hace este mismo narrador de Grosso cuando se refiere a los colores de la tierra, el campo, o el mundo de los trabajadores en general. Al hablar de las plantaciones de arroz en la marisma sevillana, el narrador ensalza “un verde distinto a todos los verdes”, un verde “luminoso”, “un color nuevo, aceitoso y crujiente” (RA 41). Mientras que el cortijo, con los colores de la bandera nacional, es calificado como “sucio” y “sangriento”, las plantaciones de arroz en que discurre la vida de los trabajadores son descritas de manera lírica. La repetición anafórica de la palabra “verde”, por otro lado, invita a pensar en la importancia que el narrador confiere a este color, estrechamente vinculado con el sur peninsular a raíz de su pasado musulmán.⁵²

⁵² El color verde, de forma general, está asociado con el islam, como podemos ver en la bandera de muchos países musulmanes; lo vemos en la franja verde que tiene la bandera india, por ejemplo (donde la franja naranja representa al hinduismo), o en la bandera de Arabia Saudí, Argelia o Pakistán. El origen de esta asociación entre el islam y el color verde nace del hecho de que este color, en el Corán, aparece asociado con el paraíso. En el caso andaluz, la bandera blanca y verde que caracteriza a esta región de España tiene supuestamente su origen

También en Goytisolo hay una dimensión cromática que parece favorecer a aquellos lugares asociados con la clase trabajadora; en las cercanías de la Chanca, por ejemplo, el barrio es descrito como “luminoso y blanco” (*LC* 20). Mientras el rojo y el amarillo del cortijo representan el poder de la clase terrateniente y su asociación con el régimen franquista, la clase trabajadora aparece relacionada en estos libros con el verde de la plantación, del producto que nace de la tierra, y el blanco de las casas del barrio de La Chanca—“[t]oda la vida depende de ese mar verde”, dice el narrador de Grosso (*RA* 81).

Aunque la ocasional aparición de los cortijos podría hacernos pensar que son un estímulo para la economía local, su presencia no significa que generen la necesaria actividad económica para la supervivencia de los habitantes de esta zona del sur peninsular. Parte de la carencia de actividad económica en este momento estuvo determinada por lo que ha venido en llamarse “absentismo”; muchos propietarios, acosados por dificultades para sacar beneficio económico de la tierra o por la modernización en el exterior, a causa de tener otros negocios más rentables, o, simplemente, por dejadez debido a la extensión de sus posesiones, dejaban grandes zonas de tierra sin cultivar (Garrido González 61). Los pueblos que dependían directamente de estas zonas de cultivo—que les proporcionaban trabajo tan solo unos meses al año (generalmente tres, pues se trata de trabajo estacional)—se encontraban, de repente, sin nada. La población padecía hambre por no poder explotar la tierra, mientras los propietarios decidían abandonarla por no compensarles económicamente. “Los cortijos [...] ponen una nota blanca, más de presencia que de vida”, dice uno de los narradores de Grosso describiendo la zona sur de la provincia de Sevilla (*RA* 141). Por otro lado, esta decadencia de la actividad agrícola que caracteriza a la primera mitad del siglo XX tiene lugar sobre la destrucción de empleo acaecida como consecuencia del cierre y abandono de antiguos centros mineros (Comín, *España del sur* 100, 411-416; Morales Muñoz 57). Cerrados décadas atrás,

en uno de los pendones de Abderramán I, responsable de la primera expansión importante de Al-Andalus bajo un mando único con la re-emergencia, tras su desaparición en Oriente Medio, de la dinastía de los Omeyyas.

estos centros mineros, que un día fueron un estímulo para la economía regional, sucumben a su propio deterioro en el tiempo de la narración. Camino al pueblo de San José desde Cabo de Gata, el narrador de *Campos de Níjar* viaja en la carreta de Argimiro, quien, durante el trayecto, le cuenta la historia de las minas de la provincia. “Entre Boca de los Frailes y San José había media docena de minas de plomo y manganeso”, explica este personaje (CN 85). Explotadas por compañías francesas e inglesas, estas minas fueron un sector importante de la economía del sur-levantino español hasta principios del siglo XX (Martínez López 33, 47). Desde entonces, forman parte del litoral mediterráneo almeriense las imágenes de antiguos centros mineros con “sus casas en ruinas, sus plazas desiertas y sus galerías y pozos anegados” (CN 85-86). La desaparición de centros mineros contribuyó al “éxodo migratorio andaluz” (Rapado 88) que tuvo lugar a los núcleos industrializados del centro y norte de la Península en la medida en que también desaparecía, con ellos, una alternativa de empleo a un movimiento migratorio generalmente concebido como “producto del latifundio” (Rapado 88).

La extensión absoluta del latifundio, por otra parte, da pie a otra de las huellas paisajísticas de la opresión que encontramos inscritas en el espacio andaluz que aparece representado en estos relatos. Esta forma de opresión espacial consiste en lo que podríamos denominar como una constante y sistemática “expulsión a los bordes”. Aunque la existencia de pequeñas propiedades no es frecuente, llama la atención la adjetivación de unos de los narradores de Grosso cuando habla, por ejemplo, del “minifundio estrangulado” (RA 42-43). El narrador se refiere a la extensión del latifundio en el Bajo Guadalquivir, donde incluso los poblados parecen acosados por su “amenazadora” presencia, ya que, según leemos en este texto, “[h]asta el mismo borde del poblado llegan los cultivos, el monocultivo gigante” (RA 81). También en Isla Mayor—nombre de una porción de tierra rodeada por diferentes brazos del río Guadalquivir (y del poblado que se encuentra en su interior)—el narrador de Grosso señala que “de punta a punta, el propietario ha llegado tan lejos en la extensión de sus

haciendas que acaso un hombre no encontrara lugar donde construir su casa” (RA 81). Esta expulsión a los bordes también la vemos, por otra parte, como consecuencia del cultivo de subsistencia que llevan a cabo algunos trabajadores, a los que se les permite cultivar pequeñas parcelas en los márgenes de las grandes propiedades. “[L]os laos los dejan pa nosotros”, dice uno de los locales al narrador de Goytisolo en *Campos de Níjar* (68). Los trabajadores que disponen de esta opción trabajan doblemente, pues cultivan la tierra propia y la ajena (en el caso de que las grandes plantaciones hayan sido cultivadas). En Grosso, uno de los narradores hace referencia, también, al “arroz que crece al borde de la carretera, fuera de las cercas, en el agua podrida” (RA 42). Su descripción es bien diferente a la de las grandes extensiones agrarias, y señala la falta de recursos del trabajador pobre de la zona, que ha de cultivar haciendo uso únicamente de sus conocimientos, y de las capacidades de la tierra.

Lefebvre dice que el espacio socialmente construido, “in addition to being a means of production, it is also a means of control, and hence of domination, of power” (*Production* 26). Cosas y productos sujetos a medidas esconden la verdad sobre sí mismos, disimulan no sólo las fuerzas de trabajo y la producción, sino también las relaciones sociales de explotación y dominación sobre las que se fundamentan (*Production* 80-81). La representación del minifundio, la dificultad para la vivienda, y el cultivo de subsistencia, son ejemplos en estos textos de cómo la dominación de la clase terrateniente, en connivencia con el poder central del régimen, se manifiestan en la producción social del espacio, así como de las prácticas que esta producción lleva aparejadas. Esta dominación, por otra parte, se manifiesta aún más si cabe en la propia localización de los barrios en que vive la clase trabajadora. El Vacie, descrito por Grosso como una “[h]erida abierta en la tierra” (RA 21), es una agrupación de infraviviendas literalmente “expulsada” a los márgenes de la ciudad en Sevilla. Un muro de vegetación, en el que “las pitas son tan altas que no hay manera de ver el barrio desde la carretera”, lo separa del resto de la ciudad (RA 21). Igualmente, el barrio de

La Chanca se encuentra encajonado en la parte alta de la ciudad de Almería, y cuando el narrador de Goytisolo se aproxima a sus calles, tiene “la impresión de violar algo—como de irrumpir en terreno prohibido” (*LC* 27). Ambos son ejemplos de lo que Soja denomina “institutionalized residential segregation” (“The city” 3), pues la falta de recursos y la dificultad para la movilidad condicionan la vida de quienes habitan estos lugares, eficazmente excluidos del perímetro urbano a través de una frontera física (o simbólica), y cuya marginación es representativa de algunos de los aspectos más negativos de los años del desarrollismo en España.

Las transformaciones a que dio lugar el desarrollismo, conocido como “milagro” económico, eran promovidas por las fuerzas culturales del régimen en lo que Ana Corbalán y Ellen Mayock han llamado “the narrative of development” (xvii). Una de las manifestaciones de esta narrativa del desarrollo fue la empleada por el cine de la época, que, en palabras de Javier Hernández Ruíz y Pablo Pérez Rubio, promovía la modernización del país como “una visión rosa, exaltadora [...] del modo de vida de las clases favorecidas” (314). La imagen desarrollista de España promovida por el aparato cultural del franquismo, sin embargo, ocultaba el hecho de que no todos tuvieron las mismas oportunidades para disfrutar de la nueva afluencia, pues, como dice Jorge Pérez, durante este periodo buena parte de la población “still occupy marginal spaces” (“¡Hay que motorizarse!” 20). Por otro lado, el desarrollo incipiente también tuvo una estrecha relación con la irrupción del turismo. Usado políticamente desde comienzos del siglo XX, Eugenia Afinoguénova afirma que, durante el régimen de Franco, el turismo “would again become useful to the center”, ya que se presenta no únicamente como una oportunidad económica, sino también como un poderoso generador de identidades, y, por tanto, como una herramienta política para construir la nación (743). Una de las principales preocupaciones del régimen con respecto al turismo en España—que registra un aumento de visitantes de seis millones en 1960, a treinta millones en 1975 (Riquer

i Permanyer 260)—fue la de promover una imagen modernizada del país en la que, como dice Pérez, los españoles ya no aparecieran como una población indigente (“¡Hay que motorizarse!” 14).

En este contexto, la exclusión física y simbólica de barrios como El Vacie o La Chanca, tanto del tejido urbano de las ciudades a que pertenecen, como del imaginario nacional, debe entenderse como un deseo por parte del régimen de ocultar estas zonas a las miradas indiscretas de los extranjeros. Aunque no lo rodea ningún muro, como en el caso de El Vacie, uno de los narradores de Goytisolo describe el barrio de La Chanca separado del resto de la ciudad por un grupo de casas a las que este narrador se refiere como “decorado”, lo que permite que, por regla general, los automovilistas prosigan su camino “sin pararse a indagar lo que hay detrás” (*LC* 27). De nuevo, el barrio de La Chanca parece haber sido expulsado del tejido urbano. Significativamente, este “decorado” consiste en una taberna llamada “La Alegría del Puerto”, una “Caja de Ahorros”, y una escalera monumental de descarga frente al muelle “con una lápida que celebra algún aniversario memorable” (*LC* 27). La situación estratégica de este primer grupo de casas separa al barrio de la carretera que discurre junto al puerto, y por la que pasa un creciente número de turistas camino de Málaga. Estas referencias encierran, simbólicamente, las políticas urbanas del franquismo desarrollista, que, en el caso particular de Andalucía, “tapa” la miseria endémica en muchas zonas del sur con folclore (“alegría”) y nacionalismo (“aniversario memorable”), ambos unidos a la ironía de la Caja de Ahorros, de la que, evidentemente, no hacen uso los habitantes de este barrio. Goytisolo muestra con esta descripción una de las formas de injusticia espacial apuntadas por Soja, aquella que afecta a la manera en que percibimos los territorios (*Seeking* 28, 109). La identidad sobreimpuesta en La Chanca por este grupo de casas, este “decorado”, puede ser interpretado como una metáfora de la imagen andaluza en el imaginario nacional del franquismo, donde la problemática social era barrida sutilmente

tras una fachada de folclore y cultura local manufacturada como producto de consumo para el visitante extranjero, y, cada vez más, también nacional.

El narrador de Goytisolo en este libro, sin embargo, esboza una imagen bien diferente del barrio una vez que ya se encuentra en su interior. Además de la exclusión territorial y simbólica, así como la cuestión identitaria, la injusticia espacial se manifiesta en La Chanca como una escasez absoluta de recursos. Cuando Soja se refiere a este aspecto de la justicia espacial, el autor hace alusión, específicamente, a “the fair and equitable distribution in space of socially valued resources and the opportunities to use them” (“The City” 2). Un espacio socialmente justo debe incluir la presencia y acceso no sólo a colegios y hospitales, sino también a recursos esenciales como agua, víveres o luz. Sin embargo, La Chanca que vemos en Goytisolo es un lugar en el que “no hay médicos, ni dispensario, ni practicantes, ni mercado, ni agua corriente, ni, en la mayor parte de las casas, electricidad. Los vecinos deben buscar el agua a veces a centenares de metros” (LC 54). Con esta imagen de un barrio marginal almeriense, Goytisolo da forma a lo que Pérez ha denominado “the dissonances that singularize the years of desarrollismo” (“¡Hay que motorizarse!” 21), creando una imagen del sur andaluz que complementa a esa proyección edulcorada del país que promueven los medios periodísticos y culturales del franquismo. Además, La Chanca, de esta forma representada, es también un ejemplo de lo que Josefina Ludmer clasifica como “islas urbanas”, espacios metafóricos de la cultura metropolitana contemporánea cuyos habitantes “[e]stán afuera y adentro al mismo tiempo: afuera de la sociedad, en la isla, y a la vez adentro de la ciudad” (105). Situada en el interior de Almería, La Chanca es una sub-comunidad que ha sido expulsada a los confines de la ciudad. A pesar de ese “deseo de conectar” que, al menos en principio, debería caracterizar a los espacios urbanos (Corbalán y Mayock xii), este barrio almeriense ha sido extirpado del imaginario nacional.

En *Culture/Power/History*, Pierre Bourdieu reflexiona sobre la relación entre el lugar en el que se desarrolla la vida cotidiana y la identidad personal cuando dice que,

[t]he parameters of personal identity—especially of one’s “place” within a system of social differences and inequalities—are structured into the objective environment [...] The organization of space (in houses, in villages, and cities) and time (the rhythms of work, leisure, holidays) embody [sic] the assumptions of gender, age, and social hierarchy upon which a particular life is built. (cit. en Dirks, Eley y Ortner 13)

Viviendo de acuerdo a estos parámetros, la identidad de cada persona está asociada al territorio que habita, lo que puede dificultar su traslado o inserción en otros lugares con prácticas y significados espaciales diferentes. Cuando el narrador de Goytisolo se aventura en La Chanca, entra en un orden social y espacial distinto, transgrediendo con ello las premisas identitarias en la geo-normatividad de la España franquista. “[E]s un universo aparte”, dice el narrador, “en el que el visitante se siente extranjero” (LC 27). La naturaleza profundamente clasista de la sociedad franquista hace que cada individuo ocupe un lugar específico (Saz Campos 344), y estas divisiones condicionan los espacios transitables o prohibidos si uno no quiere poner en riesgo su estatus. Para el narrador de este libro, adentrarse en el barrio de La Chanca es dejar atrás el espacio al que pertenece por motivos de clase. Si, como dicen Peter Marcuse y Ronald Van Kempen, las ciudades modernas se caracterizan por estar “socially and spatially disconnected, fragmented and polarized” (7), la presencia del narrador en este barrio contradice a la modernidad urbana en España. Entrando en La Chanca, el narrador de Goytisolo hace el camino inverso a la tendencia demográfica del desarrollismo, ya que, al contrario que estos nuevos movimientos de población, se introduce en los lugares de los que se nutre la emigración. Aunque el desarrollismo en España empuja a un gran número de personas desde el espacio rural al urbano, desde las sociedades agrarias del sur (en este caso) hacia las ciudades industrializadas del norte, aquí el narrador parece viajar a contrapelo, lo que se suma a otras de sus formas de disidencia y descontento.

Por otra parte, tanto los narradores de Grosso como los de Goytisolo son sujetos en movimiento, y esta movilidad, en el espacio andaluz de mediados del siglo XX, adquiere significados específicos. La movilidad y sus metáforas son uno de los aspectos clave de la modernidad. Para Tim Cresswell, la idea de movilidad forma parte de la conceptualización occidental de las sociedades y culturas modernas, tanto si es vista como progreso, libertad y oportunidad como si, por el contrario, es percibida como una amenaza, “a disorder in the system, a thing to control” (*On the Move* 26). Iain Chambers, por otra parte, ha calificado al sujeto en movimiento como “a restless interrogation” (2)—la presencia del viajante, el extranjero, genera ambivalencias en la construcción de un orden determinado (6).⁵³ Vista de este modo, la movilidad de los viajeros en Grosso y Goytisolo adquiere rasgos de disidencia política, pues contradice al rígido control espacial que caracteriza, sobre todo, a los regímenes autoritarios. En *Speed and Politics* (1986), Paul Virilio también reflexiona sobre la función ambivalente de la movilidad y la velocidad en las sociedades modernas. Para Virilio, el orden público en los estados modernos se basa en una regulación del tránsito con la intención de conseguir que la movilidad fluya por los conductos “adecuados”, o, directamente, que no haya tal movilidad si es percibida como una amenaza (27). Este control se manifiesta de manera especialmente virulenta, dice Virilio, en el contexto de sistemas antidemocráticos, ya que “the rise of totalitarianism goes hand-in-hand with the development of the state’s hold over the circulation of the masses” (16). La movilidad que define a los viajeros de Grosso y Goytisolo les sitúa, por tanto, como sujetos conectados a una posición subalterna de desafío al poder institucionalizado del franquismo.

Si el narrador de Goytisolo transgrede la geo-normatividad de la España del desarrollo haciendo el viaje “inverso” a las migraciones que caracterizan a la modernidad del país en ese momento, no menos trasgresión es la que llevan a cabo los narradores de Grosso

⁵³ Chambers se basa en Zygmunt Bauman (“Modernity and Ambivalence”, 1990) cuando hace este análisis de la figura del viajante o extranjero, al que caracteriza como emblema de la cultura contemporánea.

adentrándose en las marismas del Bajo Guadalquivir. Al comienzo de *Por el río abajo*, el narrador de este libro es detenido por la Guardia Civil para ser identificado (AP 79). En principio, el hecho no parece importante, pero sólo al final del relato, tanto el viajero como los lectores toman conciencia de que han sido registrados todos los movimientos del narrador a través de diversos puntos de vigilancia, pues, según le cuenta un barbero en Lebrija, un “chivatazo” puso en guardia al Cabo Comandante, que le hizo seguir “de puesto en puesto” (RA 147). Goytisoló hace referencia a situaciones similares en las cercanías del pueblo de Níjar; caminando, en una ocasión, entre Níjar y Gata, “[l]a pareja de civiles que está de facción en el teso me contempla mientras me alejo”, dice el narrador de Goytisoló en este texto (CN 56). La propia posición elevada de la “facción” de la Guardia Civil a que hace referencia este narrador, que se encuentra estratégicamente situada sobre un “teso” (ascensión del terreno), incide en la idea de control sobre el espacio y sobre quienes lo transitan.

En términos foucaultianos, el control ejercido por la Guardia Civil sobre la movilidad de quienes se desplazan a través del espacio rural y urbano hacen que la Andalucía representada en estos libros se conforme como una “society of surveillance” (*Discipline* 217). Quienes transitan estos espacios parecen expuestos a una examinación constante. La población local evita las carreteras y caminos convencionales. El autostop, habitual en otro tiempo, ha dejado de ser una opción al estar sujeto a posibles multas económicas “por infringir las leyes del tráfico”, según dice uno de los personajes que aparecen en Goytisoló (CN 18). La Guardia Civil ejerce un control más o menos caprichoso sobre quienes se desplazan, y no es infrecuente que detenga a trabajadores que llevan mercancía para hacerles un informal examen de manos bajo el pretexto de que, si no las tienen estropeadas por el trabajo en el campo, pueden ser sospechosos de robo (RA 165). Como consecuencia, muchos locales se desplazan a través del monte. Habida cuenta de la monotonía del paisaje, la falta de vegetación, y (en el caso de la zona del Bajo Guadalquivir) la ausencia total de relieve,

cualquier persona en movimiento resulta fácilmente visible. “[N]o hace falta ser gitano pa tené jindá” (RA 92), dice otro de los personajes que encontramos en Grosso en referencia a la represión ejercida por la Guardia Civil, tradicionalmente asociada a los gitanos, pero que aquí más bien parece relacionada con la clase social.⁵⁴ En el paisaje andaluz de Grosso y Goytisolo, la mejor manera de no tener problemas con la autoridad es evitarla. “Visibility is a trap”, dice Foucault (*Discipline* 200). Los efectos de la vigilancia exceden al propio acto de vigilar, pues “surveillance is permanent in its effects, even if it is discontinuous in its action” (*Discipline* 201). El sujeto es susceptible de pasar a verse a sí mismo a través de “los ojos” del vigilante. El control que ejerce la Guardia Civil sobre este entorno rural ha hecho mella en la población local, habiéndose extendido a lo largo de décadas, y la necesidad y la costumbre han ocasionado que quienes viven en la zona adapten sus vidas a este control, moldeando su cotidianeidad alrededor de esta circunstancia. Camino a San José, uno de los narradores de Goytisolo indica que el patrón de una fonda le invita a seguir “un camino por en medio de la sierra”, hacia donde el viajero se dirige en busca de aquellos lugares donde se desenvuelve la vida de los locales (CN 81). El espacio rural andaluz aquí representado está sometido a una regulación total, y aunque esta regulación es en principio consecuencia del control ejercido por la Guardia Civil, esta institución popularmente conocida como “el cuerpo” no es más que un brazo regional de poder que tiene su origen en el Estado central.

Por otro lado, el control de la movilidad también se ejerce a partir de la dotación de infraestructuras; la red de carreteras, y el uso público o privado que se haga de ellas contribuyen, como indica Soja en uno de sus textos, a la producción de un espacio social (in)justo (*Seeking* xvi). En Grosso y Goytisolo encontramos referencias diversas a carreteras y otras vías de comunicación. Una imagen paradigmática es el mal estado en que muchas de ellas se encuentran. Viajando en un camión que transporta a trabajadores, uno de los

⁵⁴ En poblaciones más o menos rurales como pueden ser Jerez de la Frontera, Cádiz, donde abunda la población gitana, ni siquiera los locales pueden distinguir plenamente quién es gitano y quién no.

narradores de Goytisolo señala que “[l]a pista es mala”, “el camión traquetea”, y “[l]a carretera comarcal está plagada de baches” (CN 34). Además de su mal estado, la red de carreteras en estos espacios parece insuficiente. En la costa de Almería, el narrador observa que para ir de un pueblo a otro hay que ir hasta el interior de la provincia, y de ahí otra vez a la costa (CN 81), y no porque no haya carretera: entre Cabo de Gata y San José, un cartel a la entrada de la carretera que une estos dos pueblos en la costa prohíbe el acceso “a los coches particulares que [...] no dispongan de permiso” (CN 77). Cerca del pueblo de Rodalquilar, el acceso a una carretera también está restringido. Viajando en camioneta con un transportista que trabaja en la zona, uno de los narradores de Goytisolo logra acceder porque su acompañante conoce a la persona que hace guardia en la entrada. Durante el viaje, este narrador observa que se trata de “una pista ancha, apisonada con esmero, por donde tres camiones pueden pasar cómodamente sin rozarse” (CN 23). La carretera pertenece a una empresa minera que aún trabaja en la zona, y su descripción contrasta claramente con el mal estado de las carreteras comarcales descritas anteriormente. En Grosso tampoco son infrecuentes estas carreteras de uso privado, y cerca del territorio británico de Gibraltar, una señal (en inglés) detiene el avance del viajero: “Private Road” (AP 34).⁵⁵

Para definir lo que denomina como “súpermodernidad”, Marc Augé identifica la presencia de tres parámetros. Uno de estos parámetros es la súper abundancia de espacio. Esta súper abundancia de espacio no significa, sin embargo, mayor conectividad social, sino todo lo contrario. Los “no-lugares” que definen la geografía contemporánea de la “súpermodernidad”, según Augé, se caracterizan porque en ellos no es posible una vida social “orgánica” (94). “If a place can be defined as relational, historical and concerned with identity”, dice el autor, “then a space which cannot be defined accordingly will be a non-place” (77). Entre los no-lugares destacan las carreteras y otros espacios de tránsito físico.

⁵⁵ Gibraltar, dentro de la provincia de Cádiz, es territorio británico desde que fuera cedido en perpetuidad a Gran Bretaña bajo el Tratado de Utrecht de 1713, que ponía fin a la Guerra de Sucesión española (1701-1713).

Cuando en Grosso y Goytisolo aparecen estos espacios, lo hacen como no-lugares, pues, como los no-lugares de Augé, las carreteras y las vías de comunicación que vemos en estos textos “do not integrate the earlier places” (78). Esta creciente “social demarcation of the soil” (43) que señalan Grosso y Goytisolo significa para los andaluces que habitan este paisaje una nueva forma de opresión. La ausencia, o el uso restringido de las carreteras, en conjunción con el control que ejerce la Guardia Civil, aumentan el aislamiento entre poblaciones y dificultan tanto las relaciones comerciales como el movimiento de trabajadores y las relaciones personales. La entrada de España en el ciclo capitalista global cuando comienza a dejar atrás la autarquía trae una mayor movilidad y conectividad al país, pero no para todos.⁵⁶ Para algunos, muy por el contrario, parecen ensancharse las distancias. El desarrollismo significa en España, entre otras cosas, un aumento de la desigualdad, un mayor alejamiento entre quienes disfrutan de la nueva sociedad tecnológica de la modernidad frente a quienes viven en los márgenes de esa transformación. El individuo que transita estos espacios se ve abocado a interactuar con las “instructions for use” (96) que caracterizan a los no-lugares: “private road”, pero, paradójicamente, los proponentes de esta prohibición no son las “entidades morales”, o instituciones de las que habla Augé, sino que tienen conexiones extra-nacionales que, si por un lado conforman el no-lugar, por otro empujan a la población local a la soledad de un nuevo orden de vida social sin disfrutar de sus ventajas, a un exceso de espacio que, más que resultar en un “empequeñecimiento” del mundo, como afirma Augé, supone una ampliación de la escala de sus confines.

Por otro lado, atravesando estas carreteras y otras vías de comunicación encontramos coches, motos, camionetas, bicicletas, carros, animales y personas que se desplazan a pie, y cada una de estas formas de viaje adquiere diferentes implicaciones dado el contexto

⁵⁶ Modernidad y capitalismo tardío son inseparables en este caso; algunos autores, como Dipesh Chakrabarty, se refieren a ambos términos prácticamente como sinónimos (7). Por otra parte, es importante notar que la entrada de España en el ciclo del capitalismo global en los años 50 es hasta cierto punto limitada, si la comparamos con lo que sucede a finales de los años 80.

economía, social y espacial que vemos en estos textos. El coche es, entre ellas, el medio de transporte más exclusivo y el que mejor representa a la España desarrollista. La cultura de masas del automóvil llegó tarde al país en comparación a otros países del entorno. Nicole Woolsey Biggart y Mauro F. Guillén observan que el origen de la industria moderna del automóvil en España estuvo marcado por la carencia tecnológica, tanto como “by the confusion of military aims with purely economic goals” (736). No fue hasta finales de los años 50, es decir, cuando comenzaba a quedar atrás la autarquía definitivamente, que la promoción del mercado del automóvil llevada a cabo por el Instituto Nacional de Industria permite al sector nacional competir “with other private producers operating in Spain” (Comín, “Public enterprises” 702). Las fuerzas culturales del franquismo vieron en el coche un potente indicador de las transformaciones que atravesaba el país, lo que, unido a la nueva industria, generó un potente símbolo para el desarrollo, dando lugar a una “transformation of the cityscape” (Pérez, “¡Hay que motorizarse!” 12) que, también, tuvo una particular ramificación en el espacio rural.

En el espacio andaluz de Grosso y Goytisolo, la aparición del coche adquiere una significación bien diferente a otras referencias culturales anteriores, en las que había sido un síntoma de progreso y modernidad (Pérez, “Spanish Novel” 129). En el paisaje de estos libros el coche generalmente aparece asociado a los extranjeros. En Cádiz, “[u]n guardia urbano ordena la circulación de los automóviles franceses, ingleses y alemanes” (AP 16); más adelante, este mismo narrador de Grosso observa un “autobús inglés” (AP 24), y, más adelante aún, “un automóvil de matrícula suiza” (AP 44). Otros personajes asociados al coche en estos textos aparecen directamente relacionados con la posesión de la tierra, no tienen su domicilio habitual en el espacio rural, y el uso que hacen del aparato sirve para generar cierto desprecio hacia los locales. Don Ambrosio, por ejemplo, un vallisoletano que se dedica a especular con las tierras de la costa almeriense con vistas al turismo, viaja en su coche con

chófer cuando espantan a un gitano que viaja en “borrico”, dejándolo “trotar en una nube de polvo”, para, tan solo unos instantes después, detenerse (CN 111). En esta Andalucía de los años 50 y 60, el coche es un lujo relegado a un grupo minoritario que ejerce su dominio sobre el resto, mientras la población local se desplaza caminando a través de largas distancias, o en “viejas bicicletas agrícolas” (AP 34). A través de la simbología del coche, Grosso y Goytisoló califican el desarrollo como una tendencia de progreso que actuó en beneficio de muchos, pero que, también, fue una máquina de cambio que amenazaba con arrollar a otros.⁵⁷

Como se decía al principio de este capítulo, en la identificación de la producción de la (in)justicia espacial es importante tener en cuenta las diferentes escalas en que puede tener lugar; es decir, se hace necesario mirar tanto a pequeña escala, como tomar distancia, y señalar la construcción de las geografías contemporáneas “a vista de pájaro”. De este modo, otro de los elementos de identificación de las injusticias espaciales que señala Soja está en relación a “the imprint of colonial and/or military geographies of social control” (“The City” 3); es importante destacar que no se trata únicamente de una posesión o gestión del territorio, sino también de las consecuencias sociales que esta gestión lleva aparejada. Gibraltar, que Rubén Darío había calificado, en *Tierras solares* (1903), como una “vasta fortaleza de rocas que humilla el amor propio de la Europa entera” (109), extiende el dominio británico de ultramar en España fragmentando, de forma literal y figurada, el paisaje andaluz.⁵⁸ Cuando uno de los narradores de Grosso indica que “[e]l Peñón es una constante en el camino que se curva, orillando la Bahía” (AP 34), no se trata únicamente de una descripción en términos geográficos; conocida por el contrabando que genera en sus inmediaciones, la presencia

⁵⁷ En “The Spectacle of Travel” (1985), Prato y Trivero hacen un interesante análisis del transporte como marcador de estatus social.

⁵⁸ El franquismo tuvo una relación complicada con la soberanía extranjera en territorio nacional; por un lado, desató una vigorosa campaña para recuperar Gibraltar en 1954 (Moore 99), reavivando con ello reclamaciones anteriores; pero, al mismo tiempo, cedió de facto la gestión de los territorios para la base naval de Rota, Cádiz, a Estados Unidos durante los Pactos de Madrid de 1959. Aunque el territorio donde se encuentra esta base naval sigue siendo de soberanía española, este lugar y los terrenos británicos de Gibraltar generan dinámicas sociales similares, lo que posiblemente también se deba al hecho de que entre ambos territorios apenas distan ciento cuarenta kilómetros.

británica condiciona la vida de los locales, pues favorece a “los peces gordos, que se llevan la parte del león”, según dice uno de los personajes que aparecen en Grosso (AP 23). Al mismo tiempo, este lugar genera nuevas formas de explotación sobre una población que carece de derechos laborales básicos en la España franquista. Joaquín y Marcelo han trabajado durante años para la élite inglesa, hasta que pudieron. “[P]erdimos el permiso por una *malajá* y ahora no se lo renuevan a nadie” (AP 23), afirman estos linarenses (provincia de Jaén) que se han desplazado hace años a esta zona costera para buscar trabajo. El trabajo asociado a Gibraltar viene acompañado de malas condiciones y peor estabilidad. Administrado de forma colonial, contribuye a intensificar las diferencias de clase, pues la creciente presencia de extranjeros precariza aún más a la población local que trabaja para ellos. Por otro lado, la presencia constante (ha cambiado poco en la actualidad) de vehículos de guerra por mar y aire, hacen que la base militar estadounidense en Rota sea aún más evidente en cuanto al condicionamiento espacial, acústico o visual. Grosso inicialmente titula uno de sus libros *Entre dos banderas*, pero, descartado este título por el censor, se decanta por una mera descripción del itinerario: *A poniente desde el Estrecho* (AP 12). La idea original del título se refería a las banderas británica y estadounidense, y señalaba el “estrangulamiento” espacial de la pequeña región donde están insertas bajo el control de poderes internacionales que, con la venia del gobierno franquista, hicieron (y hacen) allí ejercicio de su dominio.

La huella de la dominación espacial a gran escala también la vemos, por otro lado, en los territorios de la Andalucía occidental donde se desarrolla la producción del arroz. Toda la marisma del Bajo Guadalquivir, desde la ciudad de Sevilla hasta el Océano Atlántico, conforma una geografía que nace como resultado de la dominación militar. Zona de escaso valor antes de la Guerra Civil por ser inundable a razón de las frecuentes crecidas del río, el bando nacional, que estaba privado durante el conflicto bélico del suministro de arroz (tradicionalmente producido en el levante peninsular) inició este cultivo en Andalucía con el

propósito de contribuir a su victoria en la contienda (Sabuco 35) (Figura 5). Tras la victoria franquista, se intensificó esta nueva producción de arroz en la zona aplicando el potencial científico y técnico del nuevo gobierno (Camprubí 502), lográndose que superara en pocos años a la producción valenciana. El Instituto Nacional de Colonización (INC) organizó el traslado de cientos de familias del levante (el requisito de tener un registro criminal limpio favoreció a los leales al régimen) “through decrees of internal colonization” (Camprubí 509).⁵⁹ La presencia de los valencianos en Andalucía trajo consigo diferentes tipos de desigualdades a causa del diferente trato a cada tipo de población, provocando ocasionalmente “conatos de enfrentamiento entre los jornaleros y los colonos” (Muñoz Sánchez 44).⁶⁰ Pueblos enteros aparecieron de la nada construidos por el INC para quienes se trasladaron al sur, de modo que una tierra que hasta entonces había estado en desuso (no cultivada) fue repartida entre quienes ganaron la Guerra Civil (el propio General Franco, y Gonzalo Queipo de Llano—uno de los militares más destacados de la dictadura en el sur de la Península—destacan entre los propietarios). En *La isla del arroz amargo* (2004)—cuyo título hace referencia a la película neorrealista italiana de tema similar protagonizada por Silvana Mangano (*Riso amaro*, Giuseppe de Santis, 1949)—Assumpta Sabuco considera la variable étnica (ser valenciano) como la clave justificadora de la colonización. El cultivo fue posible, por otra parte, gracias a una colosal obra de ingeniería. La canalización del río Guadalquivir, existente sobre plano mucho antes de la guerra, fue llevada a cabo por presos políticos (excombatientes republicanos) traídos a tal efecto desde todos los puntos de la Península. Uno de los narradores de Grosso recuerda a los popularmente conocidos como “presos del canal”, “cubiertos sólo con un taparrabos y custodiados por la Guardia Civil”, tras verlos

⁵⁹ Creado en octubre de 1939 y dependiente del Ministerio de Agricultura, el objetivo principal del INC fue efectuar la necesaria transformación del espacio productivo tras la devastación de la Guerra Civil y mediante la reorganización y reactivación del sector agrícola con vistas a los planes autárquicos del régimen. Estuvo vigente, como tal, hasta 1971.

⁶⁰ Todavía hoy, tanto en Sevilla capital como en el sur de la provincia, es bastante frecuente encontrar apellidos de origen valenciano.

desde un tren en marcha durante su infancia (RA 142).⁶¹ La geografía que bosqueja Grosso de esta zona es inseparable de estos hechos, que afectan al paisaje a cualquier nivel. Mejor que con respecto a ningún otro de estos lugares, aquí el espacio ha sido socialmente producido, y lo ha sido en un sentido plenamente literal.



Figura 5. Plantación de arroz en el Bajo Guadalquivir, Sevilla, 2015 [fotografía: Bernardo Muñoz].

Si cada sociedad, dice Lefebvre, produce su propio espacio, cualquier “existencia social” que aspire a ser, pero no produzca un espacio afín, será una existencia extraña, una abstracción presa en esferas culturales e ideológicas que le son ajenas. De igual modo que unas nuevas relaciones sociales requieren un nuevo espacio, también la producción de un nuevo espacio pasa por la creación de nuevas relaciones sociales (*Production* 59). Las diferentes huellas paisajísticas que ilustran distintas formas de opresión en la Andalucía de Grosso y Goytisolo ilustran la interacción entre espacio y justicia social en conjunción tanto con la idiosincrasia e historia de la región como con los cambios económicos y efectos del

⁶¹ Sobre las condiciones de vida de los llamados “esclavos del franquismo”, véase *La redención de penas: la formación del sistema penitenciario franquista* (Gómez Bravo, 2007), *Esclavos por la patria: la explotación de los presos bajo el franquismo* (Lafuente, 2002) o *Los esclavos de Franco* (Torres Mulas, 2000); para un testimonio de los presos trabajadores, véase *Raíces amargas*, las memorias de José Vicente Ortuño que fueron publicadas en Francia en 1971.

sistema político y cultural vigente durante la dictadura. La violencia del paisaje, la presencia y desigualdad generada por la administración y explotación de la tierra, la movilidad y las fronteras físicas o figuradas que dividen el espacio andaluz representado en estos textos contribuyen a una forma de pensar en la justicia desde una perspectiva espacial que, como dice Soja, “not only enriches our theoretical understanding, it can uncover significant new insights that extend our practical knowledge into more effective actions to achieve greater justice and democracy” (“The City” 1). La Andalucía y la España de la segunda década del siglo XXI son muy diferentes a las de los años 50 y 60, pero, quizás, estos relatos de Grosso y Goytisolo aún puedan ayudarnos a comprender los efectos del pasado reciente en la actualidad de un país donde vuelve a haber un paro endémico, la emigración se dispara, y un elemento de nostalgia tiñe las relaciones sociales que acompañan a una gravosa acumulación de capital que parece incidir en algunas regiones con una fijación cruelmente tradicional.

CAPITULO 3

“Resistencia: protección colectiva, toponimia popular y otras estrategias”

La vida cotidiana está llena de pequeños actos de resistencia; la forma en que pensamos en nosotros mismos puede ser una forma de resistir; soñar es resistir; desear es resistir; la imaginación, también, puede ser una forma de resistencia. “[I]magination has now acquired a singular new power in social life”, dice Arjun Appadurai (54). La resistencia no es únicamente la lucha organizada en torno a diferentes aglutinantes (como pueden ser la clase social, el género, la raza, etc.), sino que también se encuentra en la vida diaria, en los gestos que cada día llevan a cabo diferentes individuos, en la personalización de nuestras acciones, y en la singularización de nuestras expectativas de futuro. En ocasiones, la resistencia puede no alcanzar los cambios deseados (en caso de que nos resistamos para generar un cambio), pero esto no significa que la resistencia no tenga un impacto sobre las personas que la llevan a cabo. Por otra parte, a la hora de valorar la resistencia es importante tener en cuenta el contexto; lo que en ocasiones puede ser resistencia, en otras puede no serlo.⁶² La vulnerabilidad y la resistencia, muchas veces entendidas como opuestas, pueden estar, también, más entrelazadas de lo que se piensa.⁶³ Entendiendo la resistencia como un concepto teórico amplio, y atendiendo a su relación con el espacio, este capítulo hace un análisis de los

⁶² Un peinado o una forma de vestir pueden ser considerados una forma de resistencia en determinados contextos, y no serlo en otros (Hollander y Einwohner 534); M. Bahati Kuumba y Femi Ajanaku, por ejemplo, hablan de la estética rasta como una forma de resistencia en “Dreadlocks: The Hair Aesthetics of Cultural Resistance and Collective Identity Formation” (1998). Por otra parte, varios autores destacan que, en determinados contextos, la supervivencia cotidiana puede ser considerada como una forma de resistencia; Paul Routledge, por ejemplo, argumenta en *Space Invaders* (2017) que, “in Palestine, everyday activities can themselves constitute resistance” (37).

⁶³ En *Vulnerability in Resistance* (2016), Judith Butler et al. rechazan el binarismo resistencia/vulnerabilidad que ha sido construido, según las autoras, en diferentes discursos teóricos y populares, ya que conducen a políticas paternalistas en las que determinados grupos sociales (“minorías”), o incluso naciones enteras (a través del discurso que a menudo se genera en torno a los derechos humanos) son considerados vulnerables. “The point is to show that vulnerability is part of resistance” (6), y, con este propósito, las autoras llevan a cabo un estudio que tiene como objetivo “developing new modes of collective agency that do not deny vulnerability as a resource” (6); quizás, el ejemplo más claro de la forma en que resistencia y vulnerabilidad quedan entrelazadas sea el que usa la propia Butler al principio de su artículo, en el que teoriza en torno a cómo los cuerpos que se ponen al frente de una protesta se hacen necesariamente vulnerables, al mismo tiempo que están llevando a cabo un acto de resistencia (12).

relatos andaluces de Alfonso Grosso y Juan Goytisolo con el propósito de explorar qué diferentes formas de resistencia operan en estos textos, y con qué criterios. El capítulo ofrece, inicialmente, una aproximación teórica al concepto de resistencia para la que se exploran ideas relacionadas de Michel Foucault, Jocelyn A. Hollander y Rachel L. Einwohner, Mikael Baaz et al. o Steve Pile. A continuación, se hace un análisis de varios ejemplos de resistencia tomados de Grosso y Goytisolo con los que los autores dan forma literaria a la que es posiblemente la parte más original de su poética espacial; durante el análisis de cada una de estas formas de resistencia se atiende tanto a su relación con el espacio, como a su naturaleza particular. Finalmente, el capítulo termina con una reflexión en torno al papel de la resistencia en la construcción de una sociedad más democrática y plural.

Para Foucault, el poder y la resistencia forman parte de un binomio indisoluble. Foucault tiene una concepción extensiva del poder, como vimos en el primer capítulo. El poder no son las instituciones o los gobernantes, no es una forma de agencia o una estructura, sino un “régimen de la verdad” que penetra a todos los niveles en la sociedad, y que está en flujo y negociación constante: “[p]ower is everywhere” (*History* 93). Esta concepción del poder como fenómeno socializado y que trasciende la política, impregnando todos los aspectos de la vida cotidiana, ha llevado a algunos críticos a considerar que Foucault niega la posibilidad de cualquier tipo de oposición. La concepción que tiene Foucault del poder, sin embargo, no solo abre la posibilidad de intervenir, sino que también hace que podamos encontrar diferentes formas de resistencia en el mismo seno del poder—tanto es así, que pareciera que Foucault conceptualizara el poder como “regímenes discursivos” precisamente para que puedan ser intervenidos. Cuando Foucault habla de resistencia, no lo hace como una oposición binaria (lucha armada, revolución, etc.), sino que lo hace dentro de estos mismos regímenes discursivos con los que caracteriza al poder:

We must make allowances for the complex and unstable process whereby a discourse can be both an instrument and an effect of power, but also a hindrance, a stumbling

point of resistance and a starting point for an opposing strategy. Discourse transmits and produces power; it reinforces it, but also undermines and exposes it, renders it fragile and makes it possible to thwart. (*History* 100-101)

Para Foucault, la propia naturaleza discursiva del poder parece ser, también, su mayor debilidad: “[w]here there is power, there is resistance” (*History* 95); pero, ejercer la resistencia no es buscar una “verdad absoluta” (que, en cualquier caso, no dejaría de ser una forma de poder socialmente producida), sino privar al poder de cualquier forma de hegemonía social, cultural o económica (*History* 95). Ejercer la resistencia, para Foucault, es evadir, subvertir, refutar las “verdades” generadas en estos regímenes discursivos con los que opera el poder. Entendiendo la resistencia de este modo, sus efectos son más trascendentales. Las luchas de poder que únicamente consideran el estado como fuente de la que emana todo el poder pueden producir grandes cambios de gobierno, pero también pueden dejar el orden social intacto. La resistencia más relevante, para Foucault, es la que tiene que ver con nuestra capacidad para reconocer y cuestionar las normas, restricciones, formas de control y coacción que el poder ejerce sobre la sociedad a través de los diferentes regímenes discursivos en los que se constituye ese poder.

Siendo fundamental para cualquier estudio que tenga como objetivo analizar la resistencia, Foucault parece acercarse a ella únicamente desde la perspectiva del poder, pero no como elemento de análisis en sí mismo; es por ello que para abarcar la resistencia en toda su complejidad debemos ir más allá. Por otro lado, aunque el poder y la resistencia sean dos fenómenos co-constituyentes, si queremos hacer un análisis de la resistencia, también debemos diferenciar estos dos fenómenos conceptualmente. Casi todos los autores coinciden en que no hay una única definición de resistencia (sería, de hecho, un acto de ambición hegemónica reivindicar tal caso). El término resistencia ha sido usado por diferentes autores para describir una amplia gama de acciones y comportamientos en todos los aspectos de la vida social y en diferentes ámbitos. El asalto al Palacio de Invierno en la Rusia revolucionaria

del otoño de 1917 es muy diferente del movimiento de la no violencia liderado por Gandhi en India para conseguir la liberación nacional, y, sin embargo, casi todos los autores estarían de acuerdo en que ambos fenómenos constituyen dos de los ejemplos de resistencia más significativos en la historia de la humanidad. Por tanto, con la intención de esclarecer algunos aspectos en torno a la idea de la resistencia como herramienta de análisis, varios autores se han acercado a este concepto de forma específica para indagar en las características comunes a todos los usos del término, así como para crear diversas tipologías.

Jocelyn A. Hollander y Rachel L. Einwohner hacen una investigación comprensiva de los diferentes usos que ha tenido el término resistencia. En “Conceptualizing Resistance” (2004), Hollander y Einwohner parten de la premisa de que “everything from revolutions to hairstyles has been described as resistance” (534). El objetivo de las autoras es ir más allá de la frecuente idealización de que ha sido objeto la resistencia para explorar en detalle qué actos y comportamientos pueden ser calificados como tal, y por qué razones. Sobresale, principalmente, la complejidad y diversidad de estos actos y comportamientos, lo que hace más necesario su estudio si queremos usar el término como herramienta de análisis. Hollander y Einwohner encuentran que la presencia de un comportamiento activo está en casi todas las definiciones de resistencia que estudian: “authors seem to agree that resistance is not a quality of an actor or a state of being, but involves some active behavior whether verbal, cognitive, or physical” (538). Un segundo elemento, también común a casi todos los usos del término, es que casi todos estos “comportamientos activos” implican “a sense of *opposition*” (539). Un comportamiento activo, y un sentido de oposición, son, por tanto, cualidades que están presentes en casi todos los ejemplos de resistencia estudiados por las autoras, lo que no quiere decir que sean los únicos, o que estén siempre presentes (parar de trabajar en una fábrica, por ejemplo, puede ser una forma de resistencia, pero no un comportamiento activo). Por otro lado, para Hollander y Einwohner también es importante entender la interacción

entre los diferentes actores implicados en un acto de resistencia: “[u]nderstanding the interaction between resisters, targets, and third parties plays a central role in the comprehension of resistance” (548). Hollander y Einwohner parecen sugerir que la resistencia es una construcción social, y que, lo que puede ser considerado como resistencia en un determinado contexto, no tiene por qué serlo en otro. Quienes llevan a cabo la resistencia, a quienes va dirigida, y las terceras partes, u observadores, participan todos en la construcción social de lo que es percibido, o no, como un acto de resistencia. Otra idea significativa que señalan Hollander y Einwohner es que cada individuo participa de diferentes sistemas de jerarquía, por lo que una visión dicotómica entre la resistencia y la forma de dominación a que se enfrenta puede llevar a engaño en tanto que alguien (o un grupo de individuos) puede tener cierto poder en algunos de los sistemas jerárquicos en los que participa, y simultáneamente no tenerlo en otros sistemas; es decir, un individuo, o grupo, pueden estar resistiéndose a una forma de dominación, y estar apoyando otras.

Mikael Baaz et al. llevan a cabo un estudio similar incluyendo algunas ideas novedosas. En “Defining and Analyzing ‘Resistance’” (2016), Baaz et al. tienen el propósito de generar “a new path for ‘resistance studies’”, un relanzamiento de este campo para el que estas páginas quisieran ser una modesta contribución (137).⁶⁴ En la primera parte de su artículo, Baaz et al. hacen un repaso de los diferentes usos del término resistencia en la literatura académica, y, en la segunda parte, proponen una serie de categorías analíticas que pueden servir para el estudio de la resistencia en diferentes ámbitos. Algunas de las categorías propuestas por Baaz et al. (como también algunas de las propuestas por Hollander y Einwohner) son las que uso más adelante en este capítulo, por lo que las explicaré más

⁶⁴ Baaz et al. argumentan que la “teoría del poder” está muy desarrollada y es un campo fructífero entre los académicos; por el contrario, las “teorías de la resistencia” están mucho menos desarrolladas, o son poco conocidas, a pesar de que los estudios sobre la resistencia, afirman los autores, “[are] fundamental to the understanding of ‘power’” (138). Un mayor desarrollo de las teorías y los estudios de la resistencia podría beneficiar a dos campos que son, en definitiva, complementarios, ya que cuando solo estudiamos cómo se ejerce el poder, o cómo está estructurado, “we actually miss half of it” (149).

tarde en relación a los textos. En esta parte introductoria baste decir que Baaz et al. (como Foucault; como Hollander y Einwohner) insisten en la idea de la diversidad de actos y comportamientos que podrían cobijarse bajo el paraguas del término resistencia: “Resistance is plural, malleable, and evolving, [...] it is a phenomenon with many faces” (138). Por otro lado, dos ideas nuevas destacan en Baaz et al.: la primera es la posible dimensión afectiva de la resistencia, mientras que la segunda es la atención que prestan los autores a su dimensión espacial.

La dimensión afectiva de la resistencia consiste en poner en relación la idea de la resistencia, con la teoría de los afectos. La teoría de los afectos fue iniciada (entre otros) por Brian Massumi. En “The Autonomy of Affect” (1995), Massumi propone que las teorías sociales y la filosofía de la tradición intelectual (occidental), están basadas en una forma de privilegiar una concepción de la razón y la racionalidad como entes autónomos de la “bodily and autonomic nature of affect” (89). Para desmontar la visión dominante de la mente como racional, abstracta y desvinculada del cuerpo, Massumi se apoya en una serie de especulaciones de la neurociencia con las que trata de apelar a una concepción de nuestra actividad mental que esté vinculada con su propia situación corporal, y que sea dependiente de su experiencia y de su contexto cultural. Relacionar la resistencia con la teoría de los afectos significa, por tanto, poner en valor la dimensión política que pueden tener los afectos, entender el afecto como una forma de resistencia en determinados contextos, asumir que nuestras decisiones políticas están condicionadas por el mundo afectivo y emocional en el que estamos inmersos.

Baaz et al., por otro lado, también destacan la dimensión espacial de la resistencia. Para los autores, la resistencia nunca está desvinculada del espacio en el que transcurre, por el que puede estar profundamente condicionada (147). El espacio en el que transcurre es parte de la resistencia, y puede llegar a condicionarla, incluso a posibilitarla. Un acto de resistencia,

además, tiene la capacidad de transformar la materialidad del espacio en el que tiene lugar. Podemos ilustrar este segundo punto con un ejemplo tomado de Judith Butler. En *Notes Toward a Performative Theory of Assembly* (2015), Butler hace referencia a la forma en que los actos de resistencia cambian la materialidad del espacio. Butler explica que, por ejemplo, en una protesta, “when trucks or tanks suddenly become platforms for speakers, then the material environment is actively reconfigured and re-functioned” (*Notes* 71). Por tanto, la materialidad del espacio en el que transcurre un acto de resistencia puede verse profundamente alterada. Diferentes actos de resistencia tienen la capacidad de redefinir el espacio en el que suceden, y hacerlo de diferentes maneras.

Steve Pile también ha explorado la dimensión espacial de la resistencia. En *Geographies of Resistance* (1997), Pile considera la resistencia como un fenómeno social que tiene unas características distintivamente espaciales: “acts of resistance take place through specific geographies” (1). La resistencia puede ser cartografiada; podemos crear un mapa de resistencias, o explorar sus características espaciales. La espacialidad de la resistencia, además, puede estar en el origen mismo de algunas formas de resistencia, así como las características del espacio pueden posibilitar, o no, el acto de resistir. Para Pile,

when geographies of resistance are examined then new questions arise not only about the ways in which resistance is to be understood and about the geographical expressions of identifiable acts of resistance, but also about the ways in which geography makes possible or impossible certain forms of resistance and about the ways in which resistance makes other spaces—other geographies—possible or impossible. (2)

Es decir, las geografías de la resistencia pueden condicionar no únicamente la naturaleza de diferentes actos de resistencia, sino también su propia existencia; por otra parte, Pile también destaca que, aunque algunas formas de dominación funcionan a través de espacios específicos, las geografías de la resistencia no necesariamente funcionan como un espejo que colocáramos frente a las geografías de la dominación. “[R]esistance is ‘uncoupled’ from

domination”, dice el autor; esto no significa, sin embargo, que la dominación y la resistencia sean dos fenómenos totalmente desvinculados (2). Quienes detentan el poder gubernamental o económico producen espacio parcelándolo, legislándolo, haciendo que diferentes lugares tengan diferentes usos, usando y abusando de los bordes, las marcas, las escalas, controlando el movimiento y las migraciones, etc. Uno de los efectos del poder puede ser, por tanto, reducir lo que entendemos por resistencia a solamente aquellos actos que parecen confrontar al poder directamente, de forma abierta, es decir, donde son más visibles y, por tanto, pueden ser controlados. La resistencia, sin embargo, no se reduce a los actos de confrontación directa, sino que también puede estar semi-oculta, crear sus propias geografías independientemente del poder. Para Pile, “[t]hat people can create their own ways of living—their own meanings and capacities—has forced a recognition that resistance can be found in everything” (14). La resistencia tiene menos que ver con acciones particulares que con el deseo de encontrar un espacio para uno mismo, o un espacio colectivo para un grupo determinado “in a power-geography where space is denied, circumscribed and/or totally administered” (15). Uno de los elementos más importantes de la resistencia, como decíamos al principio, es, por tanto, el componente imaginativo.

Si reparamos en algunas de las diferentes formas de resistencia que tuvieron lugar durante el franquismo podemos ver que todas ellas tuvieron un marcado carácter espacial. Quienes participaron en el maquis se echaron al monte, las cárceles fueron los mejores lugares para contactar con otros camaradas, y, algo más tarde, los estudiantes ocuparon las universidades.⁶⁵ Estas formas de resistencia antifranquista tuvieron una clara dimensión

⁶⁵ El maquis (del italiano *macchia*, que equivale a paisaje de arbustos o matorrales) fue el conjunto de movimientos guerrilleros comunistas y anarquistas de resistencia en España que comenzó durante la Guerra Civil y continuó, una vez terminada la guerra, hasta al menos mediados de los años 50; muchos de estos grupos armados permanecieron en el monte desde 1939, a pesar de que la represión franquista fue terminando con cada uno de los grupos o partidas. A partir de 1956, cuando el Partido Comunista de España liderado por Santiago Carrillo empieza a abogar por una “reconciliación nacional”, los maquis que aún resisten en el monte luchan ya por su propia supervivencia, lo que algunos logran hasta bien entrados los años 60; véase el artículo de Moreno Gómez, “Huidos, maquis y guerrilla: una década de rebeldía contra la dictadura” (2001), o las entrevistas de García Velasco y Gallagher (2004).

espacial que difícilmente podemos desvincular de su propia naturaleza. Algunos de estos fenómenos, por otra parte, son ejemplos dicotómicos de resistencia (enfrentamiento directo entre los actores de la resistencia y las personas o instituciones a quienes van dirigidos sus actos), pero la resistencia de confrontación no fue la única que tuvo lugar en el franquismo. Más allá de estos fenómenos—que podríamos calificar como “overt resistance”, siguiendo la terminología de Hollander y Einwohner (547)—, hubo otras formas de resistencia que, aún siendo menos evidentes, no por ellos fueron menos importantes. Muchas de estas otras formas de resistencia, aún siendo menos explícitas, contribuyeron a que buena parte de la sociedad española siguiera en funcionamiento a pesar del empobrecimiento, la falta de libertades, y la opresión política—Hollander y Einwohner llamarían a estas segundas formas de resistencia “covert resistance” (547). Ana Fernández Cebrián, por otro lado, también habla de una resistencia simbólica durante el franquismo. Esta resistencia simbólica estaría basada en las diferentes formas culturales que trataron de revertir las narrativas desarrollistas del régimen. Para Fernández Cebrián,

las narrativas utilizadas por el régimen para celebrar los logros del desarrollismo fueron desplazadas por las prácticas de resistencia estética y política de algunos creadores, en cuyas producciones se hizo posible, no solo la interrupción y la destrucción simbólica de los relatos culturales, morales, políticos y económicos enunciados por el Estado, sino también la creación de un espacio de comunicación donde la imaginación política y estética interviene en la reflexión sobre la posibilidad de nuevas formas de vida en común y nuevas relaciones intersubjetivas que desafiaban dichos relatos. (276)

Todos los ejemplos anteriormente citados tienen la intención de mostrar que, como dicen los autores, la resistencia que hubo durante el franquismo fue, como otras formas de resistencia, maleable, diversa, plural; existieron, en la vida social y cultural de la España de los años 50 y 60, diversos fenómenos que podrían ser calificados como formas de resistencia, y muchos de estos fenómenos aparecen representados en los relatos de Grosso y Goytisolo.

Por otra parte, es bien conocido que una buena parte de la literatura de viajes escrita desde, al menos, el siglo XVIII, ha contribuido a crear una imagen reduccionista y desindividualizada de las poblaciones de los lugares visitados. Mary Louise Pratt ha explorado la complicidad de la literatura de viajes con la producción de ideologías imperialistas y proyectos colonialistas. En *Imperial Eyes* (1992), Pratt argumenta que la literatura de viajes, género enormemente popular a la par que se produce la expansión europea, contribuyó a crear una “domesticación” global que tuvo lugar como resultado de la “conciencia planetaria” nacida de la “autoridad burguesa” (9-10). Parte de este proceso fue la domesticación de la población en las zonas geográficas donde tuvo lugar la expansión, lo que se hizo “generando significados” y “posicionando a los sujetos” (33)—hasta el punto de que el sujeto colonial “hibridizado” comienza a producir textos auto-etnográficos en los que se percibe a sí mismo con “ojos imperiales”. La creación del “otro” como sujeto homogeneizado que forma parte de un colectivo domesticado, y que se caracteriza por rasgos generales y predeterminados, al mismo tiempo que por carecer de agencia, fue parte de este proceso (120). Parte de la importancia de identificar y analizar las formas de la resistencia en Grosso y Goytisolo radica precisamente en esto, en el hecho de que aparecen insertas en un género, el de la literatura de viajes, en el que generalmente se ha negado la agencia de los sujetos.

En España, la literatura de viajes que se produjo en el periodo romántico sobre el sur peninsular no fue ajena a esta tendencia. Los libros de Théophile Gautier o Prosper Mérimée sirvieron, entre otras cosas, para “orientalizar” al sujeto español, al que en muchas ocasiones representan como un “otro” inferior. En el sur del país donde transcurren muchos de estos relatos, este fenómeno tuvo una particular incidencia; para José Antonio González Alcantud, los viajeros románticos recreaban un mundo ante el que reaccionaban de manera ambigua: las urbes y el paisaje les resultaban fascinantes, y el tipo medio del andaluz despreciable (8), una tendencia que no se disipa del todo pasado el romanticismo, sino que sigue vigente mucho

tiempo después. Pratt dice que muchas de las convenciones imperialistas generadas por la literatura de viajes de los siglos XVIII y XIX “continue to generate meanings, desires, and actions” (460)—lejos de desaparecer, muchas de estas convenciones únicamente han mutado. No sorprende, por tanto, que Gautier se refiera a los niños andaluces como “trogloditas” en 1840 (59), y, más de dos siglos después, Penelope Chetwode haga exactamente este mismo comentario en 1963 (45). Por otro lado, si la población no es inferiorizada de una u otra forma en este tipo de literatura sobre el sur peninsular, simplemente desaparece. Manuel Bernal Rodríguez dice que, entre los escritores románticos que vinieron al sur de España, muchos adoraban una “Andalucía sin andaluces” (*Andalucía* 9). Los escritores de viajes siempre parecen haber estado más interesados en el espacio que en las personas que lo habitan. Grosso y Goytisolo, sin embargo, se alejan del género en este sentido: en sus relatos, el paisaje humano tiene un gran protagonismo. Para Nancy A. Walker, la literatura de viajes escrita por hombres y por mujeres difiere justamente en este aspecto, pues, según la autora, “[f]or women travelers, the objects of greatest fascination are other people, not monuments and geography” (150). Los relatos de Grosso y Goytisolo prestan atención a los monumentos y a la geografía, pero, ciertamente, no tanto como a los paisajes humanos; ¿quizás también son ambivalentes en este sentido de la palabra “género”?

Una de las principales formas de resistencia que encontramos en estos libros es la determinación de los vecinos de La Chanca para ocultar información a los desconocidos con el objeto de protegerse de las incursiones de la guardia civil en el barrio (Figura 6). *La Chanca* es un relato cuya narración arranca en París; en la capital francesa, este narrador de Goytisolo conoce a Vitorino Roa Cabrera, un emigrante que le habla de uno de sus familiares, Antonio Roa, más conocido como “el Cartagenero”.⁶⁶ Vitorino, que despierta en

⁶⁶ El nombre de este personaje a través del que se desencadena la trama de *La Chanca*, Vitorino, es un homenaje al escritor italiano Elio Vittorini, a quien está dedicado el libro de forma póstuma. Vittorini, que había manifestado su apoyo a la Segunda República en España, fue encarcelado en Italia tras la publicación de *Conversazione in Sicilia* (1941), un libro en el que ataca abiertamente al régimen fascista de este país. Por

el narrador la inquietud por volver a España tras un largo periodo de ausencia, hace tiempo que ha perdido la pista de su primo “el Cartagenero”, por lo que le pide al narrador que vaya a buscarlo en caso de ir a La Chanca, y, a tal propósito, le entrega una tarjeta con su propio nombre caligrafiado. Sin embargo, cuando el narrador llega a La Chanca preguntando por “el Cartagenero”, los vecinos parecen no querer saber nada: “No señó. No conozco a nadie” (LC 32); “¿Cartagenero? [...] Pues no, no conozco a naide” (LC 38); “yo no sé ná” (LC 41). La respuesta de los vecinos es siempre la misma. Cuando el narrador habla de “el Cartagenero” al tendero de un chiringuito, el tendero se pone a rebuscar en los cajones, y “parece cerrarse a la banda” (LC 38). Lo mismo sucede con un grupo de mujeres a las que se encuentra en la calle: “[t]odas se vuelven a mirarme, sorprendidas y, en sus rostros, se pinta la desconfianza” (LC 34); otra mujer, ante las mismas preguntas, mira al narrador “con malos ojos y se escabulle mascujando excusas” (LC 39). El narrador, sin embargo, insiste, y, finalmente, logra encontrar a la familia de “el Cartagenero”; solo cuando enseña la tarjeta caligrafiada de Vitorino, y los familiares contrastan la letra con una de las cartas recibidas desde París, consigue ganarse su confianza. La familia explica entonces que, tras un “problema” con su patrono (LC 44), “el Cartagenero” ha desaparecido: “[s]e lo llevaron [...] y no hemos vuelto a sabé de él... Es como si la tierra lo fuera tragao”, explica Isabel, esposa de “el Cartagenero”, entre sollozos (LC 43). Luiso, que está casado con la hermana de Isabel, pide disculpas al narrador por la desconfianza de los vecinos, y por la suya propia: “[u]sté nos perdonará [...] Es que creíamos que era usted... Bueno, usted ya me comprende... [...] Aquí solo suben los curas, los sacramantas, o ellos...” (LC 44)—“ellos”, se sobreentiende, es la policía franquista, de quienes la familia sospecha por la desaparición de “el Cartagenero”. Solo entonces el

mediación de su esposa Monique Lange, Goytisolo conoce a Vittorini a comienzos de los años 60. El escritor italiano, que había leído *Campos de Níjar*, le recomienda entonces dar una trama más narrativa a este segundo libro, el primero que Goytisolo escribe sin proponerse satisfacer a la censura, aunque eso suponga no publicar en España. En *En los reinos de Taifa* (1986), uno de sus libros autobiográficos, Goytisolo reconoce la influencia de Vittorini y otros escritores marxistas del neorrealismo italiano como Cesare Pavese (*Paesi Tuoi*, 1941) o Rocco Scotellaro (*Contadini del Sud*, 1954) (22, 93-94).

narrador entiende la actitud de los vecinos: “[d]e repente todo pareció claro, la desconfianza [...], la reserva [...], las preguntas equívocas [...], el miedo e inquietud que, sucesivamente, había leído en la faz de cuantos interrogaba” (LC 44). El miedo de los vecinos tiene aún más sentido cuando la familia cuenta al narrador que hace tan solo unos días había venido un desconocido “vendiéndose por compañero de trabajo de Antonio”, y buscando “el nombre de los compañeros que querían socorrerle” (LC 44). Los vecinos, sabiéndose acosados por la policía franquista, practican el silencio desde entonces como una forma de protección; no dando ningún tipo de información a los desconocidos, los habitantes de este barrio marginal de La Chanca están llevando a cabo un acto de resistencia colectivo.

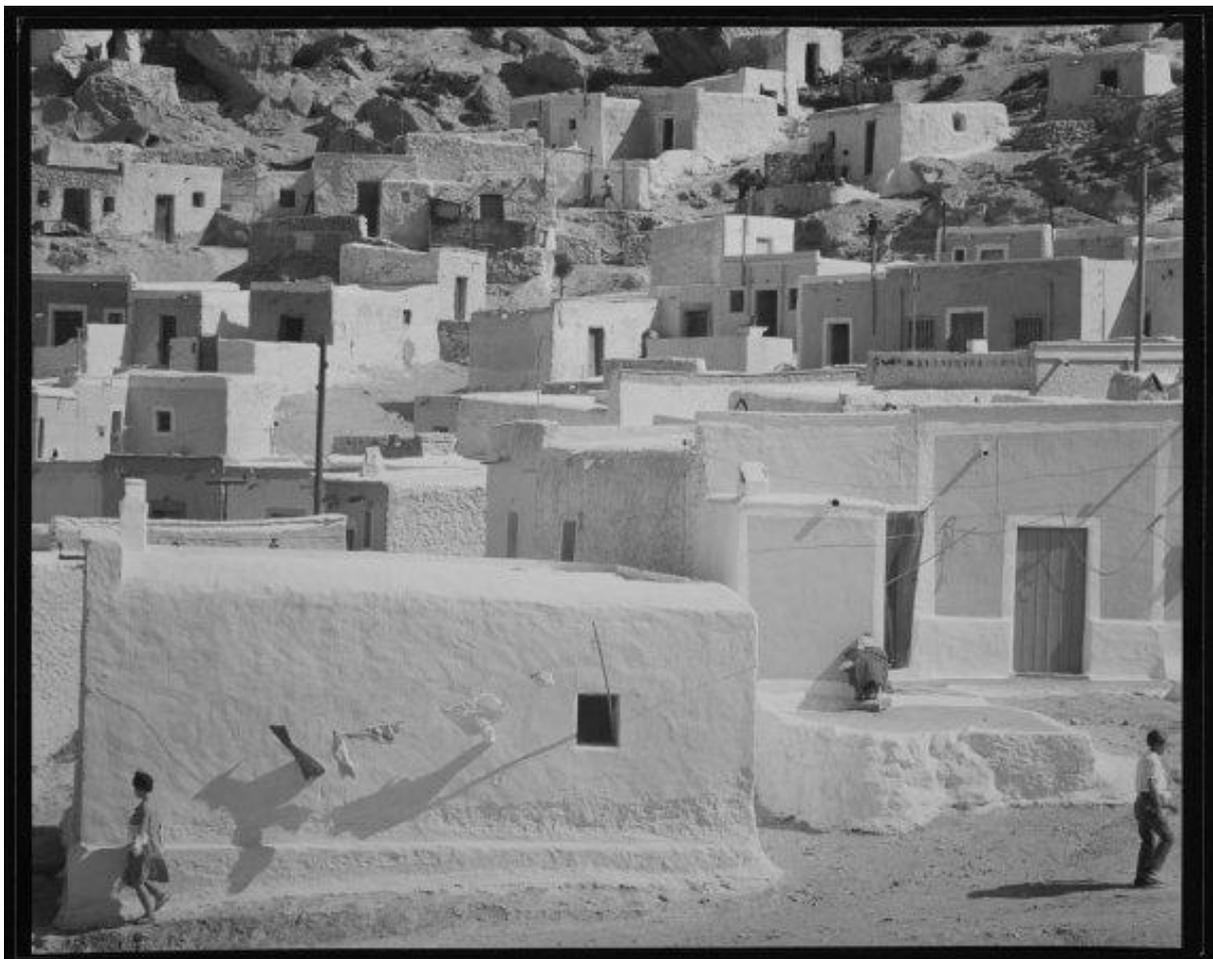


Figura 6. La Chanca vista por Carlos Pérez Siquier a principios de los años 60.

Hollander y Einwohner explican que muchos actos de resistencia están basados en un acto de habla: “narrar”, “desvelar”, “alzar la voz”, pueden ser formas de resistir. Las autoras

ponen el ejemplo de las mujeres hawaianas cantando y contando historias en las lenguas locales como estrategia para resistir la asimilación tras la anexión del territorio a los Estados Unidos (536). Sin embargo, lo contrario, no hablar, también puede constituir un acto de resistencia. Como dicen Hollander y Einwohner: “silence can also be a form of resistance” (536). Las autoras usan aquí como ejemplo a las mujeres norirlandesas permaneciendo deliberadamente en silencio durante las redadas policiales (536). El silencio de los vecinos de La Chanca es un acto de resistencia de este segundo tipo. Ocultando información, los vecinos de La Chanca se protegen de la posible desaparición de otros trabajadores, tal y como ya ha sucedido con “el Cartagenero”. Este acto de los vecinos de La Chanca, por otro lado, puede ser clasificado como un acto de “infrapolítica”. En *Weapons of the Weak* (1985), James Scott argumenta que muchos actos de resistencia son predominantemente informales, escondidos, no-confrontacionales; a este tipo de actos de resistencia, Scott los denomina “infrapolitics”. Este tipo de resistencia es muy común, pues, como dice Scott, la resistencia de confrontación, a fin de cuentas, es un privilegio que no está al alcance de todo el mundo:

Formal political activity may be the norm for the elites, the intelligentsia, and the middle classes, which in the Third World as well as in the West, have near monopoly of institutional skills and access. But it would be naive to expect that peasant resistance can or will normally take the same form. (299)

Los vecinos de La Chanca, permaneciendo deliberadamente en silencio, llevan a cabo uno de los actos de resistencia que está a su alcance, lo que no significa que no llevaran a cabo otros actos de resistencia en caso de poder hacerlo. Por otro lado, este acto de resistencia que llevan a cabo los vecinos tiene una dimensión espacial. Solo dentro de los confines del barrio los vecinos pueden estar seguros, ya que es únicamente aquí donde una actitud de silencio compartido puede servir de protección para quienes estén en riesgo de ser aprehendidos por la policía. Luiso hace explícita esta conciencia espacial de la protección de los vecinos cuando le explica al narrador quienes “suben”, o no suben hasta el barrio. Como en el ejemplo visto arriba en el que Butler explica que la materialidad de una camioneta cambia cuando es usada

como plataforma para los hablantes de una protesta, aquí la resistencia que llevan a cabo los vecinos también sirve para re-configurar la materialidad del espacio. El barrio de La Chanca, a través de este acto de resistencia colectiva, deja de ser únicamente un lugar de marginación (expulsado del tejido urbano, como vimos en el segundo capítulo) para ser re-semantizado como un espacio de protección. Esta re-configuración del espacio es una muestra de la materialidad de la resistencia. Únicamente porque hay una conciencia de barrio, que es también una conciencia geográfica, este acto de resistencia por parte de los vecinos de La Chanca puede llevarse a cabo.

El silencio de los vecinos de La Chanca es un acto de resistencia colectivo; otras formas de resistencia que encontramos en Grosso y Goytisolo, sin embargo, son llevadas a cabo de forma individual. Entre los actos de resistencia individual que vemos en estos textos destaca la actitud y las palabras de uno de los personajes anónimos que también aparece en *La Chanca*. En *La Chanca*, la esposa de “Chirrín” está harta de estar en casa trabajando para su marido y el resto de la familia mientras “Chirrín” pasa el tiempo en la taberna, en compañía de otros hombres, y, ocasionalmente, una prostituta.⁶⁷ Cansada de esta situación, y con la intención de que su marido no se gaste en alcohol el poco dinero que tienen, va a buscarlo a la taberna y, delante de todos los clientes masculinos que en ese momento llenan el lugar, le espeta: “Mi marío es muy señorito e imagina que tié una sirvienta en casa... Pues no seño. Si te vas esta noche de farra, nos iremos los dos” (LC 85). Posiblemente, no todo el mundo estaría de acuerdo en calificar como un acto de resistencia el comportamiento y las palabras de este personaje. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la resistencia es un fenómeno social que puede estar profundamente adulterado; como dicen Hollander y Einwohner, “resistance is not always pure” (549). Individuos o grupos que se resisten a una forma de dominación pueden, al mismo tiempo, estar apoyando ciertos elementos de las

⁶⁷ Este personaje no tiene nombre propio en el relato.

mismas estructuras de dominación que necesitan ser resistidas en primer lugar. “[A] single activity”, dicen Hollander y Einwohner, “may constitute both resistance and accommodation to different aspects of power and authority” (549).⁶⁸ De este modo, la esposa de “Chirrín”, con su comportamiento, cumple con algunas de las expectativas que la sociedad franquista tiene sobre las mujeres, al mismo tiempo que se resiste a otras. Por un lado, cumple con la expectativa de que las mujeres deben estar pendientes de su marido, preocuparse de que no gaste más de la cuenta, conseguir que no beba demasiado, etc. Por otro lado, sin embargo, contradice la expectativa de que las mujeres deben ser amables, tener buen carácter, no ser beligerantes y no enfrentarse al marido, sobre todo en público, habiendo entrado en una taberna, y delante de otros hombres.

Las mujeres fueron depositarias de una particular concepción de la feminidad durante el franquismo. Como dice Helem Graham, el franquismo construyó una imagen “ideal” de las mujeres como sujetos sumisos y pasivos, “[f]or whom self-denial was the only road to real fulfilment” (184). Un elemento importante de esta conceptualización de la feminidad durante el franquismo fue su vinculación con el espacio doméstico. El régimen trató de mantener a las mujeres fuera de la vida pública por medio de varias estrategias, entre las que destacan las aspiraciones pro-natalistas de la dictadura (que anclaban a las mujeres al hogar) y la discriminación legal que trataba de expulsar a las mujeres del mercado de trabajo (lo que, de igual modo, servía para recluirlas en el espacio doméstico). Graham explica que, con estas medidas, el régimen franquista

had sought to make a rigid division between public and private, closing down society [...], promoting its “privatization” or “atomization” based on the “haven” of the private household at whose centre was the “mother”. Women were envisioned as the source not only of physical reproduction [...], but also of “correct” ideological

⁶⁸ Un ejemplo tomado de Leena St. Martin y Nicola Gavey sirve para ilustrar estos actos “híbridos” de resistencia. St. Martin y Gavey consideran que las mujeres que hacen “bodybuilding” muestran cierta resistencia hacia algunas expectativas de género, al mismo tiempo que conformidad hacia otras. Para St. Martin y Gavey, las mujeres que hacen “bodybuilding” se resisten, por un lado, a la expectativa de que las mujeres deben ser delicadas y no estar musculosas; por otro lado, sin embargo, también cumplen con la expectativa de que las mujeres deben ser delgadas y estar preocupadas por su aspecto físico (cit. en Hollander y Einwohner 549).

reproduction via the socialization of children in the home [...]. [T]o ensure this outcome, the state could not really afford to let the private sphere to remain entirely “private”. Control, especially of women, had to be enforced. (186-187)

Este control de la esfera privada, que principalmente fue una forma de controlar a las mujeres, era visto por el régimen como una garantía de la estabilidad social (Graham 182). Cuando la esposa de “Chirrin” dice: “[m]i marío [...] imagina que tié una sirvienta en casa”, el hombre al que hacen referencia sus palabras no es “Chirrin”, sino todos los hombres; el hombre al que hacen referencia estas palabras es, en realidad, el patriarcado franquista. La esposa de “Chirrin” quizás no tenga un vocabulario técnico que fácilmente podamos asociar con una forma de resistencia feminista; pero (como señalábamos anteriormente en relación a Scott), la posibilidad de la resistencia es, en cierto modo, un privilegio de las clases medias. El hecho de que esta mujer—rural, andaluza, sin dinero, educación o profesión (aparte de las tareas domésticas)—no use un vocabulario técnico que fácilmente podamos identificar como feminista no significa que no tenga una conciencia de género suficientemente clara como para darse cuenta de las injusticias que se cometen contra ella. Por leve que pueda parecer el gesto, su comportamiento y sus palabras contradicen las premisas de la concepción franquista de feminidad, y, en la medida en que lo hacen, constituyen un acto de resistencia.

Por otra parte, este acto de resistencia tiene una dimensión espacial en tanto que las tabernas y los bares de la España de los años 50, especialmente en las zonas rurales, fueron el territorio de los hombres. La irrupción de la esposa de “Chirrin” en este lugar—al que el narrador de refiere, no sin cierta ironía, como “el Club de los Vacilones” (LC 81)—supone una interrupción de un espacio profundamente masculinizado. Aunque el régimen franquista lleva a cabo una política que busca, por medio de la ley y de la costumbre social, recluir a las mujeres en el espacio doméstico (Graham 186; Sieburth 160), la esposa de “Chirrin” transgrede esta norma en el momento en que abandona ese espacio, y amenaza al marido con quedarse en la taberna, igual que están haciendo él y otros hombres, “de farra” (LC 85). “No,

si no me voy a ir”, insiste, incluso después de que el marido la “invite” a marcharse, tras ofrecerle algo de dinero (LC 85). La esposa de “Chirrín” no es el único ejemplo de mujeres “fuertes” que vemos en estos relatos: las malleras del Puerto de Santa María, que trabajan a destajo en un trabajo totalmente feminizado y devaluado después de que los presos del famoso penal de esta ciudad hayan decidido rechazarlo (AP 92), la esposa de Pedro “el barquero” y su control sobre las finanzas de la casa (RA 137), o la abuela Teresa de *La Chanca*, quien se enfrenta a un sacerdote que le recrimina que su marido no vaya a la Iglesia (LC 75), son otros ejemplos de mujeres decididas que en estos relatos hacen frente, en mayor o menor medida, a diferentes imposiciones de la época. La aparición en los relatos de cada una de estas mujeres, conscientes de dónde y cómo lo son, constituyen una forma de resistencia en cada una de estas escenas.

Otra forma de resistencia que vemos en Grosso y Goytisolo tiene que ver con el uso del lenguaje; los personajes que aparecen en estos textos tienen una curiosa tendencia a no llamar a determinados lugares por su nombre, sino haciendo uso de otros nombres alternativos. Cuando analizamos el uso de estos otros nombres alternativos, podemos ver que esta sustitución de nombres adquiere ciertas connotaciones políticas. En tanto que esta sustitución de unos nombres por otros adquiere una connotación política, las intervenciones lingüísticas que llevan a cabo los personajes de estos libros, en forma de toponimia popular, constituyen una forma de resistencia. En *La Chanca*, cuando Luiso y el narrador salen a dar un paseo por el barrio, el vecino de La Chanca muestra al recién llegado su parte más alta, que es, también, la más pobre: “Nosotros le decimos el Cerrillo del Hambre” (LC 60). Con estas palabras, Luiso deja claro que “Cerrillo del Hambre” es un nombre que usan los vecinos para referirse a esta parte del barrio, en el que las condiciones de vida son realmente penosas: “[d]urante toda la tarde, mi amigo me escolta por sus dominios de hambre y raquitismo, tracoma y lepra” (LC 60). En *Por el río abajo*, otra escena muestra cómo los personajes de

este libro se refieren a un lugar con un nombre distinto del oficial. Queipo de Llano, en la provincia de Sevilla, es el nombre de uno de los nuevos pueblos que el régimen ha creado en la zona del Bajo Guadalquivir a través del Instituto Nacional de Colonización.⁶⁹ Muchos de estos pueblos fueron creados por la dictadura para llevar a cabo la explotación agrícola de la zona, y recibieron nombres de personalidades franquistas.⁷⁰ Los vecinos, sin embargo, no parecen dispuestos a referirse a este pueblo por su nombre oficial: “Nosotros no le decimos Queipo, le decimos poblao. [...] Poblao, siempre decimos Poblao”, insiste uno de los personajes (RA 124). En ambos ejemplos, uno en Grosso, y otro en Goytisolo, hay una clara referencia a un “nosotros”: son los vecinos, los habitantes de la zona, quienes hacen uso de estos nombres alternativos, aún a sabiendas de que estos nombres son distintos del oficial. Esta toponimia alternativa es un acto de resistencia contra la dominación franquista, que también se manifiesta a través de la nomenclatura de lugares.

El nombre es una parte fundamental de la identidad de un lugar; tanto que puede servir para crearlo, pues como ha dicho Claude Lévi-Strauss, “place is named space” (Lévi-Strauss, 1962; Kostanski 273). Un lugar sin nombre es, simplemente, una parte abstracta del espacio. El nombre de los lugares, además, nos ofrece una clave esencial para entender el

⁶⁹ El Instituto Nacional de Colonización fue creado en octubre de 1939 como un organismo dependiente del Ministerio de Agricultura. Su objetivo principal fue efectuar la necesaria transformación del espacio productivo tras la devastación de la Guerra Civil, y mediante la reorganización y reactivación del sector agrícola con vistas a los planes autárquicos del régimen. En los treinta y dos años que estuvo vigente como tal (antes de ser refundado como Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario en 1971) tuvo un impacto enorme en los movimientos demográficos que se produjeron en España, desplazando a miles de personas decididas a buscar una vida mejor y un futuro para sus familias y cambiando, literalmente, el paisaje en muchas de las zonas en que actuó. Sus políticas de reasentamiento tuvieron especial relevancia en algunas zonas agrarias del sur. Construyó en España más de trescientos pueblos de colonización que albergarían a cerca de cincuenta y cinco mil familias. La construcción de pueblos llevada a cabo tuvo lugar, principalmente, en las cuencas fluviales de los grandes ríos de la geografía peninsular, como, por ejemplo, la del río Guadalquivir, que atraviesa toda la zona sur de la Península de este a oeste. Muchos de estos pueblos de reciente construcción fueron denominados con el nombre del río de donde tomaban el regadío, seguido de la coletilla “del Caudillo”; también fueron nombrados con otras referencias a Franco, o alguna otra autoridad local—Villafranco, por ejemplo, es uno de estos pueblos de la provincia de Sevilla que aparecen en Grosso (RA 89).

⁷⁰ Gonzalo Queipo de Llano y Sierra (Valladolid, 1875-Sevilla, 1951) fue una destacada figura de la jerarquía franquista conocido por actuar de forma más o menos independiente, y por el terror que sembró en muchos pueblos de Andalucía, una región sobre la que tuvo un dominio casi absoluto durante la guerra y buena parte de la dictadura; “[i]n Andalusia, [he] carved out a semi-independent principality of his own”, dice Gabriel Jackson (457), una gestión por la que este veterano de la Guerra del Rif (1911-1927) recibió el apodo de “carnicero de Sevilla” (Viñas y Collado Seidel 207). Queipo de Llano también ha sido señalado como uno de los responsables en el asesinato de Federico García Lorca (Núñez Florencio y Núñez González 113; Gibson 228-229).

paisaje cultural de un país, una región, o cualquier otro lugar que haya sido nombrado. Breandán S. MacAodha dice que “there is no surer way of absorbing the personality of a place than by studying its nomenclature” (17). Por otra parte, las alternancias toponímicas que vemos en Grosso y Goytisolo suceden en un momento en que la toponimia es particularmente relevante en España, sobre todo en el sur de la Península. Los propios relatos de estos autores parecen tener una clara conciencia textual de la importancia de la toponimia en la España franquista del medio siglo. Uno de los narradores de Grosso, por ejemplo, observa que, en la ciudad de Tarifa, “[l]os nombres de las calles trazan una recta histórica desconcertante” (AP 43); aunque no está claro a qué se refiere el narrador en este caso, el contexto invita a pensar que se refiere a la nomenclatura franquista de las calles. El régimen de Franco, por otra parte, cambia en este momento los nombres tradicionales de las costas andaluzas (asociados a la identidad de esos lugares) con el objetivo de hacerlas más atractivas para el turismo: Costa del Sol, Costa de la Luz, etc., nacen entonces como resultado de la creciente mercantilización del espacio andaluz (Afinoguénova y Martí-Olivella xxxvi). Como vimos en el primer capítulo, uno de los narradores de Grosso también señala el nombre de uno de los lugares que visita, la “Plaza del Generalísimo”, para referirse a una de las formas de dominación espacial por parte del estado franquista (AP 43). Los personajes de estos libros, sin embargo, reaccionan ante esta dominación espacial a través de un acto de resistencia que consiste en la creación de una toponimia alternativa en la que unos nombres de lugar, los oficiales, son sustituidos por otros nombres que son de invención popular.

Esta reacción de los personajes de estos libros ante una toponimia considerada “no representativa” es un fenómeno que ha sido estudiado por una multiplicidad de autores en una variedad de contextos. Noam Shoal, por ejemplo, ha explorado los conflictos culturales que se generan a partir de los sistemas de nomenclatura de lugares en el estado de Israel. Para Shoal, el nombre de los lugares es una de las marcas más significativas de la relación íntima

que existe entre las personas y el territorio; por eso, afirma el autor, se generan muchas situaciones “in which local residents interpret and contest the official street names with their own oral system of naming” (613). La toponimia es una de las formas más visibles de la lucha cotidiana por la identidad simbólica. Laura Kostanski, por su parte, también ha llevado a cabo un estudio sobre la toponimia cultural y los conflictos que genera a partir de la restauración de nombres indígenas en Australia; en “Duel-Names”, Kostanski parte, como Shoval, de la estrecha relación entre el sistema de nomenclatura y la identidad de los lugares: “the constructs of place and toponymic identity are strongly correlated, as places would not exist without names, and names would have no purpose without places” (288). Por este motivo, indica la autora, no es infrecuente que los nombres de lugares sean una fuente de conflictos culturales que pueden tener una dimensión política: “toponyms (placenames) can represent hegemonic histories and alternative narratives” (273). Como en estos otros ejemplos, los ejemplos que vemos en Grosso y Goytisolo son la muestra de una lucha entre la hegemonía cultural del franquismo, y las narrativas alternativas que llevan a cabo los personajes de estos libros, que consisten en dar un nuevo significado al espacio a partir de una toponimia que evita los nombres oficiales de ciertos lugares.

Cuando los personajes de *La Chanca* llaman “Cerrillo del Hambre” a una parte del barrio, están contradiciendo a la propaganda franquista, que en los inicios del periodo del desarrollo genera una lógica cultural en la que España aparece representada como una sociedad de consumo y bienestar (Fernández Cebrián, 2017). La miseria, la pobreza y la marginación eran sistemáticamente ocultadas por el régimen, que, como vimos en el capítulo anterior, literalmente llegó a construir muros alrededor de los barrios más pobres para ocultar a los turistas una imagen de España que entraba en conflicto con la supuesta modernización del país. Llamar “Cerrillo del Hambre” a La Chanca, haciendo referencia a sus miserias, es una forma de contradecir esta nueva lógica cultural del régimen, y de visibilizar los

problemas de quienes viven en el barrio, muchos de los cuales son el resultado del abandono institucional. Del mismo modo, negarse a usar “Queipo de Llano” para referirse a uno de los pueblos creados por el régimen franquista también es una forma de resistencia. Usando únicamente el nombre general de “poblao”, los vecinos de la zona evitan referirse a este lugar con el nombre de uno de los personajes más siniestros de la dictadura, especialmente en lo que concierne al sur de la Península. Pile dice que “resistance does not just act on topographies imposed through the spatial technologies of domination, it moves across them under the noses of the enemy, seeking to create new meanings out of imposed meanings, to re-work and divert space to other ends” (16). Con sus formas de toponimia popular, los personajes de estos libros buscan dar nuevos significados a estos espacios, re-imaginándolos, y, en esta re-configuración del espacio hay un elemento subversivo cuyo propósito es mostrar oposición a una de las formas de dominación (simbólica, en este caso) del franquismo.

Otra de las formas de resistencia que vemos en Grosso y Goytisolo es epistémica. Uno de los episodios que vemos en *La Chanca* cuenta la visita de unos fotógrafos franceses a la casa de la familia de Antonio Roa “el Cartagenero”. En el momento de la visita, Teresa, madre de Isabel y suegra de Roa, se encuentra sola en la casa con los niños de la familia (Pepe, Candelín, Germán). Los fotógrafos explican a Teresa que han venido desde Francia, y que les gustaría hacer algunas fotos de los niños de la familia en su casa, ante lo que Teresa no se opone. Teresa, entonces, sugiere limpiar a los niños y vestirlos para que salgan en las fotos lo mejor posible, pero los franceses parecen tener otros planes: “Yo quería que mis nietos se arreglaran un poquito, pero ellos dijeron que no, que ya estaban bien”, explica Teresa al narrador (LC 48). Los franceses proceden entonces a hacer las fotografías y sacan a la familia “más de cien retratos” (LC 48). Si desestiman la sugerencia de Teresa de limpiar y vestir a los niños es porque, en realidad, lo que buscan es una imagen sensacionalista de la pobreza. Por eso, en las fotografías uno de los niños “iba desnudo” (LC 48). Cuando Teresa

cuenta esta historia, Luiso no puede contener su rabia: “[l]os tíos guarros”; “[e]s usted demasiado buena”; “[s]i llego a está yo les fuera obligao a quitarse la ropa a ellos” (LC 48-49). Teresa, que no supo reaccionar en ese momento de otra forma a la petición de unos fotógrafos extranjeros cuya lengua desconocía, permitió, no sin cierta incomodidad, que los franceses tomasen todas las fotografías que quisieran. Solo al final del libro, tras escuchar a otros personajes que muestran la misma cólera que su yerno Luiso, parece comprender el abuso de confianza: “¿Se acuerda usted de aquellos franceses que subieron a vernos y retrataron a mis nietecicos?”—dice entonces al narrador—“[a] veces una hace las cosas sin comprendé... Creo que si vinieran ahora les maldeciría” (LC 92). A lo largo del texto vemos un cambio fundamental en el personaje, a quien parece nacerle una conciencia para identificar y comprender una forma de injusticia que le llevaría, en caso de encontrarse en las mismas circunstancias, a reaccionar de un modo diferente al que lo hizo. Esta capacidad para la auto-reflexión, la emergencia de una nueva conciencia que vemos en el personaje de Teresa, forma una parte fundamental de cualquier acto de resistencia. Con un sencillo gesto, Teresa parece “mandar al cuerno” a todos los Gautier, Chateaubriand, Mérimée, Musset, etc. que, en lo esencial, venían haciendo, desde el siglo XVIII, lo mismo que estos fotógrafos.

Baaz et al. consideran que la forma en que un sujeto reflexiona sobre sí mismo en relación a jerarquías y discursos dominantes es una parte fundamental de cualquier acto de resistencia; a este proceso por el que pasa el sujeto los autores lo llaman “resisters’ processes of self-reflection” (147). Para Baaz et al., una parte ineludible de cualquier investigación sobre la resistencia es identificar y narrar “the considerations and self-reflexivity of emergent resisting subjects”, ya que los sujetos de la resistencia, “whether they intend to resist or not, emerge from processes of self-formation” (148). Pile, por su parte, también nos invita a pensar que las geografías de la resistencia no solo tienen que ver con la codificación del espacio, sino también con los procesos de auto-reflexión interna, pues, “as much as resistance

seeks to undermine or throw off control over exterior spaces, the interior world is also colonized by hegemonic norms and values” (4). Por otra parte, José Medina ha explorado los aspectos epistémicos de nuestras interacciones sociales, para lo que parte de la base de que “[i]n all societies [...] people live surrounded by epistemic injustices that call for resistance” (4). En *The Epistemology of Resistance* (2012), Medina sugiere que la resistencia comienza con la evaluación que hacemos de nuestro propio conocimiento sobre los demás, y sobre nosotros mismos. Para Medina, la resistencia está relacionada con nuestra capacidad como sujetos “conocedores”, es decir, subjetividades hechas de diferentes formas de conocimiento, o construidas como resultado de la carencia de esos conocimientos. Cuando retratan a esta familia de La Chanca sin tener en cuenta la dignidad de los fotografiados, los franceses llevan a cabo un acto de “ignorancia activa” (56), usando los términos de Medina, ya que no tienen en cuenta las necesidades expresivas de Teresa y los niños, que parecen resistirse a la idea de considerarse a sí mismos simplemente como meras víctimas.

La metáfora de la “ceguera”, que para Medina representa nuestra insensibilidad ante las injusticias epistémicas (aunque el autor también explica por qué esta expresión no le parece adecuada) cobra aquí una paradójica dimensión, ya que estos fotógrafos franceses hacen fotos, pero “no ven”; aunque “miran” a través del objetivo de sus cámaras, parecen “cognitively and affectively numbed to the lives of others [...], inattentive to and unconcerned by their experiences, problems, and aspirations” (xi). Teresa, con su cambio de actitud, y Luiso con su cólera, se resisten ante esta “ceguera” de los franceses, que han reducido a estos vecinos de La Chanca a su pobreza, y contra esta reducción, se rebelan. Los personajes que vemos en estos libros quieren ser tratados como seres humanos en toda su complejidad, no simplemente como pobres. Esta forma de resistencia, por otra parte, tiene una dimensión particularmente espacial en la medida en que estas fotografías posiblemente sirvan para representar a la España de Franco en el exterior, pero, a costa de explotar las

miserias de sus protagonistas, y de robarles lo único que tienen: su dignidad. La escena muestra la resistencia de unos personajes a una injusticia epistémica de enormes dimensiones, la que tiene lugar entre la opinión pública de otros países europeos, y quienes viven oprimidos bajo el yugo de la España franquista.

Otra de las formas de resistencia que vemos en Grosso y Goytisolo tiene que ver con el contacto físico y con las muestras de cariño. En estos relatos hay constantes muestras de afecto; especialmente, en relación a los más vulnerables: los niños. En *Por el río abajo*, el narrador de Grosso describe una escena a su paso por Isla Mayor, Sevilla, en la que un niño levanta las manos y ríe al ver a su madre, que le ha traído un dulce. Antes de entregarle el dulce, la madre se lo hace desear: “aliguí, aliguí, con la mano no, con la boca sí” (RA 84). Más adelante, en el trayecto que hay entre Villafranco y Queipo de Llano, el narrador de este mismo libro viaja en un tractor cuyo conductor se ha ofrecido a llevarlo por ir en la misma dirección. Mientras viaja en el tractor, el narrador observa que, en la parte alta del vehículo, “[e]l tractorista conduce con una mano echada por encima de los hombros de su hijo” (RA 121). Poco después, frente a Isla Mínima, Sevilla, el mismo narrador viaja en la barca de Pedro “el barquero”, a quien paga un dinero para que le ayude a cruzar el río en su parte más ancha. En un momento determinado, Pedro y el narrador hablan sobre el hijo del primero, que trabaja en la barca junto a su padre: “va a sé el mejó barquero de la Isla”, dice Pedro orgulloso, mientras “acaricia la pelada cabeza del chico” (RA 133).

En *Campos de Níjar*, el narrador de Goytisolo también describe escenas en las que el afecto de nuevo aparece en relación a los niños. El narrador de este libro ha llegado hasta el pueblo de Níjar en compañía de “el bajito”, quien, al pasar por la puerta de su casa, invita al narrador a entrar para presentarle “a mi mujé y a los chavales” (CN 44). Una vez dentro, el narrador observa que, al más pequeño—cuando “los chavales” aparecen en escena— “[e]l padre lo sienta sobre sus rodillas y le cubre la cara de besos” (CN 45). También en *La*

Chanca vemos escenas de afecto hacia los niños, o de los niños hacia los adultos. Estando en casa de Luiso, el narrador señala que Germán (aún no siendo hijo de Luiso, sino de Antonio Roa “el Cartagenero”), “se le sube en las rodillas y le pasa las manos por el cuello” (LC 53). Estas constantes muestras de afecto que vemos en los textos de Grosso y Goytisolo constituyen una particular forma de resistencia. La extrema pobreza que castiga a estos personajes no solo no los ha embrutecido, sino que parece haberlos hecho más humanos, inmersos como están en un contexto social poco amistoso, y profundamente insolidario. Como indica Ferres, en los relatos andaluces de Grosso—pero también en los de Goytisolo—hay una significativa renuncia a la pátina tremendista propia de la época para explorar, dentro de un entorno caracterizado por la miseria, la dimensión humana de los personajes (8).⁷¹

Los afectos funcionan como una red social, o una cadena de transmisión, y, en tanto que “circulan”, tienen el potencial de contribuir enormemente a determinadas formas de resistencia; Sara Ahmed ha destacado esta capacidad de acumulación de los afectos cuando dice que “the more they circulate, the more affective they become, and the more they appear to ‘contain’ affect” (120). Para Baaz et al., esta capacidad de circulación y acumulación de los afectos hace que sean especialmente relevantes para la resistencia, ya que el acto de resistir podría verse “acelerado”, o “aumentado” como consecuencia de una “intensificación afectiva” (148). Por otra parte, Baaz et al. también señalan que, aunque la resistencia generalmente ha sido asociada con actitudes antisociales, destructivas o reaccionarias, con repentinas explosiones de violencia y estallidos emocionales, también puede ser “productive, plural and fluid”, y estar integrada “into everyday social life” (138). Como dicen los autores, “[r]esistance holds the potential to constructively transform societies” (138)—léase esta última frase con acento en “constructively”. La resistencia de confrontación, como hemos

⁷¹ El tremendismo fue una estética literaria que se desarrolló, fundamentalmente, en la novela española de los años 40. Se caracteriza por la crudeza en la presentación de la trama (situaciones violentas), en el tratamiento de los personajes (seres marginados, con defectos físicos o psíquicos, prostitutas, criminales, etc.) y en el lenguaje, desgarrado y duro; véanse Gullón (1952), Mallo (1956), Del Río (1963) y Álamo Felices (1996).

visto anteriormente, no es la única forma de introducir cambios en la sociedad. En un entorno social hostil en el que han sido abolidas otras formas de protección como la escuela (convertida en adoctrinamiento), el juego (el trabajo infantil es moneda común) o la salud (la enfermedad y la mortandad en los primeros años de vida son sucesos cotidianos), los afectos pueden llegar a ser una poderosa arma de resistencia en tanto que sirven para generar un espacio social alternativo en el que refugiarse y poder sobrevivir. Las muestras de afecto que vemos en Grosso y Goytisolo sirven para generar un “pequeño” espacio de seguridad—dentro del espacio social más amplio—en el que la protección colectiva es la norma común, y donde se pone de manifiesto el poder fortificador y restaurativo de la comunidad, cuando no solo la pobreza, sino el régimen y sus políticas de hostilidad, se oponen a la supervivencia. En estas circunstancias, los personajes que aparecen en estos libros miran hacia el futuro (a través de los hijos) y resisten gracias a una cadena de afectos que sirve como cobijo.

Poner de relieve la resistencia es fundamental para entender plenamente cómo funciona el poder; para David Couzens Hoy, “power needs resistance, and would not be operative without it” (82). El poder es una forma de relación, y, sin cierto grado de libertad, no existirían las relaciones de poder. Sue Fisher y Kathy Davis, por su parte, consideran necesario atender a la resistencia si no queremos victimizar a quienes viven bajo alguna forma de dominación; Fisher y Davis se refieren a la crítica feminista cuando dicen que, si solo presentamos a las mujeres como meros sujetos pasivos inmersos en un sistema de opresión monolítico, se corre el riesgo—aunque se haga de forma involuntaria—de dejar poco, o ningún espacio “for uncovering the subtle and ambivalent ways women may be negotiating at the margins of power” (6). Aunque no siempre coincida con la idealización que a menudo hacemos de ella, identificar y analizar diferentes formas de resistencia es necesario para equilibrar el balance entre la dominación y la capacidad de los dominados para la agencia. La pobreza está hecha de pobres; si hay represión, hay reprimidos; y el espacio es la

gente que lo habita, nunca es un espacio vacío. Mostrando la capacidad de sus personajes para resistir, estos textos de Grosso y Goytisolo no solo evitan la sempiterna representación de los andaluces como meras víctimas de la pobreza, sino que también llevan a cabo una justa y necesaria dignificación y reparación de quienes, aun habiendo sido maltratados por el destino y la literatura, han sobrevivido gracias a una enorme facultad para la resiliencia. El valor último de la resistencia, en todo caso, es que puede servirnos para crear sociedades más democráticas; como dicen Baaz et al., resistir solo tiene sentido si contribuye a abrir el espacio “for a freer choice with less domination” (149). Desautorizando, o re-estructurando las formas de dominación que limitan nuestros cuerpos, acciones e identidad, la resistencia es una forma de expandir nuestras posibilidades para crear una sociedad más democrática y plural. Pero, para entender verdaderamente el potencial de la resistencia, hemos de atender también a su dimensión espacial, ya que, como dice Lefebvre, “[t]o change life [...] we must first change space” (*Production* 190); solo cuando pensamos también a través del espacio podemos hacer que la resistencia adquiera todo su potencial—de no hacerlo, siempre habrá formas de resistencia que serán, sencillamente, difíciles de identificar.

CAPITULO 4

“Identidad: contra-orientalismo e hibridación cultural”

La identidad nacional de España, y de sus diferentes zonas geográficas, ha estado en disputa desde tiempos inmemoriales; la conquista cristiana de Al-Andalus, que constituye una parte esencial de la historia espacial y cultural de la Península Ibérica, fue, además de una forma de control político y religioso, un intento de erradicar los elementos islámicos y hebraicos que hasta ese momento habían formado parte del bagaje cultural de este territorio.⁷² El pasado andalusí de la Península, sin embargo, sirvió como justificación para que, a finales del siglo XVIII, intelectuales europeos de diversa procedencia construyeran una imagen orientalizada de España; en su prólogo a *Les Orientales* (1829), el escritor francés Víctor Hugo parecía no tener ya ninguna duda sobre la identidad nacional de este lugar: “l’Espagne c’est encore l’Orient; l’Espagne est à demi africaine” (23). En el siglo XIX, esta imagen orientalizada de España, que principalmente había sido popularizada por intelectuales franceses, coincidió con un cambio importante en la manera en que entendemos la historia. Se abandona entonces, como ha explicado Mary Lee Bretz, la idea de que el tiempo está constituido por un desarrollo lineal y objetivo de sucesos; el pasado se convierte, en este momento, en una construcción discontinua, pluralista, llena de estratos, y, cada uno de estos estratos, tiene una durabilidad e importancia distintas (Bretz 148-151). Con esta nueva concepción de la historia, ya no parecen posibles lecturas hegemónicas, por lo que el pasado de España se convierte, más si cabe, en un espacio de lucha y apropiación. Como ha señalado Inman Fox, la historia de España se pone al servicio de los gustos y deseos del presente, se “imagina” el pasado en función de los diferentes conceptos que cada grupo social tiene de la nación (13-14). Al

⁷² Al-Andalus es el nombre que en la Edad Media dieron los musulmanes a la Península Ibérica; algunos autores restringen el término al territorio peninsular bajo poder musulmán entre 711 y 1492; para los autores árabes medievales, el término designa la totalidad de las zonas conquistadas por tropas árabo-musulmanas en territorios actualmente pertenecientes a España, Portugal, Francia, Andorra y Gibraltar (Manzano Moreno 129).

menos desde que escribieron los autores de la Generación del 98, dos líneas generales sobresalen en lo tocante a las cuestiones de identidad nacional en España: una línea más conservadora encabezada por figuras como Marcelino Menéndez Pelayo, por un lado, y, por otro lado, la de los liberales del krausoinstitucionismo (Fernández Utrera 46); ambas concepciones historiográficas moldearon la forma en que concibieron España los pensadores de entonces, y ambas siguen teniendo una enorme influencia en las diferentes maneras en que pensamos España en la actualidad.

Este capítulo es una continuación a este debate. En sus relatos de viajes, Alfonso Grosso y Juan Goytisolo no solo entablan un diálogo con autores anteriores en lo que se refiere a la identidad nacional y cultural de España, sino que lo hacen mediante la configuración de una singular poética espacial del sur peninsular. El capítulo tiene dos partes. En la primera de ellas, se hace una aproximación a la obra de Miguel de Unamuno, que tiene una mirada europeizante y castellanizante sobre la identidad nacional española; en esta aproximación a la obra de Unamuno se analizan tanto pasajes de su conocida obra ensayística, como también algunas de las características principales de su literatura de viajes. La obra de Unamuno se toma aquí como representativa del pensamiento noventayochista, que corresponde con el de una de las generaciones de intelectuales españoles que más enérgicamente ha debatido en torno a cuestiones sobre la identidad nacional y cultural de España. A continuación—en esta primera parte del capítulo—se hace una lectura crítica del espacio andaluz tal y como aparece representado en Grosso y Goytisolo; en esta parte, se ponen de relieve aquellos elementos de la narración que sirven a los autores de estos libros para “africanizar” el paisaje andaluz. La teoría postcolonial de Homi K. Bhabha sirve aquí para argumentar que, africanizando el espacio nacional a través de su característica descripción del sur, Grosso y Goytisolo no solo rechazan la mirada castellanizante que tuvo la Generación del 98 sobre la identidad nacional de España, sino que también se oponen a

cualquier concepción estática o de pureza en lo relativo a toda identidad cultural. La segunda parte de este capítulo hace uso del “orientalismo” de Edward Said para mostrar cómo estos textos de Grosso y Goytisolo establecen una clara diferencia entre la africanización del sur que llevan a cabo los autores, y la consabida orientalización del espacio andaluz; para ilustrar el rechazo que hay en estos textos a una visión orientalizante del sur, en esta última parte se hace un análisis del personaje Don Ambrosio, que aparece en *Campos de Níjar*, y que sirve como ejemplo paradigmático para explorar una estrecha relación, la que invariablemente existe entre cualquier forma de orientalismo, y diferentes formas de explotación.

Partiendo de la conocida teoría de Benedict Anderson que entiende la aparición de las identidades nacionales como una construcción de “comunidades imaginarias”, Ibón Izurieta ha afirmado que “[t]he invention of Spain as an imaginary community owes much to Miguel de Unamuno’s vision” (91). Izurieta caracteriza con estas palabras la tónica general de la obra unamuniana, gran parte de la cual gira en torno a cuestiones relacionadas con la identidad nacional y cultural de España. *En torno al casticismo* (1895), posiblemente su obra más relevante, fue publicada apenas unos años antes de la pérdida, en 1898, de las últimas colonias americanas y asiáticas. Cuando el imperio español comienza a desvanecerse en los entresijos de la historia, Unamuno vuelve la mirada hacia el interior, afirmando que España es un país que “está por descubrir”, y que, solo con la intervención de “españoles europeizados”, podrá ser descubierto (*Obras* 194).⁷³ Aunque se dirige principalmente a los jóvenes, la mirada europeizante que Unamuno tiene sobre España es, también, una mirada histórica. La Revolución de 1868, conocida como “la Gloriosa”, le sirve como ejemplo para demostrar el carácter presuntamente europeo de la identidad española. La Gloriosa, una sublevación militar con elementos civiles que supuso el derrocamiento y exilio de la reina Isabel II y el inicio del periodo conocido como Sexenio Democrático, ha sido recordada por

⁷³ Loureiro ha señalado que, ya desde el siglo XIX, la pérdida de las colonias empieza a convertir la visión decadente de la historia de España en un lugar común (66).

los historiadores como una brusca sacudida en la historia del siglo XIX español (López Cerdón 1). A partir de aquella protesta hubo en España el primer intento en su historia por establecer un régimen político democrático, que primero tomó la forma de una monarquía parlamentaria—durante el reinado de Amadeo I de Saboya (1871-1873)—y dio paso, poco después, a la proclamación de la Primera República española (1873-1874). Unamuno, que parece asombrado ante el “empuje profundamente laico, democrático y popular” de la revuelta, la considera, en esencia, “un movimiento más europeo que español” (*Obras* 198). Pero, para Unamuno, no es posible que los españoles europeizados que se manifestaron entonces tengan éxito alguno si no tienen en cuenta el “ser” nacional, que está “en el pueblo desconocido” (*Obras* 194), en la “intra-historia”; lo que realmente importa no son los grandes momentos históricos, sino esa corriente subterránea.

Esta visión intra-histórica que tiene Unamuno del pasado de España funciona como un soporte necesario para que, en su línea de pensamiento, aflore una visión esencialista de la identidad, es decir, una identidad inmutable, eterna. Unamuno contrapone esta visión subterránea de la historia a la historia misma, haciendo uso de una conocida metáfora sobre las olas de la superficie y el fondo del mar: “[e]sa vida intra-histórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna” (*Obras* 80). La labor europeizante, el “descubrimiento” de España que defendiera en primer término, necesariamente ha de contar con la tradición verdadera, con el pasado intrahistórico que, aunque olvidado en las narrativas oficiales, sigue incrustado y vivo en el presente social (*Obras* 82). Manuel Menéndez Alzamora ha dicho que el concepto de intra-historia de Unamuno es una forma de buscar lo “verdaderamente” hispano—algo que comparten otros intelectuales del 98, y que hace que se aproximen a la crisis de identidad por la que atraviesa España en este momento desde una postura subjetiva y emocional (46). Michael A. Weinstein, por otra parte, afirma que la intra-historia de Unamuno funciona como

un opuesto a la noción de historia (43-44). Mientras que la historia es una serie discontinua de sucesos que han sido artificialmente unidos por una serie de ideas, la intra-historia de Unamuno es continua; mientras la historia es palpable y consciente, la intra-historia queda encubierta, y es inconsciente; mientras la historia se puede expresar de forma objetiva en documentos, la intra-historia es subjetiva y constituye de forma integral la vida de una persona.

Podríamos decir, si se me permite la metáfora, que si la intra-historia de Unamuno fuera un sustantivo, Castilla sería su adjetivo. El “ser” nacional de la tradición eterna a la que se refiere el autor es, en esencia, un “ser” castellano. “Castilla ha hecho la nación española”, es “la verdadera forjadora de la unidad”, dice Unamuno (*Obras* 96). Todo lo castellano es casto, eterno, puro: el “alma castellana” (*Andanzas* 252), el “espíritu de Castilla” (*Obras* 103), la “ternura castellana” (*Andanzas* 231), la “eterna—no ya vieja—ciudad castellana” (*Andanzas* 241), el “alma común española, base castellana, e alma nacional” (*Obras* 65). Frente a esta visión de España, todo lo que no sea castellano queda automáticamente fuera de la historia, no pertenece a la “eternidad”. La Edad Media en la Península Ibérica, por tanto, es una interrupción de la historia nacional, un momento del pasado en el que estaba “[o]cupada gran parte de España por la morisma” (*Obras* 97). Este prodigioso salto histórico que hace Unamuno resulta necesario, puesto que el pueblo romano, que “nos dejó muchas cosas”, es un ascendiente directo de todo lo castellano (*Obras* 95), mientras que los “otros”, los “moros”, son los “enemigos de las nacionalidades españolas” (*Obras* 561), y quedan, por tanto, excluidos de la eternidad intra-histórica.

En *Imperial Emotions* (2013), Javier Krauel hace una lectura de *En torno al casticismo* centrándose, de forma específica, en la relación “between emotions attached to empire and the essay’s national imagination” (84); el autor concluye que la pérdida de prestigio por la que atraviesa España en estos momentos empuja a Unamuno, y a otros

escritores de principios del siglo XX, a formular la identidad nacional de este país a través de una narrativa del duelo (100). La concepción selectiva que Unamuno tiene de la historia sería una reacción a la pérdida de prestigio tras la desaparición de las colonias, es decir, una castellanización de España inspirada en el recuerdo del pasado imperial. Alejandro Mejías López, en esta misma línea, ha explorado el impacto del modernismo hispanoamericano en la obra de intelectuales españoles de aquel momento, señalando que, para escritores como Unamuno, “modernismo took the form of imperial nostalgia, caused to a considerable extent by their unwillingness to recognize the ‘inverted conquest’ that had shaped their writing in the first place” (179).⁷⁴ Tanto la pérdida de las colonias, como la emergencia del modernismo hispanoamericano, fueron percibidos como una amenaza por muchos intelectuales españoles. Incluso las nuevas fórmulas identitarias adoptadas por algunos de estos intelectuales, como, por ejemplo, el pan-hispanismo de Unamuno, seguían estando caracterizadas por una mirada llamativamente selectiva. Aunque el pan-hispanismo de Unamuno era presentado por el autor como una nueva forma de españolidad basada en la lengua compartida, “[o]jo con escribir español de Venezuela o del Paraguay! Los paraguayos no tienen derecho a tener español propio; ha de ser castellano de Castilla” (*Obras* 502).⁷⁵

La visión castellanizante que tiene Unamuno sobre la identidad nacional y cultural de España quedó especialmente reflejada en sus libros de viajes. La imagen, principalmente de Castilla, que vemos en estos libros, resumaba “espiritualidad” y misticismo hasta el punto de que Azorín se refirió a estos libros diciendo: “Casi no son paisajes” (*Escritores* 153). En *Paisajes* (1902), Unamuno explora el entorno salmantino. En *Por tierras de Portugal y*

⁷⁴ El modernismo hispanoamericano fue un movimiento literario que se desarrolló aproximadamente entre las dos últimas décadas del siglo XIX, y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, sobre todo en el ámbito de la poesía. La publicación de *Azul*, en 1888, por Rubén Darío, ha sido generalmente asociada con el inicio de este movimiento. Otras de sus figuras destacadas fueron José Asunción Silva, José Martí o Delmira Agustini. Habiendo tomado muchas de sus constantes estéticas del simbolismo y el parnasianismo franceses, el modernismo hispanoamericano tuvo una enorme influencia en todo el ámbito de la literatura escrita en español.

⁷⁵ La actitud de Unamuno hacia la riqueza y diversidad lingüísticas es, cuanto menos, llamativa: “El ideal es que hablemos todos los hombres una sola y misma lengua, [...] y el ideal en España que sólo se hable el español” (cit. en LaRubia-Prado 256).

España (1911), llama la atención que no aparezca el sur de la Península en ninguno de sus veintiséis artículos. *Andanzas y visiones españolas* (1922), donde el autor hace un retrato de las tierras leonesas, zamoranas y abulenses, posiblemente fue su libro más querido, pues, según dijo, aquí podemos encontrar “algunas de las páginas que más de corazón he escrito” (*Epistolario* 486). Ramón Lloréns García ha hecho un estudio de la obra de Unamuno y afirma que *En torno al casticismo* es el “epicentro de la obra intrahistórica posterior” (58), de lo que podemos inferir que la literatura de viajes del autor vasco es una suerte de configuración literaria de su pensamiento ensayístico. Emilio Pascual Barciela, por otra parte, destaca la importancia de estos libros de viajes en la trayectoria intelectual y estética unamuniana cuando dice que “sería en sus libros viajeros donde su capacidad evocadora se proyectara de modo más intenso” (web). La imagen de España que vemos en estos libros no tendría mayor relevancia si no fuera porque, como dice Miguel Ángel Lozano, Unamuno, “como autor de libros de viajes, es un escritor crucial y representativo de una época” (69). Quizás el “ser” nacional al que se refiere Unamuno no fuera verdaderamente eterno, pero el impacto que tuvo, y sigue teniendo en el imaginario colectivo de los españoles, sí que amenaza con serlo.

La visión que tiene Unamuno sobre la identidad nacional y cultural de España, y que es compartida por casi todas las figuras destacadas de la Generación del 98, fue posteriormente apropiada por el fascismo español y finalmente asumida por el régimen franquista. Como indica Alfonso Manjón Esteban, hubo en el franquismo, desde el principio, un claro “esfuerzo en definir la personalidad colectiva de los españoles, de signo castellanizante” (160). Después de todo, la Guerra Civil había sido, entre otras cosas, una reacción de Castilla a la sedición antisolidaria de algunas regiones periféricas desleales, de modo que, tanto durante la guerra, como después del conflicto, esas regiones habrían de ser sojuzgadas bajo su férula (Núñez Seixas, “La región” 16). Tras la guerra, el canon

historiográfico que se impuso, nacional-católico y castellanista, era una mezcla del legado del tradicionalismo católico y las interpretaciones de la Generación del 98, combinadas con las aportaciones filológicas e históricas esencialistas de los intelectuales afines al régimen. En mayor o menor medida, todas estas interpretaciones veían en la historia, las gentes y la lengua de Castilla el núcleo alrededor del que giraba la unificación política de los diferentes territorios de España (Núñez Seixas, “La región” 33).

Como resultado, el “paisaje franquista” fue, esencialmente, un paisaje castellano. La idea castellanizante que tenía el franquismo sobre la identidad cultural de España quedó impresa en el paisaje nacional, y los paisajes “manufacturados” en esta época estuvieron, lógicamente, al servicio de esa mentalidad.⁷⁶ Ya desde finales del siglo XIX había habido un aumento considerable de peticiones de declaración monumental de castillos y casas palaciegas de Castilla; junto a actuaciones restauradoras y museísticas de diversa índole, el carácter monumental que se le daba a estos edificios en Castilla contribuyó a la conformación de lo que Jacobo García Álvarez ha caracterizado como “concepciones castellano-céntricas de la nación española” (180). También fue relevante, a este respecto, la celebración del Milenario de Castilla, organizado en 1943 por la jerarquía de Falange y por la Vicesecretaría de Educación Popular como un gran evento que conjugaba fascismo y estética “medievalizante” al servicio de la exaltación del papel de Castilla en España, así como de una supuesta línea de continuidad histórica que correría incorrupta desde el conde Fernán González hasta Francisco Franco (Núñez Seixas, “La región” 33). La literatura también fue importante en este proceso de castellanización del paisaje nacional. Para Ramón Menéndez Pidal, autor de obras fundamentales en este periodo como *Españoles en la literatura* (1960), todo lo que no fuera castellano o castellanizante no era auténticamente español, ni tenía ningún valor (Rodríguez Puértolas 430). Todo ello condujo a una exaltación de la Edad

⁷⁶ Santiáñez (2013) ha hecho un interesante análisis de la presencia de Castilla en la producción cultural fascista desde una perspectiva espacial (131-139).

Media castellana que deja en el camino gran parte del rico y diverso legado cultural de España, para adentrarse en una línea única, produciendo extraños efectos como, por ejemplo, la estandarización del *Poema de Mio Cid*, que es elevado en estos momentos por Menéndez Pidal y su escuela a símbolo de la literatura no ya castellana, sino española (Rodríguez Puértolas 433). En el género de la literatura de viajes sucede algo semejante. La mirada gira en torno a Castilla, produciendo, en palabras de Jesús Nicolás Torres Camacho, “concepciones patrióticas del paisaje” (1245). La mayor parte de la literatura de viajes escrita en este periodo sirve el mismo propósito castellanizador. Engendrada como una codificación nacionalista del territorio, los libros de viajes de esta época contribuyeron a una “patrimonialización” del espacio nacional hasta el punto de que no sería difícil trazar, desde principios del siglo XX hasta Camilo José Cela, una “dirección única de la literatura de viajes en castellano” (Carrión 272).

Ningún escritor de libros de viajes que escribiera en este periodo podría haberlo hecho ajeno a esta situación. Jorge Carrión ha dicho que, “[a] favor o en contra del espacio político que se recorre: entre esos dos extremos se sitúan, conscientemente o no, los escritores de viaje” (270). El viaje es una práctica del espacio, y la literatura de viajes no puede existir en un vacío, ya que no parece posible emancipar al viaje del contexto político, social e ideológico en el que transcurre. Los escritores del medio siglo que escribiesen relatos de viajes, forzosamente habían de tomar una posición ante estas formulaciones patrióticas y castellanizantes del paisaje y la identidad cultural españolas, entre otras cosas porque es en la literatura de viajes donde esta codificación de la identidad nacional había tomado forma en primer lugar. En los libros de viajes, las representaciones del espacio constituyen una mirada sobre el mundo, muestran una selección de entre todas las cosas que conforman el espacio, y lo hacen desde un punto de vista subjetivo, de acuerdo a criterios personales. En este tipo de literatura no hay únicamente paisajes; hay—como destacaba Azorín en el caso de

Unamuno—una concepción de esos paisajes, que pueden ser más o menos espirituales, más o menos patrióticos, más inclusivos, o más excluyentes. Los paisajes que encontramos en Grosso y Goytisolo, por tanto, no escapan a las coordenadas políticas y culturales a que está sujeta cualquier manifestación de este género literario. La visión prevaleciente del momento, que sitúa a Castilla como centro emocional de la nación, es una mirada a la que se enfrenta cualquier escritor de libros de viajes que escribiese en aquel periodo. Los libros de viajes escritos en el franquismo se enfrentan, usando la terminología de Spivak, a un “worlded world”, ya que se escriben sobre una topografía ya asumida; hay en cada uno de ellos un relato subyacente que ofrece una perspectiva sobre la que contrastar cualquier nueva incursión literaria.⁷⁷ De este modo, mientras que para el falangismo y el franquismo el espacio nacional había estado definido por su unidad—unidad entre los miembros de la familia, unidad entre el estado y la Iglesia, unidad entre los españoles y el suelo en que habitan—y esta unidad había sido esencialmente castellana en lo tocante a la identidad, para Grosso y Goytisolo el espacio nacional va a estar definido por la “hibridación cultural”, lo que ambos autores muestran a través de una representación del espacio andaluz que, dado el contexto, es ciertamente particular.⁷⁸

El término “hibridación”, o “hibridez cultural” generalmente ha sido asociado con la obra de Homi K. Bhabha. Bhabha, de forma muy resumida, tiene una visión híbrida, fluida, líquida de la identidad. En *The Location of Culture* (1994), el autor hace un análisis del

⁷⁷ Spivak toma el concepto de “worlded world” de Martin Heidegger; “‘worlding’ the world” es una noción que busca hacer referencia a “how things become intelligible to human beings by virtue of being part of an interpreted and structured context of meaning” (Saldívar 201). Es decir, las cosas resultan inteligibles para los seres humanos en tanto que pertenecen a un mundo ontológico, a una red de significados ya pre-interpretados. En el uso que hace Spivak de este concepto, “a worlded world” hace referencia a las relaciones globales de poder en las que el “Tercer Mundo”, que ha sido designado “the South”, es definido e interpretado por el “Primero”, codificado desde el exterior bajo la presunción de que el espacio colonizado es una especie de “uninscribed earth” (Spivak 253). En última instancia, Spivak señala que “the worlding of a world generates the force to make the ‘native’ see himself as ‘other’” (Spivak 254).

⁷⁸ Uno de los lemas más conocidos del franquismo, “¡Una, Grande y Libre!”, apelaba justamente al supuesto carácter indivisible e imperial de la nación española, que no debía estar sometida a ningún tipo de influencias extranjeras; este tipo de expresiones formó parte de la vida cotidiana de muchos españoles, que en cines, teatros y cafés debían incorporarse ante su exclamación entre vivas a Franco y a España (Folguera 172; Basilio 79-80).

espacio colonial con el objeto de enfatizar la interdependencia en las relaciones entre colonizador y colonizado, así como para poner de relieve cómo en estos espacios tiene lugar un proceso de mutua construcción de las identidades. Culturas diferentes pueden encontrarse sin que entre ellas haya necesariamente una oposición, y este encuentro entre culturas tiene lugar en los intersticios que hay entre ellas; aquí, en estos intersticios, localiza Bhabha la cultura, en esos espacios en los que “the intersubjective and collective experiences of nationness, community interest, or cultural value are negotiated” (2). Este “espacio dialógico”, en el que todos los sistemas y pronunciamientos culturales tienen lugar, es denominado por Bhabha “Third Space of enunciation”. El “tercer espacio” de Bhabha es un espacio liminal, contradictorio y ambivalente “where the construction of a political object [...] is new, *neither the one nor the other*” (25). La identidad cultural, por tanto, siempre emerge en estos espacios híbridos donde diferentes formas culturales se fusionan, contrastan, solapan y articulan. Por otra parte, Robert J. C. Young ha elaborado una genealogía del término “hibridación” reflexionando sobre su dimensión política en tanto herramienta con la capacidad para una disrupción deliberada de la homogeneidad. Puesto que en la propia naturaleza de la hibridez cultural hay “a certain elemental, organic energy and openness”, dice Young, la hibridez cultural puede tener el potencial necesario para subvertir “the structures of domination in the colonial situation” (21-22, 23). Transformada en un activo para la resistencia, la hibridez cultural no es solo una forma para negociar la cultura, sino que también adquiere capacidad tanto para retar al poder colonial, como para privar a la cultura dominante de su autoridad política, así como de sus propias demandas de autenticidad.

Grosso y Goytisolo “hibridizan” el espacio nacional en sus libros de viajes, problematizando con ello la concepción estática y castellanizante que imperaba en este momento en torno a la identidad nacional y cultural de España. La forma en que consiguen

“intervenir” en esta concepción del espacio nacional es introduciendo elementos africanos en su descripción del espacio andaluz. “Africanizando” los paisajes del sur, ambos autores ofrecen en sus relatos de viajes una imagen alternativa del espacio nacional, una imagen que, como la “hibridación cultural” de Bhabha, se fusiona, contrasta, solapa y articula en relación a la idea imperante que durante el franquismo había acerca de la identidad. Algunos de los elementos africanos que encontramos en los textos de Grosso y Goytisolo conciernen a la descripción que los narradores de estos libros hacen del paisaje y de la naturaleza. Por ejemplo, en una ocasión, cuando el narrador de *Campos de Níjar* viaja junto a “el Sanlúcar” en su camioneta, hay un momento en que tanto el conductor como el narrador se quedan en silencio, mientras el narrador mira el paisaje por la ventanilla del vehículo: “Parece África, ¿verdad?”, dice el conductor. La percepción africana del paisaje almeriense es compartida por ambos, pues el narrador se refiere a este comentario de “el Sanlúcar” como una lectura de sus propios pensamientos (CN 20). Más adelante, este mismo narrador sale caminando del pueblo de San Miguel de Cabo de Gata, y advierte, nada más poner un pie en el campo, que “[l]a imagen de África se impone otra vez al viajero” (CN 71). La asociación del paisaje andaluz con el paisaje africano es constante, creando una ambivalencia que se opone radicalmente a cualquier concepción patriótica y castellanizante del paisaje.

En otras ocasiones no se menciona África de forma directa; hay, sin embargo, una desviación de lo castellano, por ejemplo, mencionando un elemento que, en un paisaje de Castilla, resultaría extraño. En un momento determinado, al ver un grupo de montañas nubladas en el horizonte, el narrador de este mismo libro las describe diciendo que “las nubes envuelven en un turbante gris [...] los picos de la sierra” (CN 112). En esta descripción de la sierra, el hecho de que el turbante “envuelva” a la montaña tiene el efecto de empoderar a este elemento en la descripción del paisaje. Los picos de la sierra, ya de por sí un elemento poderoso en la descripción, aparecen, de este modo, bajo el efecto de un elemento

difícilmente castellano. Esta descripción de la sierra, como la de otros paisajes naturales, vienen acompañadas, por otra parte, por una vegetación que raramente puede ser asociada con Castilla, pero sí con el Mediterráneo: agaves, pitas, chumberas, henequenes, guayules, nopales, zarzales, higueras y palmeras contribuyen a crear una imagen particularmente mediterránea del paisaje, lo que sugiere un vínculo con el norte de África, pero no con otras zonas de España. Con este tipo de elementos, la descripción del espacio natural del sur que encontramos en estos textos de Grosso y Goytisolo des-castellanizan el espacio nacional; como resultado, problematizan también la noción que en ese momento impera sobre la identidad.

También en la descripción de los paisajes urbanos hay elementos africanos, árabes, andalusíes o islámicos. Uno de estos elementos es la asociación de estos paisajes con los zocos árabes, o con características que son propias de este tipo de espacios comerciales. “Bajo la solina”, dice el narrador de *La Chanca*, “el mercado bulle igual que un zoco” (*LC* 14); y, cuando está dentro del barrio, también repara en que “el bullicio de un zoco improvisado evoca al de cualquier pueblo de Almería” (*LC* 62). El narrador, en este caso, no asocia el paisaje urbano almeriense con un zoco árabe únicamente, sino que, además, también hace extensiva esta descripción de un mercado almeriense a la representación del resto de la provincia. Como pasaba con las referencias a África, en otras ocasiones no se menciona el zoco árabe de forma directa, pero sí el ambiente que lo caracteriza. En los mercados de Almería, por ejemplo, hay “charlatanes, obsequiosos y vocingleros” (*CN* 10), “chalanes, loteros, limpiabotas” (*LC* 14), “marroquíes meditando a la sombra de los ficus” (*CN* 10); “[l]os regatones se avistan en corrillos, discutiendo precios”, y, “[e]ntre los tenduchos de tejidos y loza, los charlatanes pregonaban un variado surtido de mercancías: ferrerías de Chamberga, cañaduz, higos chumbos, quincalla, tebeos, hierbas medicinales” (*LC* 14). La descripción de la atmósfera de estos lugares es semejante a la que podría hacerse de un zoco

árabe, una asociación que el narrador ya ha hecho previamente. Estas descripciones de zonas comerciales, por tanto, aparecen “arabizadas”, y con los productos que en ellos se venden, a veces, sucede exactamente lo mismo; “una manta de sultán”, por ejemplo, es lo que vende uno de los comerciantes de *La Chanca* (LC 16). En Grosso encontramos este mismo tipo de atmósferas, sobre todo en *Por el río abajo*, donde, estando en Sevilla, el narrador describe en términos semejantes el barrio de Triana (RA 17-18).

En la “arabización” del espacio que vemos en estos textos de Grosso y Goytisoló juega un papel fundamental la arquitectura, incluso el modelo urbano. Como sucede en muchas ciudades árabes del Mediterráneo, el modelo urbano que vemos en el espacio andaluz de estos autores es “caótico” (CN 16), “asimétrico” (CN 24), “laberíntico” (AP 92). En *Campos de Níjar*, el narrador arabiza Rambla Morales y El Barranquete describiéndolos como “[d]os poblados morunos, separados por un río seco” (CN 20); el poblado de Fernán Pérez también es arabizado cuando el narrador de este mismo libro destaca que “los casquetes enjalbegados y palmeras le dan una fisonomía muy africana” (CN 112). Como vimos en el primer capítulo, el color blanco aparece con frecuencia en las descripciones de la arquitectura, en el paisaje urbano. El narrador de *Campos de Níjar*, por ejemplo, describe un poblado diciendo que “[l]as casas son rectangulares, blancas; semejan casi fortines” (CN 71). En otra ocasión, “[e]l sol reverbera sobre la pared enjalbegada” (CN 16), o, también, “los muros enjalbegados reverberan al sol” (CN 20). En el pueblo de Níjar, las viviendas “son de una sola planta y tienen las fachadas enjalbegadas”, o, “[e]l techo suele ser de teja encalada” (CN 43). También en el interior de las chozas de *La Chanca* “las paredes están cuidadosamente encaladas” (LC 30), y el narrador observa cómo “dos hombres preparan la lechada para blanquear los muros de una casa” (LC 62). El narrador de Grosso en *Por el río abajo* entra en Puebla del Río, Sevilla, por una “calle larga, blanca como un reguero de azúcar” (RA 157); en *A poniente*, el otro narrador de Grosso describe las calles del Puerto de

Santa María, Cádiz, como un “laberinto encalado” (AP 92). Encalar, enjalbegar, o jalbegar las fachadas de las casas es una práctica que sucede en varios países cálidos, pero especialmente en el sur de la Península Ibérica, lo que Ahmed Tahiri ha relacionado con el pasado andalusí de la región en un estudio sobre el territorio de las dos orillas del Estrecho durante los siglos VIII a XI (100). Esta conexión con el pasado andalusí del espacio andaluz contribuye a descastellanizar el paisaje, y resulta problemática en tanto que pone de relieve justamente el tramo de la historia que había sido “extirpado”, “segregado” de la historia de España en la concepción prevaleciente y castellanizante de la identidad nacional.

Por otro lado, la descripción del paisaje introduciendo elementos, africanos, árabes, andalusíes o islámicos también afecta a quienes habitan estos espacios, quedando impresos en el cuerpo, la vestimenta o las acciones de quienes aparecen en estos cuatro relatos. Luiso, por ejemplo, que hace de cicerone para el narrador en *La Chanca*, tiene “ojos de moro” (LC 59). También, uno de los niños que “persigue” al narrador de *Campos de Níjar* es caracterizado por su pelo negro y ojos verdes rasgados (CN 45), una descripción física que, para Nonio Parejo, director de la película documental *Campos de Níjar* (1984), representa el prototipo bereber, pueblo norteafricano que supuestamente se habría reasentado en esta zona de Almería. Otra muchacha es descrita por el narrador de este mismo libro diciendo que va “cubierta como una mora” (CN 93). En este caso, más que africanizar a la muchacha, la comparación muestra el deseo que hay en el narrador por hacerlo. Los narradores de estos libros arabizan a los habitantes del sur independientemente de los motivos reales que tengan para esta arabización, ya que, más que ninguna otra cosa, lo que hacen estos textos es descastellanizar el paisaje, crear una suerte de “literatura de oposición”. Cuando entra en El Zapal, un barrio de pescadores en Barbate, Cádiz, el narrador de Grosso en *A poniente* describe cómo “unos muchachos, en grupo, ríen y bailan al compás de la música árabe de un transistor” (AP 71). Sabemos que la música es árabe, pero no sabemos si los muchachos

también lo son. Este tipo de ambivalencias contribuye a des-castellanizar el paisaje más que la mera inserción de elementos islámicos, árabes, andalusíes o africanos en la descripción. Frente a los ejemplos anteriores, aquí son los muchachos quienes muestran una imagen arabizada de sí mismos, es decir, aquí ya no se presenta únicamente como una percepción del narrador.

Si seguimos a Young, podríamos decir que estos textos de Grosso y Goytisolo hacen un uso deliberado de la hibridación cultural para lograr una intervención literaria en la esfera de lo político. Los textos de ambos autores dialogan con la literatura de viajes anterior, y, particularmente, con las “concepciones patrióticas del paisaje”; africanizando la imagen del sur de España, estos libros de viajes producen, a diferencia de otros relatos similares, esa ambivalencia identitaria a la que Bhabha se ha referido como “disemiNación” (139). Como en el espacio colonial de Bhabha, lo que vemos en estos textos “[is the] articulation of [an] ambivalent space”, “[a] hybrid figuring of space” (112, 187). Al mismo tiempo que proponen una “narrativa nacional híbrida”, estos textos de Grosso y Goytisolo también apelan directamente a cualquier reclamo de autenticidad, o, como dice Bhabha, “the insignia of authority becomes a mask” (167, 120). Frente a la autoridad intelectual y política que actúa sobre la creación del espacio, sobre la historia y sobre la identidad, los relatos de ambos autores parecen concebidos para generar un “tercer espacio” en el que reinan la ambivalencia, lo inestable, lo discontinuo, fusionado o desarticulado. Frente a una identidad castellana, o europea, estos textos no proponen una identidad africana, sino, quizás, “aljamiada”;⁷⁹ la representación del espacio andaluz que vemos en Grosso y Goytisolo es un rechazo de lo homogéneo, de lo que está terminado, ordenado y cerrado, y, al mismo tiempo, una reivindicación de lo que permanece abierto, de lo indefinido, de lo que está lleno de fisuras o

⁷⁹ Me he permitido usar aquí la palabra “aljamiar” como verbo en referencia a esa mezcla, entre lengua árabe y lengua romance, que caracteriza precisamente a los inicios de lo que hoy conocemos como literatura española, las jarchas, una parte central de las “moaxacas” o composiciones poéticas andalusíes que fueron un producto exclusivo de la Península Ibérica (Domínguez Caparrós 210; Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres 96-97, 100-101)

en aparente contradicción consigo mismo. Bhabha dice que “[t]he paranoid threat from the hybrid is finally uncontainable because it breaks down the symmetry and duality of self/other, inside/outside” (116); Grosso y Goytisolo no oponen una mirada nacionalista andaluza frente a un nacionalismo español, sino que, muy por el contrario, llevan a cabo, con sus textos, un “ataque literario” a cualquier mirada binaria que pueda concebirse sobre el paisaje. Eludiendo cualquier tipo de fijación de la identidad, los textos de estos autores son más efectivos que si únicamente propusieran nuevos recipientes para esa autoridad.

Entre los nacionalismos y regionalismos internos en España, entre los diferentes sentimientos de pertenencia, y entre las diferentes sensibilidades e identidades que caracterizan al espacio nacional, Grosso y Goytisolo han elegido el sur para llevar a cabo esta “disemi-nación” de la identidad cultural no solo porque para ambos el sur es uno de esos “espacios amados” a los que se refería Bachelard, sino, más importante aún porque, frente a otros territorios peninsulares, este parece ser el más significativo dado el contexto político, literario y cultural con el que sus textos dialogan. Los autores no viajan por el sur simplemente porque les guste más que otros lugares, sino porque la herramienta más eficaz contra el castellanismo exacerbado de su tiempo es poner de relieve, precisamente, el pasado musulmán peninsular. Frente a quienes piensan como Unamuno, la mayor provocación no es decir que somos catalanes, gallegos o vascos, sino apelar, independientemente de lo que haya en ello de cierto, a esa “morisma” de la que habla el noventayochista, sugerir siquiera que somos esa “morisma”, que esa “morisma” la llevamos dentro. Sin embargo, Grosso y Goytisolo llevan a cabo esta tarea de africanizar y complejizar la identidad cultural española tomando múltiples precauciones para no caer en la trampa orientalista. Aunque en su representación del espacio andaluz hay elementos africanos, árabes, andalusíes o islámicos, el resultado no es la representación de un espacio que aparezca orientalizado, ni confundido o

“desorientado”, sino que es, más bien, la consecuencia de una forma de dudar cuya única fijación, si acaso, es la de “des-orientalizar”.

En *Orientalismo* (1978), Edward Said define el término que da título al libro como “a Western style for dominating, restructuring and having authority over the Orient”; “Oriente” se refiere aquí, principalmente, a los países musulmanes del norte de África y de Oriente Medio (*Orientalism* 3)—aunque Said no cierra la puerta a los países asiáticos y elude, significativamente, las complejidades que presenta el caso de España. *Orientalismo* es un estudio de la manera en que se ha percibido en Occidente, a lo largo de siglos, a los países que, en contraposición a este, pertenecen al “espacio geográfico del Oriente”. De acuerdo a Said, el estudio occidental sobre el mundo oriental está indefectiblemente vinculado con las sociedades imperialistas que lo produjeron, lo que convierte a gran parte de este estudio en una forma de erudición política que ha estado al servicio de los poderes imperiales. Said postula, además, que las elites culturales, políticas e intelectuales de muchos de los países que abarca “la zona geográfica del Oriente” han internalizado la visión romántica de su propia cultura creada por orientalistas franceses, británicos y estadounidenses. Los ejemplos incluyen el análisis de la literatura colonial y de viajes que representa la confluencia de personas con origen diferente en narrativas desarrolladas en lugares percibidos de forma exótica. A través de estos ejemplos, el orientalismo de Said se argumenta en base a la exageración de la diferencia, a la visión condescendiente de unas culturas sobre otras y a la aplicación sistemática de clichés y prejuicios para explicar a los “otros”—todo ello usado como herramienta para explicarse a sí mismo, en este caso, “Occidente”. “The Oriental is irrational, depraved (fallen), childlike, ‘different’; thus the European is rational, virtuous, mature, ‘normal’” (*Orientalism* 40). La dimensión espacial del orientalismo de Said es incuestionable, dada la importancia que el autor confiere al imaginario cartográfico de los

poderes coloniales, que desde el principio han tratado de ganar el control del espacio de Oriente mapeándolo, literal y metafóricamente.

Aplicado al caso de España, el discurso orientalista actúa en múltiples direcciones. Hay, en primer lugar, una forma de orientalización que se produce como resultado de los viajes de los escritores románticos desde finales del siglo XVIII, y, sobre todo, durante el siglo XIX. Esta forma de orientalización se corresponde con lo que Said ha definido como “the Romantic representations of the Orient as exotic locale” (*Orientalism* 118); consiste, básicamente, en una recreación literaria del sur peninsular que influyó enormemente tanto en la percepción europea de España, como en la elaboración de la propia identidad cultural. Rubén Darío habló de este tipo de orientalización como el resultado de las “visiones miliunanochescas” que tuvieron algunos de estos escritores europeos—el “burgués atacado de mal de novela” (33). Hay, en segundo lugar, una forma de orientalización que se proyecta desde el interior de España hacia fuera, hacia el norte de África principalmente, pero también hacia sí misma, en un proceso de auto-orientalización. Este es el argumento principal de Susan Martin-Márquez en *Disorientations* (2008). Para Martin-Márquez, “Spain is a nation that is at once Orientalized and Orientalizing” (9), y el discurso auto-orientalizante ha servido como soporte para proyectos colonialistas en el norte de África. Esta imagen africanista que tiene como objetivo proyectos colonialistas ha provocado, según Martin-Márquez, una “desorientación” en la identidad española. Aunque no tengo nada que objetar a la lectura de Martin-Márquez, sí me parece importante señalar (cosa que la autora no hace) que la asociación con África no necesariamente es resultado de una “desorientación”, especialmente en lo que concierne a la representación del espacio del sur peninsular. Hay, además de estos dos, una forma de orientalización que tiene lugar dentro de la propia España, y que se produce de norte a sur—esta forma de orientalización es la que combaten, principalmente, los textos de Grosso y Goytisoló, como veremos a continuación. Y hay, en último lugar, una

auto-orientalización que se produce, de manera específica, en el sur y con respecto al sur— como en los países “orientales” de los que habla Said, las élites culturales, políticas e intelectuales del sur peninsular también han internalizado, en multitud de ocasiones y por diferentes motivos, la visión romántica de su propia cultura creada por orientalistas españoles o extranjeros.

En Grosso y Goytisolo hay una clara consciencia textual de cada una de estas formas de orientalización del espacio nacional, y, de forma específica, de la forma en que este “entramado de orientalizaciones” incide sobre el espacio andaluz. Entre las varias instancias que se podrían mencionar para ilustrar cómo estos textos combaten cada una de estas formas de orientalismo, quizás la más representativa sea el retrato que en *Campos de Níjar* vemos de Don Ambrosio, un personaje que sirve para conectar la orientalización del sur de España con los intereses económicos del norte del país y de otros países de Europa, es decir, tiene los mismos fines económicos y colonialistas que el orientalismo propuesto por Said. Don Ambrosio aparece en *Campos de Níjar* cuando el narrador de este libro se encuentra haciendo autostop en una carretera a las afueras del pueblo de Pozo de los Frailes, y un coche se detiene para recogerlo. Sentado en la parte trasera del coche, tras su chofer, viaja Don Ambrosio, un vallisoletano que vive en la provincia de Almería desde hace ya años, y hasta la que llegó, según sus propias palabras, como “delegado provincial después de la Cruzada” (CN 91). El término “Cruzada” hace aquí referencia a la legitimación teológica que, durante la Guerra Civil, dieron la Iglesia Católica y el bando franquista a su toma de control militar y espacial del país; esta sobreinterpretación religiosa de lo sucedido en la España de los años 30 responde, asimismo, a la conexión que el fascismo español estableció, desde el principio de la guerra, entre la “conquista” de España por parte de los franquistas, y la conquista de Al-Andalus durante la Edad Media por parte de los territorios cristianos del norte de la Península

(Moreno Martín, *El franquismo* 9; Sevillano Calero 130, 144).⁸⁰ Con esta presentación del personaje, Don Ambrosio es retratado en *Campos de Níjar* como una figura inequívocamente vinculada con el régimen franquista, como un agente del estado cuya conexión con ese régimen le permite llevar a cabo sus “negocios” en el sur peninsular.

Procedente de una ciudad castellana—la ciudad que se encuentra justamente en el centro geográfico de Castilla, para ser exactos—Don Ambrosio es también un representante de la ideología centralista y homogeneizadora que condiciona las relaciones del Estado franquista con el resto de los territorios del país. Mientras viajan juntos en el coche, y tras una larga conversación, el narrador menciona con tono de protesta que Don Ambrosio “sigue hablando de Castilla y del carácter noble y leal de sus paisanos” (CN 110). Combinada con su papel como agente del estado, esta exaltación de lo castellano que vemos en Don Ambrosio tiene sus raíces en la reformulación que hizo el franquismo de la obra unamuniana y, de forma general, del pensamiento noventayochista. Por otra parte, esta exaltación de lo castellano que vemos en Don Ambrosio también está vinculada con la mirada orientalizante que tiene el personaje sobre el sur peninsular. “La región es muy pintoresca”, explica Don Ambrosio. “El año pasado se la enseñé a unos franceses que conocí en la venta Eritaña y volvieron entusiasmados” (CN 91). La descripción del espacio andaluz como una región “pintoresca” es una forma de orientalización; Said destaca justamente esta palabra en algunos de los textos que analiza como una forma de manipular artificialmente la percepción del “espacio geográfico del Oriente”, aunque esa manipulación literaria del espacio “oriental” se presente a sí misma como una forma objetiva de conocimiento (*Orientalism* 38, 252).⁸¹

⁸⁰ El artículo 47 de los estatutos de FET y JONS redactados en 1937 (Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, partido único del régimen franquista y, a efectos legales, el único partido permitido en España tras la Guerra Civil) personificaba en Franco todos los “valores” de un movimiento que, en estos estatutos, aparece como condición de posibilidad para la apertura de una nueva “era histórica” que diera a España un impulso para “realizar su destino”; Franco, “jefe Supremo” y líder de este movimiento, respondía “ante Dios y ante la Historia” (cit. en Moreno Martín, *El franquismo* 9).

⁸¹ Said menciona la palabra “pintoresco” a colación de la obra de Evelyn Baring, *Modern Egypt* (1908). El autor cita, particularmente, un pasaje de este libro en el que Baring, primer conde de Cromer, vincula el supuesto carácter de los orientales con la forma urbanística de sus calles, diciendo que “[t]he European is a close

Alberto Egea Fernández-Montesinos ha hecho una exploración de la palabra “pintoresco” en la literatura de viajes escrita en lengua inglesa y que transcurre en la geografía andaluza, señalando cómo este término aparece en estos libros, invariablemente, vinculado con alguna forma de orientalización (9). José Luis Venegas, en *The Sublime South* (2018), también hace un análisis de varias imágenes andaluzas que aparecen representadas como el “Oriente” de España, así como del impacto que estas imágenes han tenido en la construcción de la identidad nacional, explorando cómo el legado orientalista de los escritores románticos fue asimilado por los españoles en una forma interna de orientalización. Por otro lado, además de por su descripción del espacio andaluz como “pintoresco”, Don Ambrosio, en *Campos de Níjar*, también aparece vinculado con esta literatura romántica y su orientalización de España en su papel como guía turístico para unos franceses a los que había conocido en la Venta Eritaña, que fue durante décadas en Sevilla un lugar de referencia para los extranjeros del norte de Europa que venían al sur de la Península Ibérica buscando la Andalucía exótica de la literatura.⁸² El personaje, que habla del “entusiasmo” de los franceses, parece compartir con ellos la misma visión orientalizante del sur andaluz.

reasoner; his statements of fact are devoid of any ambiguity; he is a natural logician [...]; [t]he mind of the Oriental, on the other hand, like his picturesque streets, is eminently wanting in symmetry” (cit. en Said, *Orientalism* 38). Said argumenta, a continuación, que Cromer crea esta imagen de los “orientales” para presentarlos como “material humano” que debe ser gobernado: “Cromer makes no effort to conceal that Orientals for him were always and only the human material he governed in British colonies” (*Orientalism* 39). Más adelante, Said habla de cómo la “ficción exótica” ha consistido básicamente en ofrecer a los lectores europeos “picturesque characters”, a los que se refiere como “an undifferentiated type called Oriental, African, yellow, brown, or Muslim” (*Orientalism* 252). Para Said, la popularidad de este tipo de personajes, que son abundantes incluso en la “ficción menor”, evidencia la manera en que el “orientalismo” se construye sobre la “abstracción” (*Orientalism* 252).

⁸² Posadas, mesones y ventas fueron durante las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX lugares de referencia para muchos viajeros extranjeros en el sur de España como consecuencia de la vinculación que estos lugares siempre tuvieron con toros, flamenco, juerga, y todo lo demás que este ambiente les ofrecía. Algunas ventas populares en Sevilla fueron la Venta de Antequera, la Venta Real, etc., pero hubo muchas otras en la geografía andaluza. Una de las más conocidas en la capital, la Venta de los Gatos, sirvió como escenario para la leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer del mismo título: “En Sevilla, y en mitad del camino que se dirige al convento de San Jerónimo desde la puerta de la Macarena, hay, entre otros ventorrillos célebres, uno que, por el lugar en que está colocado y las circunstancias especiales que en él concurren, puede decirse que era, si ya no lo es, el más neto y característico de todos los ventorrillos andaluces” (243). Bécquer hace uso de este lugar para contrastar el ambiente festivo que caracteriza a la venta con la historia trágica que cuenta la leyenda. Entre las ventas sevillanas fue especialmente popular la Venta Eritaña (que estuvo situada en la esquina que hace la calle Colombia con la Avenida de la Borbolla). La Venta Eritaña aparece en la prensa española por primera vez como uno de los lugares estratégicos en los que se fragó la fuerte resistencia que hubo en Sevilla contra la invasión

La combinación de estas tres cosas—su papel como agente del estado, su exaltación de Castilla y de los castellanos, y su mirada orientalista sobre el sur peninsular—se traduce en Don Ambrosio en un claro sentimiento de desprecio hacia los andaluces entre los que convive. Únicamente cuando tiene conocimiento de que su acompañante, el narrador del libro, es catalán, y está en el sur de visita, se expresa el personaje libremente:

No son como nosotros, créame. En Valladolid, por lo menos, la gente es de otra manera. Cuando uno tiene algo contra usted, se lo dice abiertamente, a la cara. En esta tierra, no. Muchas alharacas, sonrisas y, cuando uno se va, lo ponen como a un trapo. Son verdaderamente esclavos, se lo aseguro. Ganan cuatro cuartos y ya los tiene usted en la taberna [...]. Se mantienen con una pizca de pimienta y sardinas y, viéndolos usted, creería que han comido pollo. Todo se les va en apariencia y fachada. (CN 109)

Don Ambrosio se siente superior a los andaluces, a los que ve como un todo compacto y homogéneo fácilmente aprehensible a través de vagas generalizaciones. Su discurso consiste básicamente en la creación de una diferencia insuperable entre un “nosotros”—los habitantes del norte de la Península—y un “ellos”—los habitantes del sur. Said ha definido la práctica discursiva del orientalismo como la construcción de una distinción semejante, pues la mirada orientalizante consiste “in the ineradicable distinction between Western superiority and Oriental inferiority” (*Orientalism* 41). La “inferioridad latente” del “otro”, del “oriental” que se da en estas prácticas discursivas del orientalismo no necesita demostración, ya que se da por garantizada (*Orientalism* 209). Como para cualquier orientalista, para Don Ambrosio el espacio andaluz es un lugar “aberrante”, “subdesarrollado”, “inferior” (*Orientalism* 300); y esta visión orientalista que tiene el personaje del espacio andaluz y sus habitantes le sirven a

de los franceses durante la Guerra de la Independencia (1808-1814) (Baena Gallé 72). Desde entonces, estuvo muy vinculada a la historia de la ciudad hasta su desaparición cerca de un siglo más tarde. Isaac Albéniz puso por título “Eritaña” a una de sus composiciones musicales en *Iberia* (1909), obra fundamental de la pianística española. En *Don Juan* (1963), la novela donde Gonzalo Torrente Ballester hace una reinterpretación de Tirso de Molina, el comendador Gonzalo de Ulloa conduce al personaje protagonista a la Venta Eritaña, en la que lo induce para que tenga su primera experiencia sexual con la prostituta Mariana. La popularidad de la Venta Eritaña entre los extranjeros hizo que apareciesen en Andalucía muchas otras con su mismo nombre. Gerald Brenan, por ejemplo, describió una venta homónima en su poema titulado “Venta Eritaña, Almería” (63). Durante los últimos años de existencia de la primera Venta Eritaña, una nueva venta, con el mismo nombre, pero diferente ubicación dentro de la ciudad (esta vez en el Prado de San Sebastián), fue también referencia para los visitantes extranjeros que vinieron a la celebración de la Exposición Universal de Sevilla en 1929.

Don Ambrosio para perpetuar una relación económica desigual en la que todos los beneficios son para el norte, a costa de la explotación del sur andaluz y sus gentes.

La pobreza de los andaluces es una condición preexistente para el enriquecimiento de Don Ambrosio, que se dedica a especular con las casas de quienes, acosados por el desempleo, se ven obligados a emigrar a otras zonas del norte de la Península, o a otros países de Europa. Extorsionando a la gente más pobre de la España meridional, Don Ambrosio se hace con sus casas con vistas a una futura explotación turística. “Por tres mil pesetas se puede usted comprar una casita de pescadores. La gente emigra y vende por nada”, dice Don Ambrosio. “Yo, en menos de diez años, he adquirido un pueblo entero. Ya se lo enseñaré a usted. Está después de Escuyos” (CN 91). La mirada orientalizante que Don Ambrosio tiene sobre el sur de la Península encuentra aquí su razón de ser; únicamente pensando que los andaluces son vagos, poco trabajadores, e irresponsables con el dinero pueden justificarse sus acciones. “En Castilla y el Norte la gente es educada y sabe el valor de las cosas. Aquí no. Cuando tienen dinero lo gastan en seguida, como si les quemara los dedos” (CN 92). Caracterizando a los andaluces por su incapacidad para administrar el dinero, Don Ambrosio justifica su presencia en el sur, pues solo una persona que sabe “el valor de las cosas” puede suplir las carencias de un pueblo analfabeto y “esclavo” (CN 109). Si para el orientalista de Said, “Orient and everything in it [is] in need of corrective study by the West” (*Orientalism* 41), para Don Ambrosio su presencia en el sur de la Península no es una oportunidad económica, sino una necesidad que tienen los propios andaluces, a los que entretiene con pequeños favores y concesiones ridículas que únicamente sirven para extorsionarlos mejor.

Campos de Níjar ofrece un retrato dramático de las dinámicas territoriales en España que sugiere una relación quasi-colonial entre los diferentes territorios. El desarrollo y la riqueza del norte no pueden ser entendidos sin la explotación del sur. Mientras los emigrantes

sirven como “mano de obra barata” y contribuyen al desarrollo de zonas como Madrid o Cataluña, la despoblación y el subdesarrollo aumentan indefinidamente en el sur de la Península. Para que todas las piezas encajen en este proceso circular que se cierra sobre sí mismo, hace falta un personaje como Don Ambrosio. Su “conquista” del sur no es una conquista religiosa o militar, sino una conquista aún peor, y que es el resultado de las dos primeras: la “conquista” económica. Como han señalado varios autores, parte de la política económica del franquismo consistió en favorecer la industrialización y el desarrollo económico de Madrid, País Vasco y Cataluña, en detrimento de otras regiones peninsulares como Andalucía, Galicia o Extremadura (González de Molina y Naredo Pérez 90; Martín Martín 80, 107).⁸³ Esta relación desigual entre los territorios no se originó ni mucho menos con el franquismo, pero sí creció enormemente durante la dictadura por la sencilla razón de que fue un sistema totalitario. El franquismo contribuyó a profundizar el desequilibrio territorial en España no únicamente oprimiendo las legítimas reivindicaciones lingüísticas, culturales e identitarias de todas las nacionalidades históricas del estado, o con la batidora folclórica con la que destrozó una parte importante de la cultura del sur—flamenco, cultura gitana, y otras cosas de no poca importancia—sino también por el trato diferenciado que desde el Estado central se dio a las diferentes zonas geográficas de España, favoreciendo a los que estaban mejor, y hundiendo aún más a los que ya de por sí arrastraban siglos de miseria.

El retrato de Don Ambrosio en *Campos de Níjar* señala este trato diferenciado que provoca enormes desequilibrios entre los diferentes territorios del Estado. A través de este personaje, podemos ver no únicamente la construcción de los discursos que se hacen

⁸³ Según la Oficina Europea de Estadística (Eurostat) para la primera década del siglo XXI, aunque hubo una primera etapa de crecimiento sostenido de la economía española, a mediados de esa década Andalucía (15.154 €) y Extremadura (13.101 €) seguían ocupando los últimos puestos en la clasificación de la riqueza (renta per cápita) de las regiones españolas. Esta clasificación era aún más polarizada si se tenía en cuenta que las regiones españolas más ricas (Madrid: 25.818 €; Navarra: 24.509 €; País Vasco: 23.289 € y Cataluña: 23.533 €) casi duplicaban la renta de Andalucía y Extremadura (cit. en Martín Martín 80). Los datos para 2019 del Instituto Nacional de Estadística aumentan considerablemente estas diferencias territoriales (básicamente hay un eje norte-sur) con un punto de partida que comienza tras la crisis financiera en 2008 (Doncel, web).

necesarios para perpetuar con éxito estos desequilibrios, sino también, y más importante aún, la dimensión económica que los justifica, y que está profundamente relacionada con el desarrollismo franquista. Los españoles meridionales que huyeron del sur acosados por la pobreza sirvieron como “mano de obra barata” en los territorios del norte del país y en otros países de Europa, contribuyendo con ello al desarrollo industrial y enriquecimiento económico de esos lugares de destino. De forma general, desde el epicentro cultural e ideológico del franquismo se les consideraba muy españoles para el folclore, pero andaluces para todo lo demás. Cataluña fue el destino mayoritario, convertida a lo largo de los años 50 en una especie de El Dorado para quienes iban tras los pasos de los que ya habían emigrado. Entre 1950 y 1975 inmigraron a Cataluña un millón y medio de personas. El cómputo total de andaluces fue tal, que en términos electorales en el sur se empezó a hablar de Cataluña como la “novena provincia” (Jerez Mir 208).⁸⁴ La mayoría de estos emigrados se asentaron en el cinturón industrial de Barcelona (Gil Araujo 223). Muchos se enfrentaban, cuestiones de ciudadanía aparte, a todo tipo de humillaciones (Molina, web). La integración no fue fácil, y miembros de las autoridades franquistas ocasionalmente azuzaban a la burguesía catalana que necesitaba a estos inmigrantes trabajadores para llamarles la atención con respecto a los “males” que traían consigo (Molina, web). Como en cualquier historia de inmigración, los españoles meridionales llegados al norte del país en estos años cargaron con la responsabilidad de ser el origen de todos los males que afectaban a la sociedad catalana de entonces.

Señalando estas dinámicas territoriales, *Campos de Níjar* contradice la imagen desarrollista que había en la España franquista durante los años 60. El “milagro” económico a que hacían referencias los medios culturales de la época, particularmente el cine (Hernández Ruíz y Pérez Rubio 314), aparecen subvertidos en el texto de Goytisolo, en el que, frente a la

⁸⁴ La Comunidad Autónoma de Andalucía está dividida en ocho provincias.

España urbana que aparece en muchos de estos relatos, encontramos una España rural en la que se nos muestran las consecuencias nefastas que para gran parte de la población tuvo aquel periodo. El turismo, que había sido particularmente fomentado por el régimen, jugó un papel fundamental, tanto en la promoción de la economía como en la construcción de la identidad nacional (Afinoguénova 743), y, si Don Ambrosio se hace con las viviendas de los que emigran es porque, en línea con esta nueva promoción del turismo que parte del estado franquista, calcula que en poco tiempo “las casas cuadruplicarán de valor” (CN 98). Don Ambrosio se convierte así en el último eslabón del régimen, un eslabón que toca directamente los campos y las costas andaluzas, en la traducción literaria del pensamiento unamuniano, y de un capitalismo globalizador y maltusiano sin escrúpulos. Con personajes como este, las fábulas desarrollistas, esas “fantasías colectivas” de las que habla Ana María Fernández Cebrián, y que fueron la expresión “textual” de una idea de progreso global y modernidad (50), tienen en Grosso y Goytisolo su reverso, pues sus textos, frente a aquellos, constituyen una suerte de *anti-fábula* en la que no intervienen elementos supernaturales, sino este tipo de “pequeños” caudillajes. El problema no es la indolencia o actitud “vegetativa” de los andaluces, como afirmara Ortega y Gasset,⁸⁵ ni esas descabelladas consideraciones climáticas que tratan como ciencia lo que es simplemente injusticia; tampoco una supuesta actitud hedonista ante la vida, que hace que los andaluces tengan pocas necesidades materiales, y carezcan de inquietudes intelectuales. El problema es Don Ambrosio.

Los relatos andaluces de Grosso y Goytisolo no solo rechazan la visión homogeneizadora y castellanizante que tenía el franquismo sobre la identidad nacional, sino que también proponen una forma de identidad cultural más fluida, líquida y diversa. Africanizando y arabizando la representación del sur, estos textos problematizan la concepción castellanizante de la identidad nacional, al mismo tiempo que sirven como

⁸⁵ Véase la nota 18 en la página 30.

antídoto ante cualquier tentativa de pureza. Esta africanización del espacio, sin embargo, no debe confundirse con una mirada orientalizante sobre el sur. La huella africana, arábica o andalusí no aparece aquí como un residuo cultural ajeno al espacio andaluz, ni tampoco como el resultado de una interrupción de la historia, sino, más bien, como una parte integral en el proceso de conformación de su propia identidad que debe ser tenida en cuenta tanto como la romana, visigótica o castellana. Los textos de Grosso y Goytisolo, en última instancia, plantean una serie de cuestiones que son de enorme relevancia: ¿por qué unas herencias culturales son más “honorables” que otras?, ¿por qué unas merecen nuestro respeto y ser preservadas, mientras que otras deben ser extirpadas de la historia?, ¿por qué el sur debe existir en oposición a su pasado, en vez de celebrarlo, como hacen otras regiones de España, otros países de Europa?, ¿por qué una herencia cultural griega, romana, carpetovetónica, sajona, franca o celta son un motivo de celebración, mientras que una herencia cultural árabe, bereber, almohade, omeya, hebrea, musulmana o andalusí no lo son? Goytisolo ha contado varias veces que el patio de su casa de Marrakech tenía un árbol que daba limones y naranjas. “Alguien que vino de visita dijo que era híbrido, como su dueño” (Rodríguez Marcos, web). Este árbol sencillo, común, y, sin embargo, diferente, es una buena metáfora de la representación de España que vemos en estos textos; una buena metáfora, sobre todo, para la representación del espacio andaluz que hay en ellos.

CONCLUSION

“Grosso y Goytisolo, escritores andaluces”

Los espacios monumentales y otros vestigios históricos del sur de la Península Ibérica fueron uno de los principales focos de atracción para los viajeros y escritores románticos, que hicieron uso de estos espacios para construir una imagen exótica y “diferente” de España (Méndez Rodríguez 125-129). A medida que se fue consolidando esta imagen estereotipada del sur de la Península, los propios andaluces y españoles la asumieron y empezaron a comercializarla. Como dice Luis Méndez Rodríguez, “[l]a ‘venta’ de Andalucía se produjo a través de sus principales monumentos” (127). Esta tendencia no había desaparecido del todo en la literatura de viajes de mediados del siglo XX, cuando muchos escritores europeos que se acercan hasta el sur de España siguen reproduciendo una imagen estereotipada del sur de la Península que gira, igualmente, alrededor de sus monumentos, como sucede, por ejemplo, en Penelope Chetwode (*Two Middle-Aged Ladies in Andalusia*, 1963) o Nina Epton (*Andalusia*, 1968). Grosso y Goytisolo, sin embargo, hacen un uso muy distinto de estos espacios. En los relatos andaluces de estos autores, los espacios monumentales sirven para explorar la naturaleza discursiva del poder a través de los “régimenes de la verdad” del régimen franquista, que aparecen personificados o materializados en estos espacios. Estos “régimenes de la verdad” del franquismo son de naturaleza diversa, estando relacionados con diferentes aspectos en torno a la nación, la historia, la cultura, la religión, el urbanismo o el turismo. Los textos parecen sugerir que la patrimonialización del espacio que lleva a cabo el franquismo sirve, en última instancia, para patrimonializar a los propios andaluces, cuyo comportamiento es condicionado por los “régimenes de la verdad” que se generan en estos espacios. La mirada crítica que hay en estos libros sobre los monumentos, sin embargo, conlleva una advertencia que trata de alertar sobre el “peligro” de la belleza, que puede llevar

al conformismo político y, finalmente, a convertir a la propia población en otro elemento más para ser admirado, o, como dice uno de los narradores de Goytisolo, en una “pieza de museo” (CN 124). Esta mirada crítica sigue siendo relevante en la actualidad. Por un lado, porque muchos espacios generados durante el franquismo aún perduran en la sociedad andaluza actual (por ejemplo, la tumba de Queipo de Llano en la Basílica de la Macarena, Sevilla), y, por otro, porque la industria del turismo sigue haciendo uso de espacios monumentales y otros espacios similares para generar estereotipos sobre el sur peninsular.

Los libros de viajes de Grosso y Goytisolo también son una exploración de diferentes formas de injusticia espacial en el sur de la Península Ibérica. En los relatos de estos autores se muestran, examinan y contrastan diferentes formas de opresión en el sur de España desde una perspectiva espacial. Algunas de las huellas paisajísticas que vemos en estos libros en relación a la opresión emergen del contraste entre diferentes parajes, como, por ejemplo, la violencia del paisaje en zonas remotas frente a la opulencia de los cortijos y otras áreas relacionadas con la posesión de la tierra. También hay una exploración de las dificultades para la movilidad, de la vigilancia, de las fronteras físicas o figuradas que dividen el espacio, de las dificultades para la vivienda, o para el acceso al agua o a diferentes recursos básicos, de la marginalidad de algunos barrios, del impacto geográfico de las bases militares, del monocultivo gigante del arroz, o de los terrenos británicos de Gibraltar. Si, como dice Soja, explorar la justicia desde una perspectiva espacial “can uncover significant new insights that extend our practical knowledge into more effective actions to achieve greater justice and democracy” (“The City” 1), los relatos andaluces de Grosso y Goytisolo son tanto una denuncia de la opresión en el sur de España, como una llamada a la democracia. Aunque ha habido cambios políticos importantes desde la década de los años 60, muchas de las formas de injusticia espacial descritas por Grosso y Goytisolo siguen vigentes en la España actual. En primer lugar, porque estos libros son una reflexión sobre problemas históricos que nunca

fueron del todo resueltos, como la posesión de la tierra, la marginalidad, el monocultivo, las dificultades en las zonas rurales, o incluso la presencia de las bases militares. Y, en segundo lugar, porque la injusticia espacial en el sur de España sigue siendo un problema que está lejos de haber desaparecido. Los libros de viajes de Grosso y Goytisolo deberían servir, en última instancia, para cuestionar nuestro presente, es decir, para señalar e identificar las formas de injusticia espacial que tienen lugar hoy en día en el sur peninsular.

Junto a estas formas de injusticia espacial, Grosso y Goytisolo también llevan a cabo en sus relatos una exploración de diferentes formas de resistencia desde una perspectiva geográfica. La representación de estas formas de resistencia es esencial para no victimizar a quienes viven bajo alguna forma de dominación. A través de estas formas de resistencia, los autores humanizan y dignifican a los habitantes del sur peninsular, que no solo no se resignan a la dominación, sino que actúan contra ella en la medida de lo posible, y, más importante aún, parecen capaces de poderla identificar. Estas formas de resistencia son variadas, y van desde la transformación de un espacio de marginación—por ejemplo, La Chanca—en un refugio para la protección de los trabajadores que viven en este barrio, hasta la emergencia de formas de toponimia popular que sirven para evidenciar condiciones de miseria que el régimen quiere mantener ocultas, o, también, evitar nombres de lugar que suponen una celebración del régimen a través de algunas de sus principales figuras. Describiendo estas formas de resistencia, Grosso y Goytisolo no solo denuncian al régimen franquista, sino que hablan de la capacidad de los dominados para la agencia. Estas formas de resistencia que llevan a cabo los personajes de estos libros, y que constituyen una forma de “infrapolítica”, en los términos de James Scott (299), transforman—hasta cierto punto—los espacios de la dominación. Si, como dice Henri Lefebvre, “[t]o change life [...] we must first change space” (*Production* 190), los relatos andaluces de Grosso y Goytisolo apuntan hacia la necesidad de cambios sociales relevantes que pasan por una transformación consustancial del espacio en

primer lugar. Las formas de resistencia que vemos en estos relatos contribuyen, en última instancia, a modificar la representación literaria de una población que, en la literatura de viajes, ha sido generalmente maltratada.

Los libros de viajes de Grosso y Goytisolo también son una interesante exploración de la identidad cultural de España, y, particularmente, de la identidad cultural del sur peninsular. Los autores escriben en un momento en que la identidad nacional española estaba siendo profundamente (re)castellanizada, una castellanización que había sido heredada por el régimen franquista de los autores de la Generación del 98, entre los que destaca la obra de Miguel de Unamuno. Frente a esta mirada castellanizante de los autores del 98, asumida por el fascismo español y por el régimen franquista como propia, los libros de viajes de Grosso y Goytisolo “hibridizan” el espacio nacional a través de una particular configuración literaria de los espacios del sur. Con esta configuración particular de los espacios del sur, los autores problematizan la naturaleza homogénea, estática y pretendidamente “eterna” de la identidad nacional. Esta configuración particular consiste en introducir elementos africanos, islámicos o andalusíes en su descripción del paisaje, las casas, el urbanismo, o incluso la población, en cuyos cuerpos queda inscrita la mirada “africanizante” o “islamizante” de los autores. En última instancia, Grosso y Goytisolo llevan a cabo una “disemiNación” del espacio nacional, en un momento en que abundan las “concepciones patrióticas del paisaje” (Bhabha 139; Torres Camacho 1245); con su representación del espacio andaluz, los autores ponen de relieve lo que Iain Chambers ha llamado “the tense truth of ambiguity” (98). Esta africanización o islamización del espacio, sin embargo, no debe confundirse con una orientalización del sur, que en estos libros aparece como una forma de justificar las desigualdades territoriales en el conjunto de España, como una estrategia que sirve, en la Península Ibérica, para mantener un reparto desigual de la riqueza.



Sani Ladan quería ser periodista, como su hermano.⁸⁶ Soñaba con ser corresponsal en zonas de conflicto para visibilizar el sufrimiento de la población civil; quería ser útil, pero, para eso, necesitaba una formación. Estudió en su país, aunque en ese momento no se valoraban mucho los estudios. Uno de los mayores momentos de frustración durante sus primeros años de juventud fue cuando se presentó a un concurso para optar a una beca de estudios para ir a Quebec, y, después de mucho esfuerzo, la administración encargada de gestionar la beca decidió vender su plaza a otra persona. Este suceso le llevó a hacerse muchas preguntas acerca de su futuro, empezando a plantearse la idea de salir de su país, lo que finalmente hizo sin decirle nada a nadie, ni siquiera a sus padres, pues cuando se fue de Camerún apenas tenía quince años. La tarde antes de irse, recuerda Sani, estuvo “media hora llorando” delante de su casa. Inicialmente, su destino era Nigeria, pero el viaje acabaría convirtiéndose en una odisea que a punto estuvo de costarle la vida. Durante el trayecto cruzaría las fronteras de Nigeria, Níger, Argelia y Marruecos. Uno de los momentos más difíciles del viaje fue atravesar el desierto. Junto a los compañeros que hacían el mismo trayecto, Sani estuvo cuatro días cruzándolo, sin comida ni bebida, muertos de frío por la noche y deshidratados durante todo el día. Ibrahim, uno de los chicos, no se despertó una mañana, y, entre todos, lo enterraron bajo la arena, antes de continuar el camino. A lo largo de aquella odisea, Sani llegó a pensar que su vida, y la de sus compañeros, “no servían para nada”.

Ya en Marruecos, estuvo un año “sobreviviendo” en el Monte Gurugú, muy cerca de la frontera con España. En una de las ocasiones en que intentó entrar a través de Melilla saltando la valla que hay en esta ciudad, uno de los chicos se precipitó sobre la valla y quedó

⁸⁶ Todos los datos sobre Sani Ladan han sido tomados de entrevistas y conferencias en las que el propio Ladan cuenta su historia: <https://www.youtube.com/watch?v=JG4dF-uZVIM&feature=youtu.be>, <https://www.youtube.com/watch?v=peThESWbsrM&feature=youtu.be>.

enganchado en las cuchillas. Sani vio entonces cómo un policía vino por detrás, y le tiró de una pierna. Varias veces volvieron a intentarlo por el mismo sitio, hasta que consiguieron entrar, pero, nada más hacerlo, la policía los puso de nuevo en manos de los militares marroquíes a través de una devolución en caliente. Viendo que no lograba conseguir su objetivo, Sani volvió a intentarlo por Ceuta, donde finalmente pudo entrar en España nadando. Ese día, en la frontera de El Tarajal, había un caos enorme. Las sirenas de los coches de policía y los disparos de las pelotas de goma lanzados por la Guardia Civil se mezclaban con los gritos de los muchachos en el mar, nerviosos por entrar, y doloridos cada vez que recibían un golpe. A Sani lo echó fuera del mar una ola. Llegó a la orilla inconsciente, porque había recibido varios golpes en la cabeza por parte de la Marina Real marroquí.

Después de esto, Sani fue llevado al Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes de Ceuta (CETI), donde estuvo viviendo un año. Luego, fue llevado a un Centro de Internamiento de Extranjeros en Tarifa (CIE), un lugar que Sani recuerda como “una cárcel para inmigrantes” en la que pasó sus “peores días en España”. Ocho personas vivían en una celda de apenas diez metros cuadrados de la que no podían salir ni para hacer sus necesidades. Cada noche, la policía venía y se llevaba a una persona esposada, a la que todos sabían que no volverían a ver porque iba a ser deportada. Después de dos meses en este lugar, Sani fue puesto en libertad. Lo enviaron entonces a una ONG en Almería. Como Sani seguía teniendo la idea de retomar sus estudios, se lo dijo al director de la ONG; pero la respuesta del director no fue la esperada: “riéndose”, el director de la ONG almeriense le dijo que a quién había visto él que hubiera venido como vienen “ellos”, y pudiera estudiar, que él no podía hacer eso, que lo que él tenía que hacer era buscarse la vida en los invernaderos, o en los campos de Almería. Viendo que aquí tampoco podría conseguir lo que quería, Sani decidió finalmente abandonar también este lugar.

A través de un amigo, Sani se dirigió a Córdoba, pero cuando llegó, no encontró a la persona que buscaba, por lo que no le quedó otro remedio que quedarse a vivir en la calle, ya que no conocía a nadie. Sani estuvo tres meses en la calle, hasta que fue acogido por una mujer francesa (Inés) y su marido, y luego por una mujer cordobesa (María José) y su familia. Estas dos familias no solo le abrieron la puerta de sus casas, sino que lo trataron, por primera vez desde que había salido de Camerún, como a un ser humano, porque “muchas veces las personas emigrantes es lo que necesitamos, un poco de cariño por parte de la gente”. Pero, más importante aún, estas dos familias lo ayudaron a continuar con sus estudios. Al principio no fue fácil, porque no pudo convalidar sus expedientes de Camerún; pero, aunque tuvo que empezar de cero, a Sani no le importó, y, no mucho tiempo después, empezó a estudiar Relaciones Internacionales en la Universidad Loyola Andalucía, en la ciudad de Sevilla.

Aunque hay diferencias importantes, la historia de Sani Ladan tiene muchas cosas en común con la de las temporeras marroquíes que trabajan en los campos de fresas de la provincia de Huelva. El negocio de la fresa y otros frutos relacionados (moras, frambuesas, arándanos, etc.) son la base de una industria que factura anualmente trescientos veinte millones de euros en España, el principal exportador de este tipo de frutos en Europa (Andreu y Jiménez, web). Su cultivo se lleva a cabo tanto con apoyo del gobierno de este país, como dentro de la administración y del sistema de ayudas de la Unión Europea. El ochenta por ciento de las fresas españolas se producen en el sur de la Península Ibérica, donde cada año se recogen doscientas cincuenta mil toneladas de este fruto (Andreu y Jiménez, web). En torno al veinte por ciento de la producción se destina al mercado nacional, en el que Mercamadrid (plataforma de distribución y comercialización de productos frescos de la capital) y Mercabarna (homólogo al anterior en Barcelona) son los centros más importantes de destino (Márquez Domínguez 626). El resto de la producción, en torno al ochenta por ciento, se comercializa en el exterior. La Unión Europea recibe, aproximadamente, el noventa y ocho

por ciento de la fresa que se exporta desde la provincia de Huelva. Los principales países destinatarios son Alemania, Francia y Reino Unido; le siguen, con menos importancia, Italia y Bélgica (Márquez Domínguez 626).

Una buena parte de las trabajadoras en los campos de Huelva son mujeres marroquíes que trabajan de abril a junio para cultivar y cosechar las fresas. Las mujeres marroquíes, más de diez mil cada año en una industria que emplea a unas sesenta mil personas por temporada, acceden al trabajo por medio del sistema de contrato en origen, es decir, las empresas se desplazan hasta Marruecos para contratar a las trabajadoras, que deben cumplir con una serie de requisitos. Uno de los dos requisitos principales es ser mujer, el otro es tener hijos. De este modo, los empresarios se aseguran de que las mujeres quieran volver a su país después de la temporada, lo que hace la mayoría. Las mujeres, además, deben provenir de zonas rurales, donde la pobreza es mayor y el desempleo está bastante generalizado. Este sistema, que sigue vigente en la actualidad, funciona tras un acuerdo bilateral entre España y Marruecos firmado en 2001. Para la elaboración de este acuerdo, los empresarios de la fresa tuvieron la oportunidad de expresar sus demandas (Andreu y Jiménez, web).⁸⁷

⁸⁷ Las temporeras marroquíes que van a España bajo el sistema de contrato en origen comenzaron a trabajar en los campos de Huelva después de varios incidentes relevantes. En el año 2000, un centenar de trabajadores inmigrantes fueron trasladados desde los campos almerienses a la provincia de Huelva por la Subdelegación del Gobierno de esta ciudad. El propósito de este traslado era emplear a estos hombres en los campos de fresas. Unos meses después, sin embargo, el Sindicato de Obreros del Campo denunciaba las “condiciones medievales” en que vivían los trabajadores—sin agua corriente, con restricciones de luz, y hasta catorce personas hacinadas en un habitáculo de veinticinco metros cuadrados (Fernández Vázquez, web). Los trabajadores se manifestaron en las calles del cercano pueblo de Almonte para denunciar lo que consideraban un trato inhumano, lo que no solo no se tradujo en un cambio de las condiciones de vivienda, sino que la mayoría de los hombres perdió el trabajo. La empresa para la que trabajaban, Doñana 2000, no tuvo reparos en llevar a cabo un despido colectivo de todos aquellos trabajadores que se hubiesen manifestado (“Inmigrantes”, web). Aunque la gerente y propietaria de la empresa, Mireia Giorgi, fue expulsada poco tiempo después de Freshuelva, la Asociación de Productores y Exportadores de Fresas de la provincia, unas semanas después, Santiago Lepe, secretario general del sector agroalimentario del sindicato Comisiones Obreras, denunciaba que Doñana 2000 continuaba trabajando “con impunidad”, haciendo que los trabajadores, muchos de ellos indocumentados, viviesen en el pueblo de Rociana del Condado en lugares destinados para animales, y trasladándolos de noche, con un coche delante para dar la alerta en caso de un encuentro con la policía (“La empresa”, web). El acuerdo bilateral entre España y Marruecos, y la consiguiente feminización de la cosecha y recogida de la fresa en los campos de Huelva, tuvo lugar apenas meses después de estos sucesos, aunque varios empresarios se apresuraron a explicar públicamente la “idoneidad” de contratar a mujeres—en vez de hombres—para realizar este trabajo (Andreu y Jiménez, web).

Las condiciones del trabajo en los campos de fresas de Huelva son duras. Las mujeres trabajan bajo el sol—durante parte de la primavera, y parte del verano—o dentro de los invernaderos, donde hay un aumento considerable de la temperatura. Algunas de estas mujeres, todas relativamente jóvenes, vienen embarazadas, aunque el trabajo es físicamente extenuante, ya que deben pasar muchas horas cada día con la espalda doblada, en cuclillas, o agachadas. Las trabajadoras son constantemente vigiladas por los patronos o capataces, quienes al final de cada jornada les cuentan las cajas recolectadas. Viven en barracones que se encuentran cerca de los invernaderos, o en el campo, en zonas alejadas de las principales poblaciones. En los barracones, la falta de agua corriente y otros recursos básicos son habituales. Tanto los invernaderos como los barracones están situados, principalmente, en los términos municipales de Almonte, Moguer, Palos y Cartaya. Por las carreteras de los alrededores, las mujeres caminan cada tarde después de la jornada, cuando se desplazan hasta alguno de los pueblos vecinos para hacer las compras ocasionales. Los hijos, generalmente, se quedan en Marruecos con el marido, o, más comúnmente, con otras mujeres de la familia, aunque, en ocasiones, alguno de los hijos puede viajar con ellas. Muchas de estas mujeres son motivadas para ir a España desde su propio entorno, donde—aunque los impagos no son infrecuentes—se cree que pueden ganar miles de euros en pocos meses, que es lo que en Marruecos ganarían trabajando durante todo un año.

Las denuncias por hostigamiento, intimidación, abuso de poder, abuso sexual, violación, explotación laboral y prostitución coactiva han sido constantes desde que las temporeras marroquíes pusieron un pie en España hace ya veinte años. La mayor parte de estas denuncias ha estado dirigida a los patronos y capataces que supervisan el trabajo diario, pero un buen porcentaje también señala el acoso sexual que sufren las trabajadoras por parte

de otros trabajadores extranjeros.⁸⁸ “Hazme caso o te cuento menos cajas”, denunciaba una de las trabajadoras que le decía, “riéndose”, el encargado (Andreu y Jiménez, web). La amenaza estaba directamente relacionada con la posibilidad de trabajo, ya que, en función de los kilos recogidos, las trabajadoras pueden o no regresar al siguiente año. La Guardia Civil de la población costera de Mazagón ha hablado de llamadas de mujeres que dicen estar acorraladas en sus barracones por hombres borrachos que quieren entrar (Andreu y Jiménez, web). En 2010, ocho mujeres marroquíes que trabajaban en los campos denunciaron a cinco patronos españoles, a los que acusaban de acoso sexual (Andreu y Jiménez, web). Una de las denuncias decía que los jefes franqueaban el acceso a las trabajadoras a hombres ajenos a los campos a cambio de dinero; casi todas las mujeres, por otra parte, denunciaban que las humillaciones sufridas en los barracones se trasladaban al trabajo: si no se comportaban como querían los patronos, no se les dejaba beber agua—aunque trabajaban a cuarenta grados bajo el sol—o no se les permitía ir al baño. Las familias de algunos de los patronos acusados intercedieron en el proceso, ofreciendo dinero a las trabajadoras a cambio de que retirasen las denuncias, y se marchasen, a lo que algunas accedieron (Andreu y Jiménez, web). En 2014, sin embargo, un tribunal de la capital onubense declaró culpables a tres hombres por “ofensa en contra de la integridad moral” y por “hostigamiento sexual” hacia varias mujeres marroquíes—los sucesos denunciados habían ocurrido cinco años antes (Alami, web).

⁸⁸ Estas denuncias de las temporeras marroquíes han estado acompañadas, desde el principio, por otras denuncias que alertan del desgaste medioambiental que conlleva la industria de la fresa en los campos de Huelva. En 2008, una trama de corrupción destapada en la finca de El Morcillo, en la provincia onubense, desembocó en la imputación de cuatro técnicos de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía. Al parecer, los funcionarios “hacían la vista gorda” a la hora de denunciar la destrucción de monte público para convertirlo en terreno agrícola (Andreu y Jiménez, web). Poco después, un reportaje del canal de televisión francés FRANCE 5 CNC, emitido el 26 de mayo de 2009, denunciaba el desgaste medioambiental que supone el cultivo de la fresa en el sur de la Península Ibérica (“Una TV francesa”, web). El documental acusaba a varias empresas españolas de usar el Parque Nacional de Doñana como vertedero, así como de hacer uso de aditivos químicos dudosamente legales con la intención de rentabilizar la producción de los invernaderos. Otro documental, de similares características, aparecido poco después en la televisión alemana—junto a las menciones al trato denigrante hacia las trabajadoras marroquíes, de quienes se decía que eran víctimas de “acoso moral y sexual, y a veces abusos sexuales” (“Una TV francesa”, web)—llevó a los empresarios onubenses a hacer una campaña institucional en 2010 con el propósito de relanzar su proyección internacional, de la que dependen plenamente para la supervivencia. Algunos periodistas españoles, sin embargo, consideran que la cobertura mediática francesa y alemana sobre Huelva esconde el interés de los empresarios agrícolas de estos países, en los que, aunque en menor medida, también se cultiva la fresa (“Una TV francesa”, web; Andreu y Jiménez, web).

En 2018, otras diez mujeres marroquíes interpusieron varias demandas a la empresa almonteña “Doñana 1998”. Las denuncias incluían acusaciones de explotación laboral, abuso sexual, violación y trata de personas. Después de contactar con un sindicato local, las trabajadoras, a petición del sindicato, crearon una lista de nombres y quejas; en junio de ese mismo año, muchas de las mujeres que habían hablado con el sindicato fueron enviadas de regreso a Marruecos, antes del fin de la temporada, y sin haber cobrado todo el trabajo (Andreu y Jiménez, web). Las denuncias hablan de interrupción de embarazos en los campos tras episodios de coerción sexual; otras relatan que quienes se resistieron a los abusos fueron obligadas a trabajar más duramente, y en peores condiciones, una circunstancia que solo es amortiguada por la ayuda mutua que algunas de las mujeres se ofrecen entre sí. Casi todas las mujeres que se han manifestado públicamente (hablando con la prensa, o denunciando los abusos) afirman que quienes no han sufrido acoso se sienten horrorizadas al ver lo que les ha sucedido a otras. Algunas de las mujeres denunciantes dicen haber sido humilladas y culpadas por familiares y vecinos en sus pueblos de origen, lo que se suma a las frecuentes peticiones de divorcio cuando las noticias de estas denuncias llegan a los medios del país vecino, Marruecos. Las dificultades a las que se enfrentan muchas de estas mujeres ponen de manifiesto tanto su valor y determinación, como la gravedad de las circunstancias.

Philip Alston, Relator Especial de la ONU sobre la extrema pobreza y los derechos humanos, visitó la provincia de Huelva en enero de 2020, tras lo que redactó un informe del que se hicieron eco una buena parte de los principales medios europeos (Jones, web; “Espagne”, web; Sosa Troya, web).⁸⁹ En su informe, Alston alerta de que las personas

⁸⁹ Resulta curioso echar un vistazo a la prensa europea en busca de la fresa de Huelva, particularmente después de un suceso de gran repercusión como fue la visita del Relator Especial de la ONU. El diario británico *The Telegraph*, por ejemplo, hace un uso del informe de Alston algo desvirtuado para dar una imagen de España como un país atrasado: “[Spain] fails to adapt to the realities of modern society” (Badcock, web). Lo que no dice este diario, sin embargo, es que un buen porcentaje de las fresas de Huelva no se consumen en España, sino en el Reino Unido, uno de los principales países importadores de este producto (Márquez Domínguez 626). Tampoco menciona a los trescientos mil británicos que residen legalmente en España o tienen nacionalidad española, constituyendo la mayor comunidad británica fuera del Reino Unido en Europa, y una de las mayores en el mundo, muchos de los cuales viven en las costas del sur de la Península Ibérica (González, web).

migrantes que trabajan en la provincia de Huelva viven en condiciones que rivalizan con algunos de los peores asentamientos que ha visto a lo largo de toda su carrera:

In Huelva, I met with workers living in a migrant settlement in conditions that rival the worst I have seen anywhere in the world. They are kilometers away from water, and live without electricity or adequate sanitation. Many have lived there for years and can afford to pay rent, but said no one will accept them as tenants. They are earning as little as 30 euros per day, and have almost no access to any form of government support. (Alston, web)

Aunque la situación de las mujeres migrantes que trabajan en los campos de Huelva es un secreto a voces en toda la provincia, no termina de arrancar ningún tipo de iniciativa que vaya más allá de las ocasionales publicaciones periodísticas. En el sur de la Península Ibérica se producen actualmente situaciones de abuso, explotación y trata de personas al amparo de un sistema legal y judicial que favorece a los empresarios en detrimento de las trabajadoras. Tanto la población andaluza de estas zonas rurales, como los empresarios, el gobierno local, la Junta de Andalucía, los gobiernos de España y Marruecos, y, en última instancia, la Unión Europea, están implicados, y, sin embargo, esta circunstancia únicamente parece agravarse cada año.

En enero de 2020, la consejera de Empleo, Formación y Trabajo del actual gobierno andaluz, Rocío Blanco, se quejaba de que no entendía cómo, en una de las regiones europeas con mayor índice de paro, no se cubrían los puestos para la cosecha y recogida de la fresa, lo que obligaba al gobierno a tener que facilitar la contratación de trabajadores inmigrantes: “no le podemos poner una pistola a cada desempleado andaluz para que acepte una oferta” (“La consejera”, web). Los jornaleros onubenses y los sindicatos de trabajadores locales, sin embargo, se quejan de que no les llaman para trabajar, afirmando que el gobierno y los empresarios fomentan y subvencionan la contratación en origen de las mujeres inmigrantes porque tienen menos derechos (Arrogante, web). La consejera de Empleo propone cambiar la normativa estatal para endurecer las posibilidades de rechazar una oferta laboral en caso de

cobrar una prestación por desempleo, pero los sindicatos dicen que cada vez son menos los trabajadores del campo que solicitan el paro agrícola; el subsidio agrario apenas supera los cuatrocientos euros, y ningún trabajador o trabajadora puede sobrevivir con ese dinero (Arrogante, web). Por otra parte, los sindicatos también denuncian que, según el convenio del campo de la provincia de Huelva, las mujeres cobran cuarenta euros por “seis horas y media” de trabajo, una cantidad de horas que sobre el papel permite pagar por debajo del salario mínimo para una jornada completa de ocho horas (Arrogante, web). Los jornaleros y sindicatos tachan de “falso relato” los argumentos del gobierno, e insisten en que los habitantes de los pueblos onubenses que van a pedir trabajo en la fresa se encuentran con “una cancela cerrada a cal y canto y con la negativa de los empresarios, que no tienen ningún inconveniente en decir que no quieren españoles” (Arrogante, web).

Aunque las circunstancias han cambiado desde que Grosso y Goytisolo escribieron sus relatos de viajes, las condiciones socioeconómicas en el sur de la Península Ibérica están lejos de ser favorables. Según el Instituto Nacional de Estadística, un 38,2% de la población andaluza estaba en riesgo de pobreza o exclusión social en 2018 (“Riesgo”, web). Los efectos de la crisis financiera de 2008 han agravado esta circunstancia, pero la desventaja andaluza no es resultado de las convulsiones financieras de la última década. El sur de España ya estaba en la posición 158 de las 160 regiones de la Unión Europea según indicadores socioeconómicos a comienzos de los años 90 (Delgado Cabeza, 1991). A diferencia de los años 60, sin embargo, la pobreza actual es urbana—el barrio de El Vacie, por ejemplo, sigue estando exactamente en el mismo sitio que estaba cuando Grosso lo describió hace ya más de medio siglo. Seis barrios de la ciudad Sevilla se encuentran entre los quince barrios más pobres de todo el territorio nacional, en un entorno urbano en el que “los pobres son los más pobres de España y los ricos, los menos ricos” (Ameneiro, web; Macías, web). Los Pajaritos, Amate, Torreblanca, El Cerro, Su Eminencia, La Oliva, Polígono Norte y Villegas son

barrios de Sevilla que no llegaban a los 7.300 euros de renta per cápita en 2019; Polígono Sur, con 4.897 euros de renta media anual por habitante, encabeza la lista—en 2019, la media anual de renta per cápita en España estuvo en 25.730 euros (Ameneiro, web).

Muchos de estos barrios nacieron con los proyectos desarrollistas de los años 60, es decir, las mismas familias que emigraron a la ciudad hace más de cincuenta años son quienes ahora todavía los habitan. Los apartamentos son pequeños y de pésima calidad, y su integración en el tejido urbano requiere de iniciativas políticas que, durante los últimos veinte años, al menos, no parece que se estén llevando a cabo. Los vecinos y entidades que trabajan en estos barrios demandan a las administraciones públicas “bajar a la tierra” (Ameneiro, web). En los municipios cercanos a la capital—Utrera, Alcalá de Guadaíra, Camas, San Juan de Aznalfarache, El Real de la Jara, San Nicolás del Puerto—la situación no es mucho mejor, con unos índices de desempleo que rondan el 30% en cada uno de estos pueblos (“Paro por municipios”, web). En el cuarto trimestre de 2019, el gobierno andaluz situaba la tasa de desempleo de la comunidad autónoma en un 20,8% (“Encuesta”, web). Entre los menores de veinticinco años, la tasa llega hasta el 42,9%. En 2018, la media europea de desempleo fue de 6,9% (“European”, web”). En el terreno laboral, el campo ha perdido importancia en la actualidad. El mercado de trabajo andaluz en el presente—principalmente el sector servicios—mantiene, sin embargo, prácticas laborales que siguen siendo llamativamente deficientes: “La hostelería es el campo del siglo XXI”, dice la abogada y sindicalista Pastora Filigrana (web).⁹⁰

La precariedad laboral tiene consecuencias en todas las esferas de la vida cotidiana. Según la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía (APDHA)—que se basa en los

⁹⁰ En el terreno de la hostelería, una de las asociaciones más activas en los últimos años en la demanda de derechos laborales ha sido la asociación Las Kellys, organizadas tanto a nivel autonómico como a nivel estatal: www.laskellys.org. En Andalucía cuentan con un grupo territorial constituido en Cádiz. Denuncian los “contratos basura” de las empresas multiservicios a través de las que se externaliza el trabajo para las empresas hoteleras, donde las conocidas como “camareras de piso” trabajan en condiciones de explotación, como ha reconocido el propio Antonio Catalán, creador de las conocidas cadenas NH Hoteles y AC Hoteles (Rivera, web).

datos emitidos por el Consejo General del Poder Judicial—hay una media de veintiséis desahucios diarios en la comunidad autónoma andaluza, que se encuentra en segundo lugar a nivel nacional, después de Cataluña (Aranda, web). Tres de cada cinco, es decir, el 60% de los desahucios en el sur de España, son ahora por impago de alquiler—ya no son por impago hipotecario, como fueron hasta 2015—, lo que se suma a la falta de un parque público de viviendas significativo que impida la contención de los precios frente a los movimientos especulativos (“El 60%”, web). La APDHA denunciaba, a finales de 2019, que

entre la ciudadanía y los poderes políticos se empieza a aceptar como normal la irracional e inhumana situación por la que coexisten miles de viviendas vacías detentadas especulativamente por bancos, fondos de inversión y otros grandes propietarios, y miles de familias sin derecho a ellas. (“El 60%”, web)

Al mismo tiempo, desde la APDHA también denuncian que la turistificación y la gentrificación urbana se han consolidado como el modelo de desarrollo urbanístico “con el auspicio de las autoridades regionales y municipales, incapaces de promover otras medidas económicas más sociales y sostenibles” (“El 60%”, web). La proliferación de hoteles y apartamentos turísticos expulsa al extrarradio a los habitantes más vulnerables de las ciudades andaluzas, provocando un continuo encarecimiento del precio de la vivienda y del alquiler. No por casualidad, en la provincia en la que se concentra un mayor número de desahucios, Málaga, es también donde se concentra un mayor número de turistas (Cenizo, web). En la comunidad autónoma andaluza, los desahucios por impago de la renta han crecido un 13,8% en los últimos cinco años, es decir, desde 2013 (Cenizo, web).

La tasa de emigración, por otro lado, ha estado al alza en Andalucía de forma ininterrumpida durante las dos últimas décadas. En 2017, el año con más salidas, dejaron la comunidad alrededor de ciento treinta mil personas, lo que contrasta con las cuarenta mil que abandonaron el sur de la Península en 1999. Aunque en los últimos tres años ha habido un descenso en el número de salidas por primera vez en bastante tiempo, siguen siendo más de cien mil personas las que salen cada año de una comunidad autónoma con 8.414.240 personas

empadronadas en 2019 (“Padrón”, web). El perfil de quienes salen de Andalucía en la actualidad, sin embargo, es muy diferente de quienes lo hacían en los años 60, estando principalmente constituido por

jóvenes universitarios pertenecientes a las clases medias, que viajan en aviones low cost, se comunican fácilmente con sus familiares y amigos mediante Skype y Whatsapp, suelen volver ocasionalmente a España y se mantienen informados de la actualidad del país a través de las redes digitales, y, en vez de enviar remesas a sus familiares, a menudo necesitan del apoyo económico de los mismos para mantenerse y encarar los obstáculos que implica el proceso migratorio. (Rodríguez Puertas 24)

El saldo migratorio español se tornó negativo en 2011 después de dos décadas siendo positivo, es decir, a partir de ese año, los flujos de salida superaron a los de entrada; la mayor parte de los que salían, lo hacían entre los 30 y los 34 años (“Estadística”, web). La ausencia de un tejido productivo especializado, el proceso de desregularización del mercado de trabajo en los últimos años, y los problemas estructurales del mercado laboral, son algunas de las razones que han propiciado un aumento de las emigraciones cualificadas en España (Fernández Martínez, web) (Figura 7).

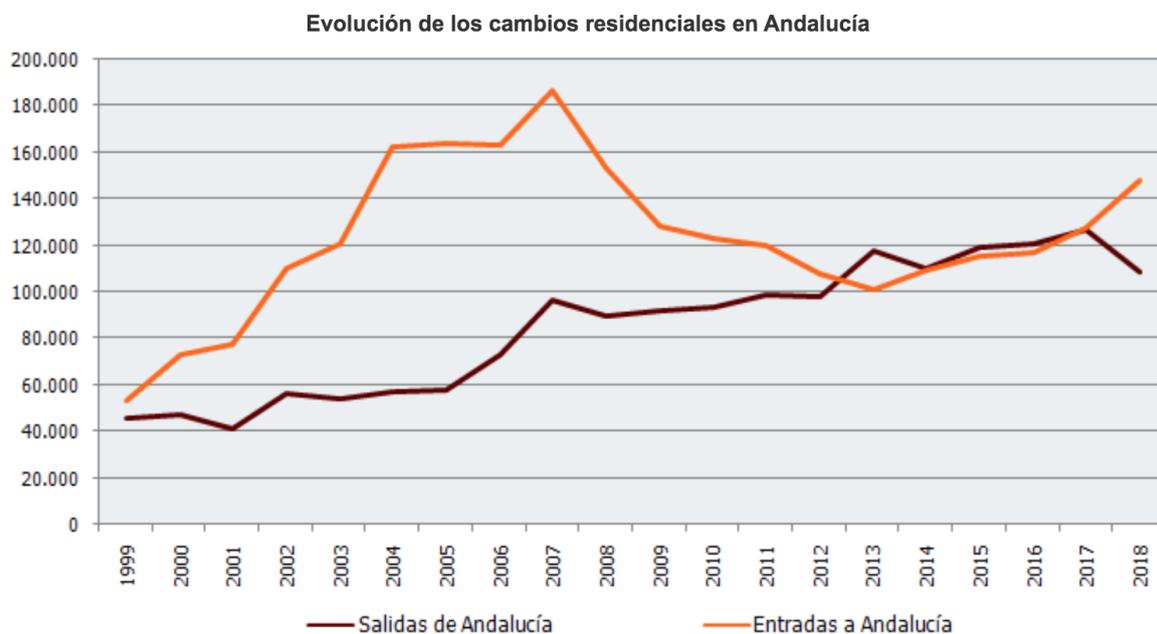


Figura 7. Entradas y salidas residenciales según el Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía.

Las actuales circunstancias sociales, económicas, culturales o medioambientales en el sur de España tienen—aunque hay evidentes diferencias—muchas similitudes con las de hace medio siglo, pues, como dice Germán Labrador, “el periodo democrático se encuentra en continuidad situacional con el resto de la historia espacial española y europea del siglo XX” (231). En la actualidad, el sur de España necesita nuevos compromisos políticos que vayan más allá de si la Feria de Sevilla (una de las muchas festividades que hay en la capital andaluza) empieza un lunes o un domingo, una cuestión marginal para la que el anterior gobierno autonómico, junto al gobierno municipal, llegó a hacer una consulta popular (García Reyes, web). Necesita nuevos compromisos migratorios que garanticen el respeto a los derechos humanos de todas las personas que viven, estudian y trabajan en el sur de España, muchas de las cuales han sido institucionalmente abandonadas por el simple hecho de que no proporcionan rédito político. Nuevos compromisos medioambientales que no comprometan la salud de sus habitantes, y que no quieran convertir Doñana—la mayor reserva ecológica de Europa—en un depósito de gas (Vallellano Pérez, web). Nuevos compromisos urbanísticos y habitacionales, que garanticen la vivienda y que hagan viable la convivencia entre turistas y población local, frenando de una vez por todas la destrucción de las costas y de otros parajes naturales. Nuevos compromisos laborales, que sirvan tanto para regular el mercado laboral existente, como para garantizar un futuro profesional a quienes hoy en día no tienen otra opción que emigrar. Nuevos compromisos educativos que garanticen, más que ninguna otra cosa, que quienes nacen o crecen en el sur de la Península Ibérica tengan confianza en sí mismos. Nuevos modelos de integración territorial, que miren a todos los puntos cardinales y que atiendan, particularmente, a los aspectos culturales. Necesita todo esto, y mucho más; pero necesita, sobre todo, nuevos compromisos imaginativos de escritores y escritoras “andaluces” que, como Grosso y Goytisolo, no solo nos ayuden a entender mejor el presente,

sino que también humanicen nuestro tiempo para las generaciones futuras, ya que en la era de la inmediatez, el carácter pausado y reflexivo de la literatura parece más necesario que nunca.

Obras citadas

- Adams, Percy G. "Travel Literature of the Seventeenth and Eighteenth Centuries: A Review of Recent Approaches". *Texas Studies in Literature and Language*, Vol. 20, No. 3, (otoño 1978): 488-515.
- Afinoguénova, Eugenia. "An Organic Nation: State-Run Tourism, Regionalism, and Food in Spain, 1905–1931". *The Journal of Modern History*, Vol. 86, No. 4 (diciembre 2014): 743-779.
- Afinoguénova, Eugenia y Jaume Martí-Olivella. "A Nation under Tourists' Eyes: Tourism and Identity Discourses in Spain." *Spain Is (Still) Different: Tourism and Discourse in Spain*. Eds. Eugenia Afinoguénova y Jaume Martí-Olivella. Lanham, MD: Lexington Books, 2008. xi-xxxviii.
- Ahmed, Sara. "Affective Economies". *Social Text*, Vol. 22, No. 2 (2004): 117-139.
- Alami, Aida. "Trabajadoras de los campos de fresas de España denuncian abusos". *The New York Times* 22 julio 2019.
<https://www.nytimes.com/es/2019/07/22/espanol/temporeras-fresas-espana-marruecos.html>. Accedido 15 febrero 2020.
- Álamo Felices, Francisco. *La novela social española: conformación ideológica, teoría y crítica*. Almería: Universidad de Almería, 1996.
- Alas, Leopoldo. *El hambre en Andalucía*. Ed. Simone Saillard. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 2001.
- Alberich, José. "Introducción". *Del Támesis al Guadalquivir: antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX*. Ed. José Alberich. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1976. 9-58.
- Alberti, Rafael. "Carta de Rafael Alberti a los presos de España". *Guaragua*, Año 2, No. 5, (otoño 1997): 113-115.

- Ameneiro, Ana S. “Seis barrios de Sevilla siguen entre los 15 más pobres de España”. *Diario de Sevilla* 30 mayo 2019. https://www.diariodesevilla.es/sevilla/seis-barrios-Sevilla-siguen-pobres-Espana-urban-audit-2019_0_1359164651.html. Accedido 12 noviembre 2019.
- Alston, Philip. “Statement by Professor Philip Alston, United Nations Special Rapporteur on extreme poverty and human rights, on his visit to Spain, 27 January-7 February 2020”. United Nations Human Rights Office of the High Commissioner. Madrid, 7 febrero 2020. <https://www.ohchr.org/EN/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=25524&LangID=E>. Accedido 15 febrero 2020.
- Altschul, Nadia R. *Geographies of Philological Knowledge: Postcoloniality and the Transatlantic National Epic*. Chicago: University of Chicago, 2012.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.
- Andreu, Jerónimo y Lidia Jiménez. “Víctimas del oro rojo”. *El País* 13 junio 2010. https://elpais.com/diario/2010/06/13/domingo/1276401156_850215.html. Accedido 15 febrero 2020.
- Antliff, Mark. “Fascism, Modernism, and Modernity”. *The Art Bulletin*, Vol. 84, No. 1 (marzo 2002): 148-169.
- Appadurai, Arjun. *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota, 1996.
- Aranda, José Luis. “Los desahucios se sitúan en mínimos, pero casi siete de cada diez son ya por alquiler”. *El País* 11 diciembre 2019. https://elpais.com/economia/2019/12/11/actualidad/1576063121_104433.html. Accedido 15 febrero 2020.

- Ariel del Val, Fernando. "Paisajes del franquismo: Ortega en la estepa cultural". *Teorema. Revista Internacional de Filosofía*, Vol. 18, No. 1, La filosofía de la mente de John Searle: intencionalidad y conciencia (1999): 45-54.
- Arribas, Marta y Ana Pérez, dir. *El tren de la memoria*. Producciones La Iguana. 2005. Film.
- Arrogante, Víctor. "A por fresas en condiciones de esclavitud". *Público* 19 enero 2020.
<https://www.nuevatribuna.es/opinion/victor-arrogante/fresas-condiciones-esclavitud/20200119202040170243.html>. Accedido 15 febrero 2020.
- Audejean, Christian. "Juan Goytisolo: *La Chanca*, précédé de *Terres de Nijar*, traduit par Robert Marrast (Gallimard) et *Danses d'été*, traduit par M.E. Coindreau (Gallimard)". *Esprit*, Nouvelle série, No. 328 (5/6) (mayo-junio 1964): 1208-1210.
- Augé, Marc. *Non-Places. Introduction to an Anthropology of Supermodernity* Trad. John Howe. London: Verso, 1995.
- [Azorín] Martínez Ruiz, José. *Escritores*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1956.
- . *Los pueblos. La Andalucía trágica y otros artículos, 1904-1905*. Ed. José María Valverde. Madrid: Castalia, 1974.
- Baaz, Mikael, Mona Lilja, Michael Schulz y Stellan Vinthagen. "Defining and Analyzing 'Resistance': Possible Entrances to the Study of Subversive Practices". *Alternatives. Global, Local, Political*, Vol. 41, No. 3 (agosto 2016): 137-153.
- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Trad. Ernestina de Champourcin. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Badcock, James. "Spain has forgotten its poor and is living in the past, says UN envoy". *The Telegraph* 7 febrero 2020. <https://www.telegraph.co.uk/news/2020/02/07/spain-has-forgotten-poor-living-past-says-un-envoy/>. Accedido 15 febrero 2020.

- Baena Gallé, José Manuel. *Sevilla (1808-1814): guerra y cultura*. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Sevilla en septiembre de 2015 bajo la dirección de Alfredo J. Morales. Inédita.
- Baker, Edward. *Materiales para escribir Madrid: literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*. Madrid: Siglo XXI, 1991.
- Ballo Moreno, María Teresa. “La novela de Alfonso Grosso”. *Cauce. Revista de Filología y su Didáctica*, No. 2 (1979): 115-148.
- Baltanás, Enrique. *La materia de Andalucía. El ciclo andaluz en las letras de los siglos XIX y XX*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2003.
- Barciela López, Carlos. “Guerra civil y primer franquismo (1936-1959)”. *Historia económica de España. Siglos X-XX*. Eds. Francisco Comín, Mauro Hernández y Enrique Llopis. Barcelona: Crítica, 2002. 335-360.
- Barciela López, Carlos, María Inmaculada López Ortiz y Joaquín Melgarejo Moreno. “La intervención del Estado en la agricultura durante el siglo XX”. *Ayer*, No. 21, El estado y la modernización económica (1996): 51-96.
- Barjau Riu, José María. “Reflexiones para Andalucía”. *El Ciervo*, Año 7, No. 65 (mayo 1958): 5.
- Basilio, Miriam. “Genealogies for a New State: Painting and Propaganda in Franco’s Spain, 1936-1940”. *Discourse*, Vol. 24, No. 3 (otoño 2002): 67-94.
- Becerra Mayor, David. *El realismo social en España: historia de un olvido*. Roma: Quodlibet, 2017.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. *Rimas y leyendas*. Eds. Francisco López Estrada y María Teresa López García-Berdoy. Madrid: Austral, 2010.
- Bernal Rodríguez, Manuel. *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Granada: Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985.

- . "Tipologías literarias de la Andalucía romántica". *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerard Brenan*. Ed. Alberto González Troyano. Málaga: Diputación Provincial, 1987. 101-123.
- Betrán Abadía, Ramón. "De aquellos barro, estos lodos. La política de vivienda en la España franquista y postfranquista". *Acciones e Investigaciones Sociales*, No. 16 (diciembre 2002): 25-67.
- Bhabha, Homi K. *The Location of Culture*. London: Routledge, 1994.
- Biggart, Nicole Woolsey y Mauro F. Guillén. "Developing Difference: Social Organization and the Rise of the Auto Industries of South Korea, Taiwan, Spain, and Argentina". *American Sociological Review*, Vol. 64, No. 5 (octubre 1999): 722-747.
- Brenan, Gerald. *Poesía (1912-1977)*. Almería: Confluencias, 2014.
- Bretz, Mary Lee. *Encounters Across Borders. The Changing Visions of Spanish Modernism. 1890-1930*. Lewisburg, PA: Bucknell University, 2001.
- Buffery, Helena y Carlota Caulfield, eds. *Barcelona: Visual Culture, Space and Power*. Cardiff: University of Wales, 2012.
- Butler, Judith. *Notes toward a Performative Theory of Assembly*. Cambridge, MA: Harvard University, 2015.
- Butler, Judith, Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay. "Introduction". *Vulnerability in Resistance*. Eds. Judith Butler, Zeynep Gambetti y Leticia Sabsay. Durham, NC: Duke University, 2016. 1-11.
- Butor, Michel. "Travel and Writing". *Mosaic. An Interdisciplinary Critical Journal*, Vol. 8, No. 1, Literature and Ideas: The Creative Element in Literature and the Arts (otoño 1974): 1-16.

- Cabrera Muñoz, Emilio. "The Medieval Origins of the Great Landed Estates of the Guadalquivir Valley". *The Economic History Review*, Vol. 42, No. 4 (noviembre 1989): 465-483.
- Calvo Serraller, Francisco, "La imagen romántica de España". *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 332 (febrero 1978): 240-260.
- Canosa Zamora, Elia y Ángela García Carballo. "Madrid Km 0. La intervención franquista en la construcción de algunos paisajes simbólicos de la capital". *Estudios Geográficos*, Vol. LXXVII, No. 281 (julio-diciembre 2016): 415-442.
- Camprubí, Lino. "One Grain, One Nation: Rice Genetics and the Corporate State in Early Francoist Spain (1939–1952)". *Historical Studies in the Natural Sciences*, Vol. 40, No. 4 (otoño 2010): 499-531.
- Caro Baroja, Julio. *Temas castizos*. Madrid: Istmo, 1980.
- Caro Cancela, Diego. "La primavera de 1936 en Andalucía: conflictividad social y violencia política". *Andalucía y la guerra civil: estudios y perspectivas*. Coord. Leandro Álvarez Rey. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006. 11-32.
- Carrión, Jorge. "El viajero franquista". *Revista de Literatura*, Vol. LXXIII, No. 145, (enero-junio 2011): 269-282.
- Carter, Erica, James Donald y Judith Squires. "Introduction". *Space and Place: Theories of Identity and Location*. Eds. Erica Carter, James Donald y Judith Squires. London: Lawrence and Wishart, 1993. vii-xv.
- Cela, Camilo José. *Primer viaje andaluz*. Barcelona: Noguer, 1977.
- . *Viaje a la Alcarria*. Barcelona: Plaza & Janés, 2000.
- Celma Valero, María Pilar y José Ramón González, eds. *Lugares de ficción: la construcción del espacio en la narrativa actual*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2010.

- Cenarro, Ángela. “Miradas y debates sobre la violencia franquista”. *Ayer*, No. 91, La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa (2013): 241-253.
- Cenizo, Néstor. “Andalucía tiene un problema con la vivienda: alquilar ya es el camino más corto al desahucio”. *El Diario* 22 enero 2020.
https://www.eldiario.es/andalucia/Andalucia-problema-vivienda-alquilar-desahucio_0_980952047.html. Accedido 15 febrero 2020.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton, NJ: Princeton University, 2007.
- Chambers, Iain. *Migrancy, Culture, Identity*. New York: Routledge, 1994.
- Champeau, Geneviève. “Recepción de la novela realista de postguerra”. *La novela en España (siglos XIX-XX)*. Ed. Paul Aubert. Madrid: Casa de Velázquez, 2001. 207-219.
- Charnon-Deutsch, Lou. *The Spanish Gypsy. The History of a European Obsession*. University Park, PA: Pennsylvania State University, 2004.
- Checa Olmos, Francisco y Concha Fernández Soto. “‘Moros y cristianos’ en Andalucía oriental. Textos y fiestas”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, T. 46, No. 2 (1998): 265-308.
- Chetwode, Penelope. *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia*. London: Century, 1963.
- Chow, Rey. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. New York: Columbia University, 2002.
- Clemot, Fernando. “Juan Goytisolo de vuelta a *Campos De Níjar*”. *Quimera*, No. 406 (2017): 54-57.
- Cobo Romero, Francisco. “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”. *Ayer*, No. 71, La extrema derecha en la España contemporánea (2008): 117-151.

- Cole, Teju. "When the Camera Was a Weapon of Imperialism. (And When It Still Is.)". *The New York Times* 6 febrero 2019.
- <https://www.nytimes.com/2019/02/06/magazine/when-the-camera-was-a-weapon-of-imperialism-and-when-it-still-is.html>. Accedido 15 abril 2020.
- Comín, Alfonso C. *España del sur. Aspectos económicos y sociales del desarrollo industrial en Andalucía*. Madrid: Tecnos, 1965.
- Comín, Francisco. "Public enterprises in Spain: historical cycles and privatizations". *Análise Social*, Vol. 43, No. 189 (2008): 693-720.
- Compitello, Malcolm A. "Recasting Urban Identities: The Case of Madrid 1977-1997. Mapping Urban Spaces and Subjectivities". *Arachne*, Vol. 2, No. 1 (2002)
- http://arachne.rutgers.edu/vol2_1toc.htm. Accedido 15 enero 2020.
- . "Designing Madrid: 1979-1997". *Cities*, Vol. 20, No. 6 (2003): 404-411.
- Compitello, Malcolm A. y Susan Larson. "Cities, Culture, Capital. Recent Cultural Studies Approaches to Spanish Cities". *Journal of Spanish Cultural Studies*, Vol. 2, No. 2 (2001): 231-238.
- Corbalán, Ana y Ellen Mayock. "Introduction". *Toward a Multicultural Configuration of Spain: Local Cities, Global Spaces*. Eds. Ana Corbalán y Ellen Mayock. Teaneck, NJ: Fairleigh Dickinson University, 2015. ix-xix.
- Couzens Hoy, David. *Critical Resistance. From Poststructuralism to Post-Critique*. Cambridge, MA: Massachusetts Institute of Technology, 2005.
- Cowans, Jon. "Clarín, Hunger in Andalusia (1883)". *Modern Spain: A Documentary History*. Ed. Jon Cowans. Philadelphia: University of Pennsylvania, 2003. 65-70.
- Cresswell, Tim. *On the Move: Mobility in the Modern Western World*. New York: Routledge, 2006.

- . "Place". *International Encyclopedia of Human Geographies*, Vol. 8. Eds. Nigel Thrift y Rob Kitchen. Oxford: Elsevier, 2009: 169-177.
- Criado, Pepe. *La Chanca: un cambio revolucionario (1940-2000)*. Almería: Letra Impar, 2016.
- Cuadrado, Agustín. "Constructing Spain: The Re-Imagination of Space and Place in Fiction and Film, 1953-2003, by Nathan Richardson". *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 16 (2012): 333-335.
- Darío, Rubén. *Tierras solares*. Sevilla: Renacimiento, 2016.
- Davies, Ann. *Spanish Spaces: Landscape, Space and Place in Contemporary Spanish Culture*. Liverpool: Liverpool University, 2012.
- De Certeau, Michel. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: University of California, 1984.
- De la Rosa, Julio Manuel. *Alfonso Grosso, o el milagro de la palabra*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005.
- Del Río, Ángel. *Historia de la literatura española*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1963.
- Del Río Sánchez, Ángel. "Andaluces de cenizas: la deportación republicana a los campos nazis de exterminio". *Memòria Antifranquista del Baix Llobregat*, Año 7, No. 11, La represión franquista en Andalucía (2011): 97-103.
- Delgado Cabeza, Manuel. "La dinámica económica en Andalucía". *Construir Europa (Andalucía): Interdependencia e identidad andaluza ante la integración europea*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 1991. 59-115.
- Díaz Pérez, Ignacio. *Historia del Rock Andaluz. Retrato de una generación que transformó la música en España*. Sevilla: Almuzara, 2018.
- Diouf, Abdoul Aziz Sine. *La narrativa de Alfonso Grosso (de 1961 a 1973). Una aproximación a sus fundamentos filosóficos y estéticos*. Tesis doctoral presentada en

- la Universidad Complutense de Madrid en mayo de 2015 bajo la dirección de Epicteto José Díaz Navarro. Inédita.
- Dirks, Nicholas B., Geoff Eley y Sherry B. Ortner, eds. *Culture/Power/History. A Reader in Contemporary Social Theory*. Princeton, NJ: Princeton University, 1994.
- Domínguez, César. “The South European Orient: A Comparative Reflection on Space in Literary History”. *Modern Language Quarterly*, Vol. 67, No. 4 (2006): 419-449.
- Domínguez Caparrós, José. *Diccionario de métrica española*. Madrid: Alianza, 1999.
- Doncel, Luis. “España no logra cerrar la brecha entre comunidades ricas y pobres”. *El País* 6 mayo 2019.
https://elpais.com/economia/2019/05/05/actualidad/1557070525_040112.html.
 Accedido 15 noviembre 2019.
- Dyer, Richard. “The Role of Stereotypes”. *Media Studies. A Reader*. Eds. Paul Marris y Sue Thornham. Edinburgh: Edinburgh University, 1999. 245-251.
- “El 60% de los desahucios en Andalucía son por impago de alquiler”, Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía, 10 octubre 2019, <https://www.apdha.org/60-porciento-desahucios-andalucia-impago-alquiler/>. Accedido 15 febrero 2020.
- Egea Fernández-Montesinos, Alberto. “En busca de lo pintoresco: Andalucía a través de la narrativa de viaje en lengua inglesa desde el siglo XIX hasta la actualidad”. *La retórica del sur. Representaciones y discursos sobre Andalucía en el período democrático*. Coord. Antonio Gómez López-Quiñones. Sevilla: Alfar, 2015. 53-80.
- Egido, Aurora. “En los *Campos de Níjar*, de Juan Goytisolo”. *Cuadernos de investigación filológica*, No. 5 (1979): 149-162.
- Elden, Stuart. *The Birth of Territory*. Chicago: University of Chicago, 2013.
- “Encuesta de Población Activa. Cuarto trimestre de 2019”. Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía, 28 enero 2020.

<https://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/epa/notaprensa.htm>

. Accedido 15 febrero 2020.

Epton, Nina. *Andalusia*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1968.

“Espagne: un expert de l’ONU critique les taux de pauvreté ‘scandaleusement élevés’”. *Le*

Figaro 7 febrero 2020. [https://www.lefigaro.fr/flash-eco/espagne-un-expert-de-l-onu-](https://www.lefigaro.fr/flash-eco/espagne-un-expert-de-l-onu-critique-les-taux-de-pauvrete-scandaleusement-eleves-20200207)

[critique-les-taux-de-pauvrete-scandaleusement-eleves-20200207](https://www.lefigaro.fr/flash-eco/espagne-un-expert-de-l-onu-critique-les-taux-de-pauvrete-scandaleusement-eleves-20200207). Accedido 15 febrero

2020.

“Estadística de Variaciones Residenciales. Año 2018”. Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía, 12 julio 2019.

[https://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/vares/notaprensa.ht](https://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/vares/notaprensa.htm)

[m](https://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/vares/notaprensa.htm). Accedido 15 febrero 2020.

European Commission. Regional Innovation Monitor Plus: Andalusia.

[https://ec.europa.eu/growth/tools-databases/regional-innovation-monitor/base-](https://ec.europa.eu/growth/tools-databases/regional-innovation-monitor/base-profile/andalusia-0)

[profile/andalusia-0](https://ec.europa.eu/growth/tools-databases/regional-innovation-monitor/base-profile/andalusia-0). Accedido 15 febrero 2020.

Evenson, Norma. “Monumental Spaces”. *Studies in the History of Art*, Vol. 30, Symposium Papers XIV: The Mall in Washington, 1791-1991 (1991): 18-34.

Fernández Cebrián, Ana María. *Fábulas del desarrollo: capitalismo e imaginarios sociales en España (1950-1975)*. Tesis doctoral presentada en Princeton University en abril de 2017 bajo la dirección de Germán Labrador Méndez y Ángel Loureiro. Inédita.

Fernández Fernández, Luis Miguel. *El neorrealismo en la narración española de los años cincuenta*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 1992.

Fernández Martínez, Luis Manuel. “Fuga de cerebros”, Asociación Universitaria Kampussia, 29 noviembre 2012. <https://lau.kampussia.com/de-un-pais-de-inmigrantes-a-un-pais-de-emigrados/>. Accedido 15 febrero 2020.

- Fernández Utrera, María Soledad. “Historiografía, psicoanálisis e identidad nacional: *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno”. *Hispanic Journal*, Vol. 35, No. 1 (primavera 2014): 45-61.
- Fernández Vázquez, José. “Signos de esclavitud en Huelva”. *El País* 5 mayo 2001.
https://elpais.com/diario/2001/05/05/andalucia/989014929_850215.html. Accedido 15 febrero 2020.
- Ferrándiz, Francisco. “Fosas comunes, paisajes del terror”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, Vol. 64, No. 1 (2009): 61-94.
- Ferres, Antonio. “Prólogo”. *Por el río abajo*. Alfonso Grosso y Armando López Salinas. Bilbao: Albia, 1977. 7-9.
- Filigrana, Pastora. “Entrevista”. *Apuntes de Clase* 28 noviembre 2019.
<https://apuntesdeclase.lamarea.com/protagonistas/pastora-filigrana-este-orden-economico-necesita-estereotipar-lo-andaluz-para-justificar-desigualdades/>. Accedido 25 enero 2020.
- Fisher, Sue y Kathy Davis. *Negotiating at the Margins. The Gendered Discourses of Power and Resistance*. New Brunswick, NJ: Rutgers University, 1993.
- Flesler, Daniela y Adrián Pérez Melgosa. “Battles of Identity, or Playing ‘Guest’ and ‘Host’: The Festivals of Moros and Christians in the Context of Moroccan Immigration in Spain”. *Journal of Spanish Cultural Studies*, Vol. 4, No. 2 (2003): 151-168.
- Flórez, Aurora. “El hijo secreto y otras historias del selvático cardenal Segura”. *ABC de Sevilla* 2 abril 2016: 26-27.
- Folguera, Pilar. “La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo”. *Ayer*, No. 19, La historia de la vida cotidiana (1995): 165-187.
- Forsgren, Roger. “The Architecture of Evil”. *The New Atlantis*, No. 36 (verano 2012): 44-62.
- Fortes, José Antonio. *De Alfonso Grosso. La muerte en su novela*. Málaga: Axarquía, 1981.

- . *La nueva narrativa andaluza. Una lectura de sus textos*. Barcelona: Anthropos, 1990.
- . *Palabras contra el olvido. El novelista Alfonso Grosso*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, Diputación de Almería, 2003.
- Foucault, Michel. *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*. Ed. Donald F. Bouchard. Ithaca: Cornell University, 1977.
- . *The History of Sexuality*. Trad. Robert Hurley. New York: Pantheon, 1978.
- . "Of Other Spaces". *Diacritics*, No. 16 (primavera 1986): 22-27.
- . *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*. Trad. Alan Sheridan Smith. New York: Vintage, 1995.
- Fox, Inman. *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Fraser, Benjamin. *Henri Lefebvre and the Spanish Urban Experience. Reading the Mobile City*. Lewisburg, PA: Bucknell University, 2011.
- Fraser, Ronald. "La Guerra de la Independencia a la luz de la Guerra Civil, 1936-1939". *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, No. 42, Verdugos y víctimas (2009): 129-136.
- Freedman, Paul. "The German and Catalan Peasant Revolts". *The American Historical Review*, Vol. 98, No. 1 (febrero 1993): 39-54.
- García Álvarez, Jacobo. "Lugares, paisajes y políticas de memoria: una lectura geográfica". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, No. 51 (2009): 175-202.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ciudad de México: Grijalbo, 1990.
- García Reyes, Alberto. "Guía para votar en el referéndum de la Feria". *ABC de Sevilla* 19 abril 2016. https://sevilla.abc.es/sevilla/sevi-guia-para-votar-referendum-feria-201604190702_noticia.html. Accedido 20 febrero 2020.

- García Velasco, Florián y Patrick Gallagher. “Entrevista: Voices from the ‘Guerrilla del Monte’: Interview with Two Spanish Maquis”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 8 (2004): 87-104.
- Garrido González, Luis. “La configuración de una clase obrera agrícola en la Andalucía contemporánea: los jornaleros”. *Historia Social*, No. 28 (1997): 41-67.
- Gautier, Théophile. *Viajes por España*. Trad. Jaume Pomar Llambias. Barcelona: Taifa, 1985.
- Gaventa, Jonathan. *Power after Lukes. A review of the literature*. Brighton: Institute of Development Studies, 2003.
- Gentile, Emilio. “Fascism as Political Religion”. *Journal of Contemporary History*, Vol. 25, No. 2/3 (mayo-junio 1990): 229-251.
- Gibson, Ian. *El asesinato de Federico García Lorca*. Barcelona: Bruguera, 1981.
- Gil Araujo, Sandra. “Nacion(es) e integracion(es): la integración de inmigrantes en las naciones sin estado. El caso de Cataluña”. *Nuevas tendencias y nuevos desafíos de la migración internacional. Memorias del Seminario Permanente sobre Migración Internacional*, T. 3. Eds. Manuel Ángel Castillo García, Rodolfo Cruz Piñeiro y Jorge Santibáñez Romellón. Ciudad de México: Colegio de México, 2009.
- Gómez Bravo, Gutmaro. *La redención de penas. La formación del sistema penitenciario franquista*. Madrid: Catarata, 2007.
- Gomis, Juan. “En ruta: *Campos de Níjar*, de Juan Goytisolo”. *El Ciervo*, Año 9, No. 87 (agosto-septiembre 1960): 12.
- González, Miguel. “Brexit pushes more Britons to apply for Spanish citizenship”. *El País* 11 diciembre 2018.
https://english.elpais.com/elpais/2018/12/11/inenglish/1544534126_338005.html.
Accedido 15 febrero 2020.

González Alcantud, José Antonio. “Andalucía: invención del país y realidad etnográfica”.

Historia y Fuente Oral, No. 8 (1992): 7-24.

González de Molina, Manuel. “Siete problemas en la interpretación tradicional sobre el

movimiento campesino andaluz”. *Historia y Fuente Oral*, No. 8, Andalucía:

Invención y Realidad (1992): 25-54.

González de Molina, Manuel y José Manuel Naredo Pérez. “Reforma Agraria y desarrollo

económico en la Andalucía del siglo XX”. *La historia de Andalucía a debate*, Vol. 2.

Eds. Manuel González de Molina y José Antonio Parejo Barranco. Barcelona:

Anthropos, 2004. 88-116.

Gorra, Michael. “Travel and Metonymy”. *Southwest Review*, Vol. 86, No. 4 (2001): 470-479.

Goytisolo, Juan. *Campos de Níjar*. Barcelona: Seix Barral, 1983.

---. *La Chanca*. Barcelona: Seix Barral, 1983.

---. *En los reinos de taifa*. Barcelona: Seix Barral, 1986.

---. *Señas de identidad*. Barcelona: Seix Barral, 1987.

---. *Don Julián*. Madrid: Cátedra, 2004.

---. “De Sicilia a Andalucía”. *El País* 19 febrero 2005.

https://elpais.com/diario/2005/02/19/babelia/1108774230_850215.html. Accedido 15 enero 2020.

Graham, Helen. “Gender and the State: Women in the 1940s”. *Spanish Cultural Studies*. Eds.

Helen Graham y Jo Labanyi. Oxford: Oxford University, 1995. 182-195.

Gramsci, Antonio. *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. Eds. Quentin

Hoare y Geoffrey Nowell Smith. New York: International Publishers, 1971.

Grosso, Alfonso. *La zanja*. Barcelona: Destino, 1961.

---. *Con flores a María*. Madrid: Cátedra, 1981.

---. *A poniente desde el Estrecho (Entre dos banderas)*. Sevilla: Rodríguez Castillejo, 1990.

- . *Florido mayo*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2006.
- Grosso, Alfonso y Armando López Salinas. *Por el río abajo*. Bilbao: Albia, 1977.
- Gullón, Ricardo. “El tremendismo literario”. *Ínsula*, No. 81 (septiembre 1952): 2.
- Gutiérrez Carbajo, Francisco. “La narrativa de Alfonso Grosso”. *Campo de Agramante*, No. 3 (2003): 81-93.
- Harvey, David. *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. New York: Columbia University, 2009.
- . *Social Justice and the City*. Athens, GA: University of Georgia, 2009.
- . “The Political Economy of Public Space”. *The Politics of Public Space*. Eds. Setha Low y Neil Smith. New York: Routledge, 2006. 17-34.
- . *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*. New York: Verso, 2012.
- Helander, Kaisa Rautio. “Sámi Placenames, Power Relations and Representation”. *Indigenous and Minority Placenames. Australian and International Perspectives*. Eds. Ian D. Clark, Luise Hercus y Laura Kostanski. Canberra: Australian National University, 2014.
- Helmets Marguerite, y Tilar J. Mazzeo. “Introduction: Travel and the Body”. *The Traveling and Writing Self*. Eds. Marguerite Helms y Tilar J. Mazzeo. Newcastle: Cambridge Scholars, 2007.
- Hemingway, Ernest. *Death in the Afternoon*. New York: Charles Scribner’s Sons, 1932.
- Henn, David. “Juan Goytisolo’s Almería Travel Books and their Relationship to his Fiction”. *Forum for Modern Language Studies*, Vol. XXIV, Iss. 3 (julio 1988): 256-271.
- . “Two Views of Almería: Juan Goytisolo and Gerald Brenan”. *Revue de Littérature Comparée*, No. 260 (octubre-diciembre 1991): 429-446.

- Hernández Ruíz, Javier y Pablo Pérez Rubio. “Un universo proteico y multiforme: la comedia costumbrista del desarrollismo”. *El paso del mundo al sonoro. Actas del IV Congreso de la A.E.H.C.* Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1993. 311-320.
- Hill, Julie Lasater, Sylvia C. Tucker, Lynn Galbraith, Marvin J. Spomer, Suzanne Wise y Janie Birdsall Lander. “Instructional Resources: Issues in Public Sculpture”. *Art Education*, Vol. 41, No. 6 (noviembre 1988): 25-32.
- Hochman, Elaine S. “A Question of ‘Culpability’”. *The Art Bulletin*, Vol. 79, No. 4 (diciembre 1997): 738-739.
- Hollander, Jocelyn A. y Rachel L. Einwohner. “Conceptualizing Resistance”. *Sociological Forum*, Vol. 19, No. 4 (diciembre 2004): 533-554.
- Hugo, Víctor. *Les Orientales*. Ed. Pierre Albouy. Paris: Gallimard, 1996.
- Huysen, Andreas. “Monumental Seduction”. *New German Critique*, No. 69 (otoño 1996): 181-200.
- Ibáñez Salas, José Luis. “El nacionalcatolicismo: la iglesia y el primer franquismo”. *Anatomía de la Historia* 8 junio 2018. <http://anatomiadelahistoria.com/2018/06/el-nacionalcatolicismo-la-iglesia-y-el-primer-franquismo/>. Accedido 15 abril 2020.
- “Inmigrantes protestan tras ser despedidos en Huelva”. *El País* 11 mayo 2000. https://elpais.com/diario/2000/05/11/espana/957996002_850215.html. Accedido 15 febrero 2020.
- Izurieta, Ibon. “Unamuno’s *En torno al casticismo* as Nation-Making”. *Hispanic Journal*, Vol. 24, No. 1/2 (primavera y otoño 2003): 91-101.
- Jackson, Gabriel. “Authority and Terror in the Insurgent Zone”. *The Centennial Review*, Vol. 7, No. 4 (otoño 1963): 454-469.
- Jameson, Fredric. “On ‘Cultural Studies’”. *Social Text*, No. 34 (1993): 17-52.

- Jein, Gillian. *Alternative Modernities in French Travel Writing: Engaging Urban Space in London and New York, 1851-1986*. London: Anthem, 2016.
- Jerez Mir, Miguel. “Una experiencia de partido regional: el caso del Partido Socialista de Andalucía, Partido Andaluz”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, No. 30 (abril-junio 1985): 201-244.
- Jiménez Martínez, Lorién. “La construcción política del turismo durante el franquismo: el discurso turístico como recurso (1956-1975)”. *Jornades d’Història Econòmica del Turisme. La mediterrani molt més que sol i platja (1900-2010)*. Institut Menorquí d’Estudis, Menorca, 26-27 de septiembre de 2014.
- . *La construcción política del turismo durante el franquismo*. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Zaragoza en enero de 2014 bajo la dirección de Miguel Ángel Ruiz Carnicer. Inédita.
- Jiménez Villarejo, Carlos. “Ilegitimidad franquista frente a legalidad republicana”. *Mientras Tanto*, No. 114 (2010): 73-93.
- Jones, Sam. “Spain abandoning the poor despite economic recovery, says UN envoy”. *The Guardian* 7 febrero 2020. <https://www.theguardian.com/world/2020/feb/07/spain-abandoning-poor-despite-economic-recovery-un-envoy-philip-alston>. Accedido 15 febrero 2020.
- Juliá, Santos. *Un siglo de España. Política y sociedad*. Madrid: Marcial Pons, 1999.
- Kertzer, David I. *Ritual, Politics, and Power*. New Haven, CT: Yale University, 1988.
- Kirk, Terry. “Monumental Monstrosity, Monstrous Monumentally”. *Perspecta*, Vol. 40, Monster (2008): 6-15.
- Kostanski, Laura. “Duel-Names: How Toponyms (Placenames) Can Represent Hegemonic Histories and Alternative Narratives”. *Indigenous and Minority Placenames*.

- Australian and International Perspectives*. Eds. Ian D. Clark, Luise Hercus y Laura Kostanski. Canberra: Australian National University, 2014. 273-292.
- Kovács, Katherine S. "The Plain in Spain: Geography and National Identity in Spanish Cinema". *Quarterly Review of Film and Video*, Vol. 13, No. 4 (1991): 17-46.
- Krauel, Javier. *Imperial Emotions. Cultural Responses to Myths of Empire in Fin-de-Siècle Spain*. Liverpool: Liverpool University, 2013.
- Kunz, Marco. *Juan Goytisolo. Metáforas de la migración*. Madrid: Verbum, 2003.
- Kuumba, M. Bahati y Femi Ajanaku. "Dreadlocks: The Hair Aesthetics of Cultural Resistance and Collective Identity Formation". *Mobilization*, No. 3 (1998): 227-243.
- "La consejera de Empleo de Andalucía: No entiendo que se tenga que recurrir a migrantes para recoger la fresa con nuestra tasa de paro". *El Diario* 16 enero 2020.
https://www.eldiario.es/andalucia/Rocio-Blanco-entiendo-recurrir-migrantes_0_985501591.html. Accedido 15 febrero 2020.
- "La empresa denunciada por esclavitud en Huelva sigue explotando a los inmigrantes". *La Voz de Galicia* 17 mayo 2001.
https://www.lavozdegalicia.es/noticia/espana/2001/05/17/empresa-denunciada-esclavitud-huelva-sigue-explotando-inmigrantes/0003_567652.htm. Accedido 15 febrero 2020.
- Labanyi, Jo. "Censorship or the Fear of Mass Culture". *Spanish Cultural Studies*. Eds. Helen Graham y Jo Labanyi. Oxford: Oxford University, 1995. 207-214.
- . "Gramsci and Spanish Cultural Studies". *Paragraph*, Vol. 22, No. 1, New British Hispanisms (marzo 1999): 95-113.
- Labrador Méndez, Germán. "El precio del espacio: los desarrollos últimos del *giro espacial* en los estudios peninsulares y la producción de espacio en la España actual". *Revista Hispánica Moderna*, Año 66, No. 2 (diciembre 2013): 221-234.

- Lafuente, Isaías. *Esclavos por la patria: la explotación de los presos bajo el franquismo*. Madrid: Temas de Hoy, 2002.
- Lane, Barbara Miller. "Architects in Power: Politics and Ideology in the Work of Ernst May and Albert Speer". *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 17, No. 1 (verano 1986): 283-310.
- LaRubia-Prado, Francisco. "Language and Empire: Postcolonial 'english' and Unamuno's 'archi-Castilian'". *Imperialism and the Wider Atlantic. Essays on the Aesthetics, Literature, and Politics of Transatlantic Cultures*. Eds. Tania Gentic y Francisco LaRubia-Prado. London: Palgrave Macmillan, 2017.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Trad. Donald Nicholson-Smith. Oxford: Blackwell, 1991.
- . *Writings on Cities*. Trads. Eleonore Kofman y Elizabeth Lebas. Oxford: Blackwell, 1996.
- Lévi-Strauss, Claude. *The Savage Mind*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1966.
- Lloréns García, Ramón. *Los libros de viajes de Miguel de Unamuno*. Alicante: Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1991.
- López-Baralt, Luce. *Huellas del islam en la literatura española. De Juan Ruiz a Juan Goytisolo*. Madrid: Hiperión, 1985.
- López Cordón, María Victoria. *La Revolución de 1868 y la I República*. Madrid: Siglo XXI, 1976.
- López Estudillo, Antonio. "El anarquismo español decimonónico". *Ayer*, No. 45, El anarquismo español (2002): 73-104.
- López Vidriero, María Luisa. "Crónicas impresas y lectura de corte en la España del siglo XVI". *Bibliofilia*, Vol. 100, No. 2/3 (mayo-diciembre 1998): 411-440.
- "Los restos mortales del cardenal Segura fueron inhumados ayer en la cripta del Cerro de los Sagrados Corazones". *ABC de Sevilla* 12 abril 1957: 15-18.

- Loureiro, Ángel. "Spanish Nationalism and the Ghost of Empire". *Journal of Spanish Cultural Studies*, Vol. 4, No. 1 (2003): 65-76.
- Lozano, Miguel Ángel. *Imágenes del pesimismo: literatura y arte en España (1898-1930)*. Alicante: Universidad de Alicante, 2000.
- Ludmer, Josefina. "Territorios del presente. En la isla urbana". *Pensamientos de los confines*, No. 15 (diciembre 2004): 103-110.
- MacAodha, Breandán S. "Some Major Elements in Spanish Placenames". *Geography*, Vol. 64, No. 1 (enero 1979): 17-20.
- Machado, Antonio. *Selected Poems*. Cambridge, MA: Harvard University, 2003.
- Macías, Javier. "Sevilla, la ciudad donde los pobres son los más pobres de España y los ricos, los menos ricos". *ABC de Sevilla* 31 mayo 2019. https://sevilla.abc.es/sevilla/sevilla-ciudad-donde-pobres-mas-pobres-espana-y-ricos-menos-ricos-201905292203_noticia.html. Accedido 15 febrero 2020.
- Magowan, Robin. "Writing Travel". *Southwest Review*, Vol. 86, No. 2/3 (2001): 174-185.
- Mallo, Jerónimo. "Caracterización y valor del 'tremendismo' en la novela española contemporánea". *Hispania*, Vol. 39, No. 1 (marzo 1956): 49-55.
- Mangini, Shirley. *Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo*. Barcelona: Anthropos, 1987.
- Manjón Esteban, Alfonso. *Las reconstrucciones del pasado nacional. Cataluña en el discurso de la historiografía de posguerra (1939-1959)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2013.
- Manzano Moreno, Edurado. *Historia de España. Épocas medievales*. Dirs. Josep Fontana y Ramón Villares. Barcelona: Crítica, 2010.
- Marcuse, Peter y Ronald Van Kempen. *Globalizing Cities. A New Spatial Order?* Hoboken, NJ: Blackwell, 2000.

- Marías, Julián. *Nuestra Andalucía*. Madrid: Rafael Díaz-Casariago, 1966.
- Marín Guzmán, Roberto. "Ethnic Groups and Social Classes in Muslim Spain". *Islamic Studies*, Vol. 30, No. 1/2, Special Issue on Muslim Heritage in Spain (primavera-verano 1991): 37-66.
- Márquez Domínguez, Juan Antonio. "La vertebración internacional de los campos de fresas españoles". *Paisaje, cultura territorial y vivencia de la geografía*. Eds. José Fernando Vera Rebollo, Jorge Olcina Cantos y María Hernández Hernández. Alicante: Universidad de Alicante, 2016. 605-628.
- Martin-Márquez, Susan. *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity*. New Haven, CT: Yale University, 2008.
- Martín Martín, Víctor O. "Sobre las causas del subdesarrollo del sur de España: el papel de la agricultura". *Cuadernos Geográficos*, Vol. 44, No. 1 (2009): 79-112.
- Martínez Alier, Joan. "¿Un edificio capitalista con una fachada feudal? El latifundio en Andalucía y América Latina". *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 15 (1967): 13-22.
- Martínez Alier, Joan y Jordi Roca Jusmet. "Economía política del corporativismo en el Estado español: del franquismo al posfranquismo". *Desarrollo Económico*, Vol. 28, No. 109 (abril-junio 1988): 3-38.
- Martínez López, David. "Urbanización, inmigración y mercado de trabajo en la Andalucía del primer tercio del siglo XX". *Historia Social*, No. 81 (2015): 29-47.
- Massey, Doreen. "Power-Geometry and a Progressive Sense of Place". *Mapping the Futures. Local Cultures, Global Change*. Eds. John Bird, Barry Curtis, Tim Putnam, George Robertson y Lisa Tickner. New York: Routledge, 1993.
- Massumi, Brian. "The Autonomy of Affect". *Cultural Critique*, No. 31, The Politics of Systems and Environments, Part II (otoño 1995): 83-109.

- Masterson-Algar, Araceli. *Ecuadorians in Madrid. Migrants' Place in Urban History*. New York: Palgrave, 2016.
- McClintock, Anne. *Imperial Leather. Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Contest*. London: Routledge, 1995.
- Medina, José. *The Epistemology of Resistance. Gender and Racial Oppression, Epistemic Injustice, and Resistant Imaginations*. Oxford: Oxford University, 2013.
- Mejías López, Alejandro. *The Inverted Conquest. The Myth of Modernity and the Transatlantic Onset of Modernism*. Nashville, TN: Vanderbilt University, 2009.
- Méndez Rodríguez, Luis. *La imagen de Andalucía en el arte del siglo XIX*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 2008.
- Menéndez Alzamora, Manuel. *La generación del 14. Una aventura intelectual*. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Españoles en la literatura*. Madrid: Espasa, 1960.
- Merin, Maritza Hartman. *Alfonso Grosso y el realismo social*. Tesis doctoral presentada en Wayne State University en diciembre de 1982 bajo la dirección de Héctor Romero. Inédita.
- Millán Jiménez, María Clementa. *Textos literarios contemporáneos. Literatura española de los siglos XX y XXI*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 2011.
- Mitchell, Don. *Cultural Geography. A Critical Introduction*. Oxford y Malden: Blackwell, 2000.
- Mitchell, William John Thomas. *Landscape and Power*. Chicago: University of Chicago, 1994.
- Mitsi, Efterpi. “‘Roving Englishwomen’: Greece in Women's Travel Writing”. *Mosaic. An Interdisciplinary Critical Journal*, Vol. 35, No. 2 (junio 2002): 129-144.

- Moisand, Jeanne. “Revolutions, Republics and IWMA in the Spanish Empire (around 1873)”.
“Arise Ye Wretched of the Earth”: The First International in a Global Perspective.
Eds. Fabrice Bensimon, Quentin Deluermoz y Jeanne Moisand. Leiden: Brill, 2018.
- Molina, Miquel. “El dictador que deportaba a los andaluces”. *La Vanguardia* 10 abril 2016.
<http://www.lavanguardia.com/cultura/20160410/401004850700/el-dictador-que-deportaba-a-los-andaluces.html>. Accedido 30 abril 2019.
- Moliner Prada, Antonio. “A vueltas con la Guerra de la Independencia”. *Ayer*, No. 66,
Poderes privados y recursos públicos (2007): 253-268.
- Montejo Gurruchaga, Lucía. “Alfonso Grosso y la literatura de viajes de los años sesenta: dos miradas a las tierras andaluzas”. *Philologia Hispalensis*, No. 18 (2004): 109-122.
- . “Alfonso Grosso y el realismo social: dos novelas de los inicios de los años 60”.
Archivum, No. 56 (2006): 205-231.
- Moore, J. Preston. “Gibraltar: Resurgence of an Old Issue”. *The Southwestern Social Science Quarterly*, Vol. 37, No. 2 (septiembre 1956): 99-110.
- Mora Caballero, Antonio J. y Pedro Espinosa. “Las caras ‘A’ y ‘B’ de las bases”. *El País* 22 septiembre 2013.
https://elpais.com/ccaa/2013/09/20/andalucia/1379705535_891076.html. Accedido 15 abril 2020.
- Moradiellos, Enrique. *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid: Síntesis, 2000.
- Moreno Alonso, Manuel. “La Guerra de la Independencia: la bibliografía del bicentenario”.
Historia Social, No. 64 (2009): 139-162.
- Moreno Gómez, Francisco. “Huidos, maquis y guerrilla: una década de rebeldía contra la dictadura”. *Ayer*, No. 43, La represión bajo el franquismo (2001): 111-137.

- Moreno Martín, Francisco José. “Presentación”. *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*. Ed. Francisco José Moreno Martín. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2016.
- . “Visigoths, Crowns, Crosses, and the Construction of Spain”. *Memoirs of the American Academy in Rome*, Vol. 62, Special Issue: National Narratives and the Medieval Mediterranean (2017): 41-64.
- Morente, Francisco. “Los falangistas de *Escorial* y el combate por la hegemonía cultural y política en la España de la posguerra”. *Ayer*, No. 92, Las izquierdas radicales más allá de 1968 (2013): 173-196.
- Morillo, María José y Juan Carlos de Pablos. “La ‘autenticidad’ neorrural, a la luz de *El sistema de los objetos* de Baudrillard”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, No. 153 (enero-marzo 2016): 95-110.
- Mörner, Magnus. “The Spanish American Hacienda: A Survey of Recent Research and Debate”. *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 53, No. 2 (mayo 1973): 183-216.
- Munson, Elizabeth. “Walking on the Periphery: Gender and the Discourse of Modernization”. *Journal of Social History*, Vol. 36, No. 1 (otoño 2002): 63-75.
- Muñoz Sánchez, Víctor Manuel. “Representaciones y simbología del arrozal en la provincia de Sevilla”. *Iberoamericana*, Año 9, No. 35 (septiembre 2009): 39-56.
- Muro, Diego y Alejandro Quiroga. “Spanish Nationalism: Ethnic or Civic?”. *Ethnicities*, Vol. 5, No. 1 (marzo 2005): 9-29.
- Murray Mas, Ivan. “Sembrando turismo. El viaje como pieza clave del capitalismo histórico”. *Ecología Política*, No. 49, Soberanía local (julio 2015): 8-11.

- Navas Ruiz, Ricardo. “La revalorización romántica de la literatura española”. *Imagen romántica de España*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1981. 113-120.
- Nora, Pierre. “Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire”. *Representations*, No. 26, Special Issue: Memory and Counter-Memory (primavera 1989): 7-24.
- Núñez Carrasco, Juan Aníbal y Bienvenido Ortega Aguaza. “El proceso de crecimiento de la economía española (I): los cambios que introduce el decreto-ley de ordenación económica de 21 de julio de 1959”. *Economía española*. Eds. Elvira Martínez Chacón y José María García Alonso. Barcelona: Ariel, 2009. 57-82.
- Núñez Florencio, Rafael y Elena Núñez González. “¡Viva la muerte!: Lo macabro como arma política”. *Pasajes*, No. 44 (primavera 2014): 112-119.
- Núñez Seixas, Xosé M. “Nations in Arms against the Invader: On Nationalist Discourses during the Spanish Civil War”. *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Eds. Michael Richards y Chris Ealham. Cambridge: Cambridge University, 2005. 45-67.
- . “La región y lo local en el primer franquismo”. *Imaginarios y representaciones de España durante el franquismo*. Eds. Stéphane Michonneau y Xosé M. Núñez Seixas. Madrid: Casa de Velázquez, 2014. 127-154.
- Ortega y Gasset, José. *Teoría de Andalucía*. Madrid: Revista de Occidente, 1944.
- Ortiz de Lanzagorta, José Luis. *Narrativa andaluza. Doce diálogos de urgencia*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1972.
- Ortuño, José Vicente. *Raíces amargas*. Barcelona: Bruguera, 1980.
- “Padrón Municipal de Habitantes. Cifras Oficiales de Población Municipal”. Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía, 4 febrero 2020.
<https://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/padron/index.htm>.
 Accedido 15 febrero 2020.

- Parejo, Nonio, dir. *Campos de Níjar*. Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, Diputación de Almería, 1984. Film.
- Parkins, Wendy. *Fashioning the Body Politic. Dress, Gender, Citizenship*. Oxford: Berg, 2002.
- “Paro por municipios: Sevilla (Andalucía)”. Datos Macro, Expansión.
<https://datosmacro.expansion.com/paro/espana/municipios/andalucia/sevilla>.
Accedido 15 febrero 2020.
- Pascual Barciela, Emilio. “La trascendencia del paisaje en *Andanzas y visiones españolas*, de Miguel de Unamuno”. *Tonos Digital. Revista de estudios filológicos*, No. 28, 2015.
<https://digitum.um.es/digitum/handle/10201/42956>. Accedido 30 octubre 2019.
- Payne, Stanley G. *El primer franquismo. Los años de la autarquía*. Trad. Ana Bustelo. Madrid: Temas de Hoy, 1997.
- . *Fascism in Spain: 1923-1977*. Madison, WI: University of Wisconsin, 1999.
- Pecharromán, Gil. *Con permiso de la autoridad. La España de Franco (1939-1975)*. Madrid: Temas de Hoy, 2008.
- Pedraza Jiménez, Felipe Blas y Milagros Rodríguez Cáceres. *Manual de literatura española. Edad Media*. Tafalla: Cénlit, 1984.
- Pemán, José María. *Andalucía*. Sevilla: Almuzara, 2016.
- Peña Pérez, Francisco Javier. “La sombra del Cid y de otros mitos medievales en el pensamiento franquista”. *Norba. Revista de Historia*, Vol. 23 (2010): 155-177.
- Pérez, Genaro J. “Form in Juan Goytisolo’s Travelogues: *Campos De Níjar* and *La Chanca*”. *Romance Notes*, Vol. 20, No. 1 (otoño 1979): 5-10.

- Pérez, Jorge. “¡Hay que motorizarse!': Mobility, Modernity, and National Identity in Pedro Lazaga's *Sor Citroen*”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 11 (2007): 7-24.
- . “The Spanish Novel on the Road: Mobile Identities at the Turn of the Century”. *Anales de la literatura española contemporánea*, Vol. 33, No. 1 (2008): 127-151.
- Pile, Steve. “Introduction: Opposition, Political Identities, and Spaces of Resistance”. *Geographies of Resistance*. Eds. Steve Pile y Michael Keith. London: Routledge, 1997. 1-32.
- Piñar Samos, Javier. “Oriente en el sur: imagen fotográfica de la Alhambra durante el siglo XIX”. *Andalucía: una imagen en Europa (1830-1929)*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 2008. 78-98.
- Piñero Álvarez, María del Rocío. “Los convenios hispano-norteamericanos de 1953”. *Historia Actual Online*, No. 11 (otoño 2006): 175-181.
- Pope, Randolph. “Letters in the Post, or How Juan Goytisolo Got to La Chanca”. *World Literature Today*, Vol. 69, No. 1, Postmodernism/Postcolonialism (invierno 1995): 22-28.
- Prato, Paolo y Gianluca Trivero. “The Spectacle of Travel”. *The Australian Journal of Cultural Studies*, Vol. 3, No. 2 (diciembre 1985): 26-42.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge, 1992.
- Pretzler, Maria. “Turning Travel into Text: Pausanias at Work”. *Greece & Rome*, Vol. 51, No. 2 (octubre 2004): 199-216.
- Rabinow, Paul. *The Foucault Reader. An Introduction to Foucault's Thought*. New York: Pantheon, 1984.

- Rapado, José Ramón. “Migraciones regionales y evolución de la ocupación en España”.
Revista Española de Investigaciones Sociológicas, No. 22 (abril-junio 1983): 77-100.
- Raquejo Grado, Tonia. *El palacio encantado. La Alhambra en el arte británico*. Madrid, Taurus, 1990.
- Recaño Valverde, J. “La emigración andaluza en España”. *Boletín Económico de Andalucía*, No. 24. Consejería de Economía, Innovación, Ciencia y Empleo. Junta de Andalucía. 1998.
- Richardson, Nathan. *Constructing Spain: The Re-Imagination of Space and Place in Fiction and Film, 1953-2003*. Lewisburg, PA: Bucknell University, 2012.
- Rico, Manuel. *Letras viajeras*. Madrid: Gadir, 2016.
- “Riesgo de pobreza o exclusión social y de sus componentes por comunidades autónomas”, Instituto Nacional de Estadística. <https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=10011>.
 Accedido 15 febrero 2020.
- Riquer i Permanyer, Borja de. “Social and Economic Change in a Climate of Political Immobilism”. *Spanish Cultural Studies*. Eds. Helen Graham y Jo Labanyi. Oxford: Oxford University, 1995. 259-271.
- Rivas Bravo, Noel. “Introducción”. *Tierras solares*. Sevilla: Renacimiento, 2016.
- Rivera, Agustín. “Vuelve la lucha de las ‘Kellys’: ‘Somos las esclavas del siglo XXI’”. *El Confidencial* 17 agosto 2018. https://www.elconfidencial.com/espana/andalucia/2018-08-17/kelly-camareras-de-piso-hoteles_1605177/. Accedido 20 febrero 2020.
- Rodríguez Marcos, Javier. “En la tribu del nuevo Cervantes”. *El País* 30 noviembre 2014. https://elpais.com/cultura/2014/11/29/actualidad/1417272797_374082.html. Accedido 15 noviembre 2019.
- Rodríguez Puertas, Rubén. *La emigración de jóvenes universitarios españoles en el actual contexto de crisis. Procesos y factores migratorios*. Tesis doctoral presentada en la

- Universidad de Granada en octubre de 2017 bajo la dirección de Francisco Entrena Durán y Rosa María Soriano Miras. Inédita.
- Rodríguez Puértolas, Julio. “La literatura marginada, el papel de la crítica y otras cuestiones”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, Vol. 13, No. 3 (primavera 1989): 429-446.
- Roseman, Sharon R. y Shawn S. Parkhurst, eds. *Recasting Culture and Space in Iberian Contexts*. Albany, NY: State University of New York, 2008.
- Routledge, Paul. *Space Invaders. Radical Geographies of Protest*. London: Pluto, 2017.
- Rubés, Joan Pau. “Travel Writing and Ethnography”. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Eds. Peter Hulme y Tim Youngs. Cambridge: Cambridge University, 2002. 242-260.
- Rubio Jiménez, Jesús. “José Domínguez Bécquer y la creación de la imagen romántica de Andalucía”. *Andalucía: una imagen en Europa (1830-1929)*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 2008. 51-77.
- Ruiz Acevedo, Francisco. “Andalucía, un baño de dolor y sangre”. *Memòria Antifranquista del Baix Llobregat*, Año 7, No. 11, La represión franquista en Andalucía (2011): 3-4.
- Ruíz-Copete, Juan de Dios. “Alfonso Grosso: del realismo social a la mística del lenguaje”. *Estafeta Literaria*, No. 508 (enero 1973): 7-9.
- Rújula, Pedro. “Realismo y contrarrevolución en la Guerra de la Independencia”. *Ayer*, No. 86, La Guerra de la Independencia (2012): 45-66.
- Sabuco, Assumpta. *La isla del arroz amargo*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 2004.
- Said, Edward. *Orientalism*. New York: Vintage, 1979.
- . *Representations of the Intellectual. The 1993 Reith Lectures*. London: Vintage, 1994.
- Saldívar, Ramón. “Comparing Modern Literatures Worldwide: The Transamerican View”. *Comparative Literature Studies*, Vol. 50, No. 2 (2013): 199-203.

- Sánchez Hita, Beatriz. “La cultura de España en la época de la Guerra de la Independencia”. *Aula-Historia Social*, No. 19 (primavera 2007): 62-72.
- Santiáñez, Nil. *Topographies of Fascism: Habitus, Space and Writing in Twentieth-Century Spain*. Toronto: University of Toronto, 2013.
- Sanz Villanueva, Santos. *Historia de la literatura española: el siglo XX*. Barcelona: Ariel, 2008.
- Saval, José Vicente. “Espiritualidad y proyecto fascista en los ‘Sonetos al Escorial’ de Dionisio Ridruejo”. *Hispanófila*, No. 121 (septiembre 1997): 1-10.
- Saz Campos, Ismael. “Fascism, Fascistization and Developmentalism in Franco’s Dictatorship”. *Social History*, Vol. 29, No. 3, Spain (agosto 2004): 342-357.
- Schaefer, Claudia. “Alfonso Grosso’s *El capirote*: Unmasking the Social Reality of Spain”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, Vol. 8, No. 2 (invierno 1984): 223-245.
- Schraubman, Joseph. “*La Chanca* by Juan Goytisolo”. *World Literature Today*, Vol. 56, No. 1, Varia Issue (invierno 1982): 80.
- Schwartz, Kessel. “Thematic and Stylistic Constants in the Fiction of Alfonso Grosso”. *Revista de Estudios Hispánicos*, Vol. 10, No. 1 (enero 1976): 113-123.
- Schwendemann, Heinrich. “‘Drastic Measures to Defend the Reich at the Oder and the Rhine...’: A Forgotten Memorandum of Albert Speer of 18 March 1945”. *Journal of Contemporary History*, Vol. 38, No. 4 (octubre 2003): 597-614.
- Scott, James. *Weapons of the Weak*. New Haven, CT: Yale University, 1985.
- Sevillano Calero, Francisco. “Cultura de guerra y políticas conmemorativas en España del Franquismo a la Transición”. *Historia Social*, No. 61 (2008): 127-145.
- Shohat, Ella y Robert Stam. *Unthinking Eurocentrism. Multiculturalism and the Media*. London: Routledge, 1994.

- Shoval, Noam. "Street-Naming, Tourism Development and Cultural Conflict: The Case of the Old City of Acre/Akko/Akka". *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 38, No. 4 (2013): 612-626.
- Sieburth, Stephanie. *Inventing High and Low. Literature, Mass Culture, and Uneven Modernity in Spain*. Durham, NC: Duke University, 1994.
- Six, Abigail Lee. *Goytisolo: Campos de Níjar*. London: Foyles, 1996.
- Smith, Paul Julian. *The Moderns. Time, Space, and Subjectivity in Contemporary Spanish Culture*. Oxford: Oxford University, 2000.
- Soja, Edward W. *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Blackwell, 2000.
- . "The City and Spatial Justice". *Justice Spatiale, Spatial Justice*, No. 1 (septiembre 2009): 1-5.
- . *Seeking Spatial Justice*. Minneapolis: University of Minnesota, 2010.
- Sosa Troya, María. "El relator de la ONU sobre la pobreza: 'Lo que más me han dicho es que se sienten abandonados'". *El País* 7 febrero 2020.
https://elpais.com/sociedad/2020/02/07/actualidad/1581111037_164300.html.
 Accedido 15 febrero 2020.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. "The Rani of Sirmur: An Essay in Reading the Archive". *History and Theory*, Vol. 24, No. 3 (octubre 1985): 247-272.
- Suárez Japón, Juan Manuel. *Por el río abajo*. Sevilla: Almuzara, 2010.
- Tahiri, Ahmed. *Rīf al-Magrib y al-Andalus. Organización del territorio en las dos orillas del Estrecho (siglos VIII-XI)*. Granada: Fundación Legado Andalusí, 2007.
- Talbot, Lynn K. "Cinematic Influence and Social Commentary in Alfonso Grosso's *La zanja*". *Hispania*, Vol. 71, No. 3 (septiembre 1988): 523-530.

- Tenschert, Joachim. "El personaje colectivo". *El personaje dramático. Ponencias y debates de las VII Jornadas de Teatro Clásico Español*. Coord. Luciano García Lorenzo. Madrid: Taurus, 1985.
- Torre Serrano, Esteban. "Alfonso Grosso: ficción y realidad". *Florido mayo*. Ed. Esteban Torre. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992. 9-35
- Torres Camacho, Jesús Nicolás. "El paisaje como recurso turístico durante el franquismo". *Análisis espacial y representación geográfica: innovación y aplicación*. Eds. Juan de la Riva, Paloma Ibarra, Raquel Montorio y Marcos Rodrigues. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2015. 1241-1250.
- Torres Mulas, Rafael. *Los esclavos de Franco*. Madrid: Oberón, 2000.
- Trancón, Santiago. "Claves de un código narrativo: *Testa de copo*, de Alfonso Grosso". *Signa*, No. 16 (2007): 551-553.
- Trapiello, Andrés. "Tiempo del aire en Tarifa". *Litoral*, No. 231/232, La poesía del mar (2001): 245.
- "Una TV francesa dice que las temporeras de la fresa sufren acoso sexual generalizado". *El Mundo* 27 mayo 2009.
<https://www.elmundo.es/elmundo/2009/05/27/andalucia/1243436371.html>. Accedido 15 febrero 2020.
- Unamuno, Miguel de. *Obras completas*. Vol. VIII. Madrid: Biblioteca Castro, 2007.
- . *Epistolario americano (1890- 1936)*. Ed. Laureano Robles. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1996.
- . *Andanzas y visiones españolas*. Madrid: Renacimiento, 1922.
- Utrera Macías, Rafael. "Imagen cinematográfica de Andalucía (1896-1929)". *Andalucía: una imagen en Europa (1830-1929)*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 2008. 125-142.

- Vallellano Pérez, Lucía. “Europa solicita que se paralice el proyecto de Gas Natural en Doñana”. *Cadena Ser* 21 marzo 2019.
https://cadenaser.com/emisora/2019/03/21/radio_huelva/1553172748_439442.html.
Accedido 15 febrero 2020.
- Véliz Rodríguez, Sergio Braulio. “Reflexiones sobre un trabajo en los campos de Níjar”.
Revista de Antropología Experimental, No. 11 (2011): 41-65.
- Venegas, José Luis. *The Sublime South. Andalusia, Orientalism, and the Making of Modern Spain*. Evanston, IL: Northwestern University, 2018.
- Vicens Vives, Jaume. *Historia de los Remensas*. Barcelona: Vicens-Vives, 1978.
- Viñas, Ángel y Carlos Collado Seidel. “Franco’s Request to the Third Reich for Military Assistance”. *Contemporary European History*, Vol. 11, No. 2 (mayo 2002): 191-210.
- Virilio, Paul. *Speed and Politics. An Essay in Dromology*. New York: Semiotext(e), 1986.
- Walker, Nancy A. “Stepping Out: Writing Women’s Travel”. *Annali d’Italianistica*, Vol. 14, L’Odeporica / Hodoeporics: On Travel Literature (1996): 145-151.
- Weidenmuller, Emily, Taylor Williamson, Courtney Leistensnider y John C. Finn. “History Written in Stone: Gender and the Naturalizing Power of Monuments in Southeastern Virginia”. *Southeastern Geographer*, Vol. 55, No. 4 (invierno 2015): 434-458.
- Weinstein, Michael A. “Unamuno and the Agonies of Modernization”. *The Review of Politics*, Vol. 38, No. 1 (enero 1976): 40-56.
- Whittaker, Tom. *The Films of Elías Querejeta: A Producer of Landscapes*. Cardiff: University of Wales, 2011.
- Wieggers, Gerard. “Managing Disaster: Networks of the Moriscos during the Process of the Expulsion from the Iberian Peninsula around 1609”. *Journal of Medieval Religious Cultures*, Vol. 36, No. 2 (2010): 141-168.

- Wilson, William E. "A Note on Christian Captives in North Africa". *The Catholic Historical Review*, Vol. 28, No. 4 (enero 1943): 491-498.
- Wolf, Eric R. y Sidney W. Mintz. "Haciendas and Plantations in Middle America and the Antilles". *Social and Economic Studies*, No. 6 (1957): 380-412.
- Wright, Richard. *Pagan Spain*. London: Bodley Head, 1960.
- Young, Robert J. C. *Postcolonialism. An Historical Introduction*. Hoboken, NJ: Wiley Blackwell, 2001.
- Zaragoza Fernández, Luis. *Radio Pirenaica: la voz de la esperanza antifranquista*. Madrid: Marcial Pons, 2008.